

LA RAZON VULNERADA

ANTONIO IRIARTE CADENA

LA RAZON VULNERADA

"Qué sabios eran los toltecas,
que sabían hablar con el corazón".

Bernardino de Sahagún Misionero
e historiador franciscano del siglo XVII.

*Para María Otilia de quien heredé
La capacidad de amar a todo viviente.*

*Para Diana Patricia, quien me acompaña
desde hace años en el intento de transitar
“un camino con corazón”.*

*Para Diana Constanza y Marieta Andrea del Pilar,
dos flores, dos bellos enigmas.*

LA CASA DEMOLIDA

Hace unos veinte años cayó en mis manos un libro que, en principio, me pareció extraño y, luego, desafiante, perturbador. Se trataba de LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN, del antropólogo CARLOS CASTANEDA. Su capacidad para desconcertarme me hizo sentir incómodo, pero al mismo tiempo exacerbó de manera inusual mi curiosidad. Lo volví a leer. Al término de la segunda lectura no sólo estaba más perplejo que antes, sino que mi desasosiego intelectual, lejos de apaciguarse, había aumentado. Con horror descubrí de un momento a otro que en la estructura mental sobre la que descansaba mi --hasta entonces-- tranquila, confiada y única manera de entender la realidad del mundo que me enseñaron desde niño, empezaban a aparecer grietas preocupantes.

De esos años a hoy he leído los otros libros de Castaneda: UNA REALIDAD APARTE, VIAJE A IXTLAN, RELATOS DE PODER, EL SEGUNDO ANILLO DE PODER, EL DON DEL AGUILA, EL FUEGO INTERIOR, EL CONOCIMIENTO SILENCIOSO Y EL ARTE DE ENSOÑAR, así como una notable bibliografía de analistas y críticos que de una u otra forma se han ocupado del célebre y polémico caso Castaneda.

Con el paso del tiempo las fisuras de mi entendimiento se ensancharon hasta hacerse evidente la inminencia del derrumbe, a menos que emprendiera de inmediato la demolición de mi domicilio intelectual --de mi castillo de naipes--, cuya estructura amenazaba con desplomárseme encima. Hoy, al cabo de dos décadas de lecturas y cavilaciones, el desmantelamiento mental aún continúa. Guardo, sin embargo, la ilusión de tener los medios y, sobre todo, el tiempo para habilitar otra morada menos insegura que me evite la contrariedad de morir a la intemperie.

De manera, pues, que aunque este ensayo se ocupará de Carlos Castaneda y de su pavorosa aventura por los territorios inconmensurables y desolados de la brujería indígena, también será --aunque entre líneas-- la crónica de mi asombro y el itinerario de mi zozobra frente a la imposibilidad de retorno al abrigo de la casa que por mero instinto de conservación me vi obligado a reducir a escombros.

Una explicación como ésta bien pudiera ahorrármela con el sólo hecho de que quien estas páginas lea, en vez de hacerlo, se obsequiara la aventura indescifrable de leer esos libros, y al emprender un viaje así, posiblemente sin regreso, sacara por sí mismo sus propias conclusiones.

Por lo pronto puedo adelantar que mi contacto personal con los libros de Carlos

Castaneda constituyó un campanazo de alerta, un perentorio toque de atención sobre la necesidad de atreverme a revisar los presupuestos de la certeza que hasta entonces supuse inmodificable, acerca de la confiabilidad absoluta de nuestra razón y de sus logros más insignes --la filosofía y la ciencia de occidente--, en la aprehensión y explicación del universo físico, biológico y humano.

Tan excesiva y, en ocasiones, temeraria confianza en las vías racional y científica como únicos medios para apropiarnos el conocimiento de la realidad mundana, la heredamos de la cultura occidental, la que aceptamos empieza en Grecia, se extiende luego por Europa y se fusiona más tarde con el cristianismo, cuyo fruto más conspicuo es la filosofía escolástica medieval, magistral simbiosis entre Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, y cuyos presupuestos llegaron hasta nosotros con los españoles hace ya quinientos años.

"Desde que Parménides de Elea, por allá en el siglo VI antes de Cristo identificó el ser con el pensar, echó a andar el conocimiento, desde ese mismo momento hasta nuestros días, por los rumbos de la razón, por el laberinto del verbo discursivo. Basta seguir la trayectoria que va de Parménides a Platón, de Platón a Aristóteles, del estagirita a la Escolástica, y de ésta a Descartes, al Empirismo de los ingleses, a Leibniz, Kant, Hegel y Marx, hasta llegar a la Fenomenología de Husserl, sin olvidar la crisis del cientifismo positivista que sacudió a Europa a finales del siglo

XIX, para darnos cuenta hasta qué punto ha marcado a occidente el imperio de la razón"¹.

No hay que olvidar que si bien al ejercicio de la razón debemos en buena parte el asombroso progreso científico y tecnológico de nuestro tiempo, y que ésta de la racionalidad ha sido una de las conquistas más formidables de la especie humana a través de toda su evolución, por desgracia ella misma ha logrado --via exclusionis-- limitar y atrofiar la riquísima gama de posibilidades de percepción y conocimiento del hombre occidental, para reducirlas casi que al monopolio de la facultad de razonar como presupuesto único y exclusivo criterio de verdad en el intrincado, vastísimo y misterioso universo de la consciencia de sí y del darse cuenta de, propios del ser humano, y, por lo que todo parece indicar, del conjunto de los vivientes que pueblan la tierra.

Ocurre que las culturas precolombinas, las que arrasaron los españoles en nombre de la razón y de la cruz, miraban las cosas de otra manera. Los españoles que llegaron con Colón a América, sin saber a ciencia cierta a dónde habían llegado, y aquellos que nos conquistaron y colonizaron después, resultaron víctimas de una lamentable alucinación, que más tarde en las crónicas y demás informes escritos

¹IRIARTE, Antonio. "Poesía en la Novela: La Vorágine un caso ejemplar". Revista VORAGINE, Año I, Número 3, julio- septiembre de 1988. , pág. 39.

sobre las Indias se convirtió en distorsión. No era para menos: pretendieron, en vano, entender con la razón una América esencialmente mágica.

Mientras el griego y el occidental perciben la esencia del mundo como fisis, esto es, como natura, entendida en términos de realidad objetiva, sujeta a leyes universales discernibles por la razón, que pueden luego ser descritas y medidas por la ciencia, el aborigen precolombino percibe esa misma realidad por medios no siempre racionales, como una entidad --una presencia-- dotada de poderes, de fuerzas ciertas, de energía tangible, que él está llamado a conocer, a dominar y a poseer.

Así, pues, mientras para el griego y el occidental el ideal cognoscitivo del hombre se cifra en el pensar que, a su vez, se traduce en los quehaceres del filósofo y del científico, para el indio precolombino su hazaña suprema se cristaliza en "ver" los mundos a través de las maniobras mágicas del "brujo vidente", el cual también es señalado en los libros de Castaneda con el noble epíteto de "hombre de conocimiento".

Este, a mi juicio, es aspecto que marca, entre otros, la radical diferencia entre las culturas del invasor y la del aborigen. Al indio precolombino lo tiene sin mayor cuidado la explicación racional del mundo. Sólo le interesa conocer y hacer propias

las fuerzas cósmicas que lo convertirán primero en brujo y, luego, si su determinación y poder personal se lo permiten, en hombre de conocimiento de una realidad maravillosa y mágica a la vez.

Los españoles, en su prepotencia racionalista de supuestos heraldos de la civilización occidental y en su fundamentalismo católico, incapaz en cuanto tal de convivir con otros modos de ver y de relacionarse con el mundo diferentes del suyo, no sólo avasallaron esas culturas en muchos aspectos infinitamente más sabias que la del conquistador, sino que optaron por borrar la cosmovisión mágica de América mediante el artificio de demonizarla, de estigmatizarla, como si ella fuera producto de aberrantes tratos con el demonio y, en el más benévolo de los casos, como consecuencia de la que ellos creían supina ignorancia e inmemorial barbarie de nuestros indios.

Bernardo Vargas Machuca, por ejemplo, como todos los españoles de los siglos XVI y XVII, cree que los brujos hablaban con el demonio y servían de intérpretes entre los indios y el maligno².

En sus Noticias Historiales el cronista fray Pedro Simón se refiere a los chamanes como "la pestilencia de nuestra santa fe católica y los que atacan la corriente de

²VARGAS Machuca, Bernardo. MILICIA Y DESCRIPCION DE INDIAS. Madrid: 1982, pág. 81.

la conversión de estos naturales, porque todo cuanto los sacerdotes enseñan de día, ellos contradicen y desenseñan de noche, en lugares ocultos y retirados"³.

Para Octavio Paz, más que notable, resulta reveladora la indiferencia de los antropólogos mexicanos frente a la investigación acerca del chamanismo y la brujería en su país:

"La sociedad de los brujos de México es una sociedad clandestina que se extiende en el tiempo y en el espacio. En el tiempo: es nuestra contemporánea, pero por sus creencias, prácticas y rituales hunde sus raíces en el mundo prehispánico; en el espacio: es una cofradía que por sus ramificaciones abarca a toda la república y penetra hasta el sur de los Estados Unidos".

...

"Esta indiferencia podría atribuirse a una deformación de nuestros antropólogos, víctimas de prejuicios cientistas que, por lo demás, no comparten otros colegas de otras partes. A mi juicio se trata más bien de una inhibición debida a ciertas circunstancias históricas y sociales. Nuestros antropólogos son los herederos de los misioneros del mismo modo que los brujos lo son de los sacerdotes prehispánicos. Como los misioneros del siglo XVI, los antropólogos mexicanos se acercan a las comunidades indígenas no tanto para conocerlas como para cambiarlas.

...

Esto último limita su comprensión de ciertas formas de vida. Sahagún comprendía profundamente la religión india, incluso si la

³SIMON, Pedro, Fray. NOTICIAS HISTORIALES. Biblioteca de Autores Colombianos. Editorial Kelly, 9 Tomos, Bogotá: 1953, Tomo VII, pág. 182.

concebía como una monstruosa artimaña del demonio, porque la contemplaba desde la perspectiva del cristianismo. Para los misioneros las creencias y prácticas religiosas de los indios eran algo perfectamente serio, endemoniadamente serio; para los antropólogos son aberraciones, errores, productos culturales que hay que clasificar y catalogar en ese museo de curiosidades y monstruosidades que se llama etnografía" ⁴.

De que los españoles lograron arrasar a cabalidad la cosmovisión aborígen, no nos cabe la menor duda. Si hasta nosotros, nativos de esta América mestiza y supuestos herederos de su cultura, terminamos pensando como los europeos.

Antes de leer los libros de Castaneda, era yo de los que tomaba más en broma que en serio la dimensión mágica del mundo precolombino revelada en la obra de algunos novelistas hispanoamericanos. Ahí están HOMBRES DE MAIZ, de Miguel Ángel Asturias; GARABOMBO EL INVISIBLE, de Manuel Scorza; EL REINO DE ESTE MUNDO, de Alejo Carpentier y LA VORAGINE, de José Eustasio Rivera. También, en su momento, me hice eco de ciertos críticos acerbos de José Eustasio, cortos de vista por lo demás, para quienes varios de los sorprendentes fenómenos naturales de los llanos orientales y de la selva amazónica descritos en LA VORAGINE, no pasaban de meras exageraciones de un "poeta hiperestésico",

⁴PAZ, Octavio. "La mirada anterior". En LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN. Fondo de Cultura Económica. México: D. F. : 1983, págs. 13, 14 y 15.

como lo llama Torres Rioseco, o, en el mejor de los casos, de una bella metáfora tejida en la mente calenturienta del que algunos llaman, no sin sorna, "nuestro cantor del trópico".

Fenómenos tales como las distancias engañosas de los llanos orientales, las facultades de clarividencia y de adivinación que algunos indios obtienen por medio del "Yagé", o esa misteriosa y fantasmagórica danza de lamentos, ecos y señales que Clemente Silva denomina "el embrujamiento de la montaña", sólo los creía posibles en una supuesta lujuria fabuladora de nuestro novelista.

Los libros de Castaneda me pusieron sobre aviso en el sentido de que la realidad es mucho más compleja de lo que nos imaginamos, y de que existen en el ser humano potencialidades cognoscitivas diferentes de las que la razón nos ofrece, las que, por otra parte, jamás hemos tenido la oportunidad de desarrollar, y en el ejercicio de las cuales nuestros indios fueron maestros consumados antes de que los españoles destruyeran su cultura, y cuyos sobrevivientes errantes aún pueden darnos pruebas de su sabiduría y de su poder.

Ese que Bernard Duban llama "el hombre archirracionalizado de los tiempos modernos", en mala hora atado a la idea de un ilusorio progreso que lo está empujando al despeñadero de su propia ruina como persona y a su aniquilación

como especie, equivocó el camino que conduce a la sabiduría de vivir y terminó por extraviarse en la que ha sido --inconcebible paradoja--, la más formidable conquista de la especie humana: el laberinto de su propia su razón.

Encandilado por el destello de su entendimiento, se quedó ciego para ver el mundo. Entre brumas, a duras penas alcanza a vislumbrar la costra engañosa de apariencias que vela el misterio latente en la profundidad de las cosas, hasta de las más elementales y simples. Aturdido por el ruido de sus máquinas inverosímiles y por la estridencia de sus palabras vacías, se volvió sordo para escuchar la música callada de las esferas. Lúcido en sus orígenes en virtud de sus ojos prístinos, de su ver certero, se convirtió en víctima de la refulgencia de su propio brillo. Su corazón, antes limpio, acabó enturbiando el agua de su propio manantial. La razón se trasmutó en sinrazón merced a la fatalidad de sentirse a partir de la enseñanza del Génesis, señor del mundo, "rey de la creación", centro del universo.

Porque el hombre no siempre ha sido esa extraña y perturbada criatura que se empeña en progresar a costa de la devastación de la hermosa tierra que recibió por casa; que trata de ser feliz comprando la dicha al costo inadmisibile de sacrificar la ajena; que aspira a sobrevivir como especie a pesar de su oscura condición de depredador sin par de la vida, de sumo sacerdote de la muerte.

Este hombre, lobo para el hombre, atascado en el hastío de sus rutinas domésticas y en la mezquindad de sus egoísmos, verdugo y víctima en el huracán de sus violencias, hijo de Dios desde el paraíso, animal racional en definición de Aristóteles, civilizado desde que se convirtió en adorador intolerante de sus desatinos y en Narciso frente al río artero de su razón endiosada, acabó perdiendo la sabiduría que era suya cuando aún no había extraviado su origen, su humanidad primordial. A partir de allí se constituyó en dueño, en señor del mundo, en virtud de un poder que nadie le otorgó, y a título de vicario de una divinidad que jamás lo ungió como su heraldo, por cuanto ella, tal como nos la presentan, es apenas hija de sus desvaríos, criatura idéntica a la imagen que el hombre tiene de sí.

Del mismo modo que el hombre moderno puede ser llamado hombre de la civilización racional, constructor de la ciencia, artífice de la tecnología, víctima de su desaforado apetito de consumo, todo lo cual lo ha llevado a una especie de degradación ontológica, el hombre antiguo, el que aún no había renunciado a su naturaleza primera, y cuyos herederos supérstites son esos indios que aún se niegan a soltar la tabla salvadora de su sabiduría milenaria en medio de las aguas embravecidas de la modernidad, puede ser llamado a la manera de Castaneda "el hombre del conocimiento silencioso".

Sin caer en el mito ingenuo del buen salvaje, consciente de las carencias y de los

lunares de las civilizaciones prehispánicas, pienso que la forma de ser hombre y de asumir el mundo propias de su cosmovisión natural, es la que más se aproxima a un arquetipo humano en íntima comunicación con el mundo, a través de la cual el hombre apenas es y sólo se siente parte del gran organismo vivo y consciente que llamamos universo, nunca su centro, mucho menos su señor.

Con este ensayo pretendo rendir cálido homenaje a nuestras culturas vencidas. Para nuestros indios, por lo demás, tal gesto tardío no les será de utilidad alguna. El daño ya está hecho y es, por desgracia, irreversible. Quede al menos a manera de afectuosa constancia, la convicción de que después de quinientos años de consumada la barbarie por quienes supuestamente encarnaban la civilización, es posible rescatar algo de lo que aún queda a la deriva en medio de tan colosal naufragio.

Este trabajo de investigación --que recoge además elementos etnográficos importantes de diversas comunidades y culturas tanto prehispánicas como de otras latitudes-- intentará, en primer lugar, mostrar lo esencial de la experiencia de Carlos Castaneda narrada por él a lo largo de nueve libros, sin que pretenda en modo alguno forzar la credibilidad de nadie. Aspiro, luego, a una articulación coherente de la cosmovisión que subyace a esa experiencia, apelando por supuesto a los parámetros de cohesión específicos de esa visión del mundo y a

otros referentes culturales propios de algunas civilizaciones de oriente, enormemente sugestivas a mi manera de ver tales como el taoísmo, el budismo y el hinduismo.

Finalmente, esbozaré un panorama crítico de la experiencia y obra de Castaneda con las opiniones más sobresalientes de analistas y estudiosos, amigos y detractores del autor, sobre quien ya se ha dicho y escrito lo suficiente como para hacerse a una idea de los diferentes puntos de vista, convergentes, opuestos y hasta irreconciliables entre sí; entusiastas los unos, escépticos no pocos y venenosos más de uno.

Y antes de empezar, permítaseme formular un deseo: tal vez del trabajo de estas cuartillas --que bordea ya los cinco años-- resulte uno que otro lector de Carlos Castaneda que me facilite la oportunidad de confrontar con los suyos mis no pocos interrogantes sobre el particular, y ese asombro vecino de la perplejidad del que aún no me repongo hasta el día de hoy, después de haber leído esos libros.

|

SALTO AL VACIO QUE NO SE PUEDE NOMBRAR

DE ANTROPOLOGO OCCIDENTAL A APRENDIZ DE BRUJO

Durante el verano de 1960, un joven latinoamericano de veinticinco años, estudiante de Antropología de la Universidad de California, y cuyo nombre era CARLOS CASTANEDA, tomó en Los Ángeles en compañía de su amigo Bill un autobús de la empresa Greyhound, rumbo al desierto de Arizona.

Andamos por el año en que los grupos musicales norteamericanos ensordecen con sus baterías y guitarras eléctricas los garajes y sótanos de Nueva York, Chicago o Los Ángeles, como heraldos de una época cuyas estridencias aún se hacen sentir en occidente. Los poetas de la "Beat Generation" conspiran desde las trincheras de sus versos contra los fundamentos del Establecimiento. Son los días del "Black Power", del "Black is beautiful" a manera de gritos de guerra de las gentes de color contra la segregación racial en casi todos los estados de la Unión. Se sienten pasos de animal grande, histeria de tambores bélicos como presagio del apocalipsis en el que se convertiría Vietnam. Los hippies se colocan flores en sus greñas, cultivan marihuana en sus comunas, hacen el amor como estrategia contra

la guerra, y queman el sándalo que impregna de esencias míticas sus ropas y abalorios orientales. Las obras de Henry Miller aún levantan ampolla en su país, a pesar de los veinticinco años de tenaz censura⁵.

Cuba está estrenando su revolución y los pueblos de América saludan su gesta como paradigma de lo que ellos mismos en aquel momento deseaban. John F. Kennedy irrumpe en la escena política norteamericana como uno de los grandes favoritos en la carrera hacia la presidencia de los Estados Unidos. Los estamentos más jóvenes e inquietos de la sociedad empiezan a hablar en voz alta de liberación sexual y de otros tabúes impronunciados para los cada vez más escandalizados miembros de la sociedad estadounidense que heredó su puritanismo y amor al trabajo de la teología protestante, y su talante conservador de la Inglaterra que soportó con cierto orgullo la rigurosa majestad de la Reina Victoria.

El motivo del viaje de Castaneda hacia la frontera de México aquel día canicular no era otro que el de buscar información sobre plantas medicinales utilizadas por los indios de la región, con el propósito de terminar su tesis de grado para optar al título de antropólogo.

En la estación de Nogales, y mientras esperaban el bus que los devolvería a Los

⁵FORT, Carmina. CONVERSACIONES CON CARLOS CASTANEDA. Héptada Ediciones S. A. Madrid: 1961., pág. 9.

Ángeles, Bill se inclinó hacia Carlos para decirle que el hombre sentado junto a la ventana, un indio viejo, sabía mucho de plantas, sobre todo del peyote.

"Mi amigo lo saludó, luego se acercó a darle la mano. Después de que ambos hablaron un rato, mi amigo me hizo seña de unírmeles, pero inmediatamente me dejó solo con el viejo, sin molestarse siquiera en presentarnos. Él no se sintió incómodo en lo más mínimo. Le dije mi nombre y él respondió que se llamaba Juan y que estaba a mis órdenes. Me hablaba de "usted". Nos dimos la mano por iniciativa mía y luego permanecemos un tiempo callados. No era un silencio tenso, sino una quietud natural y relajada por ambas partes. Aunque las arrugas de su rostro moreno y de su cuello revelaban su edad, me fijé en que su cuerpo era ágil y musculoso. Le dije que me interesaba obtener informes sobre plantas medicinales. Aunque de hecho mi ignorancia con respecto al peyote era casi total, me descubrí fingiendo saber mucho, e incluso insinuando que tal vez le conviniera platicar conmigo. Mientras yo parloteaba así, él asentía despacio y me miraba, pero sin decir nada. Esquivé sus ojos y terminamos por quedar los dos en silencio absoluto. Finalmente, tras lo que me pareció un tiempo muy largo, don Juan se levantó y miró por la ventana. Su bus había llegado. Dijo adiós y salió de la terminal"⁶.

Ido el viejo, Castaneda se sintió incómodo por haber dicho baladronadas y de que

⁶CASTANEDA, Carlos. LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN. Fondo de Cultura Económica. México: 1973., págs. 31 y 32.

el anciano indio hubiera descubierto su juego. Después de averiguar dónde vivía don Juan y de varias visitas inútiles durante las cuales el abuelo de manera terca se negó a hablar sobre el peyote, se hicieron amigos. Más tarde Carlos sabría que don Juan no era nativo de Arizona, donde se conocieron, sino que se trataba de un indio de ascendencia yaqui y yuma, vecino del estado de Sonora, en el noreste de México.

Siendo niño todavía, sus padres lo llevaron a vivir con los indios yaquis. Cuando tenía diez años fue víctima de la barbarie y del terror de las guerras que los mexicanos organizaron contra esos indios. Su madre fue asesinada con brutalidad, y su padre hecho prisionero por el ejército mexicano. Padre e hijo fueron luego reubicados en algún sitio del estado de Yucatán. Allí se hizo adulto. Lo que le sucedió durante este período de su vida jamás lo reveló. Cuando Carlos lo acosaba con preguntas sobre el particular, el viejo respondía que no iba a decir nada, puesto que tales datos carecían de cualquier importancia.

Al principio Castaneda vio en don Juan a un tipo excéntrico que sabía mucho del peyote y que hablaba, además del yaqui, un español impecable. Aunque para la mayoría de personas cercanas a don Juan, indios como él, el viejo no era más que un pobre anciano medio chiflado, algunos muy próximos a su entorno lo consideraban dueño de un saber secreto, quiero decir que lo tenían por "brujo".

Aunque don Juan era categóricamente reacio a hablar de sí mismo, de su familia y de su ámbito más íntimo, con el correr de los años Carlos se las ingenió para sonsacarle algunos datos. Supo, por ejemplo, que había nacido en 1891; que pasó casi toda su vida en México; que en 1900 él y su familia fueron expulsados por el gobierno al centro del país, junto con miles de indios sonorenses; que permaneció allí y en el sur de México hasta 1940; que había viajado mucho. A este último hecho atribuía Castaneda el que su saber pudiera ser producto de múltiples influencias culturales. Aunque indio de Sonora, el joven antropólogo no estaba seguro de que el conocimiento del viejo estuviera del todo inserto en el contexto cultural de los yaquis⁷.

La catadura física de don Juan correspondía a la de un indio de edad proveccta, muy moreno, de cabellos blancos y cortos y con abundantes arrugas en el cuello⁸. Pese a sus sesenta y nueve años, era dueño de una complexión física recia y de una increíble forma atlética, del todo inverosímil en un hombre de su edad. Aunque de baja estatura y seco de carnes, era musculoso, fuerte y ágil; muy despierto y dotado de una mirada perturbadora en extremo, al igual que de una

⁷CASTANEDA, Carlos. Op. cit., pág. 36.

⁸CASTANEDA, Carlos. UNA REALIDAD APARTE. Fondo de Cultura Económica. México D. F. : 1977., págs. 7 y 8.

ironía y sentido del humor exquisitos y devastadores.

Su talante con respecto a los asuntos de su saber era el de un hombre de acción eficaz, enemigo de quejarse de lo que la gente llama mala suerte o fatalidad, y más enemigo aún de malgastar el tiempo y las energías en conversaciones inútiles. Desconfiaba a fondo de la capacidad de las palabras para expresar con fidelidad lo que --decía-- corresponde a la realidad esquivada. Solía afirmar que aprender por medio de la conversación es no sólo un desperdicio, sino una estupidez⁹.

Animal nocturno por antonomasia, observador sutil de los sucesos y de las personas, conocía como ninguno las sinuosidades y entretelas del alma humana. Jamás bebía licor, ni siquiera cerveza; tampoco fumaba tabaco. Sin embargo, la gente que lo conocía y, a juzgar por las cosas insólitas que le escuchaban, pensaban que el viejo vivía perdidamente borracho.

Cuando don Juan tenía unos siete años, --contaba él-- era un niño flaco y muerto de miedo. Los soldados yoris, es decir blancos, mataron sin ningún motivo a su madre, una pobre mujer indefensa. Posteriormente también balearon a su padre quien luego murió en un tren a causa de sus heridas. Antes de morir le dijo que a pesar de todo él tenía que vivir.

⁹CASTANEDA, Carlos. LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN., pág. 74.

"Prometí a mi padre que viviría para destruir a sus asesinos. Años enteros cargué con esa promesa. Ahora la promesa está cambiada. Ya no me interesa destruir a nadie. No odio a los yoris. No odio a nadie. He aprendido que los incontables caminos que uno recorre en su vida son todos iguales. Los opresores y los oprimidos se encuentran al final, y lo único que sigue valiendo es que la vida fue demasiado corta para ambos. Hoy no me siento triste porque mis padres murieron como murieron. Me siento triste porque eran indios. Vivieron como indios y murieron como indios y nunca se dieron cuenta de que antes que nada eran gente"¹⁰.

Era don Juan hombre sin rutinas y sin un solo rastro de lo que él llamaba "historia personal". Jamás se le vio preocupado por el afán de la comida diaria, y los horarios de los cuales nos esclavizamos de manera obsesiva los occidentales para cumplir con nuestras obligaciones diarias, los hacía objeto de sus chistes más corrosivos. Decía haber llegado a un punto en que no sentía apego por nada ni por nadie. Amarrarse afectiva y enfermizamente a alguien --lo cual no es lo mismo que amar-- era para él una de las formas de esclavitud más indignas de cuanto él decía representar: al guerrero y al hombre de conocimiento. Al despojo paulatino de estos incómodos lazos afectivos llamaba "borrar la historia personal". "Poco a poco he creado una niebla alrededor de mí y de mi vida", afirmaba el viejo. "Y

¹⁰CASTANEDA, Carlos. UNA REALIDAD APARTE., pág. 166.

ahora nadie sabe de cierto quién soy ni qué hago"¹¹.

Después de un año de amistad, el anciano por fin se manifestó: explicó a Carlos que poseía ciertos conocimientos recibidos de un "maestro", de un "benefactor", según sus propias palabras. Don Juan, a su vez, habría escogido a Castaneda como su "aprendiz", guiado por la señal de un augurio del "Poder", pero le advirtió en forma terminante que la tarea no era nada sencilla; que debía comprometerse a fondo, y que el proceso de aprendizaje era largo, dispendioso y plagado de dificultades y peligros, a veces mortales.

Con estas advertencias a cuestas, Carlos Castaneda empezó su aprendizaje con don Juan en junio de 1961. Como al parecer aún no había medido la magnitud del lío en el que se había metido, y seguía en su plan de antropólogo preocupado por completar su tesis de grado, durante casi todo el tiempo tomaba notas de campo, las que luego ordenaría y sistematizaría de tal modo que se convirtieron en la materia prima para escribir sus libros. Para el efecto don Juan le toleró a regañadientes escribir en su cuaderno, pero fue inflexible en cuanto a la prohibición de hacer grabaciones magnetofónicas o tomar fotografías, las cuales, en su concepto, reñían abiertamente con una de las premisas más importantes de su condición de guerrero y de hombre de conocimiento: la necesidad inmodificable

¹¹CASTANEDA, Carlos. VIAJE A IXTLAN. Fondo de Cultura Económica. México D. F. : 1975., pág. 36.

de borrar cualquier rastro de "historia personal".

Pese a su talante excéntrico y a lo difícil para descifrarlo, poco a poco el viejo le fue simpatizando a Carlos; no obstante, y sin saber por qué, su presencia le infundía un miedo mortal.

En el fondo, Castaneda se creía superior al indio dada su condición de antropólogo, de hombre de universidad. Sin duda, era a su juicio infinitamente más culto y erudito que el estafalario anciano. Algo había en él, sin embargo, que en su presencia lo ponía en abierta desventaja; un algo sutil que lo hacía aparecer débil, indefenso, ridículamente inconsistente. Carlos no podía comprender cómo su formación académica sobresaliente, su riguroso manejo del razonamiento lógico, su valiosa experiencia de hombre cosmopolita, nada podían a la hora de discutir con el indio. Sin excepción Castaneda terminaba avasallado por las exóticas aunque formidables razones del viejo, las cuales, más que razones, resultaban evidencias.

Pero lo que más desconcertaba al joven antropólogo era la arisca excentricidad del tal don Juan, su talante insólito, sus costumbres poco ortodoxas a sus ojos de occidental civilizado. Y como si fuera poco, a la dificultad anterior debía añadir la de tener que admitir en tan curioso ejemplar humano una serie de atributos físicos

y espirituales impensables en un indio de su edad, tal vez analfabeta y, sin duda, silvestre e inculto: "Sus ojos brillaban con luz propia"¹². "Caminaba con tanta agilidad y con pisada tan firme, que junto a él yo era como un niño"¹³. Aún entre la gente de su misma raza y cultura --los indios yaquis-- pasaba por hombre extraño y con quien era necesario tener cuidado: "Te dije, es muy excéntrico. Los indios de por aquí lo conocen, pero jamás lo mencionan. Y eso es por algo"¹⁴, dice Bill a Castaneda cuando, desconcertado, le cuenta los pormenores de su primero y desafortunado encuentro.

Cierto día en el que Carlos quería sacudirse de una vez por todas su sentimiento de inferioridad frente a aquel anciano a quien unos consideraban chiflado y otros impenitente borracho, --sentimiento que su orgullo le impedía soportar-- fue sorprendido a quemarropa por una pregunta desconcertante:

"-- ¿Crees que tú y yo somos iguales? --preguntó con voz nítida....

--Por supuesto que somos iguales --dije.

Naturalmente condescendía. Le tenía mucho afecto al anciano, aunque a veces no supiera qué hacer con él; sin embargo conservaba aún en el trasfondo de mi mente --sin que jamás fuera a darle voz-- la creencia de que siendo un estudiante universitario, un hombre del refinado

¹²CASTANEDA, Carlos. UNA REALIDAD APARTE., pág. 8.

¹³CASTANEDA, Carlos. VIAJE A IXTLAN., pág. 75.

¹⁴CASTANEDA, Carlos. UNA REALIDAD APARTE., pág. 9.

mundo occidental, yo era superior a un indio.
--No --dijo él calmadamente--, no lo somos.
--Por supuesto que lo somos protesté.
--No --dijo él con voz suave--. No somos iguales.
Yo soy un cazador y un guerrero, y tú eres un
cabrón.
Quedé boquiabierto. No podía creer que don Juan
hubiera dicho eso. Dejé caer mi cuaderno y lo
miré atónito y luego, por supuesto, me
enfurecí"¹⁵.

Carlos veía en las acciones y palabras de don Juan una "consistencia callada", que lo desconcertaba. En su presencia sentía un raro placer y un desasosiego inexplicable. Estar en su compañía implicaba una drástica y continua revaluación de sus parámetros de conducta y de su personal manera de pensar¹⁶.

Además de ser un viejo insólito, misterioso y difícil para "hallarle el modo", era dueño de un histrionismo maestro capaz de remedar con gracia incomparable al que le pusieran delante, hasta llevar su parodia a los umbrales del más hilarante ridículo. De manera pues que Carlos, contra lo que él bien deseara, terminó por reconocer que, a pesar de ser don Juan un extraño indio viejo, "su mundo de actos y decisiones y sentimientos precisos era en verdad superior"¹⁷.

¹⁵CASTANEDA, Carlos. VIAJE A IXTLAN., pág. 92.

¹⁶Ibid.

¹⁷CASTANEDA, Carlos. Op.cit., pág. 93.

La primera etapa del aprendizaje se inició en Arizona y se continuó en Sonora, desde el verano de 1961 hasta el mes de septiembre de 1965 a través de visitas cada vez más frecuentes a don Juan. A partir de esta fecha, Castaneda interrumpió de manera voluntaria el proceso de iniciación en el mundo de la brujería, debido al terror que suscitaron en él las pavorosas experiencias a las que lo sometió don Juan, y a la imposibilidad, en su criterio, de vivir según las exigencias del maestro, es decir, a la dificultad para despojarse de sus ideas y hábitos de vida ordinarios y asumir, hasta más allá del límite soportable, lo que don Juan denominaba "la vida del guerrero".

Durante este lapso de retiro voluntario, Carlos revisó el voluminoso corpus de notas de campo escritas durante estos cuatro años, y descubrió que si bien se resistía a una clasificación, sistematización e interpretación con base en las leyes de la lógica formal o del método propio de la ciencia positiva, poseía una extraña coherencia interna¹⁸.

Pese a la coherencia interna de la que habla Castaneda, tal experiencia le resultó incomprensible y del todo extraña a los parámetros que rigen el mundo del razonamiento lógico y el campo del saber científico a la manera de occidente. Sin embargo, --y esto es lo que a mi juicio hace más creíble su testimonio-- a pesar de

¹⁸CASTANEDA, Carlos. LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN., pág. 38.

esta dificultad, clara e insistentemente advertida por don Juan a lo largo de todo el proceso, Carlos porfió con tozudez hasta el último momento en su apremiante necesidad de comprender de manera racional lo que le estaba sucediendo. Vano resultó su esfuerzo. Ante su terquedad por entender, don Juan, muerto de la risa, le puso patas arriba su mundo y, a cambio, le ofreció una descripción pragmática de la "otra realidad", o mejor, de la misma de todos los días aunque vista con otros ojos, a la cual de manera global dio el nombre de "la explicación de los brujos".

Antes de continuar considero importante señalar el hecho de que en este universo que escapa al escrutinio racional y a las categorías lógico-científicas de occidente, y denominado en los libros de Castaneda con el término castellano "brujería", las palabras de poco sirven a la hora de intentar aprehender a través de ellas la naturaleza y esencia últimas de esa para nosotros extrañísima realidad. Las palabras en este caso se quedan cortas; mejor aún: salen sobrando. En lugar de iluminar, oscurecen; dejan de ser vehículo de revelación --epifanía-- para convertirse en instrumento de distorsión. Y por este camino resultamos víctimas de su peligroso juego: el de su laberinto encantado. Ellas, las palabras, sin embargo no tienen culpa alguna. Su incapacidad para comunicar ciertas realidades inefables, para nombrar lo innombrable, --lo que no se puede conocer, diría don Juan-- nace de una radical limitación inherente a su naturaleza, quiero decir, a la

naturaleza misma del lenguaje. Este --y con él las palabras que utilizamos para nombrar el mundo-- son hijos del pensamiento. Y el pensamiento, a su vez, lo es de nuestra cultura; don Juan diría que de la particular descripción que se nos dio del mundo desde el momento de nuestro nacimiento en el seno de una civilización determinada.

Nacimos en occidente y miramos el mundo con los ojos de la razón. Las palabras de nuestro lenguaje, en consecuencia, y en el más afortunado de los casos, sólo sirven para expresar categorías de pensamiento propias de nuestra cultura, la cual, como ya sabemos, gravita al rededor del ejercicio racional y de los quehaceres de la ciencia y de la filosofía, instrumentos ejemplares para acercarnos de manera confiable --al menos así lo creemos-- a la aprehensión y entendimiento de lo que suponemos es y contiene nuestro mundo.

La afirmación anterior no significa que el mundo sea idéntico a como lo pensamos o a como lo nombramos. Hay, de hecho, tantas descripciones del cosmos como culturas existen. Algunas ven y nombran lo que otras ignoran y callan de este inconmensurable y misterioso universo del que somos parte. Los poetas y los místicos pueden darnos testimonio de su tragedia a la hora de nombrar lo que vieron con los ojos de la intuición o del éxtasis; visión directa que por escapar a la mediación del pensamiento resulta radicalmente innombrable, o termina en

balbuceo. El poeta --que no el fabricante de versos-- sabe que libra con la palabra poética un combate mortal del que no siempre sale bien librado. Pretende que las palabras nombren lo que intuye, es decir, lo que ve, y que es incapaz de expresar con el lenguaje común. San Juan de la Cruz, hombre célibe por necesidad de su espíritu contemplativo, tuvo que recurrir --vaya paradoja-- al más ardiente y elaborado lenguaje epitalámico para dar voz a su experiencia espiritual de unión con Dios. Se pregunta uno a propósito del místico de Ávila: ¿qué tienen en común su intensa experiencia extática y su lenguaje más propio de amantes desaforados que de casto monje de clausura? Nada. Tal manera de hablar sólo se explica como desgarrador intento de comunicación de lo que, tal vez, no se pueda decir de otra manera. Incapaz de expresar lo que ha visto o desea, recurre a la analogía. En esto se cifra --dicho no sea de paso-- la conmovedora y deslumbrante belleza de su poesía. Desde esta perspectiva, san Juan de la Cruz tal vez no nos interese como místico católico, heredero de la desafortunada y ultraconservadora contrarreforma que se urdió en Trento como desesperado dique para atajar a Lutero. San Juan de la Cruz nos interesa como el poeta de "la música callada".

Don Juan Matus dice que él y los indios pertenecientes a su grupo de aprendices son brujos; Carlos Castaneda afirma que don Juan le enseñó brujería. Puesto que la totalidad de las conversaciones entre maestro y aprendiz durante un lapso de diez años se realizó en español, Castaneda, sin embargo, desea aclarar que,

cuando en el contexto de estas conversaciones se utilizan las palabras "brujo" y "brujería", ellas no tienen el sentido con el cual generalmente las utilizamos en el ámbito de nuestra cultura, esto es, significando el uso de poderes diabólicos sobre otras personas, o la convocación de espíritus a través de hechizos, encantamientos y rituales, a fin de producir efectos sobrenaturales o del mundo divino o demoníaco del más allá"¹⁹.

En varias oportunidades don Juan trató de poner nombre a su conocimiento. El más apropiado para él era "Nagualismo", aunque el término se le hacía demasiado oscuro. Denominarlo "Conocimiento", a secas, le parecía impreciso, y darle el nombre de "Hechicería", abiertamente equivocado. Dice Castaneda que también don Juan barajó otras posibilidades tales como "La maestría del intento" o "La búsqueda de la libertad total", las cuales terminó desechando por diversas razones. Finalmente aceptó llamarlo "Brujería", a sabiendas de la imprecisión del término.

A través de los años, don Juan aproximó varias definiciones de "brujería", al tiempo que aclaraba que tales definiciones cambian a medida que el conocimiento aumenta. La que más satisfizo a Carlos es esta que le escuchó hacia el final de su aprendizaje: "La brujería es el uso especializado de la energía"¹⁹, frente a estas

¹⁹CASTANEDA, Carlos. EL ARTE DE ENSOÑAR. Editorial Diana. Mexico D. F. : 1993., pág. 7.

otras: "La brujería es aplicar la voluntad a una coyuntura clave...La brujería es interferencia. Un brujo busca y encuentra la coyuntura clave de cualquier cosa que quiere afectar y luego aplica allí su voluntad²⁰. Voluntad entendida, no en el sentido de facultad de la volición del hombre común, sino en sentido mágico: una poderosa fuerza energética que el brujo aprende a desarrollar y a utilizar, y que, quien tiene la facultad de "ver", percibe como un haz de fibras luminosas que salen de una zona del vientre cercana al ombligo.

Otro término al parecer inadecuado para referirse al conocimiento de don Juan es el de "chamanismo". Dice Harner que chamán es "un hombre o mujer que está en contacto directo con el mundo de los espíritus, mediante un estado de trance y tiene uno o más espíritus bajo su dominio, para llevar a cabo sus mandatos en el bien y en el mal. Típicamente los chamanes embrujan personas con la ayuda de espíritus, o curan personas embrujadas por otros espíritus enviados por otros chamanes o por su propia voluntad"²¹.

Si tenemos en cuenta que una de las premisas fundamentales de la brujería que practica don Juan y su grupo de aprendices es la de instalar dicha brujería en los territorios del más acá, quiero decir, que opera a través del conocimiento y manipulación de fuerzas o energías presentes en este mundo terreno, aunque desconocidas para el hombre común, la asimilación de su conocimiento al de

chamanismo, como puede verse, resulta del todo inadecuada, al menos en el sentido harneriano del término.

Considero importante, pues, dejar establecido desde el principio y de la manera más clara y explícita, que la brujería que nos describen los libros de Castaneda no es de orden metafísico o sobrenatural, en la acepción que tradicionalmente le damos a estos términos en el contexto de la teología cristiana, sino que se trata de una brujería absolutamente natural, de carácter inmanente y mundano, y asimilable, en tanto hecho natural, a otros fenómenos insertos en el contexto de diversas culturas, tales como la clarividencia de los nómadas Tuareg del desierto del Sahara, las facultades curativas realizadas a través de la energía de las manos, muy famosas entre los filipinos y otros pueblos, o el ancestral Vudú de Haití o del Brasil, todos ellos reseñados y descritos por Douchan Gersi en su libro **SABIDURIAS INVISIBLES**.

El mismo Carlos Castaneda llama perentoriamente la atención sobre este aspecto del conocimiento del brujo yaqui:

“Siguiendo la sugerencia de don Juan, me he abstenido de utilizar una categoría propia de la antropología: el chamanismo, para la clasificación de su conocimiento. Siempre lo he llamado como él lo llamaba: brujería... Sin embargo, al examinar este concepto me he dado cuenta de que llamarlo brujería oscurece más el ya en sí oscuro

fenómeno que me presentó en sus enseñanzas. En trabajos antropológicos, el chamanismo es descrito como un sistema de creencias de algunos grupos nativos del norte del Asia; un sistema prevaleciente también en ciertas tribus de indios de Norteamérica, el cual sostiene que un mundo ancestral e invisible de fuerzas espirituales, benignas y malignas, predomina alrededor nuestro; fuerzas espirituales que pueden ser convocadas o controladas por practicantes, quienes son los intermediarios entre el reino natural y el sobrenatural"²².

Según un orden cósmico presidido por lo que don Juan llama "El Poder", el cual en palabras castellanas equivaldría a una suprema, apabullante e innominada entidad energética y luminosa a la cual de manera metafórica los indios yaquis asignan el nombre de EL AGUILA, ningún maestro brujo escoge a su arbitrio a un aprendiz, y ningún ser humano, motu proprio, puede solicitar las enseñanzas de un maestro. El signo mediante el cual un maestro reconoce al que será su aprendiz es un augurio del "Poder", augurio que está en capacidad de descifrar un brujo impecable. Don Juan, quien es brujo de eximias dotes y anda siempre despierto, como quiera que su especialidad se cifra en el "arte del acecho", "vio" que "el Poder" le señalaba a Carlos de manera inequívoca cuando esperaba su bus en la estación de Nogales, antes de que Bill se lo presentara. Como corresponde a lo que todo maestro debe hacer, una vez que lo "vio", lo "enganchó", es decir, lo agarró con su voluntad de brujo, con el poder de sus fibras luminosas.

Una vez "enganchado" el aprendiz, el brujo procede a iniciar un largo, dispendioso y en ocasiones peligroso proceso de instrucción. Empieza el maestro, a quien de manera indistinta, en ocasiones, se da también el nombre de "benefactor", trabajando en el aprendiz la idea de que el mundo que creemos ver, es decir, que miramos, es sólo una visión, una mera descripción o reflejo del mundo real, el cual, en tanto realidad energética última, está más allá de nuestros sentidos y de nuestra razón. Una descripción entre tantas. El problema radica en que estamos convencidos de que nuestra manera de mirar el mundo, la descripción que de él tenemos, es la única posible, la verdadera. Caemos en tan lamentable equivocación en virtud de que nuestra versión de la realidad, es decir, nuestra descripción del mundo, es la única que hemos recibido a partir del momento de nuestro nacimiento. Dicho de otro modo: no hemos sido entrenados sino para percibir el mundo de una sola manera: la que nos proporciona la cultura en la cual nacimos.

A pesar de los enormes esfuerzos del benefactor por demostrar al aprendiz, no con la razón sino de manera pragmática, tan "monumental verdad", ella resulta casi imposible de aceptar para cualquier hombre corriente. Dada, pues, su condición de hombre común, esto es inserto en la descripción del mundo de todos los días, el alumno se encuentra encerrado de manera hermética en su versión particular. Aunque desee salir, está atrapado por el mundo de sus sentidos y de su razón. Si

ello es así, se necesita de una violenta sacudida para que el aprendiz despierte y salga de su largo sueño.

Don Juan afirmaba que nuestro mundo, el mismo que percibimos desde pequeños a través de nuestros sentidos y de nuestra razón, el mismo que intentamos describir y medir por medio de la astronomía, de la ciencia física y de la biología, ese mundo real que creemos el único posible, "es sólo un mundo dentro de un grupo de mundos consecutivos, los cuales están ordenados como las capas de una cebolla"²³.

Si bien desde pequeños hemos sido entrenados para percibir nuestro mundo cotidiano, ello no significa que carezcamos de la potencialidad de aprehender otros tan reales, misteriosos, inmensos y fascinantes como el nuestro.

Sin embargo, el solo deseo no basta para que penetremos en esos misteriosos universos. Tampoco es suficiente nuestra determinación irrevocable: lo que necesitamos es una cierta cantidad de energía, a la cual don Juan da el nombre de "poder personal".

Despertar y acrecentar esa energía, o sea, adquirir cada vez más poder personal es tarea prioritaria del aprendiz bajo la guía de su benefactor.

Dice el viejo brujo que todos los seres humanos nacemos con una cantidad determinada de energía, la cual desplegamos y utilizamos a tono con los requerimientos de cada época y de cada cultura. Las características específicas de ambas determinan dentro de una gama infinita de posibilidades un determinado conjunto de campos energéticos que los humanos somos capaces de percibir y de utilizar. Para don Juan, las posibilidades de percepción humana van cambiando con el transcurso del tiempo:

"La época determina el modo de percibir; determina cuál conjunto de campos de energía, en particular, dentro de un número incalculable de ellos, será percibido. Manejar la modalidad de la época, ese selecto conjunto de campos de energía, absorbe toda nuestra fuerza, dejándonos si nada que pueda ayudarnos a percibir otros campos de energía, otros mundos"²⁴.

De ahí que, según don Juan, el hombre común, quién sólo ha aprendido a percibir, a utilizar y a desplegar la porción de energía que tiene que ver con la aprehensión sensitiva y racional de su propio mundo, no está entrenado, carece de la energía suficiente para acceder al mundo de los brujos:

"Utilizando solamente la energía de que dispone, no puede percibir los mundos que los brujos perciben. A fin de percibirlos, los brujos necesitan utilizar un conjunto de campos de energía que habitualmente no se usan.

Naturalmente, para que el hombre común y corriente perciba esos mundos y entienda la percepción de los brujos, necesita utilizar el mismo conjunto que los brujos usaron. Y esto desgraciadamente no es posible, porque toda su energía ya ha sido desplegada"²⁵.

La primera etapa del aprendizaje de la brujería tiene, pues, como finalidad despertar al aprendiz de su marasmo racionalista, y disponerlo para que empiece a acumular la energía o el poder personal que le abrirá la puerta del indescriptible, fascinante y pavoroso mundo de los brujos. Este primer paso es indispensable en el caso de que el aprendiz no sea indio, o de que siéndolo "esté incompleto", es decir, que a causa de haber engendrado hijos, su energía haya sufrido mengua, o que, a causa de la aculturación, se encuentre occidentalizado. Esta especie de ritual iniciático se cumple mediante una serie de técnicas precisas que hacen parte de un dispendioso, largo y riguroso entrenamiento, al final del cual, el aprendiz deberá estar en capacidad de "ver", diferente de la de "mirar", que es lo que hacemos todos los días. En el mundo de la brujería de los indios yaquis, "ver" equivale a percibir la otra cara de la realidad del mundo, la oculta, que al fin de cuentas es la misma que percibimos con nuestros ojos racionales, o "primera atención", sólo que vista con nuestros ojos no racionales, o "segunda atención". Importa mucho no olvidar que para el benefactor de Carlos, la realidad es una, sólo que susceptible de ser aprehendida de diferentes maneras, según los "ojos" de que dispongamos para hacerlo. A esta cara oculta de la realidad mundana, a

este lado insólito y desconocido del mundo, Castaneda da el nombre de "realidad no ordinaria", la cual es posible percibir, afirma él, sólo en "estados de consciencia acrecentada".

La posibilidad de "ver" sólo es posible a partir del derrumbe radical de la realidad mundana de todos los días, la cual, según don Juan, no es más que una descripción del mundo --una más entre tantas--, y del desplome de los parámetros sensoriales y racionales con los cuales nos han enseñado a percibir y a interpretar el mundo desde que estamos pequeños. Para el caso particular de Castaneda, quien no era indio como los otros aprendices de don Juan, la posibilidad de llegar a "ver", implicó que la propedéutica de esa demolición, de ese derrumbe, se realizara en forma traumática y por demás dolorosa.

En beneficio de tal propósito, don Juan utilizó en esta primera etapa del aprendizaje --y sólo en ella-- tres plantas psicotrópicas: peyote (*Lophophora Williamsii*), toloache (*Datura Innoxia*) y un hongo alucinógeno (posiblemente *Psilocybe Mexicana*).

Los indios americanos --al menos los de Mesoamérica-- ya conocían de las propiedades y usos de estas tres plantas desde tiempos inmemoriales, mucho antes de la invasión española. En el marco específico de su conocimiento, don

Juan atribuía al uso de la *Datura Innoxia*, también conocida entre la gente por el nombre de "yerba del diablo", y al uso de la *Psilocybe Mexicana*, llamada por don Juan "el humito", la propiedad de dar poder personal o la energía que el aprendiz necesita para "ver", energía que el benefactor de Carlos identificaba con "el aliado". Y al uso de la *Lophophora Williamsii* la facultad de dar sabiduría o conocimiento de una impecable manera de vivir.

El uso de plantas alucinógenas, en este caso --opina Octavio Paz, autor del prólogo del primer libro de Castaneda--, es equivalente a las prácticas ascéticas: son medios predominantemente físicos y fisiológicos para provocar la iluminación del aprendiz: "Apenas si debo añadir que, para ser eficaz, el empleo de las sustancias alucinógenas ha de insertarse en una visión del mundo, una escatología, una teología, un ritual". "...Las drogas, las prácticas ascéticas y los ejercicios de meditación no son fines sino medios. Si el medio se vuelve fin, se convierte en agente de destrucción. El resultado no es la liberación interior sino la esclavitud, la locura y no la sabiduría, la degradación y no la visión... Los alucinógenos, por lo demás, sólo son útiles en la primera fase de la iniciación. Sobre este punto Castaneda es explícito y terminante: una vez rota la percepción cotidiana de la realidad --una vez que la visión de la otra realidad cesa de ofender a nuestros sentidos y a nuestra razón-- las drogas salen sobrando"²⁶.

Cuenta Castaneda que se encuentran entre los indios algunos aprendices tan despiertos y bien dotados, tan "completos para el ver" --dirá la Gorda, una de las aprendices de don Juan--, que nunca necesitaron del uso de "plantas de poder" durante esta primera etapa del aprendizaje, o apenas si las utilizaron. Tal el caso de Eligio, el mejor aprendiz de don Juan, quien sólo se valió de ellas por una sola vez. Lidia, Josefina y Rosa, también aprendices de don Juan, y más conocidas por el remoquete de "las hermanitas", nunca recibieron plantas psicotrópicas, pues, según Lidia, estas plantas sólo se le dan a la "gente vacía"²⁷, que, en concepto de la Gorda, son aquellas personas que por haber engendrado hijos han cedido parte apreciable de su energía, hecho que aparece evidente para quien tiene la facultad de "ver", en la curiosa forma de un hueco, parche u opacidad que afecta la integridad del capullo o huevo luminoso, que es la forma como estos videntes perciben al ser humano durante su acto de "ver".

Por supuesto que esta clase de aprendices superdotados se da casi que de manera exclusiva entre los indios, a condición de que no se encuentren demasiado occidentalizados, como en la actualidad lo están la mayoría de los que aún quedan. Si tenemos en cuenta que Carlos Castaneda era un universitario engreído, dueño, como es apenas natural, de un racionalismo hirsuto, a lo cual debía añadir ser hombre de condición violenta y temperamento indómito, es entendible que a don Juan no le quedara camino diferente del de "reventarlo a base de hierbas", para

usar su mismas palabras.

Por otra parte, las plantas de poder sólo son utilizadas por brujos de notable pericia en el manejo de estas hierbas, lo cual hasta cierto punto es garantía de seguridad en el sentido de minimizar hasta donde sea posible los devastadores efectos de estas sustancias sobre la integridad física, afectiva y mental de los aprendices.

Con hierbas o sin ellas, el viejo brujo consideraba los que Castaneda llama "estados de realidad no ordinaria" o "estados de conciencia acrecentada", como la única forma posible de aprendizaje pragmático de la brujería, y el único medio de adquirir el poder que llevará al aprendiz a convertirse primero en guerrero, esto es en brujo, y luego, si los alientos y la determinación le alcanzan, en hombre de conocimiento.

Ello quiere decir que no todo aprendiz se convierte en brujo, ni todo brujo en hombre de conocimiento, de quien es privativo el, para don Juan, "incomparable arte de ver". Tal es el caso de don Julián, benefactor de don Juan, quien siendo brujo de singular virtuosismo e inimaginable poder, jamás realizó la hazaña de "ver", a la manera como lo hacen el propio don Juan, don Genaro y algunos de sus aprendices.

Premisa fundamental de las enseñanzas de don Juan conducente al aprendizaje del "ver" era que los "estados de conciencia acrecentada" o "estados de realidad no ordinaria" producidos por la ingestión de cualquiera de las tres plantas psicotrópicas ya mencionadas, no eran meras alucinaciones, como la gente común suele creer, sino aspectos concretos, aunque no comunes de la realidad del mundo de todos los días.²⁸.

Este es otro aspecto difícil de aceptar desde la óptica de nuestra cultura occidental. Para nosotros el uso de drogas psicotrópicas está asociado con la evasión de la realidad, con la distorsión de la percepción de los sentidos y de la lucidez mental, en otras palabras, con el ingreso al reino de la locura, a las tinieblas del vicio y de la degradación humana. Desde luego, no nos falta razón. Lo que nos ha pasado en occidente con las drogas alucinógenas es que, como piensa Octavio Paz, al convertir el medio en fin hemos prostituído la ceremonia indígena: "Las drogas alucinógenas se han vuelto potencias destructivas porque han sido arrancadas de su contexto teológico y ritual. Lo primero les daba sentido, trascendencia; lo segundo, al introducir períodos de abstinencia y de uso, minimizaba los trastornos psíquicos y fisiológicos. El uso moderno de los alucinógenos es la profanación de un antiguo sacramento, como la promiscuidad contemporánea es la profanación del cuerpo"²⁹.

Para don Juan las plantas sólo eran "vehículos" que conducían al aprendiz a ciertas fuerzas o "poderes impersonales", llamados "aliados"; y los estados, producto de su efecto sobre el cuerpo, los llamaba "encuentros" que el aprendiz debía tener con esos "poderes", como prerequisite para tener dominio sobre ellos, y adquirir poder personal o conocimiento, según la clase de planta que utilizase, bajo la estricta supervisión del benefactor³⁰.

Aunque sobre este punto de la energía aplicada a la brujería don Juan afirmaba que existen algunos objetos dotados de cierta cantidad de poder, tales como plumas, piedras, semillas o cuarzos, los cuales deben su asombrosa virtualidad para causar daño a las artes de brujos poderosos, él, hombre de conocimiento, los desdeñaba, pues en su concepto sólo eran de la predilección de brujos de pacotilla, cortos de vista por lo demás, los cuales jamás llegaron a "ver". Estos, tal vez a causa de su limitación, se interesaban más en hacer el mal o en causar la muerte a alguno de sus malquerientes, en jugar mortalmente con sus enemigos, que en convertirse en hombres de conocimiento.

Cuando un hombre, por obra de los inescrutables designios del Poder, de brujo se convierte en hombre de conocimiento, ya no le interesan esos asuntos menores, puesto que ha aprendido a través de su "ver" que, en absoluto, nada es importante, ni siquiera él mismo, ni sus semejantes, mucho menos el mundo de

los objetos. Por tanto, para él deja de tener sentido la posibilidad de afectar a otro en el bien o en el mal, puesto que ha perdido ya todo interés por las personas y toda ambición personal por las cosas.

Estos objetos henchidos de poder son cultivados por brujos poderosos, aunque "cortos de vista", como hemos dicho, con ayuda de entidades amigas o "aliados" -- fuerzas cósmicas--, que los convierten en herramientas de muerte. Aunque dotados de poder letal, el escaso valor de esos objetos radica en que no son sino eso, objetos al servicio de la muerte, sin ninguna capacidad de proporcionar conocimiento. Según don Juan, más que objetos de poder, son "modos de poder", cuya virtualidad depende del poder de su dueño. Contaba que cuando era joven él mismo los tuvo y cultivó: cuarenta y ocho granitos de maíz pinto, cristales y plumas.

Explicaba el viejo que un solo granito de maíz es capaz de matar a un ser humano si logra entrar en su cuerpo. Cuando esto sucede, el hombre se enferma y, a menos que quien le preste auxilio sea más poderoso que el que le administró la brujería, morirá tres meses después. La única manera de salvarlo consiste en sacarle el maicito del lugar del cuerpo donde se alojó, lo que no constituye de por sí mayor motivo de esperanza, puesto que son escasos los brujos que se comprometen en tan riesgoso menester; si el curandero no es lo suficientemente

eficaz, el maíz se introducirá en su propio cuerpo, matándolo en lugar del otro.

--¿Puede comerse el maíz un pájaro antes de que el hombre lo toque? (Pregunta Carlos a don Juan).

--No (Responde el viejo). Ningún pájaro es tan estúpido, te lo aseguro"³¹.

Los objetos de poder, dice don Juan, son tonterías, son como juguetes de niños al pie del poder de un "aliado". Castaneda deberá aceptar esta elemental realidad de la brujería, y antes que perder el tiempo buscando objetos de poder, deberá conseguirse un "aliado"³² que lo ayude a convertirse en hombre de conocimiento, en vidente.

UNA SACUDIDA MONUMENTAL

El viernes 23 de junio de 1961 don Juan decide por fin empezar la enseñanza sobre "Mescalito", que es la manera como él llama al peyote. Pone sin embargo una e incancelable condición: Carlos deberá resultar airoso en una prueba inicial que consiste en "hallar su sitio" en alguna área del zaguán de la casa del brujo. El tal sitio, según explicaba, es el lugar donde cada uno puede sentirse feliz y fuerte de manera natural. Se trata de un lugar único y la tarea consiste en identificarlo sin equivocación. Ante tan exótica solicitud, Carlos se siente ridículo y burlado. No le cabe la menor duda: el anciano es irremediabilmente excéntrico y amigo de chascarrillos y tomaduras de pelo.

Don Juan finge enojarse y advierte a Castaneda de manera perentoria que, de no encontrar "su sitio", ello querría decir que en adelante ya nada tendrían de qué hablar y que, en consecuencia, podía marcharse cuando a bien tuviera. Después de más de seis horas difíciles durante las cuales Carlos se pone a rodar por el suelo, a ciencia y conciencia de estar perdiendo el tiempo, además de colocarse de manera gratuita en el plan de hazmerreír del viejo, consigue por fin identificar el tal lugar, mediante el extraño procedimiento de "sentir con los ojos".

"Me pediste que te enseñara los asuntos de Mescalito -- dijo--.Yo quería saber si tenías espinazo como para conocerlo cara a cara. Mescalito no es chiste. Debes ser dueño de tus recursos. Ahora sé que puedo aceptar tu solo deseo como una buena razón para aprender"³³.

Luego de un viaje nocturno a casa de un indio amigo de don Juan, Carlos tiene la primera experiencia con plantas psicotrópicas en compañía de otros cinco indios: mastica siete botones de peyote. Como resultado obtiene un evento que cualquiera de nosotros no dudaría en calificar de alucinatorio, en el que siente que al hablar no son palabras lo que sale de su boca, sino que sus pensamientos no dichos emergen de su cavidad bucal en forma líquida: "Era un fluir agradable de palabras líquidas"³⁴.

Alza luego la cabeza y ve acercarse un perro negro de tamaño mediano. El animal viene a beber el agua que hay en un recipiente junto a Carlos. Al verlo frente a sí, Castaneda hace un ademán con la mano con el fin de apartarlo del agua destinada a humedecer la boca ardiente y reseca de los masticadores de peyote.

De pronto, cuenta con asombro, el perro se tornó transparente. El agua era un líquido traslúcido y viscoso. Vio bajar el agua por la garganta del perro hasta que llegó a su estómago. La vio correr pareja a lo largo de todo el animal, hasta brotar por cada uno de sus pelos. Vio el líquido iridiscente viajar a lo largo de cada pelo individual y proyectarse más allá de la pelambre hasta formar una melena larga,

blanca y sedosa.

"... Me volví en busca de don Juan, pero no pude distinguir nada ni a nadie. Todo cuanto podía ver era al perro, que se volvía iridiscente; una luz intensa irradiaba de su cuerpo. Vi otra vez el flujo del agua atravesarlo, encenderlo como una hoguera. Me llegué al agua, hundí el rostro en la cacerola y bebí con él. Tenía yo las manos en el suelo frente a mí, y al beber veía el fluido correr por mis venas produciendo matices de rojo, amarillo y verde. Bebí más y más. Bebí hasta hallarme todo en llamas. Resplandecía de pies a cabeza. Bebí hasta que el fluido salió de mi cuerpo a través de cada poro y se proyectó al exterior en fibras como de seda, y también yo adquirí una melena larga, lustrosa, iridiscente. Miré al perro y su melena era como la mía. Una felicidad suprema llenó mi cuerpo, y corrimos juntos hacia una especie de tibieza amarilla procedente de algún lugar indefinido. Y allí jugamos. Jugamos y forcejamos hasta que yo supe sus deseos y él supo los míos. Nos turnábamos para manipularnos mutuamente, al estilo de una función de marionetas. Torciendo los dedos de los pies, yo podía hacerle mover las patas, y cada vez que él cabeceaba yo sentía un impulso irresistible a saltar. Pero su mayor travesura consistía en agitar las orejas de un lado a otro para que yo, sentado, me rascara la cabeza con el pie. Aquella acción me parecía total e insoportablemente cómica. ¡Qué toque de ironía y de gracia, qué maestría!, pensaba yo. Me poseía una euforia indescriptible. Reí hasta que me fue casi imposible respirar..."³⁵.

Carlos describe a don Juan su experiencia con el perro, y este opina que se trata de un excelente augurio el que "Mescalito" haya jugado con él, porque --afirma--

si bien él es festivo y juguetón, otras veces es terrible, pavoroso. Considera el viejo que Carlos es la única persona que él conoce con quien haya tenido "Mescalito" un encuentro de tan feliz pronóstico³⁶.

Es a partir de este inicial y afortunado suceso cuando don Juan asume de manera definitiva la enseñanza de Carlos en los asuntos atinentes a la brujería y que lo conducirán con el tiempo, al igual que su benefactor, a convertirse en hombre de conocimiento. Fueron diez largos años de penurias anímicas, de dudas insalvables, de riesgos, en ocasiones, mortales. Entretanto, Castaneda no cree una sola palabra de lo que don Juan le está diciendo:

--¿Cómo protege Mescalito a la gente?
--Aconseja. Responde cualquier cosa que le preguntes.
--¿Entonces, Mescalito es real, Digo, es algo que puede verse?
Pareció desconcertado por mi pregunta. Me miró con una especie de expresión vacía.
--Lo que quise decir es que Mescalito...
--Oí lo que dijiste. ¿Qué, no lo viste anoche?
Quise decirle que sólo había visto un perro, pero noté su mirada de extrañeza.
--¿Entonces cree usted que lo que vi anoche era él?
Me miró con desprecio. Chasqueó la lengua, sacudió la cabeza como si no pudiera creerlo, y en tono muy belicoso añadió:
--¿A poco crees que era tu... mamá?³⁷.

Y empieza a transmitirle el saber acerca de "los aliados", de la misma forma como él lo recibió de su benefactor. En su concepto, un "aliado" es una entidad amiga capaz de dar poder personal o la energía que un hombre necesita para percibir y acceder al mundo de los brujos. Es un poder que un ser humano puede atraer a su vida para que lo ayude, lo aconseje y le dé fuerza para hacer lo justo, pero también lo injusto. Es el auxilio indispensable para "saber", para "ver", es decir, para convertirse en hombre de conocimiento: "Un aliado te hará ver y entender cosas sobre las que ningún ser humano podría jamás iluminarte"³⁸.

Según el maestro, no se trata de un espíritu ni de un guardián. Es simplemente una fuerza, una energía que está presente en el mundo, y que el brujo puede domesticar, ponerla a su servicio. Aunque hay muchas clases de aliados, don Juan conoce tan solo dos: el que la gente suele llamar "yerba del diablo", dispensador de poder y el que menciona con el nombre cariñoso de "el humito", capaz de llevar a un hombre más allá de sus propios límites.

El poder personal que acumula un brujo puede canalizarse en dos direcciones, dependiendo del aliado que se busque. Así, por ejemplo, quien busca la "Yerba del diablo" y la hace su aliado, se convertirá en brujo de inconcebible poder. Esta inmensa energía sin embargo, así en bruto, es peligrosa para su dueño. Un brujo, engolosinado con un poder de semejante calibre, con frecuencia usará mal de él,

y terminará destruyendo a otros y destruyéndose a sí mismo. Eso fue, en opinión de don Juan, lo que sucedió a los toltecas o antiquísimos brujos llamados del "primer ciclo", quienes después de haber llegado a la madurez de una edad dorada, hace milenios, vinieron a menos y desaparecieron en su mayoría, incluso antes de la conquista española. Contaba el anciano que estos brujos toltecas fueron en la antigüedad hombres poderosos, sombríos, los cuales obsesionados con su descomunal poder, utilizaron sus secretos para subyugar a sus enemigos. Esta práctica desafortunada de la brujería, que, dicho no sea de paso, aún se prolonga hasta nuestros días, condujo a esos indios, en opinión de don Juan, no al conocimiento sino a su ruina. Su fijación morbosa en la espectacularidad de su poder los volvió descuidados, avaros, y terminó por socavar su verdadera fuerza interior. Cuando llegaron sus enemigos, los aztecas, no tuvieron cómo defenderse y casi todos fueron destruidos sin misericordia. Luego, siglos más tarde, vinieron los españoles y acabaron con lo poco que quedaba de su antiguo esplendor. Desde luego, explicaba el brujo indio, hubo videntes que escaparon a ese deprimente destino; fueron brujos que a pesar de todo jamás dejaron de ser hombres de conocimiento. El, Juan Matus y su grupo de aprendices, se consideran herederos y continuadores de esos videntes magníficos, y pertenecen, según sus palabras, a los "videntes del segundo ciclo"³⁹.

Quien busca, doma y utiliza como aliado "el humito", se convertirá en hombre de

conocimiento, a condición de que se someta a una drástica disciplina que lo lleve a vivir como guerrero "una vida impecable".

Por supuesto que la "impecabilidad" no debe entenderse aquí en el sentido moral judeo-cristiano de vivir sin pecado, quiero decir, de estar, como dicen los teólogos, en gracia de Dios. En el contexto de sus enseñanzas, don Juan explicaba la "impecabilidad" como la capacidad de vivir según los imperativos del código del guerrero y del hombre de conocimiento, cuyos fundamentos aparecerán en la segunda parte de este ensayo. Por lo pronto puedo adelantar que el de la brujería yaqui es un mundo que poco o nada tiene que ver con el conjunto de principios y normas morales que heredamos de la teología cristiana. La impecabilidad no debe confundirse, pues, con la eticidad religiosa. "La impecabilidad --dice don Juan--, es, simplemente, el mejor uso de nuestro nivel de energía", el cual, "naturalmente requiere frugalidad, previsión, simplicidad, inocencia y, por sobre todas las cosas, exige la ausencia de la imagen de sí"⁴⁰, o lo que el maestro de Carlos denomina pérdida de la importancia personal.

La moralidad del hombre de conocimiento, más que la del simple brujo, está cimentada ante todo en la necesidad de vivir en acuerdo pleno y lúcido con la naturaleza íntima del mundo del cual él es, apenas, una pequeñísima parte, entendiendo por tal el universo como una inabarcable y misteriosa totalidad

orgánica, viva y consciente. En nuestra incapacidad para "ver" la faz oculta, profunda y primordial del mundo --piensan estos brujos herederos de los antiguos toltecas-- los hombres hemos caído en el sofisma de creer en un Dios personal, esencialmente distinto del universo, aunque causa de él, y en la simpleza de aceptar como cierta la creencia de que el ser humano en cuanto hijo de ese Dios creador, dotado además de un alma espiritual e inmortal creada a su imagen y semejanza, y cuya abrumadora superioridad sobre los demás seres que pueblan la tierra supuestamente se fundamenta en el privilegio exclusivo de su racionalidad, fue entronizado por Dios desde el Génesis como el señor del mundo y el rey de la creación. Especie de patente de corso ésta que, a título de señores y dueños, nos ha autorizado para devastar la naturaleza y diezmar la vida, con el discutible argumento de transformarlas para beneficio nuestro y de la humanidad.

"Entonces dijo Dios: 'Hagamos un hombre a imagen nuestra, conforme a nuestra semejanza, para que domine en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en los ganados, y en todas las bestias salvajes, y en todos los reptiles que reptan sobre la tierra'. Creó, pues, Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios creole, macho y hembra los creó. Y los bendijo Dios y díjoles: 'Procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que bulle sobre la tierra'"⁴¹.

Y por esta vía nos vamos quedando sin agua; en pocos años hemos desaparecido tal vez para siempre incontables especies vegetales y animales, las cuales

necesitaron millones de años de evolución para alcanzar el estado de desarrollo en el que las conocimos; con desalentadora rapidez vamos convirtiendo la tierra y el conjunto de sus aguas oceánicas, fluviales y lacustres en desolado yermo, en fétido albañal. Para el hombre de conocimiento o brujo vidente, el ser humano está en la inconcebible inmensidad de ese organismo vivo y consciente que es el universo, a la manera como --valga la analogía--, la diminuta ameba en algún remoto sitio del intestino humano. Ella, en su abrumadora pequeñez, tal vez no sea consciente de la totalidad del cuerpo en el cual habita, ni del papel --bueno o malo-- que cumple dentro de él. De ahí que el guerrero busque un modo de vida --un ethos-- que, en tanto armonice con el mundo, con los demás seres vivientes y con él mismo, devenga en código de conducta, en expresión estética de sí mismo.

"El verdadero desafío para esos brujos videntes --continuó don Juan-- fue encontrar un sistema de conducta que no fuera trivial o caprichoso, y que fuera capaz de combinar la moralidad y el sentido de la belleza que distinguen a los brujos videntes de los simples hechiceros. Y ese sistema se llama el arte del acecho"⁴².

Al margen de los aliados --"la yerba del diablo" y "el humito"-- se encuentra el que don Juan, con el más grande de los respetos, denomina "Mescalito", conocido también como peyote, el cual es considerado por el viejo como otra clase de poder. Lo define como "un poder único, protector y maestro", que saca al hombre de sí mismo para darle conocimiento acerca de la mejor manera de vivir.

En cuanto al Toloache o "yerba del diablo", se trata de un poderoso aliado que tiene sus graves inconvenientes: malogra a los hombres. Los hace probar un poder inconcebible antes de que sus corazones estén fuertes, de tal manera que embriagados con el artificio de su fuerza, se vuelven dominantes, caprichosos, arbitrarios. La traicionera yerba, por paradójico que parezca, los hace débiles y vulnerables en medio de su colosal poder. Según don Juan, quien se hace su aliado, más temprano que tarde pagará un precio excesivo. La tal yerba --explica el anciano indio--, tiene cuatro "cabezas" o partes, que el iniciado deberá aprender a domar poco a poco, en el siguiente orden: primero la raíz, encargada de proporcionar al brujo un poder sin límites; luego, el tallo y las hojas, los cuales sirven para curar enfermedades; enseguida, las flores, las que vuelven locos a los hombres, los hace sumisos al punto de llegar hasta matarlos con facilidad; finalmente, las semillas, llamadas también "la cabeza sobria", la más poderosa de todas, proporciona templanza de espíritu y fortaleza de corazón.

Decía don Juan que el mal efecto de la "yerba del diablo" se podía contrarrestar conquistando de manera rigurosa, sin cometer ningún error, sus cuatro cabezas. Pero por lo general la peligrosa planta resultaba implacable con sus adeptos, pues lograba enloquecerlos y matarlos antes de que llegaran a los secretos de la cabeza sobria. Según el maestro, contadas personas podían tener en su haber la hazaña

de haber domado la "Yerba del diablo" sin perecer en el intento. Por otra parte, la tal yerba, la que es casi humana por ser macho y hembra, era planta de pocos amigos. Exigía un ritual y una experiencia muy refinados para domarla. Carlos, bajo la conducción de don Juan, experimentó en su cuerpo toda la gama de sus prodigiosos aunque perturbadores efectos. El viejo indio, por su parte, dizque también la utilizó en su juventud de la mano de don Julián, su benefactor. Sólo que ya por estos años, aun sintiendo gran respeto por ella, no es amigo de recurrir a sus servicios ni al ejercicio de ningún otro poder, aunque de vez en cuando dizque se ve obligado a ejercerlo por pura necesidad.

Sucede que el viejo se ha dislocado un tobillo. Según cuenta su nuera, quien no es bruja, todo se debió a un accidente casero, a un mal paso. Don Juan sonrío complaciente y afirma que no hay tal, que lo que en realidad ocurrió fue algo diferente: casi lo mata la Catalina, su enemiga mortal. La tenebrosa bruja estuvo bien cerca de aniquilarlo, pues lo cogió desprevenido al entrar en su casa convertida en chanate. Ella es un chanate del mismo modo que don Juan es un cuervo. Mejor: don Juan es un hombre que sabe cómo convertirse en cuervo, igual que la Catalina, que de encantadora muchacha indígena puede pasar a chanate. Ante un Carlos boquiabierto e incrédulo, don Juan explica con la mayor naturalidad que la tal transformación no es nada del otro mundo. El secreto consiste en que, siendo viejos zorros de las artes de brujería, dominan a la perfección la técnica de

transformarse en animales, común por lo demás, a brujos y chamanes de diversas latitudes y culturas. Pero volviendo a la Catalina, don Juan susurra a Castaneda en tono dramático que como ya entendió que esa temible mujer es su enemiga mortal, él necesita acabarla antes de que ella lo haga con él. Simple cuestión de supervivencia. Para medírsele a trance tan riguroso, recurrirá a las indicaciones de su gran aliado "el humito", y a los buenos oficios del aterrorizado Carlos quien, ante tan pavorosa solicitud, sólo desea que se lo trague la tierra.

A lo largo de sus diez años de aprendizaje, pese a su terror y a sus reticencias, don Juan obligó a Carlos a tener tres encuentros terroríficos con la peligrosa bruja, los cuales, al final de cuentas, como dice la regla de los brujos, no fueron más que una celada maestra que el ladino indio le tendió al aprendiz con el propósito de "atraparlo", acorralándolo hasta llevarlo más allá de sus límites. El siguiente fragmento corresponde al segundo "encuentro":

"Cuando me hube detenido, don Juan me hizo, con la cabeza, seña de mirar. La Catalina estaba parada en el sitio donde don Juan me había agarrado el brazo. Respingué involuntariamente. La mujer dio unos pasos hacia el coche y se paró desafiante.

La escudriñé con cuidado y concluí que era hermosa. Era muy morena y rechoncha, pero parecía fuerte y muscular. Tenía un rostro redondo, lleno, con pómulos altos y dos largas trenzas de cabello negrísimo. Lo que más me sorprendió fue su juventud. No podría tener mucho más de treinta años a los sumo"....

"La Catalina dio tres o cuatro pasos hacia mi coche y se detuvo a unos tres metros de distancia. Nos miramos. En ese momento sentí que no había en ella ninguna amenaza. Sonreí y la saludé con la mano. Ella rió como una niña tímida, y se cubrió la boca. Me sentí deleitado. Me volví a don Juan para comentar la apariencia y la conducta de la muchacha, y él casi me mata de susto con un grito.

--¡No le des la espalda a esa mujer, hijo de la chingada! Dijo con voz conminante. Me volví rápidamente a mirar a la Catalina. Había dado otros pasos hacia el coche y se hallaba a menos de metro y medio de mi puerta. Sonreía; sus dientes eran grandes y blancos y muy limpios. Pero había algo extraño en su sonrisa. No era amistosa; era una mueca contenida; sólo sonreía la boca. Los ojos, negros y fríos, me miraban con fijeza.

Experimenté un escalofrío en todo el cuerpo. Don Juan echó a reír en un cacareo rítmico; tras un momento de espera, la mujer retrocedió despacio y desapareció entre la gente"⁴³.

LA HIERBA PARA VOLAR Y LA PIPA DE LA SABIDURIA

Pero, sin duda, uno de los pasos más insólitos y sorprendentes del aprendizaje de la brujería, tiene que ver con la doma de la segunda parte de la raíz de la "yerba del diablo". Durante este evento, don Juan enseña a Carlos a volar a la manera de un pájaro. Mientras esto ocurre, el aprendiz aterrorizado, no puede dar crédito a lo que le está sucediendo:

"Don Juan me miraba con fijeza. Di un paso hacia él. Mis piernas eran como de hule y extremadamente largas. Di otro paso. Las juntas de mis rodillas parecían tener resorte como una garrocha para el salto de altura; se sacudían y vibraban y se contraía elásticamente. Avancé. El movimiento de mi cuerpo era lento y tembloroso: más bien un estremecimiento ascendente y hacia adelante. Bajé la mirada y vi a don Juan sentado debajo de mí: muy por debajo de mí. El impulso me hizo dar otro paso, aún más largo y elástico que el precedente. Y entonces me elevé. Recuerdo haber descendido una vez; entonces empujé con ambos pies, salté hacia atrás y me deslicé bocarriba. Veía el cielo oscuro sobre mí, y las nubes que pasaban a mi lado. Moví el cuerpo a tirones para ver hacia abajo. Vi la masa oscura de las montañas. Mi velocidad era extraordinaria. Tenía los brazos fijos, plegados contra los flancos. Mi cabeza era la unidad directriz. Manteniéndola echada hacia atrás, describía yo círculos verticales. Cambiaba de dirección moviendo la cabeza hacia un lado. Disfrutaba de libertad y ligereza como nunca antes había conocido..."⁴⁴

Pero Carlos Castaneda, el racionalista empedernido, no quiere dar crédito ni siquiera a sus propios ojos. Don Juan, fiel a su plan de demolerle sin misericordia las columnas maestras sobre las que sostiene la estructura de su percepción y de su conocimiento, fustiga su tendencia obsesiva a querer explicación para todo lo que le sucede, echando por la borda cuanto le ha repetido tantas veces: aunque muchas cosas pueden ser explicadas por la razón humana, un número infinito de sucesos y de fenómenos de nuestro mundo son propios del ámbito misterioso e infinito donde la razón no alcanza. Ni siquiera pertenecen al mundo de lo desconocido; están mucho más allá, en el territorio de "lo que no se puede conocer".

--¿De verdad volé don Juan?

--Eso me dijiste. ¿No?

--Ya lo sé, don Juan. Quiero decir, ¿voló mi cuerpo? ¿Me elevé como un pájaro?

--Siempre me preguntas cosas que no puedo responder.

Tú volaste. Para eso es la segunda parte de la Yerba del diablo. Conforme vayas tomando más, aprenderás a volar a la perfección. No es asunto sencillo. Un hombre vuela con ayuda de la segunda parte de la Yerba del diablo. Nada más eso puedo decirte. Lo que tú quieres saber no tiene sentido. Los pájaros vuelan como los pájaros y el enyerbado vuela así.

--¿Así como los pájaros?

--No. Así como los enyerbados.

--Entonces no volé de verdad, don Juan. Volé sólo en mi imaginación, en mi mente. ¿Dónde estaba mi cuerpo?

--... El problema contigo es que nada más

entiende las cosas de un modo. No piensas que un hombre vuele, y sin embargo un brujo puede recorrer mil kilómetros en un segundo para ver qué está pasando... Con que ¿vuela o no vuela?"⁴⁵.

Después de este episodio más que surrealista para nuestra casi inexpugnable mentalidad occidental, aparece la primera experiencia de Carlos con el "aliado" de don Juan: "el humito".

Para utilizar "el humito" don Juan tiene su propia pipa, la misma que le dio su benefactor, y la que a su debido tiempo Carlos recibirá del maestro al término de un largo y meticuloso proceso que tiene como finalidad el que el poder de la pipa no se vuelva contra ellos.

La mezcla que inhala don Juan está hecha a base de unos honguitos que sólo se consiguen en determinados sitios de México y en ciertas épocas del año. La fórmula de su mezcla es un verdadero secreto heredado de su benefactor, el nagual don Julián. La pipa, advierte el viejo, es para toda la vida. Debe tratársela con cuidado infinito, con extraordinario respeto. Para manejarla deben estar secas las manos, sin rastro de sudor, y nada más debe fumarse en ella cuando se está a solas. Nadie diferente de su dueño debe verla, a no ser que quien la fuma tenga la intención de legarla a su aprendiz. Si la pipa se pierde o se rompe su dueño

perecerá por tal causa de manera inexorable. A los riesgos anteriores es necesario agregar el de la dificultad para combinar adecuadamente sus ingredientes, que hace de estos hongos una de las sustancias más venenosas que don Juan conoce.

Don Juan urge a Castaneda a que fume de su pipa, pero Castaneda se aterroriza de tal manera que intenta disuadir al viejo a cualquier precio. Intuye que, de fumar en ella, algo muy grave y desagradable le puede ocurrir. No andaba equivocado. El tal evento resultó algo perfectamente aterrador. Durante él tuvo, entre otras extrañas y pavorosas experiencias, la muy singular de perder durante algunas horas la solidez de su propio cuerpo físico. Atravesó sin dificultad alguna muros y puertas cerradas, volviendo añicos, ante sus propios ojos incrédulos, la venerable ley física de la impenetrabilidad de los cuerpos.

En otro momento de esta experiencia insólita, Carlos fue capaz de desplazarse de un lugar a otro sin utilizar para nada la fuerza de sus músculos, sirviéndose tan sólo del poder de su voluntad, entendida --ya lo hemos explicado antes--, no como facultad donde reside la volición humana, sino como fuerza energética y luminosa que el brujo cultiva en la zona media de su cuerpo, cerca del ombligo. De esta extrañísima manera Castaneda se trasladó de una alcoba a otra en la casa de don Juan, sin utilizar para nada el confortable servicio de la puerta. Aunque su cuerpo flotaba, y al flotar no lo sentía, su claridad de mente era de lucidez extrema. De

súbito, don Juan se acercó, para que la claridad mental del neófito cesara. Cuando ello sucedió y Carlos se sintió otra vez dueño de su racionalidad habitual, experimentó por el viejo brujo un odio tan avasallador, irracional y ciego, que lo único que deseaba era destrozarlo con toda la fuerza de sus manos. Entonces don Juan se acercó aún más y, para sorpresa de Carlos, empezó a recitar con su voz hecha murmullo la conocida canción de cuna mexicana:

"Señora Santa Ana, ¿por qué llora el niño?
Por una manzana que se le ha perdido.
Yo le daré una, yo le daré dos.
Una para el niño y otra para vos"⁴⁶.

La ira de antes --narra Castaneda--, se convirtió en dulzura, en envolvente calidez y, luego, en un eco distante que se disolvió en añoranza: Carlos era puro afecto gozoso carente de cuerpo físico, con libertad ilimitada para convertirse en lo que deseara.

En nueva experiencia con "el humito" de don Juan, Carlos Castaneda realiza la, para nosotros, inverosímil proeza de transformarse en cuervo. Esta es una de las habilidades más comunes entre brujos de gran experiencia, no sólo en México sino en otras latitudes de América, África y Oceanía, tal como lo reseña Douchan Gersi en su libro SABIDURIAS INVISIBLES. En Java, por ejemplo, Gersi fue testigo de

cómo los chamanes transforman a sus neófitos en animales salvajes durante ceremonias de iniciación. Profundo conocedor del Vudú de Haití, presencié en diversas oportunidades casos de hombres voladores, asombrosos eventos de ubicuidad y otros fenómenos que, según el citado investigador, podríamos comprender mejor, si los prejuicios de la civilización occidental no hubieran bloqueado nuestra capacidad de percibir de otra manera. Todos nosotros, opina el citado autor, poseemos en estado de latencia las mismas facultades que tuvo la oportunidad de observar en los que llama "pueblos de tradición". Piensa Gersi que, si nos lo propusiéramos con seriedad, estaríamos en capacidad de despertar del profundo sueño de siglos la que él llama nuestra "sabiduría invisible", idéntico saber al que don Juan da el poético nombre de "el conocimiento silencioso".

"Dijo (don Juan) que mi cuerpo estaba desapareciendo y sólo mi cabeza quedaría, y en tal circunstancia... (lo único que quedaba) era convertirse en cuervo. Me ordenó esforzarme por parpadear, añadiendo que cuando pudiese hacerlo estaría listo para proceder. Luego me dijo que mi cuerpo se había desvanecido por entero y que yo no tenía sino mi cabeza; dijo que la cabeza nunca desaparece, porque es lo que se transforma en cuervo. Me ordenó parpadear. Sin duda repitió esta orden, y todas las otras, incontables veces, pues yo podía acordarme de ella con claridad extraordinaria. Debí parpadear, pues don Juan me dijo que me hallaba listo y me ordenó enderezar la cabeza y ponerla sobre la barbilla. Dijo que en la barbilla estaban las patas del cuervo. Me instó a sentir la patas y a observar que iban saliendo despacio. Luego dijo que yo no estaba sólido aún, que debía crecerme una cola, y

que la cola saldría de mi cuello. Me ordenó extender la cola como un abanico y sentirla barrer el suelo.

Luego habló de las alas del cuervo, y dijo que saldrían de mis pómulos. Dijo que era duro y doloroso. Me ordenó desplegarlas. Dijo que debían ser extremadamente largas, tanto como me fuera posible extenderlas; de otro modo no podría yo volar. Me dijo que las alas estaban saliendo y eran largas y hermosas y que yo debía agitarlas hasta que fueran alas de verdad.

Habló de la parte superior de mi cabeza y dijo que aún era muy grande y pesada; su bulto me impediría el vuelo. La manera de reducir su tamaño era parpadear; con cada parpadeo mi cabeza se achicaría más. Me ordenó parpadear hasta que el peso de arriba hubiese desaparecido y yo pudiera saltar libremente. Luego me dijo que había reducido mi cabeza al tamaño de un cuervo, y que debía caminar y saltar hasta perder la tiesura. Antes de poder volar, dijo, tenía yo que cambiar una cosa. Era el cambio más difícil, y para llevarlo a cabo debía ser dócil y hacer exactamente lo que él me dijera. Tenía que aprender a ver como un cuervo. Dijo que mi boca y nariz iban a crecer entre mis ojos hasta dotarme de un pico fuerte. Dijo que los cuervos ven directamente de lado, y me ordenó volver la cabeza y mirarlo con un ojo. Dijo que si deseaba cambiar y mirarlo con el otro ojo, sacudiera el pico hacia abajo, y que ese movimiento me haría mirar con el otro ojo. Me ordenó alternar de uno a otro varias veces. Y entonces dijo que yo ya estaba listo para volar y que el único modo de volar era que él me arrojase al aire.

No tuve la menor dificultad en despertar la sensación correspondiente a cada una de sus órdenes. Percibí cómo me crecían mis patas de

ave, débiles y vacilantes al principio. Sentí una cola salir de mi nunca y alas de mis pómulos. Las alas estaban profundamente plegadas. Las sentí brotar por grados. El proceso era difícil pero no doloroso. Luego, parpadeando, reduje la cabeza al tamaño de un cuervo. Pero el efecto más asombroso se llevó a cabo con mis ojos. ¡Mi vista de pájaro!⁴⁷.

A fines de 1965, luego de cinco años de aprendizaje, Carlos Castaneda abandonó de manera voluntaria la experiencia, víctima, en su concepto, de un terror invencible frente a lo que le estaba sucediendo:

"Puedo decir ahora, con la perspectiva de los cinco años transcurridos, que en ese tiempo las enseñanzas de don Juan habían empezado a representar una seria amenaza para mi 'idea del mundo'. Yo empezaba a perder la certeza, común a todos nosotros, de que la realidad de la vida cotidiana es algo que debemos dar por sentado"⁴⁸.

Sin embargo, en abril de 1968, una vez editado su primer libro, LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN, Carlos decidió visitar de nuevo al viejo, con el fin de regalarle un ejemplar. Tenía mucha curiosidad de observar la reacción del estrafalario indio frente a un texto escrito en letras de molde en el que él aparecía de manera tan protagónica. Camino a su casa, Castaneda anticipaba en el brujo algún gesto de

satisfacción, o el dibujo de imperceptible sonrisa que permitiera seguirle el rastro al orgullo del maestro que tiene en su haber --hecho insólito entre indios-- a un aprendiz escritor.

Contra lo que pudiera esperarse, de esta visita no resultó una sesión de mutuo elogio, sino la oportunidad para que don Juan lo "enganchara" de nuevo con su voluntad, y lo embarcara en lo que Castaneda llama su "segundo ciclo de aprendizaje", cuya esencia consistió en enseñarlo a "ver".

Inquirido por don Juan acerca de las razones por las que salió corriendo hacia finales de 1965, una vez terminado el "primer ciclo de aprendizaje", Castaneda alega haberse atemorizado de tal manera que no le quedó alternativa diferente de la de huir. Don Juan, sin embargo, tiene su propia versión:

"La razón por la que te asustaste y saliste volado es porque te sientes más importante de lo que crees dijo- Sentirse importante lo hace a uno pesado, rudo, vanidoso. Para ser hombre de conocimiento se necesita ser liviano y fluído"⁴⁹.

"...Conque tienes miedo. No hay nada nuevo en tener miedo. No pienses en tu miedo. ¡Piensa en las maravillas de ver!"⁵⁰.

Para don Juan Matus --bueno es repetirlo--, es muy clara la diferencia entre "ver" y "mirar"; son dos modos radicalmente distintos de percibir la realidad del mundo

del que hacemos parte.

"Mirar" se refiere a la manera ordinaria como estamos acostumbrados desde pequeños a captar el mundo de la cotidianidad, nuestro familiar y confortable mundo de todos los días. Es un mundo poblado de objetos sólidos, de personas de carne y hueso, esto es, dotadas de una corporeidad tangible la cual percibimos a través de nuestros sentidos. "Ver" implica un proceso muy complejo en virtud del cual un hombre de conocimiento aprehende la otra cara --la oculta-- de ese mismo mundo que conocemos y de otros que desconocemos a través de nuestros sentidos y de nuestra razón.

Para acceder al "ver" se necesita, no sólo la decisión inmodificable de hacerlo, sino, y ante todo, un metódico y largo entrenamiento que, además de despertar en el aprendiz la virtualidad de "ver", le permita ajustar su vida personal a los requerimientos de lo que don Juan llama "la impecabilidad de la vida del guerrero", la cual empieza por remover de la vida todo rastro de importancia, de manera tan definitiva y radical, que el aprendiz termine por borrar cualquier vestigio de lo que, en el contexto de las enseñanzas del brujo yaqui, recibe el nombre de "historia personal".

"Yo le había llevado un ejemplar de mi libro. Sin ningún preámbulo lo saqué de mi portafolio y se lo di.

--Es un libro sobre usted, don Juan --dije.

Él lo tomó y lo hojeó rápidamente como si fuera un mazo de cartas. Le gustaron el color verde del forro y el tamaño del libro. Sintió la cubierta con la palma de las manos, le dio vueltas un par de veces y luego me lo devolvió. Sentí una oleada de orgullo.

--Quiero que usted lo guarde --dije.

--Mejor no --dijo, y luego añadió con ancha sonrisa--:

Ya sabes lo que hacemos con el papel en México⁵¹.

En una relectura de sus notas de campo, Carlos cree llegar a la conclusión de que un brujo habilidoso estaría en capacidad de inducir en su aprendiz una gama muy amplia y especializada de percepción, con el solo hecho de manipular ciertos indicadores sociales. Con el fin de demostrar su hallazgo, tomó como punto de referencia las reuniones de peyoteros, denominadas mitotes. Pensaba Castaneda que en tales reuniones los indios "llegaban a un acuerdo sobre la naturaleza de la realidad sin ningún intercambio abierto de palabras o señales", en virtud de una clave muy sofisticada.

Cuando Carlos, entusiasmado, explicó a don Juan su "descubrimiento", éste respondió en medio de carcajadas estruendosas que su aprendiz estaba "más loco que una cabra", y que si los indios llegaban, como Castaneda decía, a un acuerdo sin palabras, no era porque nadie les hiciera señas, ni hubiera ninguna clave sofisticada, sino, simplemente, porque "veían"⁵². Que en lugar de dedicarse a especulaciones baratas, lo invitaba a asistir a otro mitote para que él "viera" por sí

mismo quién era el autor del secreto acuerdo entre los indios.

El 13 de junio de 1968, Carlos asiste a un mitote, realizado en el noreste de México, en compañía de don Juan. El desconfiado aprendiz está dispuesto a no dejarse engañar por nadie, y, para conseguir su propósito, decide abstenerse de mascar así sea un solo botón de peyote que pudiera interferir con su papel de observador imparcial del evento. En su calidad de antropólogo --que aún no ha perdido--, desea con vehemencia descubrir por sí mismo las claves secretas que intervienen en la comunicación metalingüística de esos indios, las cuales, en su opinión, explicarían "de manera científica", el impresionante acuerdo al que llegaban sin hablar, acerca de esa entidad a la que con gran respeto daban el nombre de "Mescalito".

Cuenta el autor que corría ya la tercera noche del mitote. Carlos, en estado de perfecta sobriedad, observa de pronto un halo de iridiscencia en los rostros de los indios, al tiempo que escucha un zumbido que se torna cada vez más fuerte. A medida que la luminosidad se acrecienta, y mientras don Juan permanece con los ojos cerrados, un pensamiento ajeno del todo a la escena cruza la mente de Castaneda, el cual tiene que ver con algo que su madre le dijo cuando estaba niño. Mientras el antropólogo lucha por ahuyentar ese pensamiento intruso, escucha estupefacto y con la mayor nitidez la voz de su propia madre que lo llama. Oye el

arrastrar de sus pantuflas y, luego, su risa. Carlos, desconcertado, siente que es víctima de una extraña alucinación. Pero el llamado de la voz de su madre persiste, y cae, sin razón aparente alguna, presa de la más profunda angustia y de un sentimiento de devastadora soledad. Entonces ve a su madre. Era, cuenta Carlos, no su voz, sino la visión nítida y precisa de su persona parada junto a él. Su angustia llega al paroxismo. Un temblor ostensible se apodera de su cuerpo. En su avasallador desespero, lo único que desea es echar a correr:

"Un sentimiento muy peculiar me envolvió como una fuerza externa, y de pronto sentí la horrenda carga del amor de mi madre. Al oír mi nombre me desgarré; el recuerdo de mi madre me llenó de angustia y melancolía, pero al examinarla supe que nunca la había querido"⁵³.

El anciano brujo interpreta la visión de Carlos como un prometedor augurio:

"Don Juan dijo que, durante la última noche del mitote, Mescalito se había cernido sobre mí en forma tan obvia que todo el mundo se sintió forzado a volverse en mi dirección..."⁵⁴.

La mayoría de indios yaquis, sin embargo, conocidos, amigos y hasta familiares de don Juan y numerosas personas relacionadas con el grupo de sus aprendices, no creen un ápice de las supuestas maravillas y bondades de Mescalito. Tal convicción se hizo explícita en casa de Lucio, nieto de don Juan, durante una

reunión a la que asistieron, además del viejo y de su aprendiz, siete indios a quienes Lucio había invitado a tomar cuatro botellas de un tequila al cual dan el nombre de "bacanora" y que Carlos regaló a Lucio por insinuación de don Juan.

Cuando el viejo brujo mencionó a Mescalito y pidió a Carlos contar a los presentes de sus encuentros con él, uno de los asistentes afirmó con desprecio:

"Esa chingadera lo vuelve a uno loco... Yo he visto a los huicholes comerlo. Parecía como si les hubiera dado la rabia. Echaban espuma por la boca y se vomitaban y se orinaban por todas partes. Te puede dar epilepsia por comer esa porquería. Eso me dijo una vez el señor Salas, el ingeniero del gobierno. Y la epilepsia es para toda la vida, ya saben"⁵⁵.

A lo cual añadió otro de los contertulios:

"Eso es estar peor que los animales"⁵⁶.

Don Juan refuta con gentil energía los, para él, burdos infundios, sin perder en ningún momento su proverbial aplomo y sangre fría, al tiempo que hace un alto elogio de Mescalito, a quien con veneración denomina "protector y maestro de una buena forma de vivir".

Cuenta Castaneda que, aunque todos los presentes lo escuchaban con atención, sin burlarse de su discurso, "resultaba evidente que no lo tomaban en serio"⁵⁷.

En otra oportunidad don Juan se refirió al hecho de que muy pocos de entre los indios yaquis, sus hermanos de sangre y de cultura, estaban al tanto de lo que él sabía acerca del arte de la brujería y, sobre todo, de lo que él y sus aprendices representaban como guerreros y hombres de conocimiento. Atribuía este desconocimiento, por una parte, a la mixtificación que del "conocimiento silencioso" hicieron sus ancestros, los toltecas, en beneficio de la burda brujería cuya razón de ser no va más allá de manipular poderes, y por otra, a los deletéreos efectos de la conquista española sobre la sabiduría y modos de vida de los aborígenes americanos. El, quien se autodenominaba "brujo moderno", estaría empeñado, junto con sus aprendices, en rescatar lo que perdieron de manera lastimosa los "brujos de la antigüedad", es decir, los indios que, junto con su saber milenario, se hundieron en medio del cataclismo que significó para las civilizaciones de este lado del mundo el olvido del camino de la sabiduría y la invasión europea a partir de 1492.

El 5 de octubre de 1968 don Juan llevó a Carlos Castaneda a un solitario paraje rural del estado de Oaxaca, en México central.

Después de un largo viaje en carro y de una caminata de dos días, llegaron a una choza encaramada en lo alto de una montaña. Allí vivía, según don Juan, otro brujo de enorme poder y hombre de conocimiento a quien Carlos debería dirigirse en adelante por el nombre de don Genaro. Cuando lo tuvo delante, Castaneda lo

reconoció de inmediato. Se trataba del mismo individuo que acompañaba a don Juan cuando aquel lo visitó con el fin de regalarle un ejemplar del libro que había escrito sobre él.

Aunque en aquella oportunidad Carlos lo había mirado sin prestar mayor atención a los detalles de su persona, esta vez lo observó con el mayor detenimiento:

"No tendría muchos años más de los sesenta. Era más bajo y más esbelto que don Juan, muy moreno y magro. Tenía el cabello espeso, vetado de gris y un poco largo; le cubría en parte las orejas y la frente. Su rostro era redondo y duro. Una nariz muy prominente lo hacía parecer un ave de presa con pequeños ojos oscuros"⁵⁸.

Don Juan y don Genaro, quien es en realidad un benefactor de exquisitos e inigualables poderes, dedicaron varios días en compañía de Carlos a vagar por las montañas en busca de plantas medicinales, las cuales, una vez halladas cortaban, poniendo un cuidado extremo en este menester. Luego, ya de regreso a casa, hacia la hora del atardecer, se dedicaban a seleccionarlas, empacarlas y guardarlas como mejor les parecía. Afirmaba don Juan que antes de cortar las plantas es necesario hablarles, pues ellas son seres vivos que "ven" nuestras intenciones, y, dado el caso, pueden tomar venganza de nuestra acción de dañarlas, atrayendo sobre nosotros enfermedades o cualquier clase de desgracias que el hombre común, en su ignorancia, suele atribuir a la mala suerte o a otras

causas inocuas o irrelevantes.

Poco a poco don Juan Matus, esta vez con la ayuda de don Genaro, va preparando al aprendiz Castaneda en el arte de "ver". En lo que pudiéramos llamar sus preliminares, don Genaro realiza para Carlos la exótica proeza de lanzarse desde lo alto de una cascada hasta un abismo de unos cuarenta y cinco metros, sin hacerse el menor daño. Don Juan explica frente a un Carlos boquiabierto y desconcertado, que lo que acaba de hacer don Genaro nada tiene que ver con la función de un acróbata de circo, sino que el secreto de su aparente salto al vacío estaba en el poder de equilibrio de sus fibras luminosas, es decir, de su voluntad:

"A continuación, don Juan explicó la hazaña de don Genaro. Dijo que ya me había indicado que los seres humanos eran, para quienes 'veían', seres luminosos compuestos por una especie de fibras de luz, que giraban del frente a la espalda y mantenían la apariencia de un huevo. También me había dicho que la parte más asombrosa de las criaturas ovoides era un grupo de fibras largas que surgían del área alrededor del ombligo; don Juan dijo que tales fibras tenían una importancia primordial en la vida de un hombre. Esas fibras eran el secreto del equilibrio de don Genaro y su lección no tenía nada que ver con saltos acrobático en la cascada. Su hazaña de equilibrio consistía en la forma en que usaba esas fibras 'como tentáculos'⁵⁹.

Decía don Juan que cuando una persona "ve", percibe a los humanos como lo que en realidad son: seres de naturaleza energética y luminosa, cuya corporeidad está constituida por fibras de luz, las cuales son, al igual que las del mundo,

emanaciones energéticas de EL AGUILA. Según el viejo brujo, estas fibras tienen la apariencia de hilos de telaraña de color blanco, y circulan de la cabeza hasta el ombligo. De ahí el aspecto ovoide, exclusivo de los seres humanos: "un hombre se ve como un huevo de fibras que circulan, y sus brazos y sus piernas son como cerdas luminosas que brotan para todos lados"⁶⁰.

Vienen, luego, una serie de "encuentros" de Carlos Castaneda con fuerzas y entidades energéticas que, según don Juan, están presentes en nuestro mundo real las cuales, sin embargo, sólo puede aprehender quien ha recuperado la vista mediante el aprendizaje y práctica de la brujería indígena. Dentro de esta gama de experiencias, casi todas terroríficas, está el "encuentro" de Carlos con algo a lo que su benefactor dio el críptico nombre de "el Guardián" o "Centinela del otro mundo".

Ya hemos visto que ante la imposibilidad de nombrar lo innombrable, al vidente no le queda más remedio que hablar de ello a través de aproximaciones analógicas o de recursos metafóricos. En numerosas oportunidades el maestro se esfuerza por hacer comprender a Carlos que cuando se refiere a un "guardián", no usa esa palabra porque lo que nombra sea exactamente un guardián o centinela de algo; o que cuando menciona al Águila debemos entender que "ESO" sea un águila o "ALGO" que se le parezca. Ocurre que para hablar de "ESO" con quien ha

aprendido que el lenguaje verbal es el vehículo esencial de la comunicación humana, por necesidad hay que darle algún nombre. Y a los brujos videntes les pareció, por ejemplo, que el de "Águila" era el menos inadecuado para referirse a "ESO".

De igual manera, cuando don Juan, don Genaro o sus aprendices se refieren al "otro mundo", no lo hacen en el sentido metafísico y espiritual que suelen darle los cristianos a esa expresión, esto es, como referida a la trascendencia o supervivencia eterna del alma después de la muerte, sino en el más prosaico e inmanente de mundos reales y tangibles, aunque desconocidos por invisibles, para la percepción ordinaria del hombre. "Guardián del otro mundo", pues, no es un demonio o cosa semejante; es simplemente una entidad energética que anda por ahí en este enorme y misterioso universo, y que el brujo puede atraer, conocer y usar. Lo terrorífico de su manifestación se debe, según don Juan, a que siendo el hombre esencialmente un "perceptor" que se da cuenta de, y tiene consciencia de sí, con frecuencia involucra en su percepción, especialmente de lo que le es desconocido, sus fobias, sus morbideces y el incontable repertorio de sus obsesiones. Así por ejemplo, si un aprendiz está marcado desde su infancia por la influencia religiosa cristiana --es el caso de Castaneda--, no es raro que cuando está aprendiendo a "ver" cualquiera de esas entidades, llámese "aliado", "guardián" o "espíritu de un ojo de agua", se le presente en la forma de un

espantable demonio, que en cuanto tal sólo existe en el código perceptor de ese individuo, y eventualmente en el de quienes comparten sus creencias y cultura.

"... Y lo que veía estremeció la última fibra de mi ser. No hay otra manera de describir la sacudida emocional que experimenté. Allí mismo, encarándome, a poca distancia, había un animal gigantesco, horrendo. ¡Algo verdaderamente monstruoso! Ni en las más locas fantasías de la ficción había yo encontrado nada parecido. Lo miré con desconcierto absoluto y extremo"⁶¹.

Por otra parte, ser brujo, para don Juan, implica soportar una inmensa carga; supone afrontar riesgos demasiado elevados y medírsele a retos que harían retroceder a hombres valerosos y fuertes. Para ser brujo no se necesita "ver"; tan solo se necesita saber utilizar la "voluntad". La ventaja de un hombre de conocimiento sobre el simple brujo, es sencillamente enorme:

"Te he dicho que es mucho mejor aprender a 'ver'. Un hombre que ve lo es todo; en comparación, el brujo es un pobre diablo"⁶².

Pero en su camino hacia el "ver", Carlos deberá remover una serie de obstáculos que le impiden la fluidez y la velocidad que necesita un hombre de conocimiento. Su principal problema, en opinión de su benefactor, es que piensa y habla demasiado. Le ha dicho el viejo en repetidas ocasiones, que el mundo que percibimos todos los días es como lo miramos, porque sólo corresponde a la

descripción que nos enseñaron de él a partir del momento de nuestro nacimiento. Por otra parte, esa descripción se mantiene vigente hasta el momento de nuestra muerte, es decir, no se nos derrumba en vida, porque la apuntalamos segundo a segundo a través de una incesante conversación que sostenemos con nosotros mismos acerca de lo que creemos es el mundo, y de la cual hacemos partícipes a las personas que nos rodean, así como ellas hacen lo propio con nosotros. De este intercambio dialógico resulta un acuerdo social, de tal manera que a través de él terminamos construyendo y manteniendo entre todos la descripción de nuestro propio mundo, hasta convertirla en verdad única y universal, generalmente incontrovertible en el contexto de una determinada cultura.

Antes de Copérnico y Galileo --sólo para hablar de la formulación de una "verdad" teórica en el campo de la astronomía--, la "verdad" fundamental sobre la cual reposaba nada menos que la totalidad de la concepción cosmológica vigente durante siglos, era el "acuerdo" hasta entonces incontrovertido e incontrovertible de que el sol giraba alrededor de la tierra. Tal acuerdo fue posible gracias a los datos que sobre el particular proporcionaron a los hombres los ojos, la razón y la Biblia desde la antigüedad al medioevo, y a la interpretación que de tales datos hizo posteriormente el magisterio de la iglesia, el cual terminó por imponerse de manera universal, indiscutida y obligatoria tanto a los científicos como al hombre común, como era de esperarse en aquellos tiempos oscuros. Y así fue como todo

el mundo terminó "mirando", hasta parecerle evidente, que era el sol el que se movía alrededor de la tierra y no al revés. Hoy sin embargo sabemos que tal "verdad" científica era errónea, gracias a que un par de hombres de ciencia fueron capaces de percibir la realidad de otra manera, es decir, con otros ojos, que en su momento les proporcionaron un telescopio rudimentario, las matemáticas y una nueva manera de razonar.

Es importante aclarar que el anterior ejemplo sólo sirve para referirnos al ámbito de la percepción sensorial que llamamos normal, es decir, tal y como estamos acostumbrados a ejercerla en nuestra vida de todos los días, y a la interpretación que de esos datos realizamos con el auxilio de nuestra razón a la manera de occidente. Don Juan va mucho más allá al afirmar que nuestra forma específica de usar nuestros sentidos corporales, particularmente la vista, el oído y el tacto, así como la manera como interpretamos los datos que ellos nos proporcionan, también son producto de un aprendizaje específico --bien restrictivo por cierto-- dentro del ámbito de nuestra cultura grecolatina. Los indios americanos y los nativos de otras latitudes "no civilizadas" por occidente, tal como se puede apreciar en los libros de Castaneda, y en otros documentos de carácter antropológico, aprenden a usar los ojos, los oídos y los demás sentidos de manera diferente, insospechada y, por desgracia, radicalmente inverosímil para nosotros los cultos y racionales hombres de occidente.

Cuenta Douchan Gersi en su ya citado libro SABIDURIAS INVISIBLES, que en 1970 se encontraba en Djanet, una ciudad de Argelia cercana a la frontera con Libia. Había viajado hasta allí con el propósito de conocer, in situ, las supuestas facultades de clarividencia que han hecho famosos a los nómadas Tuareg que habitan el desierto del Sahara. Pretendía llegar hasta Tombouctou en su Land Rover, cruzando el desierto en línea recta. Se trataba de un viaje riesgoso, como quiera que debía cubrir un trayecto de unos mil quinientos kilómetros de montañas rocosas, valles profundos, inmensas llanuras de piedras volcánicas, dunas y arenas movedizas, sin la ayuda de mapas confiables, puesto que los existentes eran de una imprecisión desalentadora. Era imperioso pues conseguir un guía, un baquiano ducho en moverse sin mayores sobresaltos por entre la superficie casi uniforme y desolada de ese infinito reino de la sed, de la aridez y de la canícula.

Afirma Gersi que casi todos los Tuareg han heredado la rara habilidad de orientarse en el Sahara, aunque no siempre hayan estado en determinado lugar. Esta facultad hace parte de su herencia cultural: los padres les enseñan a sus hijos el desierto a través de fábulas; lo graban en su memoria oral y milenaria hasta en sus detalles más insignificantes; saben cómo y dónde encontrar agua, el modo de reconocer y utilizar las plantas medicinales, cómo evitar la trampa mortal de las tierras movedizas y de qué manera sobrevivir a las tempestades de arena.

El jefe de un puesto militar en Djanet recomendó a Gersi como baquiano a un hombre llamado Iken. Según él, no había otro mejor en todo el Sahara. Sorpresa mayúscula se llevó el investigador viajero cuando supo que Iken era ciego. Creyó que esas gentes ariscas y desconfiadas del inmenso arenal estaban por hacerlo víctima de un pésimo chiste, de una broma pesada. Cuando con mal hilvanadas disculpas quiso deshacerse de él, el ciego lo tranquilizó, le pidió que confiara en él, pues le daba la seguridad de que el militar no mentía cuando le dijo que nadie como Iken conocía el Sahara.

Recomendó que para mayor seguridad prefería que el viaje se realizara de noche, y que en lugar de ir dentro del campero, era indispensable que él viajara sobre el capó, encima de la llanta de repuesto. Gersi, escéptico y temeroso se sometió a regañadientes a las excentricidades de Iken: "Necesito respirar el olor del desierto --había explicado--. Eso me dice dónde estoy; cada sitio tiene un olor particular. No puedo oler si voy dentro del coche. Y desde aquí oigo los diferentes ruidos que hacen los neumáticos al pisar el suelo; también eso me dice mucho con respecto al terreno... Un día las manos de Iken ordenaron parar el campero. Le ayudamos a bajar del capó. Se sentó sobre los talones y cogió un puñado de arena que olió intensamente durante largo rato. Luego acarició la arena y jugueteó con los granos, estudiando cuidadosamente su textura. Al cabo se irguió y libre de toda

preocupación dijo: 'Ahora sé dónde estamos'"⁶³. De esa original e increíble manera el ciego Iken condujo a Gersi y a sus acompañantes hasta Tombouctou a través de uno de los desiertos más extensos y peligrosos del mundo.

Al incesante conversar con nosotros mismos acerca de lo que creemos es el mundo, es a lo que don Juan llama "diálogo interior". Pues bien, es indispensable que el aprendiz suspenda a toda costa este diálogo interno, como prerrequisito para que "pare el mundo", que es la antesala del "ver". En otras palabras, dice don Juan que si acallamos nuestro "diálogo interior", de inmediato "paramos el mundo", es decir, se nos derrumba la descripción que de ese mundo mantenemos en pie segundo a segundo, gracias a nuestra percepción sensorial ordinaria y a nuestra razón que conversa sin parar sobre lo que "miramos" del mundo. Sólo cuando ello sucede, dice el maestro, llegamos al "ver".

Problema fundamental de Castaneda en este momento de su aprendizaje lo constituye cómo dejar de hablar siquiera un segundo con él mismo. Don Juan le dice que esta tarea nada tiene de sencilla, como quiera que desde pequeño lo ha estado haciendo de manera inconsciente, sin sospechar en modo alguno ni su significado ni su función y, lo que es más complicado, sin detenerse un segundo. Es, afirma el anciano, lo que todos sin excepción también hemos estado haciendo a partir de nuestro nacimiento, desde que tenemos conciencia, a través del

aprendizaje de la percepción sensorial y del pensar acerca de la realidad del mundo externo y de nosotros mismos.

Pues bien, para que Carlos pueda suspender su "diálogo interior" así sea por una fracción de instante, lo cual equivale a penetrar en el misterioso reino donde no hay pensamientos ni palabras --el territorio del "conocimiento silencioso"-- deberá empezar a usar más los oídos a fin de quitar a los ojos parte de la enorme responsabilidad que a ellos hemos impuesto en la percepción de nuestro mundo cotidiano:

"Antes que nada debes usar tus oídos a fin de quitar a tus ojos parte de la carga. Desde que nacimos hemos estado usando los ojos para juzgar el mundo. Hablamos a los demás, y nos hablamos a nosotros mismos, acerca de lo que vemos. Un guerrero se da cuenta de esto y escucha el mundo; escucha los sonidos del mundo"...

"Un guerrero se da cuenta de que el mundo cambiará tan pronto como deje de hablarse a sí mismo --dijo--,y debe estar preparado para esa sacudida monumental"⁶⁴.

DEL "VER" AL CONOCIMIENTO SILENCIOSO.

La tercera y última etapa del aprendizaje de Carlos Castaneda se inició en mayo de 1971, diez años después de aquel primer encuentro con don Juan en la terminal de buses de Nogales. Carlos volvió a Sonora para ver a don Juan. En su opinión, los hechos que sucedieron durante ese día y el siguiente fueron decisivos para él. La suposición básica del aprendiz-autor en sus dos primeros libros, LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN y UNA REALIDAD APARTE, era que la clave para aprender brujería había que buscarla en los "estados de realidad no ordinaria" o "estados de consciencia acrecentada", producidos de manera exclusiva por la ingestión de plantas alucinógenas. Explica Carlos la aceptación de tal premisa en el hecho para él sin precedentes de que la percepción del mundo a través de los efectos de esas sustancias había sido de tal manera impactante e insólita, que no tuvo salida diferente de la de admitir que tales estados eran el único camino posible para apropiarse las enseñanzas de don Juan. Fue también esta la época en la que su benefactor por fin logró lo que se había propuesto: enseñar a su aprendiz a "parar el mundo", como prerequisite para acceder al "ver".

"Ese monumental hecho de mi vida me obligó a reexaminar en detalle mi trabajo de diez

años. Se me hizo evidente que mi suposición original con respecto al papel de las plantas psicotrópicas era erróneo. Tales plantas no eran la faceta esencial en la descripción del mundo usada por el brujo, sino únicamente una ayuda para aglutinar, por así decirlo, partes de la descripción que yo había sido incapaz de percibir de otra manera. Mi insistencia en adherirme a mi versión normal de la realidad me hacía casi sordo y ciego a los objetivos de don Juan. Por tanto, fue sólo mi carencia de sensibilidad lo que propició el uso de alucinógenos"⁶⁵.

El proceso seguido por don Juan consistió en primer lugar en enseñar a Carlos de manera pragmática a "vivir como guerrero" para que pudiera convertirse en "cazador de poder" y, luego, a darle los elementos indispensables para que accediera al exclusivo y sofisticado mundo del "hombre de conocimiento" a través de su "ver".

Quien aspira a ser brujo debe asumir su vida personal como una batalla sin tregua en donde están en juego en primera instancia la posibilidad de apropiarse algunas de las fuerzas cósmicas que le darán la energía o poder personal necesarios para sobrevivir a la devastadora potencia de esas mismas fuerzas, y, luego, para ponerlas al servicio de sus designios de brujo. Por tal razón don Juan afirma que el aprendiz debe empezar por ser y comportarse como un "cazador de poder personal" asumiendo su vida como "guerrero". Por supuesto que en esta guerra a muerte también entra en juego la posibilidad de convertirse más tarde en hombre

de conocimiento cuyo logro más alto consiste en alcanzar la libertad, eludiendo "el picotazo del Águila", lo que equivale a desafiar el designio inexorable de la muerte.

Dice don Juan que todos los seres vivientes sin excepción --seres luminosos de naturaleza energética y consciente-- están destinados a servir como alimento del Águila, esa absoluta y suprema entidad de energía cósmica cuyas emanaciones luminosas son el universo que llamamos físico y el mundo de los seres vivientes. La muerte, pues, no es otra cosa que "el picotazo del Águila", o sea, el retorno ineluctable de la consciencia o energía luminosa de los seres vivos --hombres, animales, plantas y otros de cuya existencia ni sospechamos-- a su fuente primordial, la misma Águila. Dicho de otra manera, el Águila se autoalimenta con su propia energía, quiero decir, produce a través de sus emanaciones seres luminosos dotados de consciencia para que retornen, luego, al infinito océano de su propia luminosidad. El Águila, sin embargo, hace sólo una única excepción: respeta por su propio arbitrio la energía luminosa del que, merced a los designios inescrutables de su poder, ha llegado a convertirse en hombre de conocimiento.

Entonces, afirma el brujo, la muerte no lo toca, deja de retarlo, alcanza finalmente su libertad mediante la preservación de la unidad de su consciencia, en la inmensidad de mundos infinitos y más allá de la precariedad de nuestro propio tiempo.

Para empezar, don Juan advierte a Castaneda que si quiere vivir como guerrero lo primero que debe hacer es "borrar su historia personal". Sucedió que Carlos, quien aún no ha renunciado a su condición de aplicado estudiante universitario, pretendía aprovechar su visita a don Juan para trabajar en colaboración con él una serie de instrumentos diseñados para obtener información de carácter genealógico destinada a completar su tesis de grado. Había recopilado también una larga lista de rasgos culturales atribuibles a los indios yaquis de la zona, con la intención de que don Juan, en su calidad de nativo, le ayudara a identificar los que le parecieran más pertinentes. Cuando Castaneda, lleno de suficiencia, se disponía a deslumbrar al viejo con su brillante invento de taxonomía antropológica, don Juan se desternilló de la risa hasta las lágrimas, le tomó el pelo a su placer y lo remató con esta frase: "No pierdas tu tiempo con esa mierda". Luego, con aplomo y amabilidad, anotó:

"No tengo ninguna historia personal... Un día descubrí que la historia personal ya no me era necesaria y la dejé, igual que la bebida"...."Yo tenía un apego terriblemente fuerte a mi historia personal. Mis raíces familiares eran hondas. Sentía, con toda honradez, que sin ellas mi vida no tendría continuidad ni propósito"....

--No sabes quién soy, ¿verdad? --dijo como si leyera mis pensamientos--. Jamás sabrás quién soy ni qué soy, porque no tengo historia personal"....

--Tu padre conoce todo lo tuyo --dijo--.Así, pues,

te tiene resuelto por completo. Sabes quién eres y qué haces, y no hay poder sobre la tierra que lo haga cambiar de parecer acerca de ti"...

"--¿No ves? --preguntó con dramatismo--. Debes renovar tu historia personal contando a tus padres, parientes y a tus amigos todo cuanto haces. En cambio, si no tienes historia personal, no se necesitan explicaciones; nadie se enoja ni se desilusiona con tus actos. Y sobre todo, nadie te amarra con sus pensamientos"⁶⁶.

A menudo Carlos se enfurece con Don Juan, pues le resulta cada vez más difícil soportar sus burlas y tomaduras de pelo, las excentricidades y rarezas de ese indio viejo que se permite la insolencia de descalificar, doblado de la risa, las opiniones y procederes de un culto universitario. El maestro responde a sus pataletas con el comentario de que tan infantil reacción se explica debido a que el erudito antropólogo y torpe aprendiz de brujo se toma demasiado en serio, a que se da demasiada importancia personal:

"--Te tomas demasiado en serio --dijo despacio--. ¡Eso hay que cambiarlo! Te sientes de lo más importante, y eso te da pretexto para molestarte con todo. Eres tan importante que puedes marcharte así no más si las cosas no salen a tu modo. Sin duda piensas que con eso demuestras tener carácter. ¡Eres débil y arrogante!⁶⁷.

Y para que practique la pérdida de la importancia personal y de esa arrogancia insidiosa que lo hace pesado como una roca, don Juan pone al quisquilloso

universitario en el difícil trance de hablarles en voz alta a las plantitas del desierto, lo cual no produce efecto diferente del de, haciéndolo sentir ridículo, exacerbar aún más la ira y el desconcierto del aprendiz frente a las que considera excentricidades de ese indio medio chiflado y por quien --debe reconocerlo-- siente al mismo tiempo que afecto, un temor casi mortal.

El brujo, entre tanto, pide a Carlos que recuerde un antiguo episodio de juventud: la extraña historia ya olvidada del "halcón albino"; lo que le sucedió en la granja de su abuelo con esa increíble ave blanca de cetrería. Entonces vino a su memoria cómo cierto día su abuelo se enfureció al descubrir que un hermoso halcón albino era el causante de la desaparición de un creciente número de sus pollos Leghorn. Carlos para congraciarse con el abuelo se impuso la tarea de matar al bello rapaz. Meses enteros lo persiguió sin éxito con su rifle. A pesar de todas sus estrategias, en contravía de sus bien probadas argucias de cazador, el halcón siempre escapaba en el momento definitivo. Era, al parecer, un ave demasiado rápida e inteligente, empeñada en burlarse de alguien que se preciaba de su destreza en el manejo de las armas. Y entonces el halcón albino se le convirtió en obsesión, en indeclinable reto personal, casi que en un asunto de honor. Cierta día lo tuvo a tiro de as. Uno de esos raros instantes que, aunque difícil, jamás malogra un cazador habilidoso. Con cuidado infinito, tomándose el tiempo necesario, midió cada uno de sus movimientos; con pulso de tirador olímpico apuntó el arma hasta tener la

certeza de que nunca más volvería a ver en su vida el hermoso vuelo de ese halcón. De repente sintió que un escalofrío ascendía por su espalda, y, en una acción sin precedentes en la que se desconoció profundamente a sí mismo, se puso en pie y abandonó el sitio sin disparar el rifle. Cuando Carlos terminó de hablar, don Juan opinó que ese episodio fue un importante augurio, y que lo mejor que pudo haber hecho en aquella ocasión fue no haber matado al halcón, como quiera que --de ello podía estar seguro-- no se trataba de un animal cualquiera, no, en todo caso, de un vulgar ladrón de pollos.

Luego le dijo con la mayor naturalidad que el escalofrío que sintió ascender por su espalda fue una pequeña advertencia de su propia muerte. Carlos se sobresaltó. Por toda respuesta a su turbación don Juan le pidió volver la cabeza hacia la izquierda y mirar, como al descuido, hacia un peñasco que en esa dirección estaba. Le advirtió que su muerte estaba allí espiándolo, y que si se volteaba cuando él le hiciera una señal, tal vez estuviera en capacidad de "verla".

"Me hizo una seña con los ojos. Volví la cara y me pareció ver un movimiento parpadeante sobre el peñasco. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, los músculos de mi abdomen se contrajeron involuntariamente y experimenté una sacudida, un espasmo. Tras un momento recobré la compostura y expliqué la sombra fugaz que había visto como una ilusión óptica causada por volver la cabeza tan repentinamente"⁶⁸.

Luego se puso a hablar de la muerte muy por extenso y con todo detalle, en términos de que ella es nuestra eterna compañera; que siempre está a nuestra izquierda, a la distancia de un brazo; que había estado espiando a Carlos cuando él vigilaba al halcón; que le susurró a la oreja y sintió su frío, tal como lo acababa de sentir cuando miró hacia el peñasco; que siempre lo ha estado vigilando, como lo estará hasta el día en que lo toque. Y añadió a continuación:

"--¿Cómo puede uno darse tanta importancia sabiendo que la muerte nos está acechando?"..."Cuando estés impaciente --prosiguió--, lo que debes hacer es voltear a la izquierda y pedir consejo a tu muerte. Una inmensa cantidad de mezquindad se pierde con sólo que tu muerte te haga un gesto, o alcances a echarle un vistazo, o nada más con que tengas la sensación de que tu compañera está allí vigilándote"⁶⁹.

Y ante la estupefacción del discípulo frente a semejantes consideraciones, por cuya cabeza corrían los pensamientos como si se tratara de potros espantados por la sombra funambulesca de ese indio medio payaso, quien se había permitido en su propia cara asestar un golpe demoledor a su egoísmo, a su prepotencia de antropólogo erudito, Carlos terminó por pensar y por aceptar que la mezquindad de enfurecerse con don Juan era monstruosa frente a la seguridad de su propia muerte.

Y en lugar de contraatacar, como era su costumbre, se limitó a enmudecer. Don Juan, entre tanto, era plenamente consciente de su repentino cambio de humor.

Una vez más el viejo brujo había vuelto las cartas a su favor:

"--Sí --dijo con suavidad, tras una larga pausa--.Uno de los dos aquí tiene que cambiar, y a prisa. Uno de nosotros tiene que aprender de nuevo que la muerte es el cazador, y que siempre está a la izquierda. Uno de nosotros tiene que pedir consejo a la muerte y dejar la pinche mezquindad de los hombres que viven sus vidas como si la muerte nunca los fuera a tocar"⁷⁰.

Además de tener a la muerte como consejera, dice el viejo, el guerrero debe hacerse responsable. Ello implica que,

"Cuando un hombre decide hacer algo, debe ir hasta el fin --dijo--, pero debe aceptar responsabilidad por lo que hace. Haga lo que haga, primero debe saber por qué lo hace, y luego seguir adelante con sus acciones sin tener dudas ni remordimientos acerca de ellas"⁷¹.

Afirmaba don Juan que cuando alguien se siente inmortal porque jamás piensa en la muerte, puede darse el lujo de dudar, cancelar o lamentar sus decisiones. Pero que en un mundo como el de la brujería donde la muerte es el cazador, no hay tiempo para lamentos, dudas o cancelaciones; en un mundo donde la muerte nos acecha sin cesar, no hay decisiones grandes ni pequeñas, sólo hay tiempo para las

decisiones que hacemos frente a nuestra muerte inexorable⁷².

A menudo, don Juan enrostra a Carlos su insidioso vicio de lamentarse por todo lo malo que le sucede; esa tendencia suya a echar la culpa a los demás cuando las cosas no salen bien, su morbosa proclividad al lloriqueo como expresión de la autocompasión, todo lo cual sólo es posible en un hombre que jamás ha asumido responsabilidad alguna por sus acciones.

El jueves 22 de junio de 1961 don Juan y Carlos están en lo alto de un cerro. Es la hora de la puesta del sol. El brujo Juan Matus previene a Castaneda para que no se asuste ante lo que eventualmente pueda venir. Un viento fuerte los golpea. Para quitárselo de encima maestro y aprendiz se camuflan con la ayuda de unas ramas del chaparral. El viento entonces cesa. Don Juan afirma como si tal que eso que anda por allí afuera no es sólo viento; que el mundo es muy extraño a esa hora del día, que lo que en ese momento golpea con furia es traicionero, y que a Castaneda sólo le parece viento porque es todo lo que conoce. De súbito, Carlos se aterroriza. En una zona específica del chaparral percibe un escarceo extraño agitando los arbustos. Quiere a toda costa una explicación adecuada. Por toda respuesta don Juan comenta que creer que a esa hora el mundo es sólo como Carlos lo mira o piensa es una estupidez; que esta tierra es un sitio misterioso, sobre todo a la hora del crepúsculo, la hora de los brujos. Allí, dice el viejo con la

mayor naturalidad, no hay viento sino poder, un poder que puede seguirlos hasta fatigarlos y, si es el caso, hasta aniquilarlos⁷³.

El jueves 17 de agosto don Juan inicia a Castaneda en el arte de brujos conocido por el nombre de "ensoñar". Según enseñaba don Juan, existen sólo dos modos de brujería, los cuales se traducen en dos caminos a los cuales el indio yaqui da el nombre de artes: el "arte del acecho" y el "arte del ensueño". Los brujos, guiados tal vez por las tendencias más hondas de su personal manera de ser, o quizás, como diría don Juan, por inescrutables designios del Poder, se inclinan por el uno o por el otro...

Don Juan, Carlos y Josefina, por ejemplo, son brujos acechadores, pues su predilección es el "acecho". Para don Genaro, la Gorda y Lidia, en cambio, su predilección está en el "ensueño"; en consecuencia, son brujos ensoñadores. Nada impide, sin embargo, que un brujo cuya predilección sea el "acecho", conozca y practique al mismo tiempo el "ensueño", y viceversa.

Siendo, pues, don Juan un acechador avezado, en su condición de maestro o benefactor será el encargado de adiestrar a Carlos en el extraño procedimiento de "arreglar los sueños".

Para aproximarnos a una comprensión aceptable de lo que el "ensoñar", o "soñar" supone en el mundo de la brujería yaqui, es necesario empezar diciendo que don Juan establece una drástica diferencia entre lo que son los sueños comunes y corrientes que algunas veces tenemos cuando dormimos, y la manipulación y ejercicio de lo que él denomina "el soñar", o compleja técnica de "arreglar los sueños".

Al contrario de lo que ocurre en los sueños comunes, el "soñar" de los brujos es otra dimensión de la realidad dentro de la cual un ser humano puede penetrar y sobre todo actuar de manera tan real, cierta y eficaz como puede hacerlo durante los estados de vigilia.

Cuando Carlos escuchó a don Juan estas consideraciones, sintió que era capaz de comprender con facilidad su idea de que un brujo puede hacer cualquier cosa durante los sueños, pero le resultó imposible tomar en serio tan estrafalario planteamiento. A pesar de todo le parecía sin embargo que don Juan, a despecho de ser un indio inculto y ajeno a los refinamientos del mundo civilizado, era uno de los hombres más lúcidos y de mente mejor organizada que había conocido en su vida.

"Le dije que no podía creerlo capaz de tomar sus sueños por realidades. El rió, chasqueando la lengua, como si conociese la magnitud de mi posición insostenible; luego se levantó sin decir palabra y entró

en la casa"⁷⁴.

Para iniciar a Carlos en el camino del "soñar" don Juan lo invita a una excursión, no al desierto como en anteriores oportunidades, sino a un "sitio de poder", con el fin de que el aprendiz "se pusiera al alcance del poder".

Esta vez se dirigen hacia los cerros del este en una larga caminata. Una vez allí, lo invita a sentarse en un sitio prominente, un peñasco aislado, casi redondo, y le da a comer unos trozos de carne seca, la cual le ordena masticar muy despacio y sin mezclar con otra comida, pues no se trata, le dice, de carne de animal corriente, sino de "carne de poder". Luego, sin razón aparente alguna, como si se tratara de un rematado demente, empieza a hablar a grito herido, obligando a Carlos a que le responda de igual manera. Ante la explicable resistencia de Castaneda a comportarse de modo tan extravagante, pues hasta donde le alcanzaban las luces ninguno de los dos estaba sordo tapia, ni loco de atar, don Juan le explica que los gritos eran indispensables para hacerse conspicuos al poder de un ojo de agua que dizque por ahí había. A eso del medio día bajan de las montañas para regresar a la cañada junto al ojo de agua. Como en la oportunidad anterior, don Juan y Carlos se ponen a hablar a los gritos, para quedar luego en un silencio absoluto que dura varias horas, al cabo de las cuales se dirigen de nuevo hacia las montañas en las que, una vez llegados, elige el viejo un lugar abierto y sin sombra para descansar

hasta que llegue el crepúsculo. Don Juan insiste en que el espíritu del ojo de agua anda por ahí al acecho y se haría manifiesto hacia la puesta del sol. Mientras tanto, era necesario hablar de cualquier cosa de manera natural y sostenida, pues, en opinión del abuelo, la voz humana atrae esa clase de espíritus del agua. Por lo demás, tales entidades no deben confundirse con seres celestiales ni demoníacos a la manera como los entienden los cristianos; se trata de fuerzas inorgánicas que se aquerencian y viven en los sitios cercanos a los ojos de agua, en el entorno energético de ciertas plantas o de los peñascos pertenecientes a determinadas montañas y en virtud de su presencia, esos lugares se convierten en sitios otorgadores de poder personal, el regalo máspreciado que un brujo pueda recibir.

Explica don Juan que el poder es algo con lo cual el guerrero se encuentra, al principio por las malas, y del cual es casi imposible hablar y muy difícil pensar. El poder se manifiesta como un algo, una presencia que antes no existía en el aprendiz y que ahora sabe que está dentro de él; algo incontrolable que no depende ni de su arbitrio ni de su voluntad. Dice el maestro que se siente incapaz de explicar qué es el poder y cómo viene, puesto que --otra de las paradojas de don Juan-- no es nada al fin y al cabo y, sin embargo, es capaz de obrar maravillas en quien se hace a él a través de toda una vida de impecabilidad⁷⁵.

A continuación le dice que ahí mismo va a enseñarle el primer paso hacia el poder:

la manera de "arreglar los sueños". Para don Juan, "arreglar los sueños" significa,

"...tener un dominio conciso y pragmático de la situación general de un sueño, comparable al dominio que uno tiene en el desierto sobre cualquier decisión que uno haga, como la de trepar a un cerro o quedarse a la sombra de una cañada"⁷⁶.

Lo primero que hay que hacer es algo al parecer muy sencillo: mirarse las manos durante el sueño. A Carlos tal afirmación le parece un disparate gracioso y, en consecuencia, se echa a reír ante la mirada burlona del viejo. Y frente a la pregunta obvia de cómo pretende el maestro que ponga en práctica recomendación tan descabellada, el brujo sin inmutarse responde:

"--Como te dije... Claro, puedes mirarte lo que te dé tu chingada gana: los pies, o la panza, o el pito, si quieres. te dije las manos porque fueron lo que a mí se me hizo más fácil mirar. No pienses que es un chiste. Soñar es igual de serio que ver, o morir o cualquier otra cosa en este temible y misterioso mundo"⁷⁷.

Explica don Juan que cada vez que se mira una cosa en los sueños, es decir, cada vez que el soñador es capaz de buscar y mantener un objeto --las manos, por ejemplo-- sometidas al foco consciente de su atención, sin que se diluya en la

contemplación de otros objetos del sueño, esa cosa cambia de forma. Lo que don Juan llama "arreglar los sueños" se refiere, pues, no tanto a mirar las cosas que aparecen durante el episodio onírico, sino a mantenerlas a la vista sometidas al foco de una atención consciente. Se podrá pensar que los sueños pertenecen a la esfera de lo subconsciente, de lo inconsciente, y que nadie cuando está dormido puede tener dominio real sobre los sucesos, objetos o personas que aparecen durante el acto de soñar. Sobre este aspecto don Juan opina que el no dominio sobre los sueños es precisamente la limitación propia del hombre común que tiene sueños comunes, quien al no disponer de la energía y del entrenamiento necesarios para realizar tan exigente y sofisticada tarea de brujos, es incapaz de convertir sus sueños comunes en la puerta de entrada a la otra esfera de la realidad, la que no por extraña y desconocida deja de ser tan objetiva, cierta y eficaz como la que conocemos y en la que actuamos los seres humanos en el mundo de todos los días:

"La movida de arreglar los sueños, está claro, no es sólo mirar las cosas, sino mantenerlas a la vista. El soñar es real cuando uno ha podido poner todo en foco. Entonces no hay diferencia entre lo que haces cuando duermes y lo que haces cuando no estás dormido. ¿Ves a qué me refiero?"⁷⁸.

Cuando las manos, o lo que se escoja mirar durante el sueño empieza a cambiar

de forma, debe apartarse la vista de ellas y elegir cualquier otro objeto que intervenga o que esté presente durante el sueño, hasta que a su vez este empiece a transformarse, sucedido lo cual, el soñador debe regresar de nuevo a sus manos. Advierte don Juan que si de verdad está en el plan de aprender a "ensoñar", en adelante deberá armarse de paciencia, pues lleva mucho tiempo perfeccionar esta técnica. En efecto, cuenta Castaneda que sólo al cabo de varios años de esfuerzos inútiles una noche, finalmente, logró mirarse las manos durante el sueño.

El paso siguiente consiste, según don Juan, en "aprender a viajar". Así como Carlos ha aprendido a mirarse las manos durante el sueño, es posible moverse con la ayuda de su "voluntad", desplazarse hasta el sitio que le plazca. Le aconsejó para tal efecto determinar primero y con toda claridad el sitio a donde deseaba ir, preferiblemente un lugar familiar y bien conocido. Luego, debería poner en movimiento su "voluntad" de brujo y el desplazamiento ocurrirá.

Carlos, entre tanto, se siente anonadado. A medida que escucha a su maestro no puede sino pensar que su benefactor o él mismo han perdido el juicio. Don Juan lo tranquiliza y le dice que la mejor manera de contrarrestar el devastador efecto del mundo de los brujos consiste en reírse de él⁷⁹.

Porque lo que en realidad ocurre con este "viaje" del brujo durante su "soñar", es

que su desplazamiento no se lleva a cabo con el que llamamos cuerpo físico, el cual, como es natural, se queda en la cama, sino con el que los brujos denominan "cuerpo de ensueño", "cuerpo energético" y, con mayor propiedad, "el doble", el cual, según don Juan y don Genaro, es tan real, tan cierto y tan nuestro como el que poseemos de carne y hueso. Y esto, aunque lo ignoremos o no estemos dispuestos a aceptarlo si es que nos atenemos a nuestra razón cuando nos dice que tal afirmación linda con el más demencial de los absurdos.

De esta manera, pues, cuando un brujo ha dominado la técnica de "arreglar los sueños", puede salirse de su cuerpo físico y desplazar su otro yo, es decir su doble, al sitio que desee, no sólo para "viajar" a ese lugar, sino para realizar acciones de reconocida eficacia, dado el máximo control que imprime a sus actos quien se desplaza, piensa, habla y actúa bajo el estado de "el soñar".

Don Genaro, soñador sin rival, en opinión de don Juan, es el encargado de ilustrar a Carlos acerca de los secretos del doble. En el transcurso de sus conversaciones le cuenta a Castaneda cuatro de sus más impresionantes experiencias en torno a los inicios de su propio "ensoñar". Narra don Genaro cómo cierto día andaba por los cerros recogiendo plantas en terrenos que estaban asignados a otros yerberos. Cuando ya había llenado dos costales y estaba listo para regresar a casa, decidió acostarse un rato a la sombra de un árbol que estaba junto al camino, y se quedó

profundamente dormido. De repente, escuchó voces de gente que bajaba por el camino y se despertó. Temeroso de que se tratara de herbolarios cuyos predios él hubiera invadido, se escondió detrás de unas matas, cerca del sitio donde poco antes se había acostado a dormir. Al darse cuenta de que no tenía consigo los costales de las yerbas, se le dio por mirar hacia el lugar donde había estado durmiendo y, para usar sus propias palabras, "casi se lo lleva la chingada".

"¡Yo seguía allí dormido! ¡Era yo mismo! Toqué mi cuerpo. ¡Yo era yo mismo! Ya para entonces, las gentes que bajaban del monte iban llegando a mí que estaba dormido, mientras yo que estaba bien despierto miraba desde mi escondite sin poder hacer nada. ¡Me lleva la chingada! Me van a encontrar allí, pensé, y me van a quitar mis costales. Pero las gentes pasaron junto a mí que dormía como si yo no estuviera allí"⁸⁰.

La visión de don Genaro fue tan aterradora, cuenta él, que empezó a gritar como energúmeno. Entonces, se volvió a despertar. "¡Carajo!, exclamó asustado, ¡Había sido un sueño!". Despertó junto al camino donde se quedó dormido, aunque no estaba muy seguro de dónde se encontraba en realidad. Casi que se estaba viendo a sí mismo despertar, cuando algo lo jaló al otro lado del camino, ya a punto de abrir los ojos. En tanto los abrió del todo, se quedó atónito. El sitio donde se había escondido en sueños, y en el que despierto nunca antes había estado, era idéntico

a como lo había visto durante su sueño. Pero lo verdaderamente escalofriante fue comprobar cómo a corta distancia, bajando el cerro, iban las mismas personas que pasaron poco antes junto a su cuerpo dormido. Los siguió como loco hasta el pueblo. Con suprema angustia les preguntó si habían visto a su amigo durmiendo junto al camino. Todos respondieron que no⁸¹.

Después de que don Genaro terminó de contar las cuatro historias sobre los pasos iniciales de su soñar, don Juan le confió a Carlos que la misión de don Genaro no era otra que la de instruirlo en los misterios del "soñador" y el "soñado". Aprovechó también para hacerle la confidencia de que en algunas de las oportunidades durante las que los dos habían gozado de la compañía de don Genaro, quien en realidad los había visitado no era propiamente el don Genaro de carne y hueso, sino su doble. Más aún: en cierta oportunidad Don Juan le confesó a Carlos que muchos de los encuentros personales entre maestro y aprendiz a lo largo de diez años, en realidad se habían llevado a cabo entre Carlos y el doble de don Juan, al tiempo que el otro don Juan, el que para todo el mundo era el único "verdadero", estaba en otro sitio, ocupado en cosas diferentes de enseñar a Castaneda los misterios del extraño "arte de ensoñar".

El viernes, 13 de abril de 1961 don Juan habla a Carlos del "no hacer" que es, en su opinión, algo de lo que en rigor no se puede hablar, al menos mientras no

haya "parado el mundo", porque, dice el viejo, es el cuerpo el que lo ejecuta⁸². Le explica que, por ejemplo, esa roca que los dos están mirando es una roca a causa del hacer de ambos.

Carlos, mentalmente enredado en lo que considera un galimatías sin sentido, le responde que no ha comprendido una sola palabra, a lo cual el viejo riposta, doblado de la risa, que eso que acaba de decir es también un "hacer", porque,

--Hacer es lo que hace esa roca una roca y esa mata una mata. Hacer es lo que te hace ser tú y a mí ser yo. Le dije que su explicación no explicaba nada. Rió y se rascó las sienes.

--Eso es lo malo de hablar --dijo--. Siempre lleva a confundir las cosas. Si uno se pone a hablar de hacer, siempre termina hablando de algo más. Lo mejor es no decir nada y no más actuar.

'Ahí tienes esa roca, por ejemplo. Mirarla es hacer, verla es no-hacer'. Tuve que confesar que sus palabras no tenían ningún sentido para mí.

¡Oh sí, por supuesto que tienen sentido! --exclamó--Pero tú estás convencido de que no lo tienen porque ese es tu hacer. Esa es la forma en que actúas conmigo y con el mundo. Volvió a señalar la roca.

--Esa roca es una roca por todas las cosas que tú sabes hacerle --dijo--. Yo llamo a eso hacer. Un hombre de conocimiento sabe, por ejemplo, que la roca sólo es una roca a causa de hacer, y si no quiere que la roca sea una roca lo único que tiene que hacer es no-hacer. ¿Ves a qué me refiero? Yo no le entendía en lo absoluto. Riendo, hizo otro intento de explicar. El mundo es el mundo porque tú conoces el hacer implicado en hacerlo así --dijo--. Si no conocieras su hacer, el mundo sería distinto....

--Digo que tú haces de esto una piedra porque conoces el hacer necesario para eso --dijo--. Ahora, si quieres parar el mundo, debes parar de hacer"⁸³.

Aunque en la segunda parte de este ensayo analizaremos con mayor detenimiento la naturaleza y las implicaciones del "no-hacer", referido al ámbito epistemológico de las enseñanzas de don Juan, considero importante adelantar algunas de las premisas sobre las cuales se fundamenta este, para nosotros, extrañísimo modo de concebir el conocimiento y la acción en términos de brujería. Para el benefactor de Carlos, cuando un hombre de conocimiento "no-hace", sólo está tratando de neutralizar la fuerza de su "hacer", es decir, de su percepción ordinaria del mundo, cambiándola en "no-hacer", que es la percepción del mundo exclusiva de quien es capaz de "ver". Así, por ejemplo, para don Juan, "hacer" sería mirar una piedrita y dejarla por ahí, porque percibimos que no es más que eso, una piedrita. "No-hacer" implicaría tratarla como si fuera algo más que una simple piedrita, hasta que la piedrita, que, por supuesto, es algo más que un vulgar pedazo de material rocoso, se convierta, --sea percibida-- por ejemplo, en un objeto de poder. La identificación que hace don Juan del ser y del percibir en el sentido de los brujos, recuerda de manera análoga la que hizo Parménides entre el ser y el pensar en sentido filosófico y más aún la distinción entre el ser en sí de Aristóteles y el kantiano ser para el conocimiento. Para Kant, al contrario de lo que pensaba Aristóteles, el ser en sí, es decir como entidad objetiva al margen del

conocimiento, no existe. El ser sólo existe en cuanto conocido. El ser, diría don Juan, sólo existe en cuanto "percibido", no a través de los sentidos ordinarios del hombre o por medio sólo de su razón ("mirar"), sino mediante ese sexto sentido que permite a los brujos "ver", acto de visión directa al cual se llega, dice don Juan, a través del "no-hacer" o acto de cesación consciente de la "percepción" ordinaria del mundo.

En concepto de don Juan, la parte más ardua del camino del conocimiento consiste "en darse cuenta de que el mundo es un sentir". Cuando el hombre de conocimiento "no-hace" está sintiendo el mundo con su cuerpo --no con su intelecto-- a través de las líneas energéticas que el mundo tiene y que no son cosa diferente de las emanaciones del Águila. En otras palabras, cuando el brujo "no-hace" está "viendo" y, en consecuencia, puede actuar sobre su "ver", simplemente porque ha "parado el mundo", es decir, ha suspendido la descripción ordinaria que de ese mundo mantiene en pie, gracias a su diálogo interior.

No hay que olvidar que para los brujos yaquis los hombres somos en esencia "perceptores", seres hechos de fibras que alumbran y que nos dan la apariencia de huevos luminosos. Gracias a esas fibras, dice don Juan en hermosa expresión poética, "los seres humanos no somos más que un sentir", es decir, un haz de filamentos energéticos que en última instancia proceden del Águila y están

organizados de manera esencial para percibir, esto es, para que seamos capaces de darnos cuenta de, y para que podamos tener consciencia de nosotros. Ahora bien, dentro de ese haz de fibras luminosas de apariencia ovoide, hay un punto especialmente luminoso que puede desplazarse dentro del huevo o moverse fuera de él, al que los brujos le han dado el nombre de "punto de encaje", y que es, en últimas, el responsable de la percepción ordinaria, también llamada "mirar", y de la extraordinaria, denominada "ver". Lo que hace el aprendiz con la ayuda de su benefactor no es otra cosa que aprender a "mover" su "punto de encaje" tanto dentro como fuera de su capullo luminoso, con lo cual al permitirle cambiar su "mirar" por el "ver", lo capacita para actuar como brujo sobre la faceta oculta del mundo con singular eficacia y poder. Es a eso en estricto rigor, y no a enredarse con el diablo, a lo que don Juan llama aprender brujería.

La razón por la cual los hombres comunes, esto es, los que no somos brujos, compartimos una casi exacta percepción del mundo, habría que buscarla en el hecho de que todos nosotros dentro del contexto de nuestra propia cultura hemos sido entrenados desde pequeños para mirar el mundo sólo de esa manera, a través de la fijación de nuestro punto de encaje en un sitio determinado de nuestro capullo luminoso, con el agravante de que por cuenta de la tiranía de nuestra razón con su inmensa capacidad de bloqueo y de nuestra desastrosa manera de comportarnos frente a la naturaleza y a nuestros semejantes, con el

tiempo nos fuimos volviendo torpes, incapaces de mover nuestro punto de encaje a sitios que nos darían la insospechada posibilidad de aprehender otros universos tan reales y maravillosos como el que hoy mal habitamos.

Ateniéndonos a que, en concepto de don Juan, el universo en su totalidad es en última instancia energía pura que se mueve o vibra a diferentes ritmos y velocidades, concepto que coincide con las teorías más avanzadas que sobre la naturaleza de la materia sustentan en la actualidad la física cuántica y la mecánica ondulatoria, me parece posible y razonable establecer analogía entre la función que cumple el movimiento del dial de un receptor de ondas de radio a través de diferentes longitudes y frecuencias de onda para sintonizar determinado número de emisoras, con la que don Juan atribuye al "punto de encaje" en la percepción tanto de nuestro mundo cotidiano como de otros de los cuales nada sabemos y, lo que es más deplorable, ni siquiera sospechamos que existen.

De la misma manera como la fijación de la aguja en un punto específico del dial de nuestro receptor de radio sólo nos permite sintonizar una emisora, y el movimiento de la aguja por distintas longitudes y frecuencias de onda la posibilidad de captar otras, la fijación de nuestro punto de encaje en un solo y rutinario punto de nuestro ser luminoso no nos puede dar más que la solitaria y tiránica percepción de nuestro familiar y trajinado mundo. Pero, lo que resulta desolador es que a

causa de toda una vida de inmovilidad, el óxido haya estropeado el mecanismo de movimiento de la aguja de nuestro dial, hasta el punto de obligarnos a escuchar sólo una emisora desde que nacemos hasta que nos morimos --y lo que es ya el colmo-- a convencernos de que la que estamos acostumbrados a escuchar es la única que existe.

Un día de mayo de 1971 Carlos Castaneda realizó por fin el ejercicio de "parar el mundo" y, al hacerlo en estado de sobriedad, es decir, sin la ayuda de plantas psicotrópicas, estuvo a punto de "ver".

Se encontraba solo en el campo, en un sitio de poder ya familiar para él. Se dedicaba a poner en práctica las instrucciones que don Juan de manera expresa le había dado para la ocasión, cuando vio un coyote que cruzaba por el campo. De súbito, el animal se detuvo, dio la vuelta y empezó a caminar hacia él. Pensando que el coyote podría estar rabioso, Castaneda dio gritos vehementes y hasta juntó unas cuantas piedras para ahuyentarlo en caso de necesidad. Pero el animal, lejos de asustarse, se le fue acercando más y más hasta una distancia aproximada de un metro y medio. Carlos lo miró con desconfianza y el coyote también lo miró. Sus ojos pardos le parecieron amistosos. Lleno de curiosidad se sentó sobre unas rocas pensando en la extraña conducta de ese animal salvaje que en lugar de huir o de atacarlo se comportaba como si fueran viejos amigos. Estaba atónito. En su

vida había visto un coyote, mucho menos tan de cerca. No sabía si salir corriendo o amenazar a la fiera que ya tenía encima, frente a sus narices. Paralizado por el pánico y a merced de la bestia, lo único que se le ocurrió fue hablarle. Lo hizo como si le hablara a un perro casero, a una inofensiva mascota doméstica. Pero el estupor de Carlos no tuvo límites cuando de un momento a otro se dio cuenta de que el coyote le estaba respondiendo. No era que el coyote pronunciara palabras, que emitiera con sus fauces sonidos articulados. Entablaba con Carlos una conversación sin sonidos físicos pero con palabras y frases que él percibía de alguna manera metalingüística, y de modo tan claro y coherente como para sostener un diálogo a través de la lengua, más allá de los signos lingüísticos con los cuales los seres humanos nos comunicamos todos los días.

"Me senté frente a él y llevé a cabo la conversación más extraña que jamás había tenido. Finalmente me preguntó qué hacía yo allí y le dije que había venido a 'parar el mundo'. El coyote dijo '¡Qué bueno!' y entonces me di cuenta de que era un coyote bilingüe. Los sustantivos y verbos de sus frases eran en inglés, pero las conjunciones y exclamaciones eran en español. Cruzó por mi mente la idea de que me hallaba frente a un coyote chicano. Eché a reír ante lo absurdo de todo eso, y reí tanto que casi me puse histérico. Entonces, la imposibilidad de lo que estaba pasando me golpeó de lleno y mi mente se tambaleó. El coyote se incorporó y nuestros ojos se encontraron. Miré los suyos fijamente. Sentí que me jalaban, y de pronto el animal se hizo iridiscente;

empezó a resplandecer...; el coyote era un ser fluido, líquido, luminoso. Su luminosidad me deslumbraba. Quise proteger mis ojos cubriéndolos con las manos, pero no podía moverme. El ser luminoso me tocó en alguna parte indefinida de mí mismo y mi cuerpo experimentó una tibieza y un bienestar indescriptibles, tan exquisitos que el toque parecía haberme hecho estallar. Me transfiguré. No podía sentir los pies, ni las piernas, ni parte alguna de mi cuerpo, pero algo me sostenía erecto.

No tengo idea de cuánto tiempo permanecí en esa posición. Mientras tanto, el coyote luminoso y el monte donde me hallaba se disolvieron. No había ideas ni sentimientos. Todo se había desconectado y yo flotaba libremente.

- De súbito, sentí que mi cuerpo era golpeado, y luego envuelto por algo que me encendía. Tomé conciencia entonces de que el sol brillaba sobre mí. Yo distinguía vagamente una cordillera distante hacia el occidente. El sol casi se ocultaba en el horizonte. Yo lo miraba de frente, y entonces vi las 'líneas del mundo'.

Percibí en verdad una extraordinaria profusión de líneas blancas, fluorescentes, que se entrecruzaban en todo mi alrededor. Por un momento pensé que tal vez se trataba del sol refractado por mis pestañas. Parpadeé y volví a mirar. Las líneas eran constantes y se superponían a todo cuanto había en torno, o lo atravesaban. Me di vuelta y examiné un mundo insólitamente nuevo. Las líneas eran visibles y constantes aunque yo no diera la cara al sol"⁸⁴.

Cuando Castaneda regresó a casa de don Juan para contarle cuanto le había sucedido, el viejo exclamó por toda respuesta: "Sencillamente has parado el mundo".

Carlos manifestó su inconformidad mental con el extravagante hecho de que un coyote hablara, a lo cual don Juan respondió que eso no fue propiamente hablar, sino que por primera vez había "entendido con el cuerpo", aunque había fallado gravemente al pasar por alto que no se trataba propiamente de un coyote, y que lo que ocurrió entre ambos no fue exactamente un hablar a la manera como solemos hacerlo en la vida diaria.

--Pero el coyote de veras hablaba, don Juan.
--Mira quién es ahora el que dice idioteces.
Después de tantos años de aprendizaje, deberías tener más conocimiento. Ayer paraste el mundo, y a lo mejor hasta viste. Un ser mágico te dijo algo, y tu cuerpo fue capaz de entenderlo porque el mundo se había derrumbado.
--El mundo era como es hoy, don Juan.
--No. Hoy los coyotes no te dicen nada, ni puedes ver las líneas del mundo. Ayer hiciste todo eso simplemente porque algo se paró dentro de tí.
--¿Qué cosa fue?
--Lo que se paró ayer dentro de ti fue lo que la gente te ha estado diciendo que es el mundo. Verás, desde que nacemos la gente nos dice que el mundo es así y asá, y naturalmente no nos queda otro remedio que ver el mundo en la forma en que la gente nos ha dicho que es....
--Ayer el mundo se hizo como los brujos te dicen que es --prosiguió--. En ese mundo hablan los

coyotes y también los venados, como te dije una vez, y también las víboras de cascabel y los árboles y todos los de-más seres vivientes. Pero lo que quiero que aprendas es a ver. A lo mejor ahora sabes que el ver ocurre sólo cuando uno se cuelga entre los mundos, el mundo de la gente común y el mundo de los brujos. Ahora estás justito en medio de los dos. Ayer creíste que el coyote te hablaba. Cualquier brujo que no ve creería lo mismo, pero alguien que ve sabe que creer eso es quedarse atorado en el reino de los brujos. De la misma manera, no creer que los coyotes hablan es estar atorado en el reino de la gente común"⁸⁵.

Poco después de que Carlos logró "parar el mundo", suplicó a don Genaro le contara el primer encuentro con su aliado, amargo paso que todo neófito debe dar, y el cual consiste en una lucha a muerte durante la cual el aprendiz debe enfrentar hasta vencer o ser vencido a esa fuerza descomunal que ha buscado sin desmayo y a la que da el nombre de "aliado". Vencer en esta lucha, "domar al aliado", haciendo acopio de todo el poder personal acumulado durante años de aprendizaje y de ejercicio de la impecabilidad, es requisito sine qua non para que un aprendiz se convierta en brujo.

Después de hacerse rogar un rato y de realizar para regocijo de los presentes unas cuantas payasadas maestras, don Genaro empezó a hablar. Contó que era joven cuando se enfrentó por primera vez con su aliado. Ocurrió hacia las primeras horas del atardecer. Había estado en el campo todo el día e iba ya de regreso hacia su

casa. De pronto, el aliado se presentó y se interpuso, amenazante, en su camino. Aterrorizado, don Genaro pensó en huir, pero cambió de idea. Consideró que ya era lo bastante fuerte como para enfrentarlo, a pesar de todo su miedo. Un escalofrío mortal le recorría la espalda y sintió que su cuello se puso rígido como un madero. Se plantó con firmeza sobre ambos pies, cerró la boca y apretó los dientes a fin de amortiguar la violencia del impacto. Fue, según contaba, una sacudida formidable, cuya descomunal potencia nunca llegó siquiera a imaginar, y cuyos devastadores efectos jamás podría describir después. Una vez que lo agarró, empezaron a dar vueltas como si se tratara de dos furias. Giraban y giraban por el aire de manera tan vertiginosa, que don Genaro no sabía de dónde era vecino. Después de muchas vueltas durante un tiempo que a él le pareció inacabable, sintió, de pronto, que estaba otra vez parado en el suelo. Miró a su alrededor y lo primero que se le vino a la cabeza fue que estaba vivo. Sí, que estaba vivo y completo por puro milagro. Sintió que era él mismo otra vez. Entonces, lleno de alegría, supo que había triunfado. Por fin, después de tantos años había domado un aliado, al cabo de tanta búsqueda era dueño de su propio aliado.

Luego, ya más tranquilo, miró en torno suyo para orientarse. Nada de lo que veía le era familiar. Pensaba que su casa, la de Ixtlán, debía quedar hacia el este, de modo que empezó a caminar en esa dirección. Aún no era hora del crepúsculo y confiaba en que, si apretaba el paso, llegaría antes del anochecer. Un buen trecho

llevaba recorrido cuando vio que un grupo de hombres y de mujeres venían hacia él. Eran indios, a su parecer, mazatecos. Lo rodearon y le preguntaron hacia dónde iba. "Voy para mi casa, en Ixtlán", les respondió. Querían saber si andaba perdido por esos rumbos y él les dijo que sí y solicitó la razón de su pregunta. "Porque Ixtlán no queda para allá. Ixtlán está para el otro lado", le dijo uno. Que, en tanto ellos iban para allá, sería mejor que los acompañara. Don Genaro por su parte los miraba con desconfianza sin saber qué hacer. Pero al fin decidió no ir con ellos, porque "supo" con radical certeza, aunque sin saber cómo, que esos indios no eran gente. Tal vez por su voz; algo sonaba falso en su melíflua amabilidad. Echó a correr como alma que lleva Satanás. Ellos, mientras tanto, lo llamaban con apremiantes voces, le suplicaban que si quería volver a Ixtlán era imperioso regresar con ellos. Después de vagar un rato sin rumbo fijo, fue recuperando su confianza, pues estaba seguro que Ixtlán quedaba en la dirección en la que caminaba. Entonces, al frente, vio venir dos hombres. Parecían también mazatecos y traían un burro cargado de leña. Los hombres y el burro --lo percibo con nitidez-- de la misma catadura de los que bajaban a Comala en la novela de Rulfo; similar la atmósfera: "Era ese tiempo de la canícula, cuando el aire de agosto sopla caliente, envenenado por el olor podrido de las saponarias". Igual que el hijo abandonado de Pedro Páramo se topa en la desolación del camino que va para aquel lugar que "está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno" al arriero y sus jumentos fantasmales, don Genaro encuentra los suyos en el que supone es el

camino que lo conducirá a Ixtlán. Asombrosa similitud: "Caminábamos cuesta abajo, oyendo el trote rebotado de los burros. Los ojos reventados por el sopor del sueño, en la canícula de agosto", dice Rulfo. A don Genaro los indios y el burro también le dieron vislumbres de realidad, de ser dos indios mazatecos y un jumento de verdad. Pasaron junto a él y murmuraron "buenas tardes". Él les respondió de igual manera y siguió de largo su camino. Ellos no le hicieron caso y continuaron el suyo. Entonces, don Genaro volvió pies atrás y salió corriendo tras ellos para decirles que lo esperaran, porque estaba perdido en esas montañas desoladas y quería saber para dónde quedaba Ixtlán. Los indios le señalaron la dirección en la que iban: "Está usted muy lejos --me dijo uno--. Queda al otro lado de esas montañas. Tardará usted cuatro o cinco días en llegar". Dieron media vuelta y siguieron en lo suyo. Sintió que eran indios reales y les suplicó lo dejaran ir con ellos. Caminaron juntos un trecho, y, luego, uno de los indios sacó de sus provisiones y le ofreció comida. Don Genaro se quedó paralizado: Había algo extraño en la forma de ofrecerle sus viandas. Echó de nuevo a correr, mientras ellos le encarecían que fuera con ellos si no deseaba morir en esos parajes desconocidos. En sus ruegos había también un dejo extraño y supo que, aunque iban para Ixtlán, esos fantasmas querían apartarlo de su camino. Luego se encontró con otros ocho. Se detuvieron junto al sendero y lo miraron con ojos de súplica. Aunque casi todos callaban, las mujeres, menos tímidas, le rogaban ir con ellos. Era ya bien tarde cuando llegó a un valle que creyó reconocer. Pensó que

alguna vez antes había estado allí y que ese sitio estaba al sur de Ixtlán. Trató de orientarse y corregir el rumbo, cuando vio a un indiecito que cuidaba de unas cabras. Lo observó con detenimiento y con esperanza. El niño hablaba a solas con sus cabras. Lo llamó. El indiecito se asustó. Salió corriendo y de un salto se escondió para espiarlo, detrás de unas rocas. Le habló durante largo rato para ganarse su confianza. Le dijo que andaba perdido y que no encontraba el camino que conducía a Ixtlán. Le preguntó el sitio donde estaban, y el niño le respondió que era el mismo que don Genaro reconocía. Se sintió feliz, pues, por fin, había encontrado el camino de su casa, la ruta de su querida y familiar Ixtlán. Agradeció al indiecito la gentileza de orientarlo y lo interrogó con mayor detalle. Le inquirió hacia dónde iba ese camino. "Para abajo", le respondió. "¿Dónde vives?", le volvió a preguntar. "Allá abajo", fue su magra respuesta. El mismo lenguaje seco y distante del arriero de Rulfo, que es, supongo, la forma como hablan los fantasmas que, aunque tienen visos de gente, sin embargo no son gente.

--¿Cómo dice usted que se llama el pueblo que se ve allá abajo?
--Comala, señor.
--¿Está seguro de que ya es Comala?
--Seguro, señor.
--¿Y por qué se ve esto tan triste?
--Son los tiempos, señor".

El indiecito señaló con el dedo para el otro lado del valle, con ese sentido de ausencia que es posible advertir en el gesto de los niños. Luego empezó a bajar la

vereda con sus cabras. Don Genaro le dijo que lo esperara, que estaba muy cansado y que tenía hambre. Le pidió, luego, llevarlo con sus papás. "No tengo papás", le dijo el niño. Y fue, entonces cuando a don Genaro, si es que otra vez usamos sus palabras, casi se lo lleva la chingada: algo había en su voz que lo hizo dudar. El encantador indiecito también era un fantasma. El tono de su voz y su ansiedad lo delataban. Don Genaro se puso triste, aunque pensó que ya tenía un aliado y que nada debía temer de los fantasmas. Siguió caminando. Otros muchos espectros de gente que no eran gente, le salieron al camino, pero él no cayó en sus argucias. El aliado le había dado el poder de burlar sus acechanzas, de manera que jamás pudieron llevárselo consigo.

--¿Cuál fue el resultado final de aquella experiencia, don Genaro? --pregunté.

--¿Resultado final?

--Digo, ¿cuándo y cómo llegó usted por fin a Ixtlán?...

Don Genaro me miró con ojos penetrantes y luego volvió la cabeza para observar la distancia, hacia el sur. Nunca llegaré a Ixtlán --dijo"⁸⁶.

Esta desgarradora metáfora del viaje sin regreso de don Genaro a su entrañable Ixtlán, revela de manera dramática la soledad del brujo enfrentado a abandonar para siempre el territorio --por conocido-- confortable y familiar de su mundo cotidiano, una vez ha probado la fruta prohibida y riesgosa del árbol del conocimiento. La misma tragedia de Adán y Eva cuando fueron expulsados del

paraíso por comer, no de los frutos lícitos y sabrosos del árbol de la vida, sino de los vedados del árbol de la ciencia del bien y del mal, los amargos pero apasionantes frutos del conocimiento.

En varias oportunidades Castaneda fue presa de idéntico sentimiento:

"Me senté, y por primera vez en mi vida tuve el extraño sentimiento de que en realidad nunca había manera de egresar a un punto original de partida. Don Juan decía que yo siempre insistía en empezar en un punto que llamaba el principio, cuando de hecho el principio no existía. Y allí entre esas montañas sentí comprender lo que quería decir"⁸⁷.

Pese a todo, Carlos debe darse por bien servido. Sus progresos son alentadores. Así pues el viejo indio no tiene inconveniente alguno en reconocer que por esos días y gracias a la habilidad de Carlos para dejar de hablar consigo mismo y a la cantidad de poder personal que ha acumulado, ha podido atestiguar en estado de perfecta sobriedad al aliado, al doble, al soñador y al soñado, y, como si fuera poco, casi nada le ha faltado para llegar a "la totalidad de sí mismo". En virtud de las singulares artes de don Genaro, Castaneda ha podido verificar con fuerza y claridad que como ser humano es sólo un sentir, y que lo que antes denominaba su cuerpo físico no es más que "un manojo de fibras luminosas que se dan cuenta", es decir, dotadas de consciencia, como lo están a su manera y a

diferentes niveles todos los seres vivientes de la tierra, del espacio y del universo. Y lo más sorprendente de todo esto es que cuanto ha atestiguado hasta ahora, según don Juan, es real y de este mundo, porque sencillamente no hay otro. No hay duda, Carlos Castaneda ha llegado a los dominios del conocimiento silencioso.

EL TONAL Y EL NAGUAL: DOS PUNTOS CLAVES EN LA TOTALIDAD DE UNO MISMO

Pero, y a pesar de todos sus logros, Castaneda aún no puede concebir que su cuerpo actúe por sí solo, como una entidad separada de la razón. Ante esta inconformidad intelectual, don Juan le aclara que el triunfo definitivo de un hombre de conocimiento no consiste en destruir su razón, sino en poner a funcionar de manera armónica las posibilidades cognoscitivas del cuerpo con las nobles conquistas de la razón. Ya de por sí, sostiene el maestro, mantener con nuestros sentidos habituales y con nuestra mente el mundo de todos los días sin que se nos desplome, es una verdadera hazaña, un formidable acto de brujería que demanda de nosotros un acopio de energía incalculable. De esta maravilla ni siquiera somos conscientes por culpa de la rutina que nos obliga hacer lo mismo y de manera idéntica desde que nacemos hasta el día en que nuestra muerte dispersa para siempre nuestro sentir.

Así que, advierte don Juan, mientras siga pensando que no es más que cuerpo sólido y actúe como tal, jamás podrá tener acceso a "la explicación de los brujos" ni a su mundo de decisiones impecables, de conocimiento y de poder.

A fin de explicarse mejor, el brujo esparció cenizas en el piso e hizo con ellas un cuadrado de algo así como de un metro por lado y trazó con los dedos un

diagrama con ocho puntos, los cuales interconectó por medio de líneas, como si se tratara de una figura geométrica.

"El diagrama en las cenizas tenía dos epicentros; don Juan llamó a uno 'la razón', y a otro 'la voluntad'. 'Razón' se conectaba directamente con un punto que él llamó 'el habla'. A través de 'el habla', la 'razón' se relacionaba indirectamente con otros tres puntos, 'el sentir', 'el soñar' y 'el ver'. El otro epicentro, 'la voluntad' se conectaba directamente con 'el sentir', 'el soñar' y 'el ver', pero sólo en forma indirecta con 'la razón' y 'el habla' "⁸⁸.

Dijo que estos puntos representaban al ser humano y que la forma del dibujo no tenía importancia. Carlos le preguntó si representaban el cuerpo humano, y él respondió que no propiamente, sino de ocho puntos en las fibras de un ser luminoso. Según su diagrama, para un brujo el ser humano es ante todo voluntad, la cual entra en relación directa y estrecha con el "sentir", "el soñar" y "el ver"; después de voluntad, el ser humano es razón. Este epicentro del conocimiento humano es muchísimo más pequeño que la voluntad, y sólo está conectado con el habla. Carlos interrumpió a don Juan para decirle que, hasta donde él había captado, sólo había mencionado seis puntos, a pesar de que en el diagrama había dibujado ocho. Don Juan se quedó mirándolo con maliciosamente y con amplia sonrisa le contestó que aún no era lo suficientemente fuerte para conocer los puntos restantes del diagrama, de los cuales don Genaro le hablaría algún día⁸⁹.

Se explayó luego en la explicación de cómo todos los seres humanos al nacer traemos los ocho puntos intactos y listos para entrar en acción, sólo que la cultura en la que nos criamos nos obliga a desarrollar de manera preponderante los centros de "la razón" y "el habla", haciendo que "el sentir" se torne vago, aunque de algún modo nos siga siendo familiar. Pero sólo en el mundo de los brujos llega uno a conocer y a usar de manera plena "el soñar", "el ver" y "la voluntad". Contrariando un poco el querer de don Juan, podríamos adelantarnos a don Genaro para decir que en el último reborde de ese extraño mundo, el brujo se encuentra con "el tonal" y con "el nagual", completando de esa manera los ocho puntos de la figura geométrica que el viejo pintó con los dedos en el piso de su cocina, y a los cuales, en su conjunto, dio el nombre de "la totalidad de uno mismo".

"Hoy debo clavar el clavo que Genaro puso, el hecho de que somos seres luminosos. Somos perceptores. Nos damos cuenta; no somos objetos; no tenemos solidez. No tenemos límites. El mundo de los objetos y la solidez es una manera de hacer nuestro paso por la tierra más conveniente. Es sólo una descripción creada para ayudarnos. Nosotros, o mejor dicho nuestra razón, olvida que la descripción es solamente una descripción y así atrapamos la totalidad de nosotros mismos en un círculo vicioso del que rara vez salimos en vida....--Somos perceptores --prosiguió--. Pero el mundo que percibimos es una ilusión. Fue creado por una descripción que nos dijeron desde el momento en que nacimos.

Nosotros, los seres luminosos, nacemos con dos anillos de poder, pero sólo usamos uno para crear el mundo. Ese anillo que se engancha al muy poco tiempo que nacemos, es la razón, y su compañera es el habla. Entre los dos urden y mantienen el mundo. Así pues, en esencia, el mundo que tu razón quiere sostener es el mundo creado por una descripción y sus reglas dogmáticas e inviolables, que la razón aprende a aceptar y defender. El secreto de los seres luminosos es que tienen otro anillo de poder que nunca se usa, la voluntad. El truco del brujo es el mismo truco del hombre común. Ambos tienen una descripción: uno, el hombre común, la sostiene con su razón; el otro, el brujo, la sostiene con su voluntad. Ambas descripciones tienen sus reglas y las reglas se perciben, pero la ventaja del brujo es que la voluntad abarca más que la razón"⁹⁰.

Para cuando Carlos conozca más allá de las palabras los otros dos puntos de "la totalidad de uno mismo", le anunció don Juan, ya andará por cuenta propia, sin su benefactor. Con tristeza preguntó el aprendiz si ello quería decir que ya nunca más volvería a verlo, y el viejo respondió que, en efecto, nunca jamás, porque para ese tiempo don Genaro y él serían lo que siempre habían sido: "polvo en el camino". Al escuchar sus palabras, Carlos se entregó a un avasallador sentimiento de nostalgia, y entonces el viejo, dueño de esa imperturbabilidad que sólo pueden dar los años, le dijo que no era para tomarlo tan a la tremenda, puesto que todos los hombres "somos seres sin principio ni fin, luminosos y sin límites". Que Carlos, don Genaro y él estaban unidos por un propósito común que escapaba a sus

voluntades personales y a la discrecionalidad de cualquier arbitrio humano, propósito que consistía en recorrer juntos el camino del guerrero, el cual, una vez aceptado, nadie podía eludir, puesto que al final del recorrido sólo estaba la libertad conquistada a través de las penurias del conocimiento:

"Mientras nuestra misión esté pendiente, nos encontrarás a mí o a Genaro, pero una vez cumplida, volarás libremente y nadie sabe a dónde te llevará la fuerza de tu vida"⁹¹.

El que nada sepa de antemano acerca de si después de tanto esfuerzo coronará o no con éxito su empeño poco importa, puesto que, a diferencia del hombre común que todo en su vida lo toma como resultado de su buena o mala suerte, el guerrero asume su vida como un desafío en el cual lo que interesa no es tanto el resultado, sino luchar con determinación inflexible por un propósito incancelable.

Don Juan y Carlos se encuentran ahora dentro de un restaurante en el centro de Ciudad de México. El maestro anuncia a Castaneda que necesita de toda su atención, pues tiene en mente hacerle ese día revelaciones de lo más importantes. Mientras comen, y tal vez contrariando su anterior decisión de dejar el asunto en boca de don Genaro, el benefactor anuncia que dentro del tema de "la explicación de los brujos" abordará el aspecto del "tonal" y del "nagual", nombres que se relacionan con esos dos intrigantes puntos que le quedaron faltando aquel día para completar los ocho del diagrama geométrico que el viejo dibujó sobre las cenizas

de su cocina, y al cual dio el nombre de "la totalidad de uno mismo".

A Carlos, sin embargo, no le eran del todo extraños tales términos. Los conocía gracias a los libros de antropología que sobre las culturas de México central había leído como parte de su preparación académica en la Universidad de California. Según esa literatura, "tonal" se refería a una especie de espíritu guardián, por lo general un animal, que el niño adquiría a partir del momento de su nacimiento, y con el cual se relacionaba estrechamente por el resto de su vida. "Nagual", por su parte, se refería al animal en que los brujos supuestamente podían transformarse, o al brujo autor de tal transformación⁹².

Bien diferente es, sin embargo, el significado que don Juan asigna a tales términos. Afirma el maestro que cada ser humano viene al mundo con dos facetas, dos entidades o contrapartes que empiezan a funcionar desde el momento en que nacemos: "el tonal" y "el nagual". Vienen a ser como los dos lados de la percepción humana, cada uno de los cuales abre a quien los sintoniza posibilidades insospechadas de conocimiento. Aunque el hombre común está instalado casi siempre sin saberlo en el reino del tonal, sólo al que es brujo le interesa la exploración y conocimiento de ambos reinos, o "islas", como también los llama. Según el maestro, este es el punto de llegada de todo proceso de aprendizaje de la brujería, el paso final y definitivo de la totalidad del ciclo.

El tonal es el reino del hombre común, del hombre social, quien comparte desde pequeño con sus semejantes una común percepción del mundo, la del mundo de todos los días. La roca que percibimos como roca, el árbol que aprehendemos como árbol o el perro que vemos, tocamos, oímos y olemos como perro son y seguirán siendo para nuestros sentidos y para nuestra razón, sólo roca, árbol y perro --de ninguna manera alguna otra cosa--, gracias al gran protector, al formidable guardián de nuestra percepción ordinaria, llamado el tonal. Sólo que nosotros, a fuerza de adularlo y de confiar de manera exagerada en él, hemos convertido al guardián del orden de nuestro mundo ordinario en un inflexible y abominable tirano, el cual, pagado más de la cuenta de sí y de la importancia de su papel, nos impide, celoso, ver horizontes que están más allá de los de por sí extensos dominios de su reino. Para don Juan, el tonal es el responsable de organizar la percepción de nuestro mundo de manera coherente e inteligible. Es quien asume la excelente tarea de poner orden en el natural caos de lo real. De ahí que todo cuanto percibimos, entendemos, sabemos, juzgamos y hacemos como seres humanos, se lo debemos al tonal. Si hay relativo acuerdo entre nosotros acerca de la realidad de nuestro mundo, ello es obra del tonal; si es posible que podamos entendernos por medio de pensamientos convertidos en palabras, agradezcámoslo al tonal, pues el pensamiento racional y el lenguaje son su obra maestra. Es en ese sentido que don Juan afirma del tonal su condición de

guardián: protege la coherencia de nuestro mundo y, lo que es más importante, la unidad misma de nuestro conciencia. Si el tonal es todo esto, ¿cómo negar que su gestión sea fundamental para la vida y para nuestra salud mental? Sin él el mundo sería una locura, un caos inextricable donde nosotros, seres perceptores dotados de consciencia, nos perderíamos sin remedio. Desde el instante en que nacemos, el tonal asume las riendas de nuestro mundo perceptual, y con astucia infinita y celos dignos de Otelo, empieza a cuidar de nosotros sigilosamente, sin que lo advirtamos. También sin darnos cuenta empezamos a cuidar de él, nos le aferramos como náufrago a la tabla en medio del océano de misterio, de ese infinito desconocido que al nacer se abre ante nuestros ojos, y tabla de salvación que sólo soltamos en ese otro supremo instante que pone punto final a nuestras vidas: el de nuestra muerte. ¿Y por qué nos deshacemos de él cuando morimos? Pues porque ya no lo necesitamos. Después de ese formidable estallido de nuestra luminosidad que es la muerte, al desintegrarse en incontables fragmentos nuestra energía vital, es decir, nuestra conciencia, cesa toda percepción y el mundo ya no existe más para nosotros. Con su toque mágico, la muerte nos ha devuelto otra vez a la fuente primordial de la que salimos, ha dispersado nuestra conciencia en la absoluta luminosidad del Águila. Se acabó pues la comedia y para siempre; terminó la representación gracias al toque maestro de la muerte, al "picotazo del Águila".

"El tonal es lo que construye el mundo", dice don Juan. No, por supuesto, en el sentido judeocristiano de crear el mundo de la nada, puesto que para el brujo el mundo en esencia siempre ha estado ahí. Al fin y al cabo el universo no es cosa diferente de las emanaciones energéticas del Águila. El tonal, dice el viejo, construye el mundo en el sentido extrañísimo de crear todo sin crear nada. En otras palabras: el tonal inventa las reglas por medio de las cuales los seres humanos percibimos el mundo y lo entendemos. Todavía mejor: el tonal es un modo de percibir. Algo no muy diferente de lo que dijo Emmanuel Kant. El gran logro del Idealismo Trascendental desarrollado por el filósofo alemán, consistió precisamente en dejar atrás la vieja idea aristotélica del "ser en sí", entendida como afirmación de la realidad de un mundo objetivo e independiente del yo cognoscente, para aceptar la realidad del mundo como "ser para el conocimiento", el cual, piensa Kant, es percibido por nosotros con la ayuda de esos dos poderosos ganchos subjetivos de los cuales colgamos --para que no se nos desplome-- la aprehensión del mundo real, y a los que damos los sacrosantos y, hasta él, intocables nombres del tiempo y el espacio. Queda claro, por supuesto, que ni tiempo ni espacio existen para Kant como realidades objetivas, externas e independientes de nuestro cerebro. Para el filósofo alemán, tiempo y espacio no son más que dos categorías del conocer, dos formas de la percepción. Qué gran escándalo armaron en su tiempo algunos aristotélicos redivivos cuando escucharon semejante afirmación. Saltaron entonces, como ahora, los viejos

escolásticos a mesarse sus barbas iracundas, a rasgarse las vestiduras ante lo que consideraban inaceptable irrespeto al magno estagirita y a su entenado, Tomás de Aquino. Y en su ira santa, encontrarían sin duda digno de la siempre antigua y siempre nueva hoguera de la inquisición al atrevido profesor de Koenisberg. Las mismas llamas de la intolerancia que devino en anatema del misionero español del siglo XVI contra la brujería indígena, y que adquiere forma de diatriba descalificadora por parte de esos apóstoles actuales de un racionalismo tan anacrónico como hirsuto, hijo del positivismo del siglo XIX.

Por otra parte, don Juan acepta la existencia de un tonal individual con el cual cada persona percibe el mundo cotidiano, y de un tonal colectivo para todos los integrantes de una cultura, al que denomina "el tonal de los tiempos":

"Señaló las hileras de mesas en el restaurante. --
¡Mira! Cada mesa tiene la misma configuración.
Hay ciertos objetos presentes en todas. Sin embargo, son individualmente distintas entre sí: algunas mesas están más llenas que otras; tienen diferente comida, diferentes platos, diferente atmósfera, pero tenemos que admitir que todas las mesas de este restaurante son muy semejantes. Lo mismo pasa con el tonal. Podemos decir que el tonal de los tiempos es lo que nos hace semejantes, en la misma forma en que hace semejantes todas las mesas en este restaurante. No obstante, cada mesa por separado es un caso individual, lo mismo que el tono personal de cada uno de nosotros. Pero el factor importante que hay que tener en cuenta, es que todo cuanto conocemos de nosotros mismos y de nuestro

mundo está en la isla del tonal. ¿Ves lo que quiero decir?⁹³.

Carlos, que parece haber entendido el tonal como todo aquello que conocemos de manera ordinaria acerca del mundo de todos los días y de nosotros mismos, pregunta ahora por el nagual. El viejo le responde:

"El nagual es la parte de nosotros mismos con la cual nunca tratamos...para la cual no hay descripción: ni palabras, ni nombres, ni sensaciones, ni conocimiento"⁹⁴.

El nagual, en opinión del brujo benefactor, no es lo que la gente supone es la mente, ni el alma, ni los pensamientos, ni el cielo, ni la psique, ni la inmortalidad, ni siquiera Dios. Para don Juan, todos esos conceptos pertenecen al tonal, al que llama "tonal de los tiempos", es decir, son categorías de la cultura humana en determinado estadio de su desarrollo.

Explica el viejo que a partir del momento de nuestro nacimiento sentimos que hay dos partes en nosotros. En ese instante y luego durante algún tiempo, somos todo nagual, mientras no hayamos adquirido "membrecía", es decir, pertenencia a la cultura dentro de la cual nacimos. Me parece que en el niño --que es el hombre primordial relativamente incontaminado aún por la sociedad y por la cultura-- están, aunque latentes, las condiciones fundamentales y óptimas para acceder a tres mundos, si no radicalmente antagónicos, profundamente diferentes: el de la

filosofía y el de la brujería y el de la poesía. A la primera llega quien aún no ha perdido su infantil capacidad de asombro, de interrogación ante el misterio del universo. No en vano pone Platón en el asombro la fuente de todo conocimiento; a la segunda accede quien permite, aún a despecho de su tonal, que el nagual le devuelva la vista, los ojos del brujo que todos llevamos adentro, para ver la cara oculta del mundo y que, casi con seguridad, nos escamoteó la dictadura de la razón; y a la tercera, quien por conservar aún sus ojos primordiales, o a causa de haberlos recuperado, tiene capacidad para nombrar el mundo --lo que "ve"-- de manera más libre, certera y significativa que aquel que, en gracia de la lógica y de la razón, cortó las alas a su palabra para llegar al discurso. No en vano Platón define la poesía como "esa cosa liviana, alada y sagrada".

Desde hace algunos años guardo la sospecha nostálgica de que esa afirmación que alude al "mundo mágico de los niños" es mucho más que una tonta frase al uso de algunas instituciones de enseñanza preescolar, o algún slogan para pescar incautos en el mercado perverso de cierta literatura infantil o en el de algunas promociones turísticas al mundo plástico de Disney World. Estoy por creer que frase tan venturosa sólo pudo salir de labios de un brujo o de un poeta, es decir, de un vidente, y que se impone tomarla no como ingenua metáfora, sino con el rigor que solemos asignar a lo dicho o escrito en sentido literal.

Nacemos profundamente insertos en el nagual. Sólo que, a poco, sentimos que estamos incompletos; que para ser nosotros mismos necesitamos de una contraparte de lo que tenemos: la otra mitad, la otra cara de la moneda. Nuestro sentimiento de estar incompletos nace, dice don Juan, de que desde nuestra más tierna infancia echamos de menos el tonal. Es por ese entonces cuando entran en escena los encargados de darnos educación, "membrecía". Y con ella, la descripción racional del mundo propia de nuestra cultura, la cual terminamos por aceptar de manera incondicional, hasta hacerla visceral e incontrovertidamente propia.

A partir del día en que nos volvemos sólo tonal crece en nosotros la sospecha, la vaga sensación de que estamos incompletos; un algo nos dice en secreto que hay otra parte de nosotros mismos que, de encontrarla, nos devolvería la integridad esencial de nuestro ser.

Debido a esa sensación de carencia y de búsqueda inconsciente de la otra parte de nosotros mismos, piensa don Juan, caemos en la manía caprichosa y simplista de organizar el mundo de manera bipolar, dicotómica y hasta maniquea, como si no existieran más que el blanco y el negro. A la manera de ciertos animales, vemos nuestro mundo sólo en esos dos colores: el alma y el cuerpo, la mente y la materia, Dios y el diablo, el bien y el mal, el cielo y el infierno, el amor y el odio. Y

así, al no ser capaces de percibir la realidad en la infinita gama de sus colores y matices, nos volvemos cortos de vista y hasta ciegos; como sucede con el caballo al que ponen tapaojos para que no se asuste con la diversidad de cosas que va viendo por la calle, nos vemos obligados a mirar en una sola dirección, pues lo que hacemos al dicotomizar el mundo no es cosa diferente de hacer parejas con realidades que tan sólo pertenecen a la isla del tonal, que es, dice don Juan en forma humorística, tanto como pretender hacer parejas con café y té, pan y tortillas, o chile y mostaza⁹⁵.

Sin embargo, en contadas oportunidades y bajo el feliz suceso de ciertas circunstancias, algo en nosotros, es decir, una parte de nuestro tonal se da cuenta de que hay mucho más en nuestro interior. Es como si una voz secreta que sale de las profundidades de nuestro ser hablara a nuestro silencio: es la voz del nagual que musita al oído de nuestro tonal para revelarnos destellos, vislumbres de lo que en ocasiones de alguna manera sospechamos: que la totalidad de nosotros mismos jamás puede ser aniquilada del todo por la tiranía celosa del tonal, y que, si las circunstancias son propicias, esa totalidad puede eventualmente revelarse, ya sea de manera fugaz si se trata de un hombre común, o en toda su magnificencia en el caso de un hombre de conocimiento. Durante esos momentos, dice don Juan, es cuando uno puede darse cuenta de lo que realmente somos como seres humanos. Ese acto de consciencia deslumbrante se presenta siempre en forma de una

violenta sacudida, de una tremenda conmoción de nuestro tonal, quiero decir, de nuestra razón, la cual a partir de ahí empieza a perder la seguridad en sí misma, esa tonta y cándida confianza del hombre que ni siquiera sospecha que por encima de su cabeza hueca, y por debajo de la suela de sus zapatos y más allá de lo que abarcan sus bien menguados ojos, se abre un abismo de eternidad y de misterio ante cuya ilímite e impronunciable presencia ya no es posible permanecer impasibles.

A esta sacudida violenta de nuestro tonal a manos del discreto susurro del nagual es a lo que don Juan llama "darse cuenta de la totalidad del ser que va a morir". Sólo en el momento de nuestra muerte, el otro miembro de ese verdadero par que somos empieza a manifestarse en toda su plenitud, como en el día de nuestro nacimiento, y, entonces, el sentir, los recuerdos, las percepciones, los afectos y las emociones que hemos guardado en nuestro cuerpo durante toda nuestra vida estallan como las luces de una bengala y empiezan a expandirse y a desintegrarse --lo dice don Juan en hermoso símil-- "como las cuentas de un interminable collar roto, se desparraman sin la fuerza unificadora de la vida"⁹⁶.

La muerte no es más que eso: un estallido de nuestra energía luminosa, de ese darnos cuenta que somos, para sumergirnos de nuevo, convertidos en incontables y pequeñísimas chispas de luz, en el absoluto luminoso al que los indios toltecas

compararon con la rampante majestad del Águila. La muerte, para estos aborígenes videntes es a la vez sencilla y monumental, despojada en todo caso de los tintes melodramáticos, de esos horribles pincelazos oscuros con los que la desdibujamos en occidente. La muerte no es más que el estallido festivo y fugaz de la bengala; el retorno a la fuente de la que un día salimos, a la manera como la efímera gotita de lluvia sólo es y existe como gota individual durante esa brevísima fracción de tiempo que dura su tránsito del mar de donde salió convertida en nube, hasta que se pierde de nuevo transformada en lluvia en el misterio sin nombre del océano. Una fracción de instante en la eternidad, esa es la vida de la plantita humilde, del modesto animal y de nosotros, humanos presuntuosos. Un único e irrepetible prodigio que solemos matar con increíble frecuencia, con estúpida facilidad, como si esa fuera la mejor manera de dejar huellas, de escribir la historia de nuestro lamentable paso por la tierra.

Perdida en las brumas de la lejana juventud tengo el recuerdo de una lectura que desde entonces me impresiona: un libro para neófitos en astronomía. Se esforzaba su autor, un científico de apellido Passolini, en dar al lector profano una idea de la apabullante magnitud del universo, apelando a toda clase de analogías y ejemplos didácticos. Decía, por ejemplo, que como las dimensiones del cosmos son tan vastas, las unidades de medida espacio-temporales tales como el kilómetro o el año calendario no son funcionales, en tanto no alcanzarían los ceros para

expresar guarismos tan colosales. Que ante esta eventualidad, los astrónomos habían tenido que apelar a la unidad de medida de longitud sideral denominada año luz, que es la distancia que recorre la luz en un año, viajando a 300.000 kilómetros por segundo. Fue así como supe que la luna en estos términos está allí nada más, a 384.400 kilómetros, es decir, a un poco más de un segundo luz; como quien dice, al alcance de la mano. Y que nuestro lejanísimo sol está en el patio trasero de nuestra casa, a un poco menos de ocho minutos y medio luz. Pero mi asombro no tuvo límites cuando supe que para viajar desde nuestro planeta hasta las estrellas más distantes de nuestro sistema observadas, por los años en que se escribió el libro, a través de los telescopios más poderosos y mejor equipados de ese entonces, se necesitaban 3.500 millones de años luz, si es que alguien -- posibilidad delirante-- dispusiera de un vehículo que pudiera transportarlo a esa velocidad. A renglón seguido preguntaba el autor: ¿Qué significan sus veinte, sus cuarenta, cincuenta, o --en el más optimista de los casos-- ochenta o noventa años que usted tiene o aspira alcanzar, si se pusiera en el plan de viajero vitalicio de los espacios interestelares? ¿Cuántos lugares de ese infinito y desconocido universo alcanzaría a visitar durante esos años de real o hipotética vida? Frente a los 3.500 millones de años luz que necesita para visitar el por aquel entonces sitio más distante aunque cierto de nuestro universo, nuestra vida es una ridiculez. Y pensar que en nuestra patética ceguera compadecemos a la mariposa que sólo podrá vivir un día. Si don Juan escuchara nuestras manifestaciones de compasión por el

humilde insecto, tal vez diría que tal sentimiento sólo puede provenir de alguien que frente al minúsculo animalito siente que sus ochenta posibles años lo convierten en inmortal.

Una vez fuera del restaurante, y sentados en la banca de algún parque en el centro de Ciudad de México, don Juan anunció a Carlos --puesto que era el día del tonal-- que su tarea a partir de ese momento consistía en observar a la gente, no a través de detalles intrascendentes de su indumentaria ni de otros aspectos baladíes de su apariencia externa; el objeto de su observación sería el tonal de los transeúntes que pasaban desprevenidos por los alrededores.

Un par de viejas salieron de la iglesia. Antes de bajar con infinito cuidado los escalones del atrio, se detuvieron durante algunos segundos, vacilantes, a fin de tomar las precauciones del caso, no fuera que rodaran por las escaleras. Después de fatigosos descansos en cada peldaño y de tímidos pasos a fin de no resbalar, alcanzaron por fin la calzada, caminando siempre como si estuvieran a punto de perder el equilibrio, por lo que se apoyaban mutuamente con el pesado fardo de sus cuerpos, agarrándose por los brazos la una de la otra.

Don Juan comentó en voz baja que esas viejas eran el mejor ejemplo de un tonal en pésimas condiciones. Las mujeres, aunque de pequeña estatura, estaban

obesas a pesar de que su edad no iba más allá de unos cincuenta mal trajinados años. Pero por la expresión de sus rostros podría pensarse que bajar las escaleras del atrio representaba para ellas una tarea de titánicas proporciones.

Don Juan era de la opinión de que esas mujeres no eran tan viejas ni sus cuerpos tan decrepitos como a simple vista parecía; puesto que todo en ellas indicaba tristeza y opacidad, la explicación de su lastimosa apariencia había que buscarla en el deplorable estado de su tonal. Advirtió a Carlos que el caso de esas ancianas debía tomarlo como una gran lección según la cual la vida podía ser tan despiadada con él como lo había sido con ellas, si era descuidado con su tonal.

Luego se detuvo frente al banco del parque un muchacho flaco, moreno, con expresión de muerto, vestido con ropas arrugadas y andrajosas. Don Juan señaló el escandaloso deterioro de sus zapatos. Carlos atribuyó su astrosa apariencia a que a lo mejor era un hombre pobre, un indigente, víctima de la injusticia social, golpeado por la adversa fortuna, o por los rigores de la mala salud. Don Juan calificó semejante juicio como especulación barata, y añadió que, como siempre, el aprendiz de brujo no había dado en el clavo. Que en lugar de gastar el tiempo en observaciones sin importancia, en juicios idiotas, se fijara en su tonal, puesto que ese joven no era que tuviera la apariencia de vago, como acababa de decir Carlos, sino que era en realidad un vago. Algo debía andar en él de muy mala manera, apuntaló el viejo, puesto que era evidente que el hombre bebía más de la cuenta.

Tal hecho había que interpretarlo, no en el otra vez equivocado sentido de Castaneda de que tuviera su tonal debilitado a causa de la bebida, sino al contrario: que el hombre vivía perdido de la borrachera a causa de que no le era posible soportar en estado de sobriedad la alarmante debilidad de su tonal. Que no era necesario tratar el cuerpo de una manera tan despiadada, aunque la verdad era que todos terminábamos por convertirnos en verdaderos especialistas en el difícil arte de maltratar el cuerpo, es decir, de arruinar nuestro tonal, todo lo cual puede sintetizarse en su muy frecuente expresión de "entregarse al vicio"⁹⁷.

Luego de un rato se acercaron tres indios. Vestían a la usanza de los nativos de las serranías: "cotones pardos de lana, pantalones blancos que les llegaban a media pantorrilla, camisas blancas de manga larga, guaraches sucios y gastados y viejos sombreros de paja"⁹⁸. Caminaban cargando cada uno un bulto a sus espaldas. Don Juan les salió al paso y les habló. Metió la mano a su bolsillo y les ofreció algún dinero. Los indios parecían sorprendidos, y al sonreír con nerviosismo infantil, mostraron sus dientes pequeños y blancos, enmarcados en unas facciones apacibles y agradables. A Carlos esos indios le simpatizaron mucho, y así se lo hizo saber a don Juan. El brujo opinó que eso no era nada extraño debido a que esos jóvenes tenían un magnífico tonal, aunque no para nuestro tiempo.

"Probablemente sentiste que eran como niños. Lo son. Y eso es muy duro. Yo los entiendo mejor que tú; por eso no pude menos de sentir un

poquitín de tristeza. Los indios son como perros; no tienen nada. Pero esa es la naturaleza de su fortuna, y no debería entristecerme. Mi tristeza, desde luego, es mi propia manera de entregarme a mi vicio"⁹⁹.

Afirma don Juan en varios pasajes de la obra de Castaneda que los indios son los desheredados de estos tiempos; que su caída se fraguó aún antes de la venida de los españoles, se consumó durante la conquista, y que en nuestros días bajo la tiranía de sus herederos, los indios lo perdieron todo, hasta su propio tonal. Que el hombre blanco, el representante de la civilización racional, desde el momento en que desembarcó en estas tierras, no sólo se dedicó a arrasar con el tonal de los tiempos, que es lo que llamamos la cultura nativa, sino con el tonal particular de cada aborígen, por lo cual resultó evidente que para el indio común la dominación del europeo se constituyó en su infierno. Aunque, viéndolo bien, explica más adelante el brujo, lo que fue una maldición para el pobre indio común, se constituyó en la redención para el vidente, para el hombre del conocimiento silencioso. En efecto, al asumir éste la barbarie de la conquista como un desafío de vida o muerte, no sólo no se dejó destruir por ella sino que, adaptándose con sabiduría y tenacidad, supo sacar el máximo provecho de tan crucial coyuntura. Su conocimiento salvó a unos pocos indios, pues si bien los españoles arrasaron con todo lo que estaba circunscrito a los términos su tonal, había cosas secretas en la vida de esos nativos que el blanco jamás comprendió, ni siquiera sospechó. Así, pues, cuando los indios en su condición de pueblo vencido se dieron cuenta de que

su tonal había sido devastado, se aferraron a lo único que les quedaba y a lo que el español racionalista jamás les podría arrebatarse: su nagual. Afirmaba don Juan que don Genaro, él y sus aprendices, hombres de conocimiento, al igual que algunos de los pocos brujos que aún quedaban dispersos y errantes a lo largo y ancho de las tres Américas, eran los herederos de ese pueblo casi extinguido, y los llamados a rescatar para beneficio de la especie humana su conocimiento milenario, más antiguo, en su concepto, y en muchas cosas más sabio que el del hombre europeo. Que no debía olvidar que al nagual se llegaba a partir de un "tonal hecho y derecho", es decir, en la plenitud de su integridad, en la magnificencia de su equilibrio y en el bello esplendor de su armonía, conquistado a través de toda una vida de impecabilidad. Los otros, los brujos de pacotilla, los que nunca llegaron al conocimiento silencioso, y los indios del común, fueron barridos sin compasión, perecieron como moscas, más que por la fuerza de sus enemigos, a manos de sus propias debilidades, como quiera que en lugar de aspirar al conocimiento a través del "ver", se dedicaron a cultivar sus odios, a apacentar sus rencores y a dar pábulo a su deseo de venganza, mediante el ejercicio de una brujería barata, de corto vuelo aunque poderosa, cuya finalidad inmediata no iba más allá del propósito de causar daño y muerte a sus enemigos, lo cual lograron no pocas veces para su satisfacción y para su desgracia.

Estos brujos aficionados, "brujos líricos", como en cierta oportunidad los llamó don Genaro¹⁰⁰, perecieron porque se extraviaron de la sabiduría del "ver", del mismo

modo que el hombre occidental también perdió el camino del conocimiento silencioso a manos de esa enfermedad del espíritu que ha afligido a occidente sobre todo a partir del nacimiento de la modernidad, y que consiste en la hipertrofia e idolatría del yo, que no es cosa diferente del cultivo de la importancia personal, todo lo cual condujo al ser humano a una búsqueda enfermiza y obsesiva de un poder estéril, cuyo fin último no fue la aspiración al conocimiento, sino la de poseer cosas para erigirse en tirano sobre los demás dentro de un mundo sórdido, de apariencias y de hipocresías; lacras todas que, por desgracia, el hombre ha sabido poner con maestría al servicio de la destrucción del planeta y del exterminio de los seres vivientes, incluido él mismo.

En repetidas oportunidades, sin embargo, don Juan fue explícito y terminante en el sentido de que para ser hombre de conocimiento, para acceder al nagual, no debía caerse en la simpleza de tratar de lograrlo a costa del maltrato y destrucción del tonal, ni siquiera de la negación y avasallamiento de la razón: "Un guerrero" -- decía-- "jamás se aleja de la isla del tonal. La utiliza"¹⁰¹. Su idea era que, siendo hombres hondamente enraizados en este mundo terreno, no podemos renunciar impunemente a él. Que el verdadero arte del maestro de un guerrero y del benefactor de un hombre de conocimiento no consistía en poner en conflicto de manera irreversible al tonal de su aprendiz con su nagual, sino en enfrentarlos primero para armonizarlos después, de tal manera que poco a poco, casi sin que

se diera cuenta, ese tirano celoso que es el tonal, fuera cediendo de buena gana su monopolio, se ubicara en el sitio que le corresponde, cumpliera a cabalidad y sin extralimitarse con su papel de sustentador de la coherencia del mundo de nuestra cotidianidad racional y, cuando llegara el momento, cediera gentilmente el paso a la epifanía de luz y de silencio que es la revelación del nagual, en donde está el verdadero reino de los brujos, los impronunciabiles dominios del "ver".

En beneficio de este propósito el maestro debe hablar primero al tonal y luego al nagual. Al tonal, para que liberándose poco a poco del lastre de la excesiva importancia personal, se vuelva fuerte, libre y fluido. Para cuando ello ocurra, el tonal por su propia voluntad, de buena gana y sin traumatismos innecesarios irá cediendo su dominio y él mismo se colocará en su lugar. Don Juan denomina este sutil proceso de educación del aprendiz "encoger el tonal". Entonces aparece lo inconcebible, lo portentoso, lo que la razón de un hombre común de buenas a primeras jamás está dispuesto a aceptar:

"--De eso se ocupa el nagual. Yo no sé cómo. Todo lo que puedo decirte es que somos seres luminosos y fluidos, hechos de fibras. El acuerdo de que somos objetos sólidos es cosa del tonal. Cuando el tonal se encoge, son posibles cosas extraordinarias. Pero sólo son extraordinarias para el tonal"¹⁰².

Decía don Juan que al tonal había que convencerlo con razones y al nagual con acciones, de tal modo que el uno apuntalara al otro en concordia y armonía, conseguido lo cual el brujo alcanzaría la totalidad de sí mismo.

Si don Juan es el maestro de Carlos, don Genaro Flores es su benefactor. Esto, hablando en sentido estricto. Aunque, como ya vimos, a lo largo de la obra de Castaneda los términos "maestro" y "benefactor" se usan de manera indistinta, en algunas oportunidades, sobre todo cuando se hace referencia a las relaciones de un grupo de aprendices con su preceptor, tales términos adquieren un significado preciso. Estos dos brujos tienen a su cargo un grupo de aprendices, diez en total: cinco mujeres y cinco hombres. La más vieja, doña Soledad, es madre de Pablito; María Elena, conocida por el alias de "La Gorda"; las tres mujeres más jóvenes, Lidia, Rosa y Josefina, apodadas "las hermanitas"; Eligio y Carlos, los aprendices de don Juan; Benigno, Néstor y Pablito, a quienes llaman "Los Genaros", son los aprendices de don Genaro Flores. En resumidas cuentas, don Juan "hizo siete hijos", es decir siete aprendices, dos varones y cinco hembras. Los de don Genaro, por su parte, son únicamente tres varones. Mientras don Juan desempeña el papel de "maestro" para sus siete aprendices, don Genaro es para ellos mismos su "benefactor". Y al contrario: don Juan es el "benefactor" de "los Genaros", aprendices de don Genaro, quien, a su vez, es "maestro" de los tres. La función del "maestro", según se lee en los libros de Castaneda, es la de fortalecer, poner a

punto, hacer libre y fluido el tonal de sus aprendices. El énfasis de su trabajo está pues en las que los brujos llaman "enseñanzas para el lado derecho", en otras palabras, para "la primera atención" o percepción del mundo cotidiano, también denominado "primer anillo de poder", el cual se asienta en la isla del tonal. Cuando el "maestro" juzga que su aprendiz está listo, quiero decir, cuando cree que ha reducido a justas proporciones el papel de su tonal, entra en acción el "benefactor" cuya función específica es la de revelar al aprendiz, no a través de palabras sino de acciones, el impenetrable misterio del nagual. Son estas las llamadas "enseñanzas para el lado izquierdo", cuyo ámbito es la "segunda atención", conectada al "segundo anillo de poder" o ámbito específico de la brujería, cuyo territorio es el reino del nagual. Lo anterior no quiere decir que el "maestro", en determinadas etapas del aprendizaje, no incursione con su alumno en los arcanos del nagual. Abundantes ejemplos de este doble accionar del maestro encontramos en la relación de aprendizaje que se llevó a cabo entre don Juan Matus y Carlos Castaneda. Lo fundamental es que mientras el maestro pone en juego toda su pericia en el fortalecimiento, pulimento, liberación y fluidez del tonal de su alumno, sólo al benefactor le está reservado de manera formal el proceso iniciático del futuro brujo en el misterio del nagual.

A la pregunta de Carlos de si todo aprendiz tenía un maestro y un benefactor, don Juan respondió que no siempre ello ocurría, sólo en algunos casos privilegiados.

Luego añadió:

"Cuando un hombre común y corriente está listo, el poder le consigue un maestro, y se hace aprendiz. Cuando el aprendiz está listo, el poder le consigue un benefactor, y se hace brujo"¹⁰³.

En cumplimiento de este aspecto de la regla de los brujos don Genaro, don Juan y Carlos se desplazaron cierto día hacia un bosque de eucaliptos ubicado a unos dos kilómetros de la casa del primero. De repente, y sin que mediara palabra alguna, don Genaro agarró con gran energía el brazo de Carlos quien, al retraerse adolorido, observó que el brujo burletero sólo lo tocaba suavemente con los dedos. Don Genaro, al tanto de lo que hacía en la humanidad de Castaneda, repitió varias veces la acción, al tiempo que con deleite reía a carcajadas de las muecas de dolor de su víctima. Luego, pidió a Carlos observar su perfil. "Su nariz aguileña le daba aspecto de pájaro: de un pájaro con extraños y largos dientes blancos"¹⁰⁴.

"La idea de que don Genaro tenía las riendas me llenó de terror. Miré a don Juan para decírselo; pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, don Genaro soltó un largo y formidable grito: un clamor tan fuerte y temible que sentí cómo mi nuca se hinchaba y el cabello flotaba como si un viento lo moviera. Tuve un instante de disociación completa y habría permanecido inmóvil en mi sitio de no haber sido por don Juan, quien con increíble velocidad y dominio hizo girar mi cuerpo para que mis ojos atestiguaran una hazaña inconcebible. Don Genaro estaba parado horizontalmente, a unos treinta metros del suelo,

sobre el tronco de un eucalipto que se hallaba acaso a cincuenta metros de distancia. Es decir, estaba parado con las piernas abiertas, perpendicular al tronco. Era como si tuviese ganchos en el calzado y con ellos pudiera desafiar la gravedad. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y me daba la espalda"¹⁰⁵.

Una vez superado el impacto emocional de esa hazaña enloquecedora, don Juan, a manera de explicación, dijo a su aprendiz que el negarse a una evidencia tan clara era de algún modo natural, en tanto los ojos que atestiguan el nagual son los mismos del tonal, y que éste, tirano caprichoso y lleno de celos, no cesa de reclamarlos para sí. Que llegado a este punto crucial del aprendizaje, la tarea propuesta por el benefactor consistía en convencer al tonal, no con razones sino con hechos de probada eficacia como el que don Genaro había realizado, que existen otros mundos que pueden pasar frente a los mismos ojos, sólo que para percibir y aceptar semejante infinitud sin berrinches ni traumatismos, el aprendiz debe ser libre, liviano y fluido. Que el secreto del asunto consistía en que el aprendiz debía instalar su intención vigilante entre el tonal y el nagual, de tal manera que cuando estuviera en el mundo del tonal debía proceder de manera impecable, es decir, sin dar lugar ni tiempo para "porquerías irracionales". Pero, cuando estuviera en el mundo del nagual, debería ser igualmente impecable, pues ahí no había tiempo ni lugar para "porquerías racionales". La intención para el guerrero, concluyó, es la puerta que está en el medio. Hay que cerrarla por

completo detrás de sí cuando se va o se viene¹⁰⁶.

Después de esta primera experiencia devastadora para la racionalidad de Carlos, ejecutó don Genaro todo un repertorio de exhibiciones del nagual, cuál más espectacular, con la complicidad de don Juan, esta vez en compañía de Pablito y Néstor, para realizar todo lo cual se desplazaron a un sitio de poder. Ya en él, y ante la presencia intimidante de don Genaro, ni Pablito ni Néstor intentaron disimular siquiera su terror. No era para menos: de algún lugar cercano a unos arbustos salió, sin que supieran cómo ni por qué, un sonido vibratorio que luego se convirtió en rugido, al tiempo que de su follaje emergió una gigantesca y ominosa sombra sin forma definida, la cual se movía de manera que daba la impresión de que ella misma respiraba. Se oyó en seguida un chillido escalofriante al que hicieron eco los gritos empavorecidos de Néstor y de Pablito, sólo un instante antes de que aquella sombra pávica se cerniera sobre ellos para echárseles encima. Cuando los tres recobraron algo de su presencia de ánimo se percataron de que don Juan y don Genaro estaban parados frente a ellos. Los ojos de los brujos tenían el mismo brillo intimidatorio de los de un enorme tigre nocturno cuando está a punto de avalanzarse sobre su presa. Castaneda confiesa que nunca antes había visto en un ser humano ojos de tan felina imponencia. A una señal de don Genaro, Pablito y Néstor se pusieron en movimiento flanqueados por Carlos. Luego se sentaron a unos cincuenta metros de donde el par de brujos de ojos

incandescentes se erguían, soberbios, al pie de un acantilado. Castaneda miró fijamente a los dos viejos antes de que sus ojos se desenfocaran contra su voluntad y empezara a bizquear. El resultado fue que la imagen de don Genaro por su ojo izquierdo se superpuso a la de don Juan por el derecho, segundos antes de que un ser iridiscente apareciera en medio de los dos, el cual no era un ser humano corriente, sino una especie de bola de fuego blanco cubierta por fibras de luz. Después de sacudir la cabeza para disipar la doble imagen, Carlos fue consciente de que ahora los dos brujos aparecían frente a él en figura de dos extraños seres alargados, luminosos, como si estuvieran hechos de fibras iridiscuentes. Luego ambos se estremecieron como si sus fibras vibraran y, de un momento a otro, desaparecieron.

Cuando volvieron a ser visibles junto al sitio donde los tres permanecían sentados, don Genaro inició una serie de movimientos a la manera de una peculiarísima danza, para luego de manera repentina ser halado hacia arriba por un casi imperceptible hilo de luz hasta el borde del acantilado. Pasados unos minutos, don Genaro se desplomó para repetir su hazaña por tres veces más¹⁰⁷.

Durante los días siguientes a esta experiencia, don Juan anunció que, como maestro encargado limpiar y reordenar el tonal de Carlos, era de la opinión de que su aprendiz ya estaba listo para recibir "la explicación de los brujos" última y

definitiva lección del maestro, una vez este ha llegado a la encrucijada final que para don Juan significaba intentar irse de este mundo terreno a los mundos donde la muerte ya nunca más podrá desafiarlo, convertido en estallido de energía, en explosión de luz. A su vez, esta encrucijada final de la que habla el viejo, significa para Carlos la conversión definitiva de aprendiz en brujo vidente, el viaje sin regreso al mundo indefinible del nagual, el cual deberá emprender Castaneda ahora sin la ayuda de su maestro, y cuyo itinerario excitante aunque desolador podemos leer en sus últimos cinco libros. Al final nos enteraremos de que, tal como le sucedió a don Genaro en su camino a Ixtlán, Castaneda tampoco podrá volver jamás al punto desde donde empezó su viaje: al hombre que era cuando en un lejano verano de 1960 su amigo Bill le presentó en la estación de Nogales a un indio socarrón y medio ladino que dijo llamarse Juan.

La síntesis de esta explicación que en discurso memorable recibió Carlos de boca de su maestro será materia de exposición y análisis en la segunda parte de este trabajo, como quiera que la llamada "explicación de los brujos" o interpretación de la realidad mundana desde la perspectiva del conocimiento milenario de los brujos toltecas, a mi juicio forma parte fundamental de lo que podríamos entender como la cosmovisión que subyace a la experiencia de aprendizaje de la brujería contada por Castaneda en sus libros.

EL ESTALLIDO DEL HOMBRE HECHO CONOCIMIENTO

Una vez finalizada su "explicación de los brujos", don Juan dijo a Carlos en tono dramático y solemne que había llegado la hora de partir, no sin antes añadir una última cosa: "El misterio o secreto de la explicación de los brujos tiene que ver con el acto de abrir las alas de la percepción"¹⁰⁸.

Luego, poniendo su mano sobre la libreta de apuntes de Castaneda, le pidió ir al matorral a desocupar vejiga e intestinos, quitarse la ropa, aunque, si ese era su deseo, podía dejarse los zapatos y el sombrero. Ante tan insólita solicitud Castaneda puso tal cara de desconcierto que don Juan, muerto de la risa, no tuvo más remedio que explicarle que el asunto sólo tenía que ver con su comodidad. Como Carlos seguía aún sin entender, le recordó un incidente ocurrido años atrás en las montañas del norte de México, cuando junto con don Genaro se dedicaba a mostrarle cómo la razón no podía en modo alguno dar cuenta de todo lo que ocurre en el mundo, en prueba de lo cual don Genaro ejecutó un magnífico salto de nagual, demostración que consiguió únicamente que el aprendiz se descompusiera en los pantalones ante los aullidos de risa del par de brujos. No era para menos: Carlos se vio obligado a tirar sus pantalones al matorral y a caminar desnudo por una transitada carretera hasta alcanzar su carro, cubierto sólo con su

sombrero.

Una vez desvestido, los dos caminaron hasta una roca de gran tamaño, la cual daba a un despeñadero de más de treinta metros de profundidad. Don Juan le pidió suspender su diálogo interior y escuchar los ruidos adyacentes. Pasados unos minutos, Carlos oyó el sonido de una piedra que rebotaba cuesta abajo. Pudo percibir con nitidez cada salto del guijarro. Cuando alzó la cabeza para alinear su oído izquierdo en la dirección del sonido, pudo ver cómo don Genaro estaba sentado en lo alto del peñasco. Hizo el brujo grandes aspavientos y dijo que había estado escondido allí a la espera de que Castaneda lo descubriera. Don Juan le susurró varias veces al oído que su razón no tenía nada qué ver en ese acontecimiento, y que debía abandonar con determinación su inclinación idiota de querer controlarlo todo, rezagos de sus viejas manías de antropólogo. Que la revelación del nagual que estaba por suceder era sólo para él, y que al servicio de tal propósito había venido don Genaro en persona. Don Juan lo tomó por el brazo y, como si se tratara de un juego divertido, lo condujo hasta donde estaba el otro brujo. Don Genaro, se puso en pie y se acercó. Su cuerpo emanaba un "calor visible", un resplandor que deslumbraba. Se acercó aún más y, sin tocarlo, empezó a susurrar en su oído izquierdo. Don Juan hizo lo propio en el derecho. Las voces de los viejos eran sincrónicas, ambos decían exactamente lo mismo. Hablaban de que no tuviera miedo, de que poseía fibras largas y potentes, las cuales lo guiarían

a la percepción del nagual de la misma manera como sus ojos físicos lo guiaban en la percepción del tonal; que esas fibras estaban por todo su alrededor, que a través de ellas sería capaz de percibir las cosas de manera simultánea, y que una sola fibra era suficiente para saltar de lo alto de la roca hasta el fondo de la cañada y viceversa. Con inusitada claridad Carlos escuchaba cada una de sus palabras y las retenía con tal fidelidad como si su memoria fuera una grabadora. Ambos lo urgían a saltar al fondo del abismo; le decían que sintiera sus fibras, que aislara una de las tantas que bajaban a la cañada y la siguiera sin temor. De repente Castaneda sintió una extraña comezón en todo su cuerpo. Sólo escuchó entonces a don Genaro que le decía que iba a saltar con él, quien, acto seguido, lo agarró, lo abrazó o lo empujó, y ambos se precipitaron al abismo. Cuando Carlos fue consciente de lo que le ocurría fue presa de una angustia enorme. Era como si algo triturara o devorara su estómago, una mezcla de dolor y de placer de tan absoluta intensidad y duración, que no le quedó más alternativa que gritar como energúmeno. Cuando se apaciguó, vio una red inextricable de chispas luminosas, de masas oscuras y de rayos de luz, al tiempo que fue consciente de que se hallaba de pie en lo alto de la roca, en compañía de don Juan y de don Genaro. Afirmó don Juan que había fallado de nuevo, y que era inútil saltar si la percepción del salto era anárquica; que de nada servía el nagual si el tonal no estaba templado y fluido; que debía saltar de manera voluntaria y con plena consciencia de tan definitivo acto. Carlos, entre tanto, vacilaba corroído aún por sus dudas

racionales, atascado en su paralizante miedo. De súbito, una extraña determinación se apoderó de él y se precipitó con todo su cuerpo al fondo del abismo. Mientras caía cesaron todos sus pensamientos; sólo veía, como a través de una niebla, cada uno de los detalles de la cañada, sin que hubiera de su parte una percepción secuencial del evento, hasta darse cuenta de que con sus pies tocaba el piso de la cañada. Transcurridos unos instantes se apoderó nuevamente de él el pánico, y sintió que una fuerza extraña lo halaba de nuevo hacia lo más elevado de la roca. Don Juan y don Genaro lo hicieron repetir el salto una y otra vez hasta que derrotara por completo su reticencia, su miedo, de tal manera que fuera capaz de atestiguar el nagual con la lucidez de mente y sobriedad de espíritu de un perfecto tonal. En algún momento fue consciente de algo enloquecedor: con la plenitud de la consciencia sabía que estaba parado en el borde de la roca junto a don Juan y a don Genaro susurrando en sus oídos, y un instante después, también con la plenitud de sus facultades, se veía de pie en el fondo de la cañada. Todo parecía perfectamente normal. Aunque oscurecía, aún había luz suficiente como para percibir con claridad cada detalle físico del entorno, tal como pudiera hacerlo en su vida cotidiana. Estaba absorto en esta contemplación cuando de repente sintió que una roca enorme se precipitaba desfiladero abajo en su dirección. En una fracción de segundo se percató de que era don Genaro quien la había echado a rodar. Después de un ataque de pánico, se vio otra vez en el filo de la roca. Miró en torno suyo. Don Genaro había desaparecido. Por toda

explicación, don Juan, ahogado de la risa, le aclaró que su benefactor había tenido que irse porque le había sido imposible soportar la fetidez de sus intestinos severamente descompuestos. Castaneda se ruborizó cuando pudo darse cuenta de que, en efecto, así había sucedido. Estaba literalmente ensopado en sus propios excrementos. El maestro lo llevó luego a un riachuelo y lo lavó como si se tratara de un caballo, recogiendo agua en el cuenco de su sombrero, mientras comentaba en medio de carcajadas histéricas la afortunada previsión de haber puesto a buen recaudo sus pantalones¹⁰⁹.

Al otro día, solo, en casa de su benefactor, Carlos durmió hasta el atardecer, hora en la que llegó don Juan. Luego, ambos viejos lo condujeron en silencio hasta una cordillera cercana. Caminaron hasta la hora del atardecer. Se detuvieron y sentaron en el filo de un barranco que caía a plomo hasta las profundidades de un abismo. Don Juan explicó que se trataba de un sitio de poder. Antes de llegar al ominoso lugar, don Juan había instruido a Carlos en el sentido de que debía continuar el ascenso en solitario hasta encontrarse con Pablito en lo alto del desfiladero. Carlos, a pesar del cansancio, echó a andar cuesta arriba. Cuando coronó la cima inspeccionó el lugar pero, en lugar de Pablito, se encontró con la figura de un hombre sentado, con la cabeza oculta entre sus brazos. De repente el pánico lo acometió, pero luego, en un instante de lucidez, concluyó que aquel hombre sentado no podía ser otro que Pablito, por lo que, recobrada la confianza,

se dirigió hacia él y lo llamó por su nombre. Sin embargo, antes de llegar hasta donde aquel hombre estaba, un sentimiento de pavor lo redujo a la impotencia más desoladora. Tenía razón: aquel hombre no era Pablito. Sus ojos eran como dos inmensos espejos, semejantes a los de un felino de tamaño descomunal. Carlos saltó hacia atrás; sus músculos se tensaron y, de inmediato, se relajaron sin la menor participación de su voluntad, cumplido lo cual ejecutó un soberbio salto de sorprendente alcance y rapidez. Antes de que pudiera salir corriendo despavorido, alguien lo agarró por el brazo con fuerza y, presa de pánico absoluto, lanzó un grito, un alarido largo y desesperado. De inmediato dio media vuelta dispuesto a encarar a su enemigo. Era Pablito igualmente tembloroso y descompuesto. El terror de ambos les impedía hablar, pues sus dientes castañeaban; Carlos por su parte se veía obligado a respirar a bocanadas para no asfixiarse. Pablito dijo entre temblores y escalofríos que el nagual lo había estado esperando, que en cuanto pudo zafarse de sus garras se encontró con Carlos cuyo grito estuvo a punto de acabarlo. Entre tanto, alguien parecía acercarse. En efecto, un momento después don Juan y don Genaro aparecieron junto a ellos. Don Juan encaró a Castaneda mientras don Genaro hizo lo propio con Pablito. Quiso Carlos comunicar su miedo al maestro, pero algo extraño había en el semblante de ambos viejos. Les ordenaron sentarse y don Juan dijo que les iban a mostrar a sus aliados. Pasados unos instantes algo como un trozo de tela salió de sus cuerpos, cerca de sus costados izquierdos. Don Juan lanzó el suyo por los aires, en tanto

don Genaro dejó caer con suavidad el propio. Carlos observó que a medida que los trozos de tela se acercaban al suelo, adquirirían forma redonda y sólida. Primero se contrajeron, luego se expandieron. El de don Juan creció al punto de convertirse en una sombra de gran tamaño, y empezó a acercarse hacia los aprendices, aplastando las piedras y terrones que encontraba en su camino. En cierto momento Castaneda tuvo la clara impresión de que avanzaría hacia ellos hasta pulverizarlos. Su terror llegó al paroxismo: la ominosa sombra era gigantesca y amenazante. Se sacudía y oscilaba como tratando de encontrar el camino para llegar hasta ellos. Sabían que los buscaba. Pablito intentó refugiarse en el pecho de Carlos, pero este lo sacudió con violencia obligándolo a levantar la cara mientras lanzaba un grito sofocado. El aprendiz de don Juan miró entonces hacia arriba. Un hombre extraño lo observaba. Parecía haberse estado ocultando detrás de la sombra. Lucía un aspecto demasiado peculiar.

"Era alto y delgado, de rostro largo, sin cabello, y una irritación o eczema cubría el lado izquierdo de su cabeza. Sus ojos eran locos y brillantes; tenía la boca entreabierta. Vestía una rara especie de pijama; los pantalones le quedaban cortos. No pude discernir si usaba zapatos. Quedó mirándonos durante lo que pareció un largo rato, como en espera de una coyuntura para lanzarse sobre nosotros y despedazarnos. Así de intensos eran sus ojos. No había en ellos odio ni violencia, sino alguna especie de desconfianza animal. Yo no podía soportar más la tensión. Quise adoptar una posición de pelea que don Juan me había enseñado años antes, y lo habría hecho si Pablito

no me hubiera susurrado que el aliado no podía pasar de la raya que don Genaro trazara en el suelo. Advertí entonces que en verdad había una línea brillante que al parecer detenía lo que se hallaba frente a nosotros"¹¹⁰.

Después de un corto silencio, Carlos escuchó el sonido de dos piedras que golpeaban con insistencia el piso sobre el que se hallaban parados, mientras, en un destello enceguedor, se iluminó el área como si alguien hubiera encendido una intensa luminaria. Vieron luego una bestia espantosa, algo así como un lobo de descomunal tamaño o quizás un coyote de aspecto pánico y repulsivo.

"Cubría su cuerpo una secreción blanca, como sudor o saliva. Su pelambre era áspera y húmeda. Gruñía con una furia ciega que me produjo escalofríos. Su quijada temblaba lanzando goterones de baba. Rascaba el suelo como un perro rabioso que tratara de librarse de una cadena. Luego se paró sobre las patas traseras y agitó con furia las delanteras y las quijadas. Toda su ferocidad parecía concentrada en romper alguna barrera frente a nosotros. Me percaté de que el miedo hacia aquel animal enloquecido era diferente del que me habían producido las dos apariciones anteriores. Mi temor de la bestia era repulsión y horror físicos. Seguí mirando en completa impotencia su rabia. De pronto pareció perder su salvajismo y se alejó trotando. Oí entonces que algo más venía hacia nosotros, o acaso lo sentí; de un momento a otro apareció la forma de un felino colosal. Lo primero que vi fueron sus ojos en la oscuridad; eran enormes y fijos como dos charcos de agua que reflejaran la luz. Resoplaba y gruñía suavemente. Exhalaba aire y se paseaba frente a

nosotros sin quitarnos la vista de encima. No tenía el mismo brillo eléctrico que el coyote; yo no podía distinguir claramente sus facciones, y sin embargo su presencia era infinitamente más ominosa que la de la otra bestia. Parecía reunir fuerzas; sentí que, en su audacia, traspasaría sus límites. Pablito debe haber tenido un sentimiento similar, pues me susurró que agachara la cabeza y me tendiera en el suelo. Un segundo después, el felino atacó. Corrió en nuestra dirección y luego saltó con las garras extendidas. Cerré los ojos y escondí la cabeza entre los brazos, contra el suelo. Sentí que la bestia había rasgado la línea protectora que don Genaro dibujara alrededor nuestro, y que se hallaba encima de nosotros. Su peso me aplastaba; la piel de su vientre frotaba mi cuello. Parecía que sus patas delanteras estaban atrapadas en algo; forcejeaba por liberarse. Sentí sus sacudidas y oí su diabólico resoplar. Supe entonces que me hallaba perdido. Tuve un vago sentido de elección racional y quise resignarme con calma a la suerte de morir allí, pero temía el dolor físico de la muerte bajo tan atroces circunstancias. Entonces, una fuerza extraña brotó de mi cuerpo; fue como si mi cuerpo rehusara morir y reuniera toda su energía en un solo punto, mi brazo izquierdo. Sentí que un empujón indomable lo atravesaba. Algo incontrolable tomaba posesión de mi cuerpo, algo que me forzaba a empujar el peso maligno de la bestia y quitárnoslo de encima. Pablito pareció haber reaccionado en la misma forma, y ambos nos pusimos en pie al mismo tiempo; fue tanta la energía creada por ambos, que la bestia salió disparada como un muñeco de trapo"¹¹¹.

Don Juan y don Genaro acudieron en ayuda de Carlos, mientras Pablito, como si estuviera muerto o desmayado, yacía bocabajo. Tras un rato los dos brujos lo ayudaron a sentarse y a ponerse en pie. Luego, los agarraron a los dos de pies y manos y los arrojaron a lo profundo del abismo. Cuando caía por los aires, lanzado

a una velocidad de vértigo, Castaneda fue plenamente consciente de que su cuerpo perdía peso, se desintegraba y flotaba libremente como si se tratara de una hoja a merced del viento. Sintió que su cabeza era despojada de todo su peso y que todo cuanto quedaba de él no era más que una brizna diminuta. Le parecía que todo su ser se concentraba allí, hasta que esa pequeña porción de sí mismo estalló en mil pedazos, cada uno de los cuales tenía plena consciencia de lo que estaba ocurriendo. Perdió al parecer la solidez de su cuerpo físico y quedó convertido por unos instantes en consciencia pura. Poco a poco fue recobrando la sensación de ser otra vez el Carlos de carne y hueso --el asustado Carlos de siempre-- que contemplaba maravillado "todas las combinaciones imaginables de escenas 'hermosas'; era como si mirara miles de imágenes del mundo, de la gente, de las cosas"¹¹².

De pronto se vio de pie en lo alto del risco en compañía de don Juan y de don Genaro. Le dijeron que lo habían traído de vuelta al mundo que le era familiar, puesto que minutos antes él había atestiguado lo desconocido: el nagual, aquello sobre lo que nadie puede hablar. Le comunicaron que lo lanzarían una vez más con el objeto de que desplegara las alas de la percepción, de tal manera que fuera testigo al mismo tiempo del tonal y del nagual, esta vez sin la estorbosa consciencia de estar oscilando entre uno y otro mundo. En efecto, la experiencia se repitió hasta que Carlos perdió la consciencia de la unidad de su propio yo,

hasta encontrar que allí donde estaba no había nada y, sin embargo, todo era pleno.

“No era luz ni oscuridad, calor ni frío, agradable ni desagradable. Yo no me movía ni flotaba ni me hallaba estacionario; tampoco era una unidad, un mismo, como estoy acostumbrado a serlo. Yo era una miríada de yo mismo y todos eran ‘yo’, una colonia de unidades independientes que tenían una alianza especial entre sí e inevitablemente se unirían para tener una sola consciencia, mi consciencia humana”¹¹³.

Recobrada su consciencia normal, el sentido de sus propios límites corporales, la unidad de su yo, don Juan lo abrazó y lo miró con ojos intensos y bondadosos. En ese instante supo Carlos que lo innombrable era en verdad innombrable; comprendió por primera y definitiva vez que, como tantas veces se lo repitió el maestro, las palabras fracasan a la hora de describir el inefable misterio de los brujos. Luego, como si su cuerpo fuera ingrávido y persistiera en la tendencia a flotar libremente en el espacio, don Juan lo condujo con gentileza, haciendo con sus manos una suave presión sobre sus hombros para mantenerlo con los pies bien asentados sobre la tierra; le dijo que lo iba a enterrar en la arena hasta que la tierra le devolviera su acostumbrada forma humana. Entre tanto don Genaro hacía lo propio con Pablito. Ya enterrado, Carlos sintió un deseo casi invencible de dormir. Don Juan no se lo permitió y, a fin de impedirlo, le pidió que hablara de cualquier cosa, menos de lo que acababa de atestiguar. Se pusieron a conversar

de Pablito. Afirmó el maestro que sus destinos se habían entrecruzado para siempre. Que él, don Juan, se había convertido en su benefactor, de la misma manera que don Genaro había llegado a ser el de Castaneda. Que la única diferencia entre los dos era que, mientras el mundo de Pablito como brujo estaba signado por la intimidación, el suyo era gobernado por el afecto y por la libertad. Explicó don Juan que tal diferencia había que buscarla en las personalidades esencialmente diferentes de los dos benefactores, puesto que mientras don Genaro era dulce, afectuoso y gracioso, él mismo era seco, autoritario y directo. Añadió que no podía ser de otra manera, pues la personalidad de Carlos exigía un maestro fuerte pero un benefactor tierno, mientras que la de Pablito requería un maestro bondadoso y un benefactor inflexible¹¹⁴.

Cuando Carlos se despertó al atardecer, don Juan le anunció que tanto don Genaro como él los estaban preparando para que los dos realizaran la última y crucial maniobra, el definitivo encuentro con lo desconocido. Pero que, esta vez, a diferencia de lo que había ocurrido la noche anterior, la hazaña consistía en entrar en el nagual solos, sin la ayuda de sus benefactores. Que la noche anterior los dos eran como dos yoyos que ellos hacían ir y venir del tonal al nagual, pero que a partir de ahí les tocaría aventurarse por lo innumerable por su propia cuenta y riesgo.

Le explicó, como si estuviera en el plan de ayudarlo a recordar, que la noche anterior las alas de su percepción se desplegaron para tocar su totalidad. Que ese había sido el sentido de ir y regresar del nagual al tonal una y otra vez. Por eso fue lanzado al abismo por dos veces consecutivas, hasta lograr la evidencia de que su logro no tenía ningún margen de error. Que la segunda vez había experimentado el impacto pleno de su viaje a lo desconocido. Que su percepción desplegó sus alas cuando algo en él se percató de su verdadera naturaleza como ser humano viviente, de su esencial condición de racimo de fibras luminosas que tienen la peculiaridad de darse cuenta. Y a manera de suprema recapitulación de todas sus enseñanzas hizo esta bella síntesis de la que él creía la esencia última de nuestra condición humana:

"Esta es la explicación de los brujos. El nagual es lo impronunciable. Todos los sentimientos y todos los seres, y todos los uno mismos que son posibles flotan en él para siempre, como barcas, apacibles y constantes. Entonces la goma de la vida pega a algunos de ellos. Tú descubriste eso anoche, y lo mismo hizo Pablito, y lo mismo hizo Genaro la vez que se adentró en lo desconocido, y lo mismo hice yo. Cuando la goma de la vida pega a esos sentimientos se crea un ser, un ser que pierde el sentido de su verdadera naturaleza y se ciega con el brillo y el clamor del área donde están los seres: el tonal. El tonal es donde existe toda la organización unificada. Un ser entra al tonal una vez que la fuerza de la vida ha unido los sentimientos que se necesitan. Una vez te dije que el tonal empieza al nacer y termina al morir; lo dije porque sé que, apenas la fuerza de la vida deja el cuerpo, todos esos pedazos aislados o que

forman el racimo se desintegran y regresan al sitio de donde vinieron: el nagual. Lo que un guerrero hace al viajar a lo desconocido se parece mucho a la muerte, excepto que su racimo de sentimientos aislados no se desintegra, sino que se expande un poco sin perder la unión. En la muerte, sin embargo, todos se hunden en lo profundo y se mueven por su propia cuenta, como si nunca hubieran sido una unidad"¹¹⁵.

Añadió que no había manera de referirse a ese infinito desconocido, a lo que sólo como una concesión a la limitación del lenguaje humano podemos balbucir como "lo innombrable". Por eso, afirmó, de lo innombrable no se puede hablar; tan sólo se puede presenciar, atestiguar, no desde el ámbito estrecho de la razón, sino desde ese poderoso centro de energía que los seres humanos tenemos y al que los brujos han dado el nombre de "voluntad". Que el secreto del guerrero, la habilidad del brujo, consistía en aventurarse en el nagual y permitir que ese racimo de fibras que se dan cuenta, su consciencia, se organizara de acuerdo con una gama casi infinita de formas posibles, hasta que el nagual se materializara en ellas de acuerdo con su predilección personal. Que la forma humana --una de las tantas posibles en este mundo incomprendible-- o, lo que es lo mismo, el sentimiento humano, corresponde a la organización original que recibimos cuando empezamos a ser. Que como seres luminosos, hechos de fibras iridiscentes, fuimos organizados en racimos conscientes que corresponden a lo que llamamos naturaleza humana, forma humana, la cual --lo afirmó con hondo sentimiento-- "es la más dulce de

todas las formas". Pero que, sin embargo, había una posibilidad infinita de organización de ese racimo de fibras que el brujo podía manipular, una vez ha entrado en el nagual. Que ese era el secreto de un brujo para convertirse en cuervo, en coyote o en lo que a bien tuviera. Que sólo cuando uno estaba en posesión de la totalidad de uno mismo podía realizar esa proeza inconcebible para la mente humana corriente anclada en el rígido mundo del tonal, en el ámbito válido, aunque estrecho de la razón. Que la fuerza de la vida era la que hacía posible ese movimiento de la baraja, pero que una vez ella se agotaba, no había manera de reintegrar el racimo, llamado también "la burbuja de la percepción".

Le recordó lo que le había dicho en numerosas oportunidades en el sentido de que a partir del momento de nuestro nacimiento esa burbuja de la percepción o racimo compacto de fibras organizadas para tener consciencia, queda sellada de manera hermética para el hombre común, y que sólo se vuelve a abrir en el momento de nuestra muerte en un movimiento de expansión muy similar a un estallido de energía, para desintegrarse como unidad de consciencia y regresar de nuevo a su lugar de origen, al océano inabarcable del nagual.

Que para los brujos la cosa era diferente. Que la quintaesencia de su saber consistía en aprender el secreto para abrir esa burbuja con la llave maestra de su poder, y aventurarse en vida por el territorio ininteligible e impronunciable del

nagual, donde todo lo posible flota en el eterno misterio donde la luz no acaba.

Pero que ya para terminar con el último pedacito de lo que él denominaba "la explicación de los brujos", le iba a revelar que, sin que lo sospechara en absoluto, él como maestro lo había hecho víctima de una ingeniosa treta: Carlos en calidad de aprendiz había seguido sus enseñanzas como mejor había podido, hasta el punto de que a estas alturas su razón estaba dispuesta a admitir sin mayores reticencias que el mundo no es más que una descripción y que en él hay mucho más de lo que la razón está normalmente dispuesta a admitir. Que también sabía que estaba en posibilidad de aceptar que la noche anterior atestiguó lo desconocido, que era capaz de "ver", que, en efecto, había "visto" todo lo que era posible "ver" hasta ese momento y bajo sus condiciones particulares, que sabía y aceptaba sin ningún problema lo del doble y demás aspectos del conocimiento de los brujos. Que hacer sentir segura a la razón era la tarea del maestro. Que le había jugado una treta a su razón de hombre occidental y de antropólogo, al hacerle creer que el tonal era explicable, previsible. Que don Genaro y él habían trabajado para darle la impresión de que sólo el nagual estaba más allá de toda explicación; que la demostración de que el truco había funcionado era que todavía a estas alturas podía reclamar su razón como algo propio, como algo seguro para manejar el mundo del tonal. Pero que esa creencia era otro espejismo, ya que su "preciosa razón" no era más que "un centro de ensamble, un espejo que refleja

algo que está fuera de ella". Que la noche anterior había atestiguado lo indescriptible que es el nagual pero también lo indescriptible que es el tonal. Que la razón no hacía cosa diferente de reflejar un orden externo y que ella nada sabía de ese orden, puesto que era incapaz de explicarlo, de llegar hasta su esencia, de la misma manera que no podía explicar tampoco el misterio del nagual. Que la razón sólo era capaz de atestiguar los efectos del tonal, pero que jamás podría comprenderlo ni deshilvanarlo. Puso como ejemplo de su revelación cómo el hecho de que estuvieran pensando y hablando indicaba que había un orden que seguimos sin saber siquiera en qué consiste o cómo lo hacemos.

Carlos, alarmado ante semejante enormidad, ripostó al viejo que las investigaciones realizadas por el hombre occidental en relación con el funcionamiento del cerebro como posibilidad de explicar ese orden, desmentían su aserto. Don Juan, entonces, con la proverbial tranquilidad que le era propia, le respondió que en realidad esas investigaciones no hacían más que atestiguar que algo estaba sucediendo¹¹⁶.

Como en anteriores oportunidades, el viejo brujo esta vez también parece estar en lo cierto. La ciencia occidental a pesar de sus asombrosos progresos no ha podido aún ir mucho más allá de una muy precisa aunque parcial descripción y medición de la realidad fenoménica del mundo. Sabemos por la biología, por ejemplo, y con

bastante precisión además, el cómo y el cuándo del fenómeno llamado inicio de la vida humana, y qué sucede con el cerebro, con el corazón o con las funciones vitales cuando la vida cesa. Hasta podemos dar cuenta apoyados en la ciencia clínica de por qué se produce ese hecho portentoso que llamamos morir. Sin embargo, hasta ahora que se sepa, no hemos podido traspasar los linderos de lo descriptivo, quiero decir, de lo estrictamente fenoménico, a la hora de abordar el esclarecimiento racional de tan inquietantes problemas. Ello quiere decir que la ciencia aún no ha podido respondernos de manera convincente qué son, en últimas, la vida y la muerte. Todavía siguen sin respuesta satisfactoria los grandes interrogantes que han quitado el sueño a filósofos, místicos, científicos y hombres comunes de todos los tiempos y de las más diversas latitudes y culturas. Un impenetrable misterio sigue gravitando sobre las cuestiones más comunes y aparentemente más sencillas de eso que llamamos realidad del mundo y existencia del hombre. Lo mismo podríamos decir de los complejos problemas de los que se ocupan la astronomía o la física, considerada esta por muchos como madre de todas las ciencias y paradigma de todo saber. O si no que nos lo digan algunos de los más prominentes estudiosos de la actual física cuántica o de la mecánica ondulatoria, quienes hondamente insatisfechos con los estrechos moldes mecanicistas que heredamos de la física decimonónica, los mismos con los que en evidente anacronía muchos profesores aún enseñan en nuestros colegios y universidades, han conmocionado la opinión del mundo actual con más de un

deslumbrante hallazgo.

Don Juan despertó a Carlos al amanecer de aquel día definitivo. Le dio un guaje con agua y una bolsa con carne seca y se pusieron en camino. Cuando llegaban al automóvil de Castaneda, después de caminar unos tres kilómetros, el maestro anunció con toda naturalidad que ese sería su último viaje juntos. Carlos, quien estaba al tanto del significado de esa confidencia, sintió una violenta sacudida en el estómago. Don Juan lo miró con un sentimiento que nunca antes habían dejado traslucir esos ojos notables. Fue una mirada lenta, de inolvidable bondad. Respondió a algunas observaciones sentimentales de Carlos diciendo que había muchas maneras de decir adiós, y la mejor de ellas sería, acaso, dejar en quien se queda un recuerdo de imborrable alegría. Después de un viaje de poco más de una hora en carro, llegaron a una arboleda donde don Genaro, Pablito y Néstor los aguardaban. Hubo los saludos de rigor y amistosas palmadas de don Genaro en las espaldas de Carlos. Con la mano todavía en su hombro felicitó a todos por su exitoso salto al vacío, a pesar de que Carlitos, así lo dijo, tenía "cantidades de caca entre las tripas". El y don Juan aullaron de la risa, en tanto sus aprendices se limitaban a soltar entrecortadas risitas idiotas. Luego, por invitación de don Genaro, todos se pusieron en movimiento y caminaron por las montañas hasta alcanzar una planicie cuando la tarde ya declinaba. Se respiraba allí un suave olor a sauces y a tierra mojada. Lloviznaba. Un arroyo cercano dejaba oír su

monotonía. Después de que los dos viejos gastaron a Carlos unas cuantas bromas alusivas a su lentitud y torpeza para caminar por entre el monte, llegaron al final del valle y torcieron, luego, rumbo a las montañas del este. Ya llegaba el sol a su ocaso cuando se detuvieron en una meseta plana y estéril de la vertiente occidental de la Sierra Madre, en México Central. Don Juan y don Genaro pidieron a todos ubicarse en el borde norte de la altiplanicie. A Carlos el paisaje le pareció sublime: una secuencia interminable de valles y de montañas se extendía hacia el norte, mientras hacia el oeste se atisbaba la mole de una cordillera dormida. Los últimos destellos del sol teñían un rosa melancólico las estribaciones distantes. Pese a la abrumadora belleza de aquel atardecer espléndido, Castaneda se sintió triste y solitario en medio de aquel paraje incendiado por la luz agónica del sol. Era solemne el silencio de aquellas soledades, y la tensión de la nostalgia, insoportable. Como queriendo hacer más tolerable la aguda punzada de la tristeza, don Juan, al tiempo que ponía en sus manos la libreta, le dijo que si escribiendo empezó el camino del conocimiento, en la misma forma lo concluiría. Todos los presentes urgieron a Carlos a escribir, como si en ello se les fuera la vida.

Luego don Genaro se dirigió a Carlitos, como lo llamaba, para anunciarle que tanto él como Pablito habían llegado al final de la jornada y que los dos estaban en el mero borde de lo desconocido. Que otros guerreros que habían pasado allí por el mismo trance, exactamente en ese mismo sitio, les deseaban buena suerte, como

lo estaban haciendo todos los presentes. Mirando al cielo don Genaro afirmó que aún quedaba algo de tiempo y, luego, volviéndose hacia Néstor le preguntó qué era lo que entre tanto debía hacerse. El aludido respondió que reír y gozar. Carlos, por su parte, manifestó a don Juan en tono doliente que se sentía paralizado por el terror al considerar que había sido llevado a todo eso mediante engaños; que ni siquiera pasó jamás por su mente una situación como la que estaban a punto de vivir, la que para él significaba algo peor que la muerte. Don Juan interrumpió su lamentación para decirle que ya se estaba quejando otra vez y que se iba a tener lástima hasta el último momento. Todos soltaron una carcajada, como si lo que acababa de decir don Juan hubiera sido un chiste, al tiempo que Carlos, apenado por la reconvención, ofrecía disculpas a todos por lo que consideraba en él invencible idiotez. Luego de desestimar las disculpas de Carlos calificándolas esas sí de verdadera idiotez, don Juan les anunció a Pablito y a Carlos que estaban a punto de cumplir la última tarea en la que estarían acompañados por sus benefactores. Que ellos dos iban a entrar en el tonal y en el nagual por la sola fuerza de su poder personal, y que don Genaro y él estaban ahí sólo para decirles adiós, mientras por designación del Poder, Néstor serviría como testigo. Que esa era también la última encrucijada en la que don Genaro y él los ayudarían. Que una vez entrados los dos por sí mismos en lo desconocido, ya no dependían de nadie para que los trajera de regreso en caso de que así lo hubiesen menester. Que la decisión de regresar o de quedarse perdidos para siempre en ese infinito

desconocido era sólo de ellos, y que tal decisión dependía tan sólo de su poder personal, de su impecabilidad. Que debían ser conscientes que pocos son los guerreros que sobreviven a un encuentro como ese, pero que ellos confiaban en que tendrían el poder suficiente para realizar la tarea sin contratiempos. Que si elegían no volver, desaparecerían para siempre de la tierra, pero que si regresaban, como todos esperaban, debían aguardar como verdaderos guerreros hasta que su misión hubiera concluido, ya fuera en el triunfo, ya en la derrota, cumplido todo lo cual habrían alcanzado el dominio sobre la totalidad de ellos mismos.

El sol estaba a punto de alcanzar la línea del horizonte. A Carlos el paisaje le dio la sensación de "un mundo solitario barrido por el viento"¹¹⁷. Don Genaro dio las últimas recomendaciones. Les habló de la humildad y del temple del guerrero que busca siempre dar lo mejor de sí en el momento supremo, sin preocuparse de cuál sea el resultado. Dedicó algunas de sus mejores frases a recordarles a los que estaban al borde de aquel definitivo salto en el cual comprometían su misma vida, que una de las condiciones ineludibles del brujo era la de estar siempre listo, esto es, al acecho para no dejarse sorprender ni por sus debilidades de hombre ni por esas fuerzas ineluctables que rondan allá afuera los dominios del poder. Cuando don Genaro hubo concluido su discurso bajó la cabeza como si se encontrara exhausto, y don Juan habló entonces para decir que lo único que quedaba

pendiente era que los que iban a partir dijeran adiós en voz alta y con sus propias palabras, a fin de que su eco quedara para siempre en ese sitio de poder, como había quedado el de todos aquellos guerreros que habían pasado por el mismo trance. La cálida voz de don Juan llenó de nostalgia y de tristeza el ánimo de Carlos hasta hacerlo comprender que la serenidad del paisaje que contemplaba no era más que un espejismo, puesto que la explicación de los brujos que acababa de recibir se le había venido encima como una abrumadora carga, plena soledad. Pero su angustia llegó al límite cuando comprobó que a partir de ese momento había sido despojado radical y definitivamente de todo lo que hasta entonces le había sido familiar, incluyendo su propia razón. Pablito, entre tanto, era víctima de su propio llanto. Cuando por fin pudo dominarse, agradeció con sentidas palabras la gentileza con la que don Genaro y don Juan lo habían tratado durante los años que había pasado a su lado, y les pidió en forma encarecida que, en caso de no regresar, cuidaran de sus seres más queridos. Luego, vino otra vez el silencio. El viento del norte soplaba suavemente. Don Juan miró de nuevo a Carlos. Fue una mirada lenta, plena de bondad. Le dijo que un guerrero se despedía dando las gracias a todos aquellos que habían tenido para con él un gesto de benevolencia o de preocupación, y que era imperioso en ese instante supremo agradecer a ellos y a todos cuantos lo habían cuidado y prestado apoyo en su camino. Don Juan entre tanto pidió a Néstor que hiciera sonar su "cazador de espíritus". Se escuchó entonces un sonido grotesco. Una histeria de mayúsculas proporciones se apoderó

de Pablito, quien echó a reír como poseso, contagiando su hilaridad a los presentes. La fetidez del ambiente hizo evidente que "el testigo", en lugar de hacer sonar su artefacto, el cual había olvidado en casa, había soltado en su reemplazo un poderoso pedo. Todos parecían ahogados en su propia risa, como si fuera imperioso para aquellos brujos demostrar que hasta en los momentos más solemnes y definitivos eran capaces de pasar con increíble facilidad de lo sublime a lo ridículo. Quiso luego Pablito saber si Carlos era poeta. Antes de que pudiera responder, don Genaro le soltó la siguiente rima: "Carlitos es un chingón; tiene un poco de poeta, de loco y de cabrón"¹¹⁸.

Miró entonces don Genaro hacia el firmamento y opinó que ya iba llegando la hora de desbandarse como los guerreros. Pero que antes de coger cada quien por su lado les iba a revelar un último secreto, al cual podían darle el nombre de "la predilección de un guerrero". Puso sus ojos en Carlos y le recordó que en alguna oportunidad Castaneda había manifestado que la vida de un guerrero era fría, solitaria y carente de sentimientos. Que había llegado el momento de decirle que él no era de la misma opinión; que la vida del guerrero se basaba en su afecto, devoción y dedicación al ser amado, dicho lo cual preguntó cuál creían ellos era ese ser amado, añadiendo luego que se lo mostraría en el acto.

"Don Genaro se puso en pie y caminó despacio hasta un área perfectamente llana, justamente frente a nosotros, a unos tres metros de

distancia. Allí hizo un curioso gesto. Movi6 las manos como si barrieran el polvo de su pecho y su est6mago. Entonces ocurri6 algo extra6o. Un destello de luz casi imperceptible lo atraves6; sali6 del suelo y pareci6 encender todo su cuerpo. Don Genaro ejecut6 una especie de pirueta hacia atr6s; un clavado de espaldas, dicho con m6s propiedad, y aterriz6 sobre el pecho y los brazos. La precisi6n y habilidad de su movimiento lo hicieron parecer un ser sin peso, una criatura vermiforme que diera la vuelta sobre s6 misma. Ya en el suelo realiz6 una serie de movimientos inconcebibles. Se deslizaba a unos cuantos cent6metros de la tierra, o rodaba sobre ella como si tuviera balines, o nadaba describiendo c6rculos y vueltas con la rapidez y la agilidad de una anguila en el oc6ano. Empec6 a bizquear, y en cierto momento, sin transici6n alguna, me hall6 observando una bola de luminosidad que se deslizaba de un lado a otro sobre lo que pareci6 ser una pista de hielo con mil luces brillando sobre ella. El espect6culo era sublime. Luego la bola de fuego se detuvo y permaneci6 inm6vil. Una voz me sacudi6 disipando mi atenci6n. Era don Juan que hablaba... La voz de don Juan era muy clara...--El amor de Genaro es el mundo --dec6a--. Ahora mismo estaba abrazando esta enorme tierra, pero siendo tan peque6o, no puede sino nadar en ella. Pero la tierra sabe que Genaro la ama y por eso lo cuida. Por eso la vida de Genaro est6 llena hasta el borde y su estado, donde quiera que 6l se encuentre, siempre ser6 la abundancia. Genaro recorre las sendas de su ser amado, y en cualquier sitio que est6, est6 completo. Don Juan se acuclill6 frente a nosotros. Acarici6 el suelo con gentiliza. --Esta es la predilecci6n de dos guerreros --dijo--. Esta tierra, este mundo. Para un guerrero no puede haber un amor m6s grande. Don Genaro se levant6 y vino a acuclillarse junto a don Juan; por un momento ambos nos escrutaron con fijeza, luego tomaron asiento al un6sono, cruzando las

piernas....

Don Juan volvió a acariciar el suelo con ternura. -
-Este ser hermoso, que está vivo hasta sus último
resquicios y comprende cada sentimiento, me dio
cariño, me curó de mis dolores, y finalmente,
cuando entendí todo mi cariño por él, me enseñó
lo que es la libertad"¹¹⁹.

Los dos viejos se pusieron de pie; estiraron los brazos y arquearon el espinazo como si estuvieran en el plan de desentumecerse después de largo rato de inmovilidad. El corazón de Carlos palpitaba con celeridad. Pidieron a los dos aprendices que se levantaran. "--El crepúsculo es la raja entre los mundos --dijo don Juan--. Es la puerta a lo desconocido". Luego, señalando la meseta donde se encontraban, dijo que más allá de ella había un abismo, y más allá de ese abismo estaba lo desconocido. Los dos brujos se volvieron hacia Pablito y le dijeron adiós. Por las mejillas de este rodaban abundantes lágrimas. Luego se despidieron de Carlos.

"Don Juan y don Genaro retrocedieron y parecieron perderse en la oscuridad. Pablito me tomó del antebrazo y nos dijimos adiós. Entonces un extraño impulso, una fuerza, me hizo correr con él hacia el filo norte de la meseta. Sentí que su brazo me sostenía cuando saltamos, y luego quedé solo"¹²⁰.

Fue su último encuentro personal con don Juan Matus, su maestro y con don

Genaro Flores, su benefactor. Ocurrió en una meseta desolada aunque imponente de la Sierra Madre, lejos de los ruidos y fuegos fatuos de la civilización. El aprendizaje de Carlos había llegado a su fin y en adelante jamás volvería a vérselas cara a cara con este par de brujos inolvidables. De ellos le quedó el recuerdo de su gracia gentil, de su poder sin atenuantes, el acopio de sus enseñanzas y la herencia de su maestría para ser el guía de esos aprendices. De ahora en adelante, vaya uno a saber por qué, Carlos Castaneda, el menos indio de todos, el más torpe, renuente y terco de los discípulos de don Juan se convertirá en EL NAGUAL, esto es, en el guía de los dos grupos de brujos novicios que, hasta el día de su partida definitiva en forma de explosión de fuego, tuvieron bajo su orientación don Juan y don Genaro. En los misterios indescifrables del Poder, como diría don Juan, se escondería la explicación de la paradoja según la cual un engreído y muy razonable estudiante de antropología de la Universidad de Los Ángeles recibiera la herencia india de don Juan Matus, el cuervo luminoso.

"Vi a don Juan tomando la delantera. Y después sólo hubo una fila de exquisitas luces en el cielo. Algo como un viento parecía hacer que la fila se contrajera y oscilara. En un extremo de la línea de luces, donde se hallaba don Juan, había un inmenso brillo. Pensé en la serpiente emplumada de la leyenda tolteca. Y después las luces se desvanecieron"¹²¹.

II

MESTER DE BRUJERIA Y SU MUNDO DE
MARAVILLA

PRELIMINARES

Si he aceptado el riesgo de escribir un ensayo sobre un asunto tan poco creíble para nuestra razón de occidentales, tan incómodo para nuestros dogmas religiosos y tan subversivo para nuestra tradicional idea del mundo como lo es este de la práctica de la brujería y la dimensión mágica de la realidad entre algunos grupos de indios yaquis de México, cuyas prácticas y sistema de creencias aparecen descritos en los libros de Carlos Castaneda, es porque aspiro a comunicarme con aquellos para quienes todavía el arte de vivir por encima de las trampas que nos tiende la civilización con su aplastante poder para domesticarnos no es uno más entre tantos propósitos inútiles, sino el más importante de todos.

Vivir. ¿Qué hemos hecho de la vida? Por desgracia y a medida que avanza la modernidad con su prédica de esa patética distorsión que algunos aún se empeñan en llamar "progreso", el hermoso acto de vivir se nos convirtió en oscuro ritual a través del cual, en lugar de a la vida, rendimos culto a la muerte. Nuestra ansia de vivir --sed de permanencia en el ser, apremiante deseo de no esfumarnos en la nada de donde salimos--, unida a esa extraña noción de felicidad que con obstinación asociamos a la satisfacción compulsiva e inmediata de nuestros sentidos, nos ha llevado en últimas a concebir y a planear nuestra felicidad personal y ese despropósito mental que solemos entender como bienestar colectivo, en términos de lo que mal llamamos desarrollo. Tal engendro, más que

progreso, debe entenderse como enfermiza idolatría del "yo" que aspira no tanto a ser cuanto a tener; que nos convierte en víctimas de un deseo insaciable de poseer dinero y de acumular cosas, muchas de ellas inútiles, a las que denominamos bienes, y que juzgamos indispensables no tanto para vivir con cierta holgura y seguridad, cuanto para sentirnos importantes, envidiados y con las argucias que nos permitan exigir tributo de vasallaje a los demás. En este aspecto sórdido de la condición humana creo entrever la clave que devela el apetito del poder. Sólo que la pretensión de señores nos convierte en esclavos. Entramos por esta vía al reino empobrecido de la necesidad. Carencia a menudo ilusoria que nos inventamos o nos inventan sólo para darnos carta de esclavitud en una sociedad ávida de consumir sin medida, y cuya dinámica tiene su razón de ser en niveles de competencia de extrema ferocidad. Y así, prevalidos de la ciencia y de la tecnología modernas, hijas, a su vez, de un asombroso conocimiento de la naturaleza decantado durante siglos, han ido apareciendo a través del tiempo objetos sofisticados y artefactos deslumbrantes que satisfacen un nivel de bienestar que de manera real o supuesta nos permite vivir con el máximo placer en términos del mínimo esfuerzo. Por desgracia, tal concepto del progreso humano, del desarrollo económico y social, se ha hecho casi siempre a expensas de la devastación física del planeta y de los recursos naturales que el mismo hombre necesita para sobrevivir como individuo y como especie. Millones de hectáreas de bosques arrasados año tras año rinden tributo a la voracidad

mercantil de los países industrializados o solventan elementales necesidades de supervivencia de millones de marginados, desplazados por la guerra o por la pobreza que heredaron de una sociedad injusta hasta la abominación. Lo que unos pocos hacen para darse el placer de sentirse ricos y poderosos y los otros, que son los más, para sobrevivir al hambre, a la ignorancia y a la guerra, está convirtiendo en realidad aterradora lo que sólo hace tres décadas no pasaba de mero ejercicio académico, de especulación erudita, sobre la hipótesis remota de sequía de las fuentes de agua a escala universal.

Con los bosques devastados también han perecido para siempre millones de especies animales indispensables para el equilibrio ecológico y para la belleza del mundo, cuya aparición de prodigio fue posible gracias al misterio de la vida y a la buena fortuna de que sobrevivieron a incontables acechanzas y dificultades con frecuencia mortales, a lo largo de millones de años de evolución. Muchos e irreversibles estragos le han costado a ese delicado ser vivo que es la tierra los millones de carros que conducimos orondos por carreteras y avenidas, contaminando la transparencia del aire con el veneno ruidoso que emana de sus exostos. Los equipos de refrigeración de aire que hacen más llevadero el sopor de nuestras noches tórridas, el aerosol con el cual espantamos los olores ingratos o las embestidas del zancudo, y hasta el avión supersónico, orgullo de la inteligencia humana, han ido abriendo, al parecer, una gigantesca tronera en la capa de ozono

que puede tener --de no corregirse de manera rápida este estado de cosas-- efectos catastróficos para el equilibrio atmosférico, para la salud y la vida de los seres vivos sobre la tierra.

Cuánta ciencia acumulada se esconde detrás de la más insignificante de las partes que hacen posible la maravilla de un automóvil, de un cohete espacial o de un avión. También podríamos preguntarnos cuánto conocimiento construido durante siglos se necesitó para que un televisor pusiera al alcance de nuestra alcoba la imagen directa e inmediata de lo que ocurre en el rincón más apartado del planeta, o para que un escanógrafo nos ofreciera el retrato minucioso y secreto de nuestro cuerpo enfermo.

Por supuesto que el hombre occidental también ha puesto su conocimiento de la naturaleza al servicio de la vida y del bienestar humano. Baste citar dos casos ejemplares: el de la medicina y las comunicaciones. Sólo que si colocáramos en los platillos de una balanza lo benéfico y lo dañino que en su conjunto hemos conseguido con la aplicación de la ciencia y la tecnología a nuestro peculiar concepto del progreso y del desarrollo, el fiel de la balanza se inclinaría muy seguramente de manera dramática y premonitoria hacia el plato que soporta los estragos --algunos irreparables-- que con el "desarrollo" hemos causado a la salud de nuestro planeta y al bienestar de sus habitantes.

La tierra está enferma de gravedad, no cabe la menor duda, y es urgente hacer algo por mejorar su estado de salud si es que la especie humana, por un extraño y fatal designio de su inteligencia, no decide darle el golpe de gracia antes de que pueda recapacitar y volverse atrás.

No se trata --ni más faltaba-- de que volvamos hacia un estilo de vida primitivo y tribal, lejos de todas las cosas benéficas que nos ha traído la modernidad; como si para salvar la tierra de la catástrofe que se avecina tuviéramos que regresarnos a vivir en medio de la selva. Urge, ante todo, --si ello fuera posible-- que cambiemos la actitud depredadora, irrespetuosa y suicida que tenemos frente a la naturaleza y a la vida en todas sus manifestaciones, y luego sí, dentro de una nueva concepción del conocimiento que supere el racionalismo a ultranza, nos pongamos a tono con una visión integral de progreso, aprovechemos nuestra notable capacidad de escudriñar el universo, no en nuestro daño sino en nuestro bienestar. Si materializáramos tal utopía, es decir, si, como dicen los indios yaquis, viviéramos en buenos términos con la naturaleza y con los hombres, la vida sobre la tierra sería más respirable, menos violenta, más armónica y amable.

Creo encontrar en este punto la clave de la ética esencial de estos indios. Una ética que nace de sentirse parte del universo, entendido como un todo orgánico,

inabarcable, vivo y dotado de consciencia, en el cual el daño que infligimos a alguna de sus partes afecta la salud de todo el organismo. Ética cósmica adquirida con los ojos mágicos del "ver", más allá de la conceptualización teórica que pueda proporcionarnos la razón anclada en alguna ideología, y bien distante de la degeneración esclerótica que produce la inclinación religiosa del hombre cuando deviene en institución.

Me parece que, en este sentido, mucho tenemos que aprender de estas culturas prehispánicas que hunden sus raíces en las profundidades de la sabiduría ancestral. Como veremos, la cosmovisión de los brujos que enseñaron a Castaneda su cautivante y peculiar modo de vivir, sin dejar apenas rastro de su paso por la tierra, parte en este aspecto de su convicción fundamental de que el universo es un absoluto misterio digno de ser tratado con respeto, con gentileza, con sobriedad y con infinita ternura.

Si bien es cierto que dentro del código que rige el complejo y, para nosotros, ininteligible mundo de la brujería, sus relaciones entre sí están signadas a menudo por la eventualidad de producir la muerte voluntaria o involuntariamente, o de causar graves daños físicos o psicológicos en quien se ponga sin las debidas precauciones al alcance de su desconcertante poder, su manera de ser hombres y de asumir la vida los hace, a mi juicio, más humanos, más sabios e infinitamente

más sensatos que nosotros en casi todas las cosas que atañen al raro arte de vivir con plenitud. Mirarnos en el espejo de esos que para muchos van más allá de indios incivilizados y gentes bárbaras es propósito prioritario de este ensayo.

Dos años después de la partida definitiva de don Juan y de don Genaro, Carlos regresó a México con la intención de que entre Néstor y Pablito lo ayudaran a acomodar algunas piezas del rompecabezas que para él suponía su nueva condición de nagual, y que, a su juicio, aún continuaban fuera de sitio. Aquel viaje definitivo no fue otra cosa que la coyuntura magistral, planeada por don Juan antes de partir, para que entre todos los aprendices demolieran de manera implacable y sistemática lo que aún le quedaba de su terca aunque explicable manía de querer comprenderlo todo por medio de la razón.

Desde que Carlos puso pies en casa de doña Soledad, poco a poco fue dándose cuenta de que había caído sin percatarse en una trampa mortal. Para su sorpresa, de aquella vaca vieja y fofa, llena de achaques y de quejumbres que conoció años antes, no quedaba ni el rastro. Doña Soledad, la anciana y resignada madre de Pablito, era otra. Esta vez, sin llegar al extremo de perder su identidad, lucía increíblemente más joven y atractiva. Al contrario de lo que siempre observó en ella, sus carnes firmes y rotundas se resolvían en un conjunto femenino de formas armoniosas, cercano a la voluptuosidad. Era evidente que, sin saberse cómo ni por

qué, doña Soledad había sufrido una transformación radical. Hasta su carácter era diferente. Nada quedaba en ella de la madre sufrida y doliente, de la decrepita mujer doméstica que había conocido en tiempos de don Juan. Desde que saludó a Castaneda, doña Soledad mostró una determinación de ánimo tan inusual y drástica, que el visitante fue víctima de un ataque de terror que lo condujo a buscar la puerta de salida para poner, de inmediato, pies en polvorosa. Sólo que un gigantesco y atemorizante perro le salió al paso para cortarle la retirada. Cuando Carlos quiso ganar más que a la carrera el interior de su automóvil para huir cuanto antes de ese lugar ominoso, el perro ya había saltado dentro del carro. Sin otra salida diferente de la de aceptar por la fuerza la hospitalidad de doña Soledad, entró de nuevo al interior de la casa de la mujer que hasta entonces ignoraba se había convertido en bruja, gracias a las artes de don Juan. Lo que también ignoraba Castaneda era que el astuto brujo había encomendado a doña Soledad y a las llamadas hermanitas la tarea ineludible de tenderle una celada mortal, en cuanto regresara a su casa. Haciendo gala de su impecabilidad de bruja sabia, la madre de Pablito cumplió al pie de la letra su cometido. Algo nada fácil de digerir para Carlos: que su maestro en persona, el mismo que le enseñó con infinita paciencia durante algo más de diez años el arte de la brujería; el que lo salvó a veces en el último instante de peligros mortales, le hubiera tendido una trampa tan maligna y definitiva en la que, de caer, hubiera perecido sin atenuantes. Días después le explicaría la Gorda que para poder dirigir a sus

guerreros, un nagual tenía que hallarse en un grado de poder muy sofisticado y pleno; un estado de control de la situación en la que los sentimientos humanos, al menos tal como los entendemos, cuentan demasiado poco¹²². Para colmo de su desconcierto, la doña Soledad que años antes apenas si desataba palabra, lo fue envolviendo en su parla irresistible y, con la ayuda de sus nuevas dotes de hembra en celo, le fue mostrando sus pechos desnudos hasta llevarlo casi sin que se percatara a la trampa letal de su lecho. De repente, Castaneda quedó estupefacto: doña Soledad, la otrora vieja y respetable madre de Pablito, le estaba mostrando sus genitales. Sin embargo, y aunque quiso sobreponerse, nada pudo hacer para neutralizar el hechizo. Una vez que lo tuvo sobre su cuerpo, vencida la repugnancia infinita que le producía entrar en tratos carnales con la "anciana" madre de su amigo, doña Soledad intentó estrangularlo con la cuerda que hasta poco antes servía para mantener en orden sus cabellos. Demasiado tarde comprendió Carlos el peligroso trance en el que se hallaba, pues cuando trató de reaccionar, sintió que sus fuerzas físicas y su voluntad ya estaban a merced de la bruja. Se resignó entonces a morir. Cuando ya no había mucho qué hacer se dio cuenta de que por enésima vez, y pese a las insistentes advertencias de don Juan, había caído en las trampas de su propio intelecto. En lugar de permitir que su cuerpo de brujo hiciera lo que sabía y debía hacer en un momento como ese, se perdió en cavilaciones inútiles tratando de hallar explicación razonable a todo aquel sinsentido. Entre tanto, la bruja ya lo tenía dentro de su morral. De súbito, sintió

un chasquido en la base de su cuello. Lleno de pavor pensó que doña Soledad le había quebrado el cuello con un movimiento maestro de su cordel. Tuvo la plena seguridad de estar muriendo. Maldijo su incapacidad y su torpeza para intentar algo en su defensa. Ni siquiera podía mover un músculo. La respiración se hizo crítica. Pero en el momento menos esperado, sintió que su cuerpo se puso a vibrar y, en un instante, se vio libre del lazo mortal. Cuando fue otra vez consciente de sí, percibió con toda claridad que estaba mirando la escena abominable desde lo alto del techo, fuera de su cuerpo, el cual seguía aún tendido y exánime sobre el cuerpo desnudo de doña Soledad. Vio en los ojos de la bruja el reflejo del terror mismo. Presa de un repentino acceso de ira por haber sido tan estúpido, propino en la frente de la yaciente un soberbio puñetazo. La vieja chilló y se cogió la cabeza con las dos manos antes de desmayarse. Entre tanto, el Carlos que presenciaba la escena desde fuera de su cuerpo, vio que doña Soledad salía despedida de la cama por la increíble fuerza de su golpe. La vio correr hacia la pared como si, medrosa, buscara refugio en un rincón de su alcoba.

Pese a su estupidez, había salido airoso del trance en el que don Juan buscó poner a prueba la superioridad del poder de los dos brujos. Doña Soledad, entre tanto, era consciente en medio de su aflicción de que había perdido la batalla. Días después Carlos sobreviviría a otro mortífero ataque de Rosa, una de las hermanitas, y, llevado de la mano de la Gorda, saldría incólume de cuatro

encuentros tenebrosos con los aliados de don Juan y de don Genaro.

Para los raros designios de la brujería sólo contará el poder del más fuerte como nagual del grupo de aprendices de don Juan. Por boca de las hermanitas se enteraría Carlos más tarde, que quien propinó el puñetazo en la frente de doña Soledad y salió airoso del demoledor golpe de Rosa fue su propio doble, un estúpido, lerdo, aunque poderoso nagual¹²³.

Bastaron sólo unos pocos días para que los discípulos de don Juan y de don Genaro le revelaran hasta sus últimas consecuencias los secretos del arte de ensoñar, tema que desarrolla Castaneda de manera sugerente y profusa en EL SEGUNDO ANILLO DE PODER, EL DON DEL AGUILA, y sobre todo, en EL ARTE DE ENSOÑAR. El arte del acecho, el otro "modo" o habilidad en la cual se especializan algunos brujos, aparece develada a profundidad en sus libros EL FUEGO INTERIOR Y EL CONOCIMIENTO SILENCIOSO, hasta donde sé, última obra publicada por el autor.

Me parece importante recordar a estas alturas del trabajo que los cinco libros que acabo de mencionar fueron escritos por Castaneda después de la partida definitiva de don Juan y de don Genaro y, a mi manera de ver, abren un nuevo ciclo de su obra, los cuales en su conjunto constituyen un corpus de reflexión que sin dejar de

lado aspectos significativos de su experiencia como brujo en esta nueva etapa de su vida, apuntan a desarrollar los grandes temas que articularían lo que podríamos llamar la cosmovisión que subyace a esa su extraña experiencia de aprendizaje de la brujería a manos de un indio perteneciente a la cultura yaqui.

En síntesis, lo esencial de su vivencia como aprendiz de brujo y el ciclo completo del proceso de aprendizaje se abre con LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN y se cierra con RELATOS DE PODER. Y el que se me ocurre llamar nuevo ciclo de la obra de Castaneda que tiene más de desarrollo teórico que de narración de experiencias, empieza con EL SEGUNDO ANILLO DE PODER y culmina con EL CONOCIMIENTO SILENCIOSO. Esa es la razón por la cual pretendo abordar el contenido de los cinco últimos libros del autor en esta segunda parte del trabajo.

Debo advertir, sin embargo, que del hecho de que don Juan se considere indio yaqui, así como la mayoría de los que pertenecen al grupo de sus aprendices, no puede inferirse que su conocimiento de la brujería y su cosmovisión inherente sean una práctica y un saber comunes entre lo que queda de la cultura yaqui en la actualidad. De ninguna manera. A esos indios, sobrevivientes melancólicos de una civilización vencida y sepultada en las brumas de un pasado trágico, les enajenaron su mundo, les confiscaron su magia durante estos tan celebrados 500 años.

Don Juan, piensa Octavio Paz, sabe que la suya es una civilización vencida y arrasada por el cristianismo de la colonia y por las ideologías que siguieron a la aparición de la república de México; por el pensamiento liberal del siglo XIX y por la revolución de comienzos de la presente centuria. Lo llama, sin embargo, "un vencido indomable". Y concluye: "Las ideologías por las que matamos, y nos matan desde la Independencia, han durado poco; las creencias de don Juan han alimentado y enriquecido la sensibilidad y la imaginación de los indios desde hace varios miles de años"¹²⁴.

Don Juan, don Genaro y su grupo de neófitos representan los últimos resplandores de una civilización que de manera terca y agónica se niega a morir del todo a su pasado magnífico.

LA REALIDAD DE LOS MUNDOS

Para nosotros, hijos de la cultura occidental, el universo es real, es decir, existe, tiene substancia como res u entidad objetiva diferente del yo, sujeto cognoscente, en tanto está ahí como objeto de aprehensión de nuestros sentidos y de interpretación inteligible de nuestra razón.

Para nosotros, herederos de Grecia, el mundo es fisis, esto es, natura, entendida en términos de realidad objetiva, sujeta a leyes universales discernibles por la razón y susceptibles de ser descritas y cuantificadas, en cuanto manifestaciones fenoménicas, por la venerable ciencia físico-matemática --moderno paradigma de todo saber--, sobre la que hemos descargado con excesivo optimismo la responsabilidad de desentrañarnos la inimaginable complejidad del universo.

Para don Juan y su grupo de brujos, el mundo es "un inacabable misterio", susceptible de ser conocido de manera parcial por la razón y por otros medios humanos desconocidos por nosotros los occidentales, cuyos secretos eran del dominio de las civilizaciones indígenas desde tiempos inmemoriales. Así, de manera tajante y clara, lo expresa el maestro yaqui en repetidas oportunidades:

"...El mundo es un misterio. Esto, lo que estás mirando no es todo lo que hay. El mundo tiene muchas más cosas, tantas que es inacabable"¹²⁵.

Y más adelante insiste:

"El mundo es un misterio... Y no es para nada como te lo representas... Bueno, también es como te lo representas, pero eso no es todo lo que hay en el mundo; hay mucho más. Haz estado descubriendo eso todo el tiempo, y a lo mejor esta noche añades un pedazo más"¹²⁶.

Para un brujo el mundo de la vida cotidiana no es tan real, ni está tan allí como de manera ordinaria creemos. Para él, la realidad del mundo que todos conocemos o tenemos la ilusión de conocer es, apenas, una descripción --una de tantas--, que se nos inculcó a partir del momento de nuestro nacimiento en el seno de nuestra propia cultura. Todo aquel que entra en contacto con el niño recién nacido, dice don Juan, se convierte en un maestro que le describe incesantemente el mundo, hasta el momento en que el niño es capaz de percibirlo según como se lo describen¹²⁷. Cuando esto ocurre, don Juan dice que el niño "adquiere membresía", lo que equivale a decir que ya es un miembro de una cultura determinada, dueña de una cosmovisión específica.

Para don Juan, la realidad de nuestro mundo de todos los días depende de, está enganchada a, adquiere coherencia a partir de un fluir interminable de interpretaciones perceptuales que nosotros, como individuos que compartimos una membresía específica, hemos aprendido a realizar en común¹²⁸. Descripción ordinaria del mundo, por otra parte, que tiene que ver con lo que don Juan

denomina "la isla del tonal", "las enseñanzas para el lado derecho", territorio cognoscitivo del mundo del hombre común que funciona guiado por "la primera atención", esto es, por la percepción ordinaria de los sentidos que procesa e interpreta nuestra razón, y "primera atención" que engancha "el primer anillo de poder". Este mundo familiar y cotidiano, así percibido de manera semejante por todos los individuos que comparten una misma membrecía, está en la otra orilla de la llamada "la isla del nagual" o mundo de los brujos, al cual se llega gracias a "las enseñanzas para el lado izquierdo", y mundo que funciona de manera tan real y pragmática como el otro que nos es familiar, sólo que guiado por "la segunda atención", que engancha "el segundo anillo de poder", el cual hace posible la otra visión del mundo, la descripción y explicación del mundo de los brujos.

Para don Juan, la esencia última de nuestro ser consiste en el acto de percibir, y acto de brujería muy notable el ser conscientes de la realidad de nosotros mismos y del mundo, así creamos a causa de la rutina o de la ignorancia, que tal acto de poder es de lo más vulgar y prosaico. Para el maestro de Carlos la percepción y la consciencia son una sola e inseparable unidad que en su conjunto denomina "atención", la cual sin embargo consta de tres niveles. La primera corresponde a la que el brujo yaqui llama "atención del tonal" y que no es cosa diferente de la capacidad del hombre común para percibir el mundo de todos los días, tal como lo hacemos durante nuestros estados de vigilia. La primera atención es la

responsable de que la percepción del mundo cotidiano no se nos desplome, lo cual requiere, aunque no seamos concientes de ello, de enormes cantidades de energía y, según don Juan, de un poder mágico que no tendría nada que envidiar a las más sofisticadas proezas de la brujería indígena, tales como estar en varios sitios al mismo tiempo mediante el despliegue de "el doble", o el "cuerpo de ensueño". A la primera atención don Juan también le da el nombre de "primer anillo de poder" y la entiende como nuestra "terrible" aunque prodigiosa e indiscutible facultad para poner en orden nuestra percepción ordinaria del mundo.

El segundo nivel, también llamado "segunda atención" es propio de la aprehensión del nagual, y consiste en la capacidad que desarrollan los brujos para situar su atención en el mundo no ordinario a través de su "enganche" a lo que don Juan llama "el segundo anillo de poder", tormentosa facultad que todos tenemos, pero que sin embargo pocos ejercen, la cual les permite "ver" y manipular la realidad energética profunda que subyace a las apariencias de la común percepción sensorial. El nivel más alto de consciencia, llamado "tercera atención", es exclusivo del hombre de conocimiento. Al llegar a él mediante el supremo acto de poder que supone alcanzar la totalidad de sí mismo a costa de cantidades enormes de energía que el brujo ha acumulado durante toda una vida de disciplina, de sobriedad, de perseverancia, es decir, de impecabilidad, la consciencia del guerrero se transforma en estallido de energía, se desintegra su corporeidad física

y su consciencia, libre ya del reto de la muerte en tanto ha eludido "el picotazo del Águila", va a otros mundos, penetra en otras dimensiones desconocidas aunque igualmente naturales de este universo misterioso.

Afirma don Juan que las interpretaciones perceptuales que hacemos del mundo de nuestra cotidianidad tienen un fluir de tal modo que corren sin interrupción y rara vez, o nunca, somos capaces de ponerlas en tela de juicio. De hecho, la realidad del mundo que conocemos y sentimos tan inequívoco y familiar se da a tal grado por sentada que la premisa básica de la brujería indígena según la cual nuestra percepción de la realidad del mundo es apenas una entre muchas descripciones posibles, es casi imposible de que alguien en occidente pueda tomarla en serio. Aquí, entre otras, podríamos encontrar la clave que explique la tenaz resistencia que la obra de Castaneda ha generado entre la mayoría de los científicos e intelectuales tradicionales de nuestro hemisferio. Una persona cuya mente ha sido formada dentro de los parámetros inflexibles de la lógica aristotélica, en el marco de una tradición racionalista de más de veinticinco siglos, que sólo reconoce como válidos los presupuestos epistemológicos y el método de conocimiento propios de la filosofía y de la ciencia occidentales, no puede menos que considerar como delirantes y absurdas la experiencia y visión del mundo propias de la brujería indígena, llena de sugestivas concomitancias, como veremos en la tercera parte de este trabajo, con aspectos básicos de la cosmovisión del Taoísmo, de la tradición

del pensamiento hindú, del Budismo chino y tibetano y, aunque parezca increíble, con las teorías más recientes de la física cuántica y de la mecánica ondulatoria y con los últimos descubrimientos que en materia de la naturaleza, fisiología y alcances cognoscitivos del cerebro humano ha aportado el mundialmente conocido neurólogo colombiano Rodolfo Llinás, actual jefe del Departamento de Neurobiología de la Universidad de Nueva York, y autor de algo más de una veintena de libros y trabajos científicos sobre la materia.

Para que alguien pueda comprender y aceptar como natural y posible esta que Castaneda llama "monumental verdad", necesita aprender a "ver", en lugar de "mirar"¹²⁹.

Si bien la realidad de nuestro mundo ordinario está enganchada, como ya vimos, a una específica descripción de la misma, la que nos enseñaron desde pequeños a través de nuestros sentidos y nuestra razón, ello no implica que la que tenemos sea falsa, sino limitada, incompleta y provisional. Hay, por tanto, otras descripciones del mundo, quiero decir, otras posibilidades de abordar cognoscitivamente la realidad, una de las cuales --entre muchas otras-- es la visión mágica de la realidad que entraña la praxis de la brujería y la cosmovisión del que don Juan llama "hombre de conocimiento".

Para don Juan y su grupo de brujos yaquis la realidad es una y mundana, es decir, del más acá, sólo que percibida de diferentes maneras, según la forma perceptual y la descripción que nos hayan enseñado desde pequeños, hasta el punto de poder hablar, según sea el caso, de realidad cotidiana u ordinaria, y de realidad mágica o no ordinaria.

La tarea del brujo y sobre todo del hombre de conocimiento será, pues, la de acceder a esa otra forma de percepción de la única realidad mundana que existe, primero a través de la adquisición y ejercicio del poder o energía que ello requiere, y, luego, si hasta allá le llegan el ánimo y sus aptitudes, a través del "ver".

Este largo y dispendioso proceso de entrenamiento de una capacidad perceptual que no es nueva, puesto que todos los humanos la tenemos, aunque durmiendo un sueño de siglos por culpa del exagerado protagonismo que a nuestra --ni más faltaba-- valiosa razón hemos asignado en el seno de nuestra cultura, aparece a lo largo de toda la obra de Castaneda como un camino tortuoso, plagado de dificultades, de terror y de peligros mortales que el aprendiz debe asumir con entereza y determinación inflexibles, si es que pretende hacerse hombre de conocimiento. Proyecto de vida, radical proceso de conversión en el sentido literal del término que el neófito recorre de la mano del poder personal que va adquiriendo a partir del momento en que, por "designios inescrutables del Poder",

es compelido a asumir de manera pragmática e integral lo que don Juan denomina "la vida del guerrero".

En consecuencia, considero importante recordar dos cosas: La primera es que la brujería yaqui, a contrapelo de lo que pudiera creerse a la ligera, no es de carácter metafísico, ultramundano o trascendente y, mucho menos, de índole demoníaca en el sentido judeocristiano de la palabra. Esta clase de brujería nada tiene qué ver con el más allá, ni con el cielo ni con el infierno, con el bien ni con el mal; no es de Dios ni de Satanás. Tan sólo se mueve dentro del infinito campo de energía que la física cuántica y la mecánica ondulatoria consideran hoy es la esencia del universo, y que supone, para creerla posible, superar la concepción mecanicista de la física de Newton que es la que aún hoy predomina en la enseñanza secundaria y hasta en la universidad; energía natural, fuerzas cósmicas que el brujo aprende a manipular y a utilizar para sus fines. Por supuesto que todo ese universo energético resulta desconocido e inimaginable para la mayoría de los que estamos acostumbrados a cifrar de manera exclusiva y excluyente la certeza de nuestro conocimiento del mundo en el imperio de nuestra ordinaria percepción sensorial, en el monopolio de nuestra razón y en la verdad ex cathedra de nuestra tradición filosófica racionalista y de su hija dilecta y universal heredera la ciencia positiva.

En segundo lugar, deseo ser igualmente claro al afirmar que el ejercicio de la

brujería y la dimensión perceptual y cognoscitiva del que don Juan denomina "hombre de conocimiento", no implica de ninguna manera el desprecio ni mucho menos la anulación de la racionalidad humana, sino su justa valoración, el establecimiento y aceptación de sus reales límites cognoscitivos y su articulación precisa con la dimensión suprrracional del conocimiento humano, lo cual equivale a hacer trabajar de manera armónica y complementaria el tonal y el nagual, que es lo que don Juan denomina "llegar a la totalidad de uno mismo".

En este sentido, y por las razones que acabo de exponer, no comparto del todo lo que Octavio Paz piensa sobre el particular.

"El mundo que vemos, sentimos y pensamos en la cotidianidad aparece (desde la perspectiva de don Juan) desfigurado y distorsionado; sobre sus ruinas se eleva otro mundo, horrible o hermoso, según el caso, pero siempre maravilloso...La visión de la otra realidad reposa sobre las ruinas de esta realidad. La destrucción de la realidad cotidiana es el resultado de lo que podría llamarse la crítica sensible del mundo. Es el equivalente en la esfera de los sentidos, de la crítica racional de la realidad. La visión se apoya en un escepticismo radical que nos hace dudar de la coherencia, consistencia y aún existencia de este mundo que vemos, oímos, olemos y tocamos. Para ver la otra realidad hay que dudar de la realidad que vemos con los ojos. Pirrón es el patrono de todos los místicos y chamanes. La crítica de la realidad de este mundo y del yo la hizo mejor que nadie hace dos siglos David Hume: nada cierto podemos afirmar del mundo objetivo y del sujeto que lo mira, salvo que uno y otro son haces de percepciones instantáneas e inconexas ligadas por la memoria y la imaginación...

Don Juan, el chamán yaqui, no dice algo muy distinto: lo que llamamos realidad no son sino 'descripciones del mundo'... Estas descripciones no son más o menos consistentes e intensas que las visiones del peyote en ciertos momentos privilegiados. El mundo y el yo: un haz de percepciones percibidas (¿emitidas?) por otro haz de percepciones. Sobre este escepticismo, ya no sensible sino racional, se construye lo que Hume llama la creencia --nuestra idea del mundo y de la identidad personal-- y don Juan la visión del guerrero"¹³⁰.

Si, como lo ha dicho don Juan en repetidas oportunidades, la totalidad de uno mismo se da a partir de una armonía perfecta entre el tonal y el nagual, y si la labor del maestro es la de "barrer la isla del tonal", es decir, la de colaborar para que su aprendiz construya "un tonal hecho y derecho", sin el cual no es posible que el benefactor le revele el mundo del nagual, mal podría afirmarse que el aprendizaje de la brujería como conocimiento del mundo supone la ruina y la aniquilación de la razón. Lo que sí constituye prioridad para el maestro de brujería es hacer que su aprendiz ponga en tela de juicio la exclusividad de la certeza que aprendió a mantener como incontrovertible acerca de la realidad objetiva del mundo tal como la percibe en su vida diaria. Trabajo de remoción para que la razón autosuficiente del neófito entre en crisis, sea vulnerada, con el fin de que, despejado el obstáculo, esté en posibilidad de "ver". De ahí que cuando Carlos extrañado cuestiona a don Juan por el hecho, aparentemente contradictorio, de hablar él mismo de "explicación de los brujos" --expresión eminentemente racional-- el maestro le responde: "--Claro. Los brujos son hombres. Somos

criaturas del pensamiento. Buscamos aclaraciones"¹³¹. Lo que resulta problemático no es la capacidad de la razón para dar testimonio de la realidad y naturaleza del mundo, sino el concepto que ella misma tiene acerca de lo que es real.

"--Sí. Algo en mí no permite creer que lo que está ocurriendo sea real (afirma Castaneda). --Otra vez tienes razón (responde don Juan). Nada de lo que está ocurriendo es real. --¿Qué quiere usted decir, don Juan? --Las cosas son reales sólo cuando uno ha aprendido a estar de acuerdo de que son reales. Lo que sucedió esta noche, por ejemplo, no puede de ninguna manera ser real para ti, porque nadie podría estar de acuerdo contigo en ese respecto"¹³².

La visión mágica de la realidad del mundo propia de estos brujos, aunque no es racional sino superrracional, posee admirable consistencia producto de su íntima coherencia interna. Tal coherencia no se apoya, como es obvio, en las leyes de la lógica del pensamiento occidental, ni en los presupuestos de la ciencia sino en las reglas de su propia dinámica. La cosmovisión de don Juan y sus indios tiene, pues, un doble fundamento: la práctica y la visión.

"Los libros de Castaneda (afirma Octavio Paz), aunque poseen un fundamento teórico: el escepticismo radical, son el relato de la iniciación a una doctrina en la que la práctica ocupa el lugar central. Lo que cuenta no es lo que dicen don Juan y don Genaro, sino lo que hacen. ¿Y qué hacen? Prodigios. ¿Y esos prodigios son reales o ilusorios? Todo depende, dirá con sorna don Juan, de lo que se entienda por real y por ilusorio. Tal vez no son términos opuestos, y lo que llamamos realidad es

también ilusión"¹³³.

Razón no le falta. Los seres humanos, en tanto seres hechos de un haz de fibras luminosas que provienen del Águila somos, según don Juan, seres perceptores. Perceptores de la energía del mundo, entendido como las emanaciones del Águila. El mundo, pues, en tanto realidad percibida, es apenas una construcción cuya forma varía de acuerdo a la manera como lo percibamos. El mundo es uno si lo aprehendemos con los ojos del "mirar", y será otro si lo penetramos con los ojos del "ver".

--El mundo es así-y-así o así-y-asá sólo porque nos decimos a nosotros mismos que esa es su forma. Si dejamos de decirnos que el mundo es así-y-asá (parar el diálogo interior), el mundo deja de ser así-y-asá"¹³⁴.

Don Juan afirma que no hay que confundir el mundo con lo que la gente dice es el mundo, ni con lo que la gente hace. Por lo regular, continúa el viejo, somos víctimas de esta confusión, y a esa opinión ilusoria de lo que creemos es el mundo le da el nombre de "los resguardos de la gente común". Lo que nos dicen que es el mundo, lo que "miramos" del mundo y lo que nos decimos constantemente que es el mundo nos consuela, porque nos hace sentir seguros. Eso es lo que hacemos todos los días. Las personas comunes comparten la equívoca e ingenua opinión de que lo que la gente dice o hace es más grande y más importante que el mundo. Para el maestro de Carlos eso es falso porque parte de un engaño colectivo;

percepción superficial en tanto cifrada en el "mirar" acerca de la naturaleza íntima de las cosas, de las personas y de los sucesos.

"--El mundo es todo lo que está encajado aquí --dijo, y pateó el suelo--. La vida, la muerte, la gente, los aliados y todo lo demás que nos rodea. El mundo es incomprensible. Jamás lo entenderemos; jamás desenredaremos sus secretos. Por eso, debemos tratarlo como lo que es: ¡un absoluto misterio! Pero un hombre corriente no hace esto. El mundo nunca es un misterio para él, y cuando llega a viejo está convencido de que no tiene nada más por qué vivir. Un viejo no ha agotado el mundo. Sólo ha agotado lo que la gente hace. Pero en su estúpida confusión cree que el mundo ya no tiene misterios para él. ¡Qué precio tan calamitoso pagamos por nuestros resguardos! Un guerrero se da cuenta de esta confusión y aprende a tratar a las cosas debidamente. Las cosas que la gente hace no pueden, bajo ninguna condición, ser más importantes que el mundo. De modo que un guerrero trata el mundo como un interminable misterio, y lo que la gente hace como un desatino sin fin"¹³⁵.

En consecuencia, pues, hay por lo pronto dos grandes formas de representación de la realidad mundana: la ordinaria o la del hombre común que "mira" y la extraordinaria o la del hombre de conocimiento que "ve". La tozuda insistencia con la que se repiten en el mundo cotidiano las que el hombre común llama evidencias de su propio mundo --sus resguardos--, convierte esa representación, como dice Rimbaud, en una especie de celda hermética a la cual da ilusorio y abusivo estatus de única realidad posible. Igual que los ilusos habitantes de la caverna de Platón cuando creían que las sombras reflejadas en ella por la luz invisible del sol eran

todo el universo. Un hombre curioso, sin embargo, se atrevió a salir al reino de la luz para comprobar, asombrado, que en realidad el mundo era mucho más que el oscuro y melancólico territorio de penumbra donde siempre había vivido, y regresó, emocionado, al interior de la cueva para comunicar a sus compañeros la experiencia de su visión y para perecer luego a manos de la horda de zafios cavernícolas. Este hombre de conocimiento de Platón es semejante al hombre de conocimiento de don Juan. Ambos se elevan con entereza y determinación por encima de la común opinión a los dominios de la sabiduría donde la magnificencia de la luz desvanece la sombra de las palabras.

Como se verá en la tercera parte de este ensayo, uno de los puntos concomitantes de la cosmovisión de don Juan con algunas de las cosmovisiones de oriente consiste en que ambas basan su práctica en una, para ellos, premisa fundamental: el mundo tal como lo percibimos no es más que una representación, es decir, que nuestra mente contiene lo que llamamos mundo, lo que equivale a decir que, en estricto rigor, nada hay por fuera de la consciencia.

El mismo Emmanuel Kant, para hablar de un filósofo occidental, da en este sentido un paso enorme, al volver pedazos después de un indiscutido monopolio filosófico de más de veinte siglos, el viejo concepto aristotélico del ser en sí, para reemplazarlo por el del ser para el conocimiento. Al derribar de tan contundente

manera la base fundamental de la filosofía de Aristóteles, Kant realiza la proeza formidable de estructurar el universo de la razón práctica con base en algo que, en tanto esencialmente volitivo, es superracional: el imperativo categórico, a diferencia del de la razón pura o mundo de la ciencia físico-matemática al cual se accede a través de los muy racionales juicios sintéticos a priori.

Debe quedar claro que las dos formas de percibir el mundo, la tosca u ordinaria y la sutil o extraordinaria, para utilizar la terminología hindú, formas de representación que dependen en la cosmovisión yaqui de si enfocamos sobre el mundo la primera o la segunda atención, no son más que eso: representaciones, descripciones, visiones, las cuales percibidas con los ojos del guerrero y del hombre de conocimiento hacen exclamar a don Juan Matus: "Para mí el mundo es extraño, porque es estupendo, pavoroso, misterioso, impenetrable"¹³⁶.

Uno de los aspectos más sugestivos y novedosos de esta manera de entender la realidad del mundo --su onticidad-- como subordinada al modo particular como percibimos, es el dejar sin validez el concepto de verdad absoluta aplicada al conocimiento de lo que llamamos realidad objetiva, y sin piso firme la confianza, en ocasiones, excesiva con la que de ordinario abordamos la aprehensión de la realidad a partir de los datos de nuestros sentidos y del escrutinio de nuestra razón. Don Juan, pues, sitúa nuestro conocimiento de lo real en el terreno de lo

relativo. Cesa, entonces, la ilusoria creencia de que el mundo es idéntico a como lo percibimos y, por lo tanto, exactamente igual para todos los que, como nosotros, lo miran, lo tocan o lo escuchan.

Deepak Chopra, notable endocrinólogo hindú, presidente de la American Association for Ayurvedic Medicine, con sede en los Estados Unidos, afirma para escándalo de más de uno, que la luz como tal no existe sin el ojo, con lo cual quiere significar que la percepción sensorial tiene mucho de "personal, cambiante, ilusorio, arbitrario y nada digno de confianza"¹³⁷. Es consciente, como don Juan, de que semejante postura resulta aún absurda y delirante para cualquier físico tradicional, dada la abrumadora tendencia de "explicar" la percepción sobre la que creemos base incontrovertible de los datos que nos proporcionan los sentidos, convirtiendo la percepción sensorial en algo mucho menos cercano a lo subjetivo que a lo puramente mecánico. "Confiamos (afirma el citado autor) en que nuestros ojos ven fotones 'reales' y nuestros oídos oyen vibraciones 'reales' en el aire, pero es fácil demostrar que esta confianza reposa sobre una base muy endeble"¹³⁸.

En apoyo de su punto de vista, cita al neurólogo Oliver Sacks, quien en su libro SEING VOICES, acerca del mundo de los sordos, cuenta la extrañísima historia de David Wright, quien creía poder oír hasta el momento en que "vio" que estaba sordo.

Wright nació con oído normal. Paulatinamente fue perdiéndolo, y sólo a los siete años quedó completamente sordo. Mientras ello ocurrió, Wright pudo dominar el habla y, como es natural, estaba acostumbrado a oír hablar a los demás. Por eso, cuando se quedó sordo del todo tuvo dificultad para darse cuenta de que estaba aislado del mundo de los sonidos. A medida que iba perdiendo su capacidad auditiva, y sin que se diera cuenta de ello, aprendió a traducir el movimiento de los labios de su madre en sonido. Ella por razones particulares del entorno familiar, era la única persona con quien tenía contacto Wright la mayor parte del día. Sin oír, y de la manera más natural, él le entendía todo cuanto ella decía, mediante el recurso inconsciente de leer sus labios. Cuando su madre hablaba, Wright no podía darse cuenta de que su voz no era para él real, pues la "oía", como los demás. La ilusión persistía, confiesa Wright, aun cuando sabía que no era más que una mera ilusión. Aunque escuchaba voces, esas voces eran fantasmales. Sacks explica la presencia de esta realidad ilusoria afirmando que el cerebro del pequeño sordo convertía en sonido, de manera instantánea y automática, la imagen de los labios en movimiento. Pero esa ilusión se volvió añicos por fin, al cabo de varios años: "Un día, mientras estaba conversando con mi primo, él tuvo un momento de inspiración y se cubrió la boca con las manos mientras hablaba. ¡Silencio! Entonces comprendí, de una vez por todas, que si no veía no oía"¹³⁹.

Para todos quienes lo percibimos, el mundo no es idéntico a la imagen que

tenemos de él. Los ornitólogos saben, por ejemplo, que el cuervo y ciertas especies de aves no captan los colores, es decir, que su versión óptica de la realidad es más o menos en blanco y negro.

En sentido estricto, pues, nada de lo que está fuera de nosotros tiene realidad si alguien no lo percibe. Cuando los científicos aseguran haber descifrado la fisiología de la visión, opina el Dr. Chopra, no han hecho otra cosa que encontrar un mapa que no debe confundirse con la realidad. Resulta claro que el mapa es, apenas, una mera y lejana figuración de la realidad que representa, y por perfecto que él sea, nunca será lo mismo que el territorio. Todos conocemos, anota el médico hindú, fotografías de cómo se ve el mundo a través del ojo múltiple de una abeja, una araña o una mosca. Los fotógrafos nos muestran un racimo de ocho, diez o veinte imágenes de una flor mirada a través del ojo polifacético del insecto. Y nosotros debemos suponer que el cerebro de la araña percibe de igual manera esa flor. Sin embargo, esas composiciones fotográficas de ninguna manera captan la real experiencia del insecto en su acto de ver. Sólo indican lo que vería un ser humano si mirara esa flor a través de varias lentes al mismo tiempo. A manera ilustración, el autor Dr. Chopra afirma que el ojo de un tábano se divide en veinte mil racimos de células ópticas independientes. Cada una responde a una longitud de onda lumínica muy específica, o a ciertos elementos químicos que flotan en el aire. Por lo tanto, la imagen del mundo, procesada por el sistema nervioso del

tábano, resulta incomprensible para nosotros los seres humanos. Y trae este otro sugestivo ejemplo: el cerebro de una marsopa, dice, está dedicado en un ochenta por ciento a procesar sonidos. O sea, que la marsopa, así como la ballena y el delfín, perciben el mundo no tanto con sus ojos cuanto a través de su oído. Pero en este caso, aún la palabra oído resulta "sospechosa", pues para la marsopa el oído es una especie de sonar, similar al del murciélago, que trae imágenes tridimensionales, más parecidas a imágenes que a sonidos, de donde resulta que la marsopa, más que ver, puede oír el tamaño de un tiburón¹⁴⁰.

"Sólo cuando se percibe el otro mundo, el mundo de la atención primera pierde su naturaleza absoluta y, en consecuencia, su aspecto aburrido. El mundo de cualquier atención es extraño porque no descansa en nada. Don Juan le dice a Castaneda que 'la explicación de los brujos' no es más que una explicación que en definitiva sólo sirve para oponerla a la habitual"¹⁴¹.

La exploración de la otra realidad --la misma de siempre aunque vista con otros ojos-- no se hace con la razón sino con el cuerpo, de tal manera que el brujo aprende a "saber con el cuerpo" lo que la razón no puede proporcionarle.

Por eso, para don Juan, aprender por medio de la conversación, expresión fónica del pensamiento racional, es no sólo una lastimosa pérdida de tiempo, sino una solemne estupidez¹⁴².

"Eso es lo malo de las palabras --dijo con gran certidumbre--. Siempre nos fuerzan a sentirnos iluminados, pero cuando damos la vuelta para encarar el mundo siempre nos fallan y terminamos encarando al mundo como lo hemos hecho siempre, sin iluminación. Por este motivo, a un brujo le precisa actuar más que hablar, y para efectuar eso obtiene una nueva descripción del mundo: una nueva descripción en la cual el hablar no es tan importante y en la cual los actos nuevos tienen nuevas reflexiones"¹⁴³.

Cuando un brujo aprende a despertar su cuerpo a la percepción del mundo, todo tiene sentido para él. Los gusanos, los pájaros, los árboles pueden decirle cosas increíbles si tiene la suficiente "velocidad" para agarrar su mensaje. Para tener esa rapidez de percepción se necesita, además de haber adquirido el poder o energía que ello requiere, estar en buenos términos con todos los seres vivientes de este mundo. Por esta razón don Juan aconseja a Carlos que le hable a las plantas antes de cortarlas y les pida perdón por el daño que les va a causar. Igual que con los animales que necesita cazar. Y algo más: sólo deberá tomar de los seres vivos, plantas o animales, lo estrictamente necesario para satisfacer sus necesidades básicas. De lo contrario, esos seres vivientes agraviados se pondrán en su contra y le causarán enfermedad y desventura, calamidades que alguien ajeno al conocimiento silencioso, podría atribuir ingenuamente a causas diferentes.

Los brujos yaquis saben que el universo todo está vivo y tiene consciencia:

"Las plantas son cosas muy peculiares --dijo sin mirarme-- Están vivas y sienten"¹⁴⁴.

En efecto, así lo confirman los científicos Peter Tompkins y Christopher Bird en su libro LA VIDA SECRETA DE LAS PLANTAS. Valiéndose inicialmente de los resultados obtenidos en un galvanómetro y luego de los de otros sofisticados equipos de laboratorio, y después de haber sobrevivido durante años a los chistes, sátiras y chascarrillos de los científicos de medio mundo, demostraron de manera convincente que las plantas son capaces de darse cuenta de lo bueno y de lo malo que está a punto de ocurrirles, y, en consecuencia, reaccionan exteriorizando sus emociones.

Todo empezó, como ocurre a menudo con los grandes descubrimientos, por una fortuita circunstancia del azar. En la polvorienta ventana de una oficina, frente al Times Square de Nueva York, había una planta doméstica, cuyo nombre científico es *Dracaena Massangeana*. Dentro de la oficina, Cleve Backster cavilaba en silencio frente a un galvanómetro. Contra lo que pudiera pensarse, Backster no era profesor de botánica de Harvard o Yale, ni un reconocido amante de la jardinería, sino el más famoso experto en detectores de mentiras en los Estados Unidos. La planta de la ventana no era asunto que interesara al técnico, sino el toque femenino que su secretaria había aportado a la estética de su fría y desguarnecida

oficina. Cierta día de 1966, después de una jornada de trabajo fatigosa, y a falta de algo más interesante que hacer, a Blackster se le ocurrió aplicar los electrodos de su detector de mentiras a las hojas de la dracena, una planta tropical parecida a la palmera, de grandes hojas y densos racimos de pequeñas flores. Blackster, por mera curiosidad, quería saber a través del galvanómetro, si las hojas eran afectadas por el agua vertida sobre sus raíces, y en caso de ser así, cómo y en qué medida.

Mientras la dracena bebía con avidez el agua vertida por Blackster dentro de la maceta, el galvanómetro, para sorpresa del curioso, no indicó menos resistencia, pues era de esperarse mayor conductividad eléctrica en la planta recién humedecida. La pluma del galvanómetro, especialmente diseñado para detectar las alteraciones eléctricas que producen en el cuerpo humano las emociones, en lugar de elevar sus trazos sobre la cuadrícula del papel, tendía a descender describiendo en su movimiento una línea inusualmente dentada.

Blackster se quedó pensativo. La dracena, también llamado "árbol del dragón" en virtud de la leyenda popular según la cual de su resina mana sangre de ese mítico animal, le estaba manifestando a través del galvanómetro algo tan inusual como parecido a una emoción humana. Lo que aconteció a Blackster en los diez minutos siguientes, daría un vuelco total al resto de su vida. Por experiencia sabía que la

mejor la manera para que, aplicado a un ser humano, el galvanómetro saltara de manera inequívoca, era a través de un estímulo de amenaza a su seguridad personal. Y eso decidió hacer con la planta. Metió una hoja de la dracena dentro de su tasa de café caliente. Nada, sin embargo, ocurrió. Se ingenió, entonces, una amenaza más drástica: pensó que iba a quemar con un fósforo la hoja a la que había aplicado los electrodos. De inmediato, y antes de que se moviera de su asiento para tomar la cerilla, se produjo un cambio dramático en el papel cuadriculado: la pluma marcó una prolongada e inequívoca línea ascendente. Luego de repetir una y otra vez el experimento, Blackster supo que la planta, anticipándose a su acción incendiaria, había leído sus pensamientos¹⁴⁵.

Y fue así como a partir de este inicial descubrimiento, Cleve Blackster, y luego otros, esta vez biólogos y botánicos, fueron descubriendo que las plantas, lejos de ser esos inexpresivos e insignificantes vegetales que todos hemos aprendido a desconocer en nuestras clases del colegio o de la universidad, son capaces, a su manera, de darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor, establecen relación amistosa u hostil con otras plantas, con los animales y con los humanos, y expresan de manera clara sus emociones. Ya no hay que sorprenderse demasiado de que las investigaciones más recientes sobre la comunicación con las plantas confirmen lo que sospechaban Teofrasto Paracelso, en el siglo XVI y Mesmer, en el XVIII: que todos los seres que hacen parte de ese misterioso todo que es el

universo vivo --hombres, animales, plantas, la tierra y los cuerpos siderales--, se relacionan de manera íntima entre sí: lo que afecta a uno de ellos, afecta a los demás.

EL RESPLANDOR DEL AGUILA

Al poder del cual proviene la totalidad de los seres vivientes que hay sobre la tierra y otros mundos y de cuya existencia la mayoría de los humanos ni siquiera sospechamos, poder que es energía pura, que no debe confundirse con Dios y que sin embargo gobierna el destino de todo cuanto existe, los brujos yaquis le dan el hermoso nombre de EL AGUILA.

Es tal nombre, por supuesto, sólo un nombre, en tanto los indios yaquis no creen que el Águila sea un águila, ni que tenga nada qué ver con estos majestuosos animales, sino porque, en palabras de don Juan, a sus videntes "se les parece como a una inconmensurable y negrísima águila, de altura infinita; empinada como se empinan las águilas"¹⁴⁶.

Don Juan afirmaba que la eficacia y el poder con los que su benefactor, el nagual Julián, realizaba sus asuntos de brujería, se explicaba a partir de su certeza de que el Águila era real, absolutamente determinante, y los actos de la mayoría de los humanos una enorme estupidez.

A esta especie de código de gobierno universal --si es que se me permite el uso de esta expresión-- dictado por el Águila más allá del tiempo, más allá del espacio,

más allá de la pequeña e insignificante historia de los hombres --minúsculas briznas de consciencia perdidas en la infinitud del cosmos y en el vértigo de la eternidad--, los indios toltecas dieron el nombre de "la regla del nagual".

Ante un poder energético de tan apabullantes dimensiones cósmicas, consciencia viva, pura y universal, cuyos destellos o emanaciones se traducen en la realidad de los mundos con la totalidad de lo que en ellos hay, toda realidad humana, toda historia personal, por importante que ella nos parezca, luce pequeñísima, insignificante.

Hemos dicho antes que el Águila, en la tradición tolteca, no debe ser confundida con esa entidad espiritual, eterna, infinita, omnisciente y creadora del mundo a la que las religiones monoteístas dan el nombre de Dios. En efecto, y si nos atenemos a los términos de la tradición judeocristiana, Dios, ser espiritual, inmaterial por esencia, es diferente del mundo. El universo, acto de creación ab nihilo por designio amoroso de su providencia, aunque salido de sus manos creadoras, no comparte con él su esencia divina. Para la tradición judeo-cristiana, el mundo es de naturaleza material y empezó a existir de la nada, es decir, está circunscrito a los términos finitos del tiempo y del espacio. En la tradición tolteca, como en la Grecia presocrática, no hay acto creador; el mundo no sale de la nada por la virtualidad del Águila. El universo es parte suya, en tanto todo cuanto existe

no es cosa diferente de sus emanaciones energéticas, y siempre ha existido al igual que ella. Especie de panenergetismo cósmico --que no panteísmo-- en donde el Águila y sus emanaciones se corresponden con la idea de un inabarcable organismo vivo, de naturaleza energética y luminosa, dotado de consciencia.

Dentro de esta concepción del hombre como, apenas, parte pequeñísima de ese infinito y misterioso ser universal, uno más perdido entre la incontable multitud de seres vivos y conscientes que pueblan el universo, se pueden entender a cabalidad las razones por las cuales, para los brujos yaquis, el cultivo de la historia personal no sólo carece de importancia, sino de todo sentido. Ya sabemos que don Juan fue extraordinariamente hermético e intransigente en cuanto a revelar datos de su circunstancia vital. Para él su vida empezó cuando se convirtió en guerrero y, en consecuencia, todo lo que hizo parte de su vida individual y familiar antes de ese acontecimiento decisivo, era absolutamente irrelevante. Además que el fomento y aderezo de la historia personal, en criterio del benefactor yaqui, infla el ego y convierte a quien cae en su engañosa complacencia en un ser desmedidamente prepotente, irrespetuoso, vacío y estúpido, falto de la fluidez y liviandad que se requieren para acceder a la sutil condición de brujo y al ámbito sofisticado del hombre de conocimiento.

De ahí que para un brujo lo único digno de ser conocido es la regla del nagual, los

designios del Águila, especie de absoluta negrura que estalla en formidables lampos de luminosidad. Afirma don Juan que en cuanto el vidente se familiariza con esa inconcebible oquedad, con ese infinito negro que --para escándalo de aristotélicos, escolásticos, racionalistas y toda la caterva de lógicos recalcitrantes-- está vacío aunque al mismo tiempo pleno de ser, cuatro estallidos de luz le revelan lo que es el Águila. El primero, semejante a un rayo, le muestra lo que en palabras humanas equivaldría a los contornos del Águila. El vidente percibe partes de blancura, semejantes a las plumas y a los talones de un águila. El segundo estallido de luz le pone ante los ojos una negrura vibrante, portadora de viento, que aletea a la manera de las alas del rampante animal. Cuando llega el tercer estallido de luz, el brujo se da cuenta de la presencia de una especie de ojo taladrante, de un ojo no humano. Y el último estallido de luz deja al descubierto la predilección del Aguila¹⁴⁷.

¿Y cuál es su predilección? Devorar la consciencia de todos los vivientes, su energía vital. Tal es su alimento. La muerte, pues, en la cosmovisión de los brujos yaquis, no es otra cosa que el acto devorador de conciencias vivas en el que se complace el Águila. En el momento supremo de la muerte las vidas de los humanos, de los animales, de las plantas y de otros seres vivientes que hacen parte del universo, empiezan a flotar como constelación de diminutos puntos iridiscentes para dirigirse sin apelación hacia el pico del Águila, de donde un día

salieron. Igual que la insignificante gota de lluvia que cae a lo profundo del océano de donde alguna vez ascendió en forma de hálito vaporoso hasta convertirse en nube, a veces gris, en ocasiones rosada, sobre el resplandor azuloso del firmamento.

Nacer y morir: dos momentos de una misma realidad que entraña el misterio incomprensible y circular del eterno retorno, camino de regreso a la fuente primordial. El Águila, principio y fin de todo viviente, razón suprema de la vida que es energía en forma de consciencia perceptora, --un darse cuenta hecho de luz--, y poder que al gobernar el destino personal de todo lo que existe se gobierna a sí misma, "refleja igualmente y al instante a todos los seres". Por tanto, afirma don Juan, no tiene sentido que el hombre le rece al Águila, le pida favores o cifre en ella su esperanza de conmiseración, su súplica de gracia. La parte humana del Águila, remata el brujo, es demasiado insignificante para conmover a la totalidad¹⁴⁸.

Es sólo a través de sus manifestaciones energéticas, de sus actos, cuya esencia consiste en ser inabarcable negrura a fuerza de pura luz, como el hombre de conocimiento puede intuir, "ver", lo que el Águila desea.

Aunque ella carece del sentimiento humano al cual los hombres damos el nombre

de compasión, ha concedido a cada ser viviente el regalo, --mejor sería decir la oportunidad-- de poder escapar, si así lo desea, a su picotazo inexorable, a condición de que haga acopio del poder, de la energía que requiere semejante acto de independencia. Dicho de otra manera, el privilegio de poder conservar intacta la luminosidad individual de la consciencia, de burlar la muerte, sólo lo concede el Águila a quien ha llegado a acumular el poder que conduce al raro y alto destino del conocimiento silencioso. Todo ser viviente salido de sus emanaciones, perteneciente o no a la comunidad de los hombres o a la cofradía de los brujos yaquis, hombres, animales, plantas y demás vivientes no terrestres que pueblan este inacabable universo, tienen la opción, si esa es su voluntad, de desobedecer el destino de morir y de ser consumidos por el Águila, o como dice Castaneda, de buscar una apertura voluntaria y definitiva hacia la libertad. En los designios del Águila tan magnífico don estaría dentro de su plan de perpetuar la consciencia, al servicio del cual ella hizo posible la existencia del nagual, un ser doble a quien se le ha revelado la regla:

"Ya tenga forma de ser humano, de animal, de planta o de cualquier cosa viviente, el nagual, por virtud de su doblez, está forzado a buscar ese pasaje oculto"¹⁴⁹.

El nagual obedece a un principio de formación par, masculino y femenino, que, a mi juicio, puede asimilarse al Yin y al Yang de la cosmovisión de la china antigua, a

esa bipolaridad que, en opinión de Octavio Paz, constituye la esencia y suprema razón de ser de todo ritmo universal.

Para el escritor mexicano, los ritmos nutren las cosmovisiones de los pueblos, hasta el punto de que toda civilización encarna la percepción de un ritmo primordial:

"Los antiguos chinos veían (acaso sea más exacto decir: oían) al universo como la cíclica combinación de dos ritmos: 'Una vez Yin, otra vez Yang: eso es el Tao.' Yin y Yang no son ideas, al menos en el sentido occidental de la palabra, según observa Granet; tampoco son meros sonidos y notas: son emblemas, imágenes que contienen una representación concreta del universo. Dotados de un dinamismo creador de realidades, Yin y Yang se alternan y alternándose engendran la totalidad. En esa totalidad nada ha sido suprimido ni abstraído; cada aspecto está presente, vivo y sin perder sus particularidades"¹⁵⁰.

Para que un hombre y una mujer --lo masculino y lo femenino con sus respectivos dobles-- accedan al nagual, se requiere que la regla les haya sido manifestada, y cada uno de ellos la haya comprendido y aceptado en su totalidad y sin condiciones.

Frente a los ojos de un brujo vidente, el ser humano común aparece como un haz de fibras en forma de huevo luminoso, dividido en dos lados: el izquierdo y el derecho. Pero si ese ser humano, hombre o mujer, es nagual, el huevo luminoso

aparece escindido en cuatro compartimentos longitudinales, repartidos por partes iguales en sus dos lados humanos.

Según la regla del nagual, al primer hombre nagual y a la primera mujer nagual el Águila les concedió la facultad de "ver" por designio especial de su poder. Los dotó de cuatro guerreras acechadoras, de tres guerreros y un propio con el encargo de enseñarles, hacerlos seres del conocimiento silencioso y, finalmente, conducirlos a la libertad.

Las cuatro guerreras se corresponden con las llamadas cuatro direcciones, las cuatro esquinas del mundo, los cuatro puntos cardinales, los que las hermanitas y doña Soledad denominan los cuatro vientos, que en la cosmovisión yaqui son los cuatro temperamentos femeninos que existen entre los humanos.

En efecto, doña Soledad confía a Carlos que cada una de las mujeres aprendices de don Juan, "posee una dirección singular, un viento personal" que no tienen los hombres. Ella se reconoce como el viento del norte¹⁵¹, de condición violenta, cálida o fría según el caso, terrible viento de la mitad del día, cuyas ráfagas ciegas se abren camino arrasando todo cuanto se les pone por delante.

Diferente al del norte, la brisa del amanecer, el viento del este, es heraldo del día y

portador de esperanza y de luz. Va, viene y se inmiscuye en todo. Si bien en ocasiones es apacible y dulce, en otras es inoportuno, insidioso.

Está, luego, el frío viento del atardecer, un viento triste y molesto que nunca deja a nadie en paz. Glacial portador de llanto, no obstante de él decía don Juan que valía la pena buscarlo, dado que en su condición de viento del oeste, poseía el don de la profundidad.

Y por último está el viento de la noche, el cálido viento del sur, cuya característica consiste en abrigar y proteger todo lo que envuelve con su tibio manto de oscuridad. Es el viento predilecto de los brujos, señores indiscutidos de la noche¹⁵².

Contra el propósito inflexible del guerrero que aspira a la libertad, o lo que es lo mismo, a eludir la universal orden de morir, atenta el despilfarro de energía, especialmente de la sexual, la cual, en opinión de don Juan, es una de las manifestaciones energéticas más poderosas que existen entre los seres vivos, dado que es a través de ella como los seres sexuados conceden la vida, cediendo al engendrar parte importante de su propia integridad luminosa. Ajeno a los presupuestos de la moral judeo-cristiana en lo que al manejo de la sexualidad se refiere, la cual entiende la relación sexualidad-moral dentro de las bipolaridades pecado-virtud, pureza-impureza, don Juan era terminante al afirmar que con la

energía sexual no se puede jugar impunemente, como quiera que todo orgasmo implica ceder parte importante de nuestra energía personal, la cual no es fácil recuperar. Según testimonio de la Gorda, don Juan decía que a partir del momento de la concepción de un hijo se abre un boquete de apreciable tamaño en la luminosidad de sus padres, manifiesto de manera inequívoca para quien tiene la facultad de "ver", en forma de una mancha oscura o parche opaco, junto al costado izquierdo, cerca del abdomen. El hijo varón causa más estragos en la energía luminosa del padre que en la de la madre y viceversa.

Don Juan opinaba que cuando alguien engendra un hijo, nuestro espíritu y nuestro cuerpo pierden fuerza. Si en lugar de uno ha engendrado dos, tres o más, la pérdida de energía es incalculable. En el momento de la concepción, lo mejor del padre y de la madre va a parar a ese nuevo ser que, al nacer de nosotros, nace completo, esto es, con su energía lumínica intacta, aunque a costa de nuestra plenitud. Sin embargo, ese es en criterio de los videntes toltecas el destino humano: morir un poco a cambio de dar la vida.

Por supuesto que este daño a la integridad de la energía del huevo luminoso, esta ruptura manifiesta en forma de opacidad no es irreversible. Quien a consecuencia de tener hijos ha quedado roto y "vacío", puede, si se lo propone, aspirar de nuevo a la totalidad de sí mismo, asumiendo con determinación el camino del guerrero,

única manera de hacer acopio de la cantidad de energía que requiere quien aspira a desafiar con éxito el picotazo del Águila.

Dentro de este contexto de brujos rivales mortalmente necesitados de acumular energía a cualquier precio, en tanto aspirantes al mismo don de su definitiva libertad, Carlos Castaneda descubre un día estupefacto que los indios que conforman el grupo de los aprendices de don Juan y de don Genaro estaban abocados a situaciones que cualquier persona razonable y "normal" no dudaría en calificar de monstruosas y abominables. La Gorda, por ejemplo, en su determinación irrevocable de volver a ser "completa", debió renunciar sin contemplaciones al afecto de sus propias hijas, hasta aprender a quererlas ---son sus palabras-- como se quiere a un extraño. Pablito tuvo que olvidarse de los domésticos afectos de Manuelita, que era el nombre de esa vieja obesa e inútil que él conoció toda la vida como su madre, para verse enfrentado al terror de esa misma vieja, convertida ahora en la bruja Soledad, su enemiga mortal, y dispuesta a recuperar del hijo, así fuera a costa de quitarle la vida que ella misma le otorgó, la energía que le cedió a partir del momento de la concepción. Como explicaba la Gorda: fallido el plan inicial para robarle a Carlos su energía a través de las artes de la seducción en aquella memorable escena en la que Carlos por poco parece estrangulado a manos de doña Soledad, Pablito, su propio hijo, era la última carta de la que podía aún disponer. O ella o él. Sobreviviría entonces el más

fuerte en un mundo donde no hay sitio para la compasión, donde los afectos, al menos como los entendemos, no cuentan en absoluto.

Cuando Carlos, perplejo, se deshizo en consideraciones acerca de la insoportable tristeza que debía suponer tanto para Pablito como para su madre la certeza de haberse perdido mutua y definitivamente, cuando dijo no entender cómo una madre podía dejar de querer impunemente a sus hijas, y cuando se confesó desconcertado ante la revelación de que su propio maestro había planeado minuciosamente el escenario y la ocasión para que doña Soledad, Rosa o cualquiera de sus propios aprendices, eventualmente, se pudieran hacer pedazos entre sí sin la más mínima consideración ni afecto para con ellos, la Gorda le dijo a manera de explicación:

--La forma humana se alimenta de esos sentimientos --respondió secamente--. Me compadecí de mí misma y de mis pequeños durante años. No comprendía cómo el Nagual podía ser tan cruel como para pedirme que hiciera lo que hice: abandonarlos, destruirlos y olvidarlos. Afirmó que le había llevado muchísimo tiempo entender que el Nagual también había tenido que abandonar la forma humana. No era cruel. Sencillamente, ya no experimentaba sentimientos humanos. Todo era igual para él. Había aceptado su destino. El problema de Pablito, y el mío propio, consistía en que ninguno de los dos había aceptado su destino. Agregó con desdén que Pablito lloraba al recordar a su madre, su Manuelita, especialmente cuando tenía él mismo que prepararse la comida. Me instó a rememorar a la madre de Pablito tal como era: una vieja estúpida que no sabía hacer otra cosa que

servir a su hijo. Sostuvo que la razón por la cual ellos consideraban a Pablito un cobarde era su incapacidad para ser feliz al pensar que su sirvienta Manuelita se había convertido en la bruja Soledad, que podía matarlo como si aplastara un bicho"¹⁵³.

Don Juan creía que la suerte de Pablito era enorme, puesto que madre e hijo luchaban por el mismo don: el de alcanzar la libertad a la que aspira todo hombre de conocimiento. Que de no ser por su condición de brujo pusilánime habría aceptado su destino y se hubiera enfrentado a Soledad como sólo los guerreros lo saben hacer: sin miedo y sin odio. El triunfo hubiera sido para el mejor. Si ese fuera el caso de doña Soledad, Pablito habría sentido el dulce soplo de la felicidad y hubiera deseado de la manera más sincera su bien. Pero, remató el maestro, esa felicidad sólo es patrimonio de un auténtico guerrero¹⁵⁴.

Abandonar la forma humana es una de las más altas aspiraciones de un brujo, quizás la más difícil, puesto que al hacerlo, con ella también desaparecerá del ámbito de su percepción, de su comprensión y de su juicio todo lo que es propio del mundo de los hombres, incluyendo sus afectos, su antropomórfico concepto de la vida, su humano sentido de la justicia, del bien, del mal, del honor, del patriotismo, su noción de la historia, del deber, de la felicidad y del dolor, su percepción del tiempo, su muy doméstica idea del espacio.

De los aprendices de don Juan, sólo la Gorda y Eligio habrían perdido la forma humana, tal como ya lo habían conseguido sus maestros. Don Juan describía la forma humana como una fuerza tal vez diferente de lo que la Gorda llamaba el molde humano, --que también lo tienen los animales y las plantas--, puesto que, según ella, todo ser viviente tiene su molde, algo, se me ocurre, lejanamente parecido a esos arquetipos ideales de Platón, que en su hermoso mito de la reminiscencia nos revela como insignes e inalcanzables habitantes del Topos Uranos. La forma humana podría entenderse, pues, como el resultado concreto e individual de una determinada configuración energética en forma de haz de fibras luminosas, al cual damos el nombre de hombre, mediante la acción transformadora --que no creadora-- del molde, concepción que estaría de acuerdo con aquel viejo principio de la física, según el cual nada se crea, nada se destruye, todo se transforma. Don Juan a su vez se refería al molde como a "la fuente, el origen del hombre, puesto que sin el molde, capaz de concentrar la fuerza vital, no habría modo de que la misma se organizase según la forma humana"¹⁵⁵.

Para don Juan todo es una fuerza que oscila entre el rítmico movimiento pendular de la atracción y la repulsión --concepto por lo demás familiar a nuestra física-- flujo y reflujo que determina la suprema dinámica del universo con todo lo que él contiene. Pero para que operen en nosotros las fuerzas de atracción y de repulsión omnipresentes en el universo, debemos estar completos, esto es, con nuestra

luminosidad intacta, en otras palabras, sin fisuras ni huecos, a la manera como una cometa, cara al viento, sólo podrá elevarse a las alturas y sostenerse impávida a condición de que esté intacta, sin agujeros.

Decía don Juan que a veces hay personas que aunque no sean brujos tienen el suficiente poder personal como para obtener en circunstancias especiales un destello, una fugaz visión del molde humano. Cuando ello ocurre se suele afirmar, por ejemplo, que han tenido la experiencia mística de la visión de Dios, u otras revelaciones y apariciones comunes a los místicos de casi todas las religiones cristianas y no cristianas. Creo entender que para don Juan, el molde humano no es realidad diferente de lo que la gente llama Dios. Sólo que la gente con el paso del tiempo, y bajo el influjo perturbador de las religiones convertidas en instituciones a la medida de la ceguera e insensatez de buen número de sus jerarcas y adeptos, han ido pervirtiendo la intuición primordial de aquello a lo cual, por limitación del lenguaje para nombrar lo innombrable, damos el nombre de Dios. Me resulta sorprendente la notable cercanía de esta concepción tolteca del origen del hombre con aquellas palabras del Génesis: "Entonces dijo Dios: hagamos al hombre a imagen nuestra, conforme a nuestra semejanza...". Parece inferirse que en la cosmovisión yaqui, lo que comúnmente llamamos Dios, pero esta vez no entendido como espíritu puro esencialmente distinto del mundo a la manera judeocristiana, sino como energía portadora de ser, es la parte del Águila

más cercana al mundo de los hombres --el molde humano--, sin que haya modo de confundirlo con el Águila misma.

Que los unos ven una cosa y los otros ven otra; que a alguno se le apareció la Virgen, a otro Jesucristo; que Mahoma tuvo la visión de Alá; que Moisés vio a Yahvé en forma de zarza ardiente... Haciendo abstracción de los frecuentes casos de truculencia, de mixtificación o de simple insania mental típicos, por lo demás, del desentrañamiento de estos territorios tan misteriosos como inexplorados de la realidad, en algunos casos paradigmáticos esas experiencias parecen auténticas. Mientras no se pierda la forma humana, diría don Juan, todo contacto con el poder del molde, del Águila, de los aliados y otras fuerzas, estará mediatizado por la capacidad de antropomorfización de nuestra percepción a partir de la lente específica de cada cultura. Para un cristiano esas fuerzas se materializarán, tomarán forma antropomorfa en la figura de Jesucristo, de María o de alguno de los innumerables miembros del santoral, mientras que las visiones de un musulmán tendrían concreción, por ejemplo, en la persona de Alá o de Mahoma, su profeta. Pienso, en consecuencia, que toda búsqueda sincera de la realidad profunda, esa que está más allá de los sentidos y al margen de la razón, que trasciende los estrechos límites de la cultura y de la historia humanas enmarcadas dentro de las muy confortables categorías espacio-temporales, esa que intenta incluso ir más allá de la fe religiosa, conduce al mismo punto de llegada, aunque

por caminos diferentes. En este sentido, todas las religiones --cuando aún no han perdido el sentido de lo trascendente--, las prácticas ascéticas y las inmersiones en la mística asumida como experiencia profunda de búsqueda espiritual, van tras de lo mismo: el acto de "ver", la visión en vida de lo inefable, el contacto personal con lo que no se puede pronunciar. Miradas así las cosas, y en un sentido muy amplio, todas las religiones --en su significación primordial, no como instituciones, bueno es reiterarlo--, son verdaderas a su manera; cada una tiene una parte, no importa cuan diminuta, de la inalcanzable verdad. Más aún: Los místicos de todas las religiones, los ascetas y meditadores, los yoguis, los chamanes y los brujos, los físicos, astrónomos, esotéricos, cosmólogos, filósofos y poetas de todos los tiempos y latitudes, conforman --aunque desde orillas diferentes, en ocasiones opuestas-- esa inmensa cofradía de soñadores, de videntes solitarios en busca de la misma utopía, aunque vestida con distintos ropajes: la verdad esquiva que esconde el misterio primordial que, aunque a veces lo adivinamos y en ocasiones algunos lo vislumbran, de ninguna manera podemos traducir a la estrechez de la comprensión y de la palabra humanas. A la postre todos resultamos hermanos. ¿Desde cuándo y por qué nos distanciamos hasta convertirnos en enemigos mortales? Tal vez desde cuando perdimos nuestra humanidad primordial; desde el día en que reemplazamos la búsqueda sincera por la farsa, la lucidez por la ceguera, la diafanidad del rostro por la máscara. ¿Qué pensaría Jesucristo si volviera para ver eso que algunos aún llaman --no sé si con candor o cinismo-- su

iglesia? ¿Qué diría Siddhartha si comprobara ahora lo que después de él, y a contrapelo de sus enseñanzas, hicieron algunos de quienes se autoproclaman budistas?

Sólo cuando Castaneda supo que la Gorda había perdido la forma humana se le desenredó el galimatías de por qué mientras él había visto los aliados de don Juan y de don Genaro bajo cuatro formas horrendas diferentes, la Gorda sólo vio destellos de algo que remotamente se parecía a la luz. Como lo dijo ella en hermosa frase que recuerda al viejo Heráclito, para quien ya no tiene forma humana, la forma de los aliados consiste en que no tienen forma.

Don Juan asociaba la revelación y praxis de la regla del nagual con la existencia de los toltecas, no en el sentido histórico y antropológico que asignamos a este nombre, sino en el de indios que han sido iniciados en el conocimiento místico y silencioso del nagual. Por lo que pudo averiguar Castaneda, don Juan al parecer poco o nada sabía de la historia de los indios toltecas a la manera como la elaboramos y conocemos en occidente, quiero decir, en términos de notable civilización precolombina anterior a los aztecas, oriunda de la meseta mexicana, al noroeste del país, cuyo centro ceremonial fue Tula; civilización que los historiadores están de acuerdo en que se inició hacia el siglo IX después de Cristo y pudo ir hasta el siglo XII de nuestra era, cuyos pobladores eran maestros

insignes en la construcción de pirámides truncas sobre las que elevaban templos y palacios, sin desmedro de sus virtuosas dotes de escultores, ni de sus artes de tejedores y alfareros magistrales, cuyo culto a Quetzalcóatl llevaron hasta la península de Yucatán. Cuando Carlos urgió a don Juan acerca de la importancia histórica y antropológica de conocer de manera erudita estas cosas, aún para los asuntos de su brujería, el viejo cuervo le respondió en medio de estruendosas carcajadas que no perdiera su tiempo en semejantes babosadas.

Era don Juan de la opinión de que ante el poder apabullante y sin apelación del Águila, todo intento de hacer la historia personal y colectiva en términos tan superficiales, así se tratara de los toltecas, lucía ridículo y sin la menor utilidad para el conocimiento silencioso. Dado que el poder universal del Águila es impenetrable, los hombres, aficionados a dar nombre a las cosas, intentan aproximarse intelectualmente a él llamándolo Destino, en el sentido de *Fatum* o *Anarké*, para significar que sus designios son irrevocables¹⁵⁶.

Aunque don Juan en ocasiones hablaba de que el guerrero debe cumplir su destino, lo entendía no como algo ciego, sino como el acto responsable de echar a andar por el camino del conocimiento hasta donde le alcanzara el poder. Si bien los designios del Águila son irrevocables, el hombre que asume el cumplimiento de su regla debe entender su destino como un desafío en donde él también cuenta,

bien para el éxito, bien para el fracaso, según sea o no su propósito inflexible y dependiendo del nivel de desarrollo de su impecabilidad.

Como quiera que la muerte es el destino común de todo ser viviente, a no ser que quiera escapar a él haciendo uso de la opción de libertad que el Águila ha concedido a cada quien, y si se tiene en cuenta su radical indiferencia, la ausencia de compasión con respecto a sus emanaciones, esto es, a sus criaturas, resulta evidente que dentro de la concepción de este orden cósmico no hay un sentido de justicia, ni justificación de los actos humanos, ni premio ni castigo, al menos en el sentido judeocristiano de estos términos. Del Águila no podemos esperar nada y las virtudes teologales y cardinales que la religión cristiana enseña, resultan en este caso inútiles.

De ahí la necesidad de que el guerrero asuma hasta el fin la responsabilidad de sus actos, pues, en tanto perceptor o consciencia luminosa que es, nada más depende de sí mismo: sólo sus acciones cuentan a la hora de saber la voluntad del Águila. Por lo tanto, el vidente no tiene sino que leer en el universo los designios, los augurios del Águila, y asumirlos.

El conocimiento e interpretación total de la regla del nagual no es ni ha sido tarea de un solo vidente, sino responsabilidad de todos los hombres de conocimiento a

través de los milenios, quienes mediante su "ver" han "visto" el fluir constante del Águila y de sus emanaciones. Ese fluir es lo que la gente asocia con el destino humano dentro de las coordenadas del tiempo y del espacio. Para don Juan la tradición de la regla del nagual, asumida en la acepción primigenia y latina de la palabra tradere, que quiere decir entregar, es lo que da sentido y razón de ser a la historia de los toltecas, queriendo significar con ello la acción de pasar de mano en mano este conocimiento profundo, acumulativo y perfectible a través de los milenios, generación tras generación. De ahí que no dude en calificar de babosadas los datos --para él superficiales-- de historiadores y antropólogos a la manera de occidente. Según el maestro de Carlos, del testimonio de los videntes toltecas, incluyendo a don Genaro y a él mismo, puede inferirse que el Águila y sus emanaciones, esto es, el universo, no constituye en esencia un mundo sólido, quieto y asible, sino, por el contrario, un mundo flotante que se desplaza y cambia de manera vertiginosa. Otra vez el viejo río de Heráclito en el que no podemos bañarnos dos veces, porque cada vez que lo hagamos ya no será el mismo; devenir eterno donde las cosas, fluyentes misteriosas, son y no son. Cuando alguien "ve" el Águila, jamás de manera directa --pues ningún viviente podría sobrevivir al impacto de semejante visión-- sino a través del fugaz destello de algunas de sus emanaciones, pierde de inmediato todo interés por sus semejantes, por lo que dicen o hacen, piensan o sienten. Ante una revelación de semejantes proporciones, todo lo humano luce insignificante, minúsculo, sin la menor

importancia.

El pensamiento, además de vehículo de la interpretación del mundo de todos los días, sirve también para orientar la conducta. El guerrero, sin anular su razón, rompe con este servilismo del razonable hombre doméstico que ajusta sus actos a la rutina de lo que todos hacen y, a cambio, adopta como norma de su actuar la impecabilidad, entendida en el sentido de aplicar una atención sin fisuras a la totalidad de lo que hace.

Así, pues, el guerrero deja de ser esa especie de mascota familiar, ese buen hombre que se limita a imitar como loro o como simio lo que los demás dicen o hacen, y se dedica a ejercer control total --desatino controlado-- sobre todos sus pensamientos, palabras y acciones, a sabiendas de que como brujo en trance de buscar la libertad no cuenta con la benevolencia de nadie, ni siquiera del Águila, sino con la fuerza de su poder y con su impecabilidad.

De este modo aprende a no contar con la gente, sino consigo mismo, a sabiendas de que si, en definitiva él no le importa al Águila y mucho menos a los demás, debe buscar la manera de asegurar la libertad, entendida como posibilidad de transgredir la orden de morir.

Buscar la libertad, pues, supone no sólo la transgresión de una orden, sino la transgresión del orden mismo que es el Águila, aunque haciendo uso de una opción. Buscar la libertad, escapar del zarpazo de la muerte es lo mismo que tratar de eludir al Águila, quien, para hacer posible esta aspiración, ha permitido que el hombre o cualquiera otra entidad viviente puedan vivir en la impecabilidad.

El salto hacia la libertad del que habla don Juan, no significa la obtención de la vida eterna, entendida como vivir en el cielo por tiempo indefinido tras la muerte del cuerpo, o con él, una vez resucitado, sino la preservación de la consciencia a través del paso por una brecha, por una apertura. Dice don Juan que en el momento de cruzar esa brecha, el guerrero entra en la tercera atención, y el cuerpo en su totalidad se inflama de conocimiento. En ese instante supremo cada célula se torna consciente de sí misma y también de la totalidad del cuerpo. Es entonces cuando estalla en un formidable lampo de luz a la manera de una bengala, pierde su corporeidad física y se interna para siempre en el misterio donde ninguna razón alcanza, donde ninguna palabra humana es posible.

Dentro de este contexto, la eternidad debe ser entendida como la preservación de la consciencia, no más allá de la muerte, como suelen pensar algunos, sino por fuera de la muerte, en una dimensión que está al margen de nuestras intelectuales categorías de tiempo y de espacio. El guerrero, pues, no vence a la

muerte, como afirman los cristianos en referencia al dogma de la resurrección; el guerrero elude la muerte, convirtiendo la totalidad de su cuerpo y de su consciencia en energía pura, en incorruptible estallido de conocimiento.

Antes de lograrlo, el guerrero deberá estar íntimamente convencido, en primer lugar, de que la regla no es un dogma ni un corpus de verdades dirigidas a la aceptación de la fe o de la razón, ni un mito en el sentido literario del término, sino un "mapa" que guía a través de un conjunto de directrices pragmáticas. En segundo lugar, el guerrero deberá estar profundamente convencido de la posibilidad de llegar a una consciencia suprema, la cual alcanza su plenitud cuando un hombre, o cualquier otro ser viviente, pasa a lo que don Juan denomina "la tercera atención". La aceptación de los dos puntos anteriores implica el abandono de las creencias racionales y religiosas del hombre común, que supone, por ejemplo, que sólo el hombre es sujeto de un destino superior, así se entienda este en el sentido religioso de salvación eterna por la gracia de Dios, en tanto es el único ser sobre la tierra dotado de alma racional y de consciencia. En la cosmovisión de don Juan, todos los vivientes estamos en pie de igualdad, no importa que se trate de un, para el común de la gente, insignificante gusano que solamente merece nuestro desprecio y el rigor de nuestro pie. Todos sin excepción, plantas, hombres, animales y otros vivientes de cuya existencia ni siquiera sospechamos, tenemos a nuestra disposición la carta de la libertad. Que la

aprovechemos o no sólo depende del poder de nuestro propósito inflexible y de nuestra impecabilidad.

Este estado de beatitud vital, de sabiduría más allá de las palabras, --démoslo de una vez por descontado--, no es monopolio exclusivo de ninguna religión en particular, de ninguna ideología en especial, ni patrimonio de alguna forma específica de ascética, ni propiedad privada de ninguna cultura o cosmovisión, ni siquiera de la del propio don Juan y sus aprendices. Cierta día la Gorda sorprendió a Carlos con el comentario de que algunos sacerdotes y no pocas gentes del común serían magníficos brujos y hombres de conocimiento si hubieran descubierto por sí mismos, o por otros, las ilimitadas posibilidades del poder, esto es de la energía de la consciencia, propia de los seres vivientes. Si hay algo llamativo en el sistema de creencias de don Juan es que, lejos de sentirse dueño de la verdad, el viejo le atribuye a su práctica de la brujería y a la cosmovisión que le es inherente, el muy discutible y relativo valor de ser una descripción más entre muchas otras ya existentes o posibles. No debemos olvidar que para el brujo yaqui la realidad última --y la verdad, su correlato mental-- no es el ser en sí y por sí del que hablaba Aristóteles, sino formas de percepción de la energía universal, que varían de manera asombrosa de persona a persona, de especie a especie, de época a época, de cultura a cultura.

El "don del Águila", no es en realidad un don, no es un regalo que dependa de la benevolencia del Águila, de su misericordia providente ni de los méritos humanos. El don del Águila es, simplemente, como dice don Juan, "la oportunidad de tener una oportunidad". El Águila, ya se sabe, no siente afecto por nadie, carece del muy humano sentido de la compasión y, en lugar de dones gratuitos, lo único que concede es la posibilidad de que cada quien se ayude, si es que su deseo y su determinación lo ponen en el camino que conduce hacia la libertad. Si esa no es su intención, como puede suceder --era el caso de Pablito--, o el poder no le alcanza para lograrlo, nada grave ha pasado: la gotita de lluvia viva, que es la consciencia, caerá de nuevo para diluirse en la infinitud del océano de donde un día salió.

Por algo decía Borges --pocos occidentales conocían como él el budismo-- que la idea de desaparecer del todo después de la muerte no sólo no le parecía repugnante, sino hasta agradable. No cabe duda de que tal afirmación no puede provenir más que de los labios de un hombre lúcido, de un poeta, digo, de un vidente que, para el caso personal del argentino, implica la sutil y muy divertida ironía según la cual todo el mundo le creyó el cuento de que estaba ciego. Si era cierto que Borges no veía, ¿cómo andaremos, entonces, los demás? Pero así suele ocurrir: muchos de los vecinos y conocidos de don Juan estaban convencidos de que el viejo no era más que un pobre borracho irredimible, a juzgar por la cantidad de "sandeces" que con frecuencia le oían decir. Borges y don Juan: dos videntes:

el uno, aunque de bastón incierto y vidriosa pupila, con sus ojos de poeta vio más que muchos de nosotros juntos; y el otro, un indio viejo de apariencia inofensiva era no sólo el brujo de las formidables dotes que ya conocemos, sino que no descansó hasta dar feliz término a su obra maestra: agarrar a Castaneda y no soltarlo hasta ponerle patas arriba su presuntuoso y vacuo mundo de intelectual.

EL DESTINO DEL GUERRERO: "UN CAMINO CON CORAZON"

Para que alguien pueda dejar atrás su insignificante condición de hombre común y se convierta en brujo y en hombre de conocimiento, deberá aprender a vivir en la "impecabilidad" de la vida del guerrero y recorrer "un camino con corazón".

Aunque resulta evidente que la vía que don Juan considera más expedita --la única que él conoce-- para acceder a la condición superior de hombre de conocimiento está mediatizada por su entorno cultural, por la tradición tolteca de la cultura yaqui, es claro que tal estado puede alcanzarse --se ha alcanzado de hecho-- en el seno de otras culturas, aunque por caminos diferentes. No otra cosa han conseguido algunos de los que el conocimiento esotérico llama grandes iniciados y algo parecido nos indica la experiencia de los místicos cristianos y no cristianos de todos los tiempos y latitudes, así como la vivencia de los más altos poetas. Todos ellos tienen en común su condición de videntes atrapados por la fascinación del misterio que entrevieron hasta en las cosas más elementales y aparentemente sencillas de este universo poblado de sorpresas.

El mismo brujo yaqui deja abierta esta posibilidad: los caminos, dice, sólo son caminos y todos son lo mismo: no conducen a ninguna parte. El budista, el taoísta,

el santón hindú, el yogui y el anacoreta; Siddhartha, San Juan de la Cruz, Confucio, Lao Tse y san Francisco de Asís, santo patrono de hippies, ecologistas y vagabundos lúcidos; todos ellos, junto con don Juan, don Genaro y su cofradía de brujos aprendices, han intuido igual misterio; cada uno a su manera, porque lo han buscado por caminos dispares que, en rigor, sólo han tenido la virtualidad de ponerlos de cara al absoluto innombrable; caminos que, en tanto escasamente exploran lo que la mente humana jamás podrá entender, no conducen a ninguna parte.

De iguales o similares hallazgos podrían hablarnos los afamados curanderos filipinos, los Tuareg clarividentes y vagabundos del Sahara, los brujos y hechiceros de los Andes, los Namibios, los chamanes de la isla de Java, los derviches ululantes y sacerdotes de Kataragama, los hombres voladores de Oceanía, los liturgos del Vudú haitiano o brasileño, los adivinos, videntes y demás seres mágicos que aún pueblan los eriales del África, cuyas voces remotas todavía escuchamos en boca de nuestros juglares caribes, y cuyos lamentos aún toman forma corporal en las contorsiones afrodisíacas de nuestros danzantes del Pacífico. ¿Quién, en definitiva, tiene la verdad? Todos y ninguno. Mejor sería decir: cada quien a su manera tiene su pedacito. Ninguno de ellos ni de nosotros posee la totalidad de la verdad. Porque no podrá haber mayor arrogancia ni insensatez que la de alguien, minúscula brizna de consciencia perdida en el universo, que pretenda poseerla

toda.

"La gente (dice don Juan) se agarra a las cosas de la misma manera que los niños a los dulces. Cualquier cosa es sólo un camino entre cantidades de caminos. Por eso debes tener siempre presente que un camino es sólo un camino; si sientes que no deberías seguirlo, no debes seguir en él bajo ninguna condición. Para tener esa claridad debes llevar una vida disciplinada. Sólo entonces sabrás que un camino es nada más que un camino, y no hay afrenta ni para ti ni para otros en dejarlo si eso es lo que tu corazón te dice. Pero tu decisión de seguir en el camino o de dejarlo debe estar libre de miedo y de ambición. Te prevengo. Mira de cerca cada camino y con intención. Luego hazte a ti mismo, y a ti solo, una pregunta. Es una pregunta que sólo se hace un hombre muy viejo. Cuando mi benefactor me habló de eso, yo era demasiado joven para entender. Ahora sí la entiendo. Te diré cuál es: ¿tiene corazón este camino? Todos los caminos son lo mismo: no llevan a ninguna parte, pero el uno hace gozoso el viaje. El otro te hará maldecir tu vida. Uno te hace fuerte; el otro te debilita"¹⁵⁷.

Para los indios yaquis, el del conocimiento es el camino que conduce a la brujería la cual, a su vez, se traduce en poder. El conocimiento es poder. Por supuesto que no se trata aquí de cualquier clase de conocimiento, de cualquier tipo de saber, y menos de ese teórico y libresco, basado en la palabrería vacua, hija de esa pedante futilería intelectual de la cual están llenos nuestros colegios, universidades y academias.

Cuánto nos han alejado de la inteligencia y de la vida esas veleidades intelectuales con las que nos hemos intoxicado desde el jardín de las primeras letras hasta la universidad. Para don Juan, "el poder depende de la clase de saber que se tenga. ¿De qué sirve --pregunta-- saber cosas que no valen la pena?"¹⁵⁸. Y todavía más categórico: "Aprender por medio de la conversación es no sólo un desperdicio, sino una estupidez"¹⁵⁹.

Por si alguna duda nos queda, no es ocioso interrogarnos acerca de si la escolaridad que hemos recibido, además de llenarnos la cabeza de conocimientos muchos de ellos inútiles, ha mejorado de manera notable nuestra manera de ser hombres y de asumir la vida. ¿No han pasado, acaso, por la escuela y hasta por la pedantesca academia de la universidad la mayoría de esa legión de matones, de tramposos y de ladrones, depredadores de todas las clases imaginables que tienen gravemente enfermo nuestro mundo e in extremis a nuestro país? ¿No resulta inquietante, por decir lo menos, comprobar que la mayoría de los oficiales nazis que tuvieron hígados para asesinar a más de seis millones de judíos eran gente considerada culta, muchos de los cuales habían leído con fruición y notable provecho académico la conmovedora obra de Shakespeare? ¿Los hizo más humanos el temor interior que produce la lectura del trágico destino de los amantes de Verona? ¿Los convirtió en más precavidos sobre las consecuencias del desenfreno de las pasiones humanas, --carencia de sobriedad-- la lectura de

Otelo?

Y nosotros, aunque todavía no hayamos llegado a semejantes extremos, no andamos mucho mejor que ellos. Si viéramos bien, si nos despojáramos de nuestra casi infinita capacidad para engañar y autoengañarnos, nos daríamos cuenta de que nuestra escolaridad no nos ha servido de mucho a la hora de hacer de nosotros seres humanos más armónicos, menos desarticulados por dentro, en paz y en mejores términos con la naturaleza y con nuestros semejantes. Tal vez sepamos muchas cosas, posiblemente estemos mejor informados que los antiguos, sin embargo no por ello somos mejores personas.

Descartado, pues, el conocimiento libresco, ese conjunto de saberes inútiles y muertos que solemos acicalar con los oropeles y relumbrones de una pseudo intelectualidad que pretende, aunque sin lograrlo, calzar el elevado coturno de la científicidad, los severos y autorizantes ropajes de la filosofía, o la ostentosa vocinglería de un supuesto humanismo que no conduce a ninguna parte, el de don Juan es un conocimiento vivo y silencioso que afecta no sólo el intelecto sino la totalidad del ser.

Pero antes de que Carlos se metiera en camisa de once varas, el maestro desea ser claro en el sentido de advertirle, como lo hizo Sócrates en su tiempo, que al

conocimiento se llega por el camino difícil, o como dijera el maestro de la interrogación y de la ironía a los griegos que lo escuchaban: mediante un parto doloroso.

La razón de don Juan para pensar así es que nada en este mundo es un regalo¹⁶⁰, ante lo cual al aprendiz no le queda más remedio que ser inflexible consigo mismo¹⁶¹, lo que quiere decir que debe comportarse como un guerrero que asume el conocimiento a la manera de un desafío mortal en el que está en juego su propia vida:

"Un hombre va al saber como a la guerra: bien despierto, con miedo, con respeto y con absoluta confianza. Ir en cualquier otra forma al saber o a la guerra es un error, y quien lo cometa vivirá para lamentar sus pasos"¹⁶².

Reconoce don Juan que meterse con los asuntos del conocimiento es peligroso y atemorizante, aunque resulta más terrible pensar en un hombre sin conocimiento. De ahí que el guerrero no descuida nada, está siempre alerta y a nada se abandona, ni siquiera a su propia muerte¹⁶³, es decir, todo está bajo su control. Trata las cosas y a las personas con respeto y no pisotea nada, al menos que sea absolutamente necesario¹⁶⁴. Entiende y asume su vida como una estrategia de guerra en donde en cualquier descuido se le puede ir la vida. Sólo un hombre de

estas condiciones puede sobrevivir en el peligroso mundo de los brujos, puesto que de hombre común se ha convertido en cazador impecable del poder que le dará el conocimiento¹⁶⁵.

Exigente aunque hermoso proyecto de vida cuya nobleza sintetiza el viejo en estas palabras inolvidables: "Buscar la perfección del espíritu del guerrero es la única tarea digna de nuestra hombría"¹⁶⁶.

El calificativo de guerrero tiene su razón de ser en que el brujo, si desea sobrevivir, deberá asumir su vida como un desafío permanente y no como la rutina tediosa en la que, según el indio yaqui, hemos convertido la hermosa y única oportunidad que se nos ha dado para vivir, casi todos los que malvivimos en medio de este mundo "civilizado", no en calidad de seres libres sino de indigentes, víctimas de la competencia, esclavos de la necesidad, prisioneros del deseo de adquirir --no importa a qué precio-- dinero en abundancia, reconocimiento social, objetos materiales, poder de dominio sobre los demás, fama y muchas otros sucedáneos de la felicidad, para conseguir todo lo cual no dudamos en vender nuestra alma al diablo en figura de reloj, que, monótono e inmisericorde, nos marca hora tras hora el tiempo de comer, el de dormir, el de estudiar, el de trabajar, el de divertirnos y hasta el de amar.

Al dejar de ser hombre común y convertirse en guerrero, el brujo pierde los "resguardos" que de manera ordinaria protegen al hombre común y queda, si no vive como maestro del "acecho", a merced de las fuerzas, poderes, aliados, guardianes y demás entidades que habitan el nagual.

El guerrero, afirma don Juan, elige con gran cuidado los elementos que hacen parte de su mundo, los cuales no son otra cosa que los "resguardos" que perdió al dejar de ser hombre común. Esos resguardos lo protegen de los ataques de esas fuerzas que él lucha por conocer, por dominar, por usar. Los emplea para defenderse de su aliado, por ejemplo. Un hombre común y corriente, rodeado, igual que el brujo, de esas fuerzas inexplicables, no es conciente de ellas, porque, a su vez, tiene otra clase de resguardos especiales. Esos resguardos son lo que la gente hace todos los días. Basta mirar alrededor, continúa el viejo. La gente hace lo que la gente hace. Cada vez que un brujo se encuentra con esas fuerzas inexplicables e inflexibles, su abertura se ensancha, haciéndolo más susceptible a su muerte que de ordinario. Por ello, si está abierta, uno tiene que tener la voluntad lista para llenarla; eso si se es guerrero. Sus resguardos son elegir un camino con corazón. En esto se diferencia el guerrero del hombre común. Para elegir el camino correcto, remata el brujo yaqui, es necesario dejar de hablar tanto, dejar de pensar en demasía, es decir, "parar el diálogo interior".

Los que desde nuestra percepción sensorial ordinaria llamamos fenómenos extraordinarios como el "ver", no suelen ser más que sucesos ordinarios y comunes, en tanto insertos en la realidad humana, sólo que percibidos de otra manera por medio de otro "sentido", el que don Juan denomina "sentido especializado", que es el sentido propio de la percepción del brujo. A todo esto lo llamamos extraordinario, es decir, desconocido, insólito a nuestra percepción, y, por lo tanto, ininteligible para nuestra razón. Es obvio que con nuestras facultades ordinarias --los cinco sentidos y la razón-- percibimos las que llamamos realidades, sucesos cotidianos, todo lo cual está dentro del ámbito de nuestra mente, cuya función --piensan Dubant y Marguerie-- es crear un mundo perceptual para aprehenderlo desde esa perspectiva¹⁶⁷.

Así las cosas, lo que nos parece ordinario no es en rigor tan ordinario y lo que juzgamos extraordinario no lo es tanto. Cualquier objeto por insignificante que sea esconde secretos asombrosos. Cualquier acto de percepción sensorial por elemental y sencillo que nos parezca, obedece a procesos de una complejidad inimaginable. Ya decía don Juan que sostener con nuestra percepción ordinaria el mundo de todos los días sin que se nos desplome, es uno de los más sofisticados actos de brujería, y quienes tal hazaña hacemos, somos, así no lo creamos, brujos de maestría sin par; sólo que las más de las veces ignoramos que somos dueños de semejante poder. Don Juan solía decir que la premisa fundamental sobre la que

descansa la credibilidad de la brujería consistía en saber que la totalidad del potencial energético del brujo es inherente a la naturaleza humana, lo llevamos en potencia dentro de nosotros sin que lo sospechemos siquiera. Por desgracia, las taras de nuestra cultura occidental nos han impedido convertir en acto tan magnífica potencialidad. El aprendiz Carlos jamás fue víctima de ninguna alucinación, como muchas veces él mismo se lo creyó. Sólo fue testigo de algo diferente, de algo que antes no estaba allí y ahora lo percibe gracias a que desarrolló la capacidad de concentrar su percepción consciente en la segunda atención. A este poderoso acto de percepción mágica, de fijación de nuestro "darnos cuenta de" en la segunda atención es a lo que llamamos con cierta ingenuidad "fenómenos extraordinarios", como si, viéndolo bien, fueran gran cosa. Si hay algo que hace reír a don Juan casi hasta perder el aliento, es el gesto de estupor que Carlos pone en presencia de los que con frecuencia llamaba "absurdos", "imposibles" e "irreales" poderes de don Juan. Si supieras lo sencillo que es hacerlo --le susurraba el brujo a manera de paternal confianza-- no pondrías esa cara de idiota.

En esta dirección, la cosmovisión y práctica de la brujería entre los yaquis muestra sugestivas concomitancias con las que se dan dentro de algunas culturas orientales, tales como el taoísmo, el budismo, el hinduismo, entre otras, para quienes el universo no es más que una representación, lo que equivale a afirmar

que nuestra mente da origen a, y contiene lo que llamamos mundo tal como lo percibimos. En otras palabras, no hay nada exterior a la consciencia, por lo que "nuestra realidad" es una más entre muchas otras descripciones.

Los dos mundos, mejor sería decir, el mismo, aunque a través de dos visiones, la tosca y la sutil, para emplear la terminología hindú, cuyas diferencias se deben no a su naturaleza sino a la fijación de las dos atenciones, no son más que dos sueños, dos gigantescas visiones, ninguna de las cuales es más verdadera, real o importante que la otra. Cuando el brujo penetra en la visión del nagual se le hace claro que la del tonal es también otra visión nada trivial y sí con mucho de prodigiosa: "Para mí --afirma el viejo brujo-- el mundo es extraño porque es prodigioso, tremendo e inconmensurable"¹⁶⁸.

Cuando el brujo es capaz de percibir el "otro" mundo, es decir el mismo aunque con la facultad de la segunda atención que lo abre al mundo del nagual, el mundo de la atención primera, el que llamamos ordinario, pierde su naturaleza absoluta, su morbidez obsesiva y, en consecuencia, su aspecto rutinario y aburrido. La realidad del mundo con cualquiera de las dos atenciones resulta extraño para el brujo a partir del momento en que éste se da cuenta de que no descansa sobre nada. El mismo don Juan le enseñó a Carlos que la "explicación de los brujos", no

sólo era una explicación ni más ni menos importante que cualquiera otra, sino que sólo servía para oponerla a la habitual. La única y última realidad es para don Juan esa negrura sin límites ni fondo, el absoluto vacío lleno, el Águila, cuyas emanaciones son el mundo, el cual será percibido de tal o cual manera por los vivientes dotados de consciencia según utilicen la primera o segunda atención. Un brujo, piensa don Juan, no es más ni menos importante que un hombre común; sólo tiene algunas ventajas de las que el segundo carece.

Al estado de consciencia más allá de toda representación del mundo lo denomina don Juan "la tercera atención", que es, como ya vimos, un estado en el que la corporeidad humana se desintegra en virtud de que la consciencia, al inflamarse de conocimiento, estalla en energía pura, alcanzando de esta manera la libertad que permite al guerrero pasearse por otros mundos ignotos sin diluir su consciencia, fuera del tiempo, más allá del espacio.

Si el mundo es pura representación y el nagual pura creatividad, todo aquel que, aún sin ser brujo, haya podido entrar por cualquier razón al mundo de la segunda atención, engancho el segundo anillo de poder, podrá ser testigo de visiones que algunos llaman místicas, otros paranormales y no pocos clasifican dentro del no muy confiable universo de la locura o de las alucinaciones.

La visión del que los brujos llaman otro mundo no se hace ni con la racionalidad ni con el sentido de la vista convencional. Quien accede a esa visión lo hace con la totalidad de su cuerpo, no a través de la lógica formal, ni por el método de la experimentación científica tal como lo concebimos en occidente. El brujo "sabe" con una certeza que no es del ámbito de la razón, que todo lo que "ve", por extraordinario que le parezca, no es más que una representación, una descripción; sabe que lo que percibe como "yo", no siendo más que una haz de fibras luminosas organizadas para "darse cuenta de", no puede identificarse ni con el mundo ni con nada en particular fuera de él, y que, en definitiva, tanto el mundo así percibido y el yo perceptor, en la forma como es consciente de él, no son más que una ilusión.

La anterior concepción acerca de la realidad del mundo y del yo, pieza clave en las enseñanzas de don Juan, y que tanto escándalo ha producido en occidente, es, por decir lo menos, conocida y muy familiar en la tradición del pensamiento oriental tanto del taoísmo como del budismo. Dubant y Marguerie, por su parte, advierten acerca de la necesidad de clarificar que todo este mundo al que de manera genérica e indiscriminada damos el nombre de "extraordinario", "paranormal", "milagroso" etc., va mucho más allá de un simple catálogo de curiosidades vanas, de cosas raras que no entendemos, y es algo más que simple producto de la extravagancia, de la locura, de la obsesión mística o de lo que llamamos

alucinación, de la misma manera como la meditación budista no puede confundirse con la técnica de la respiración ni con el detalle externo de la posición sentada¹⁶⁹.

El guerrero sabe de las enormes complejidades que aguardan su conocer y por eso escoge, en medio de tantos posibles, un camino que tenga corazón. Bajo esta perspectiva, caminar sobre la tierra, lejos de consistir en un deambular inconsciente, banal y rutinario, se convierte en algo profundamente misterioso y etéreo, inasible como el soñar, como el "ver".

Ser, entonces, deja de ser una simple categoría de la metafísica, de la ontología o de la teoría del conocimiento y se convierte en "un misterio infinito". Sueño y vigilia, en rigor, vienen a ser lo mismo, o mejor, dos aspectos de un mismo soñar, en donde el día puede resultar tan oscuro como la noche y la noche tan clara como el día. Lo único real es ese indefinible hilo de energía que está más allá de toda percepción, de toda representación, y bien lejos de esta orilla nuestra desde donde --pequeñísimas briznas de consciencia-- estamos parados frente a la eternidad.

"Cuando un hombre ha tenido una visión interior de la verdad Zen --afirma D. Suzuki en sus Ensayos sobre Budismo Zen-- para él las montañas ya no son montañas, ni las aguas son aguas. Pero después de esto, cuando alcanza el

sosiego del reposo, las montañas vuelven a ser montañas y las aguas vuelven a ser aguas"¹⁷⁰.

El guerrero, sabiéndose hombre hondamente inserto en su mundo, en este único en el que nos tocó nacer, vivir y morir, no repudia ni la cotidianidad, ni la razón; no rechaza el mundo del tonal, sino su atención obsesiva y enajenante sobre él y sobre los presupuestos sociales de los cuales se alimenta, tales como la importancia personal, la prepotencia, los malabares estériles de un raciocinio insano y los juegos extenuantes de la concupiscencia del poder de dominio sobre los demás, del apetito desordenado por el dinero y por los objetos, de la tendencia mórbida e insidiosa a aparentar lo que no somos, es decir, evita caer en la trampa de todo aquello que nos conduce al laberinto ciego y mortal de aferrarnos inútilmente a las cosas.

Con un conocimiento así, el guerrero que ha elegido "el camino con corazón", que no es otro que el que conduce al ningún lugar de atestiguar lo innombrable, eso sí, en la libertad que concede el Águila a quien es capaz de acceder a la "tercera atención", "sabe" de la mano del "acecho" y del "ensueño" --las dos supremas artes del guerrero-- a las que se añade ese misterioso hacedor de realidad llamado "intento", que, en estricto rigor, ninguna cosa o persona tienen razón alguna para existir, ni siquiera él mismo, que nada ni nadie es en absoluto importante, como

quiera que su ser deviene del Águila, esa fuente suprema de toda onticidad y existencia, la cual no es más que una negra oquedad llena de poder, de energía sin límites.

Cada uno de estos brujos, como ya dijimos, aunque adiestrados en las tres artes, eran especialistas en alguna de ellas. Silvio Manuel, por ejemplo era maestro del intento. Su hazaña máxima consistía en que una vez pudo entrar en la segunda atención, jamás volvió a salir de ella. Ninguno otro brujo, ni siquiera el mismo don Juan, cuyo "modo" de ser brujo es el acecho, ni don Genaro, amo del ensueño, pudieron llegar a tanto. Lo que tardíamente descubrió Castaneda era que el misterioso brujo Silvio Manuel "era la fuerza silenciosa que se hallaba detrás de don Juan"¹⁷¹.

El intento, como todas las cosas de la brujería, es algo que el brujo aprende a hacer. La suprema habilidad de don Genaro --explica la Gorda-- consistía en que a través de su ensueño aprendió el intento de manejar su cuerpo físico en términos de cuerpo energético o cuerpo de ensueño y desplazarse así a donde quisiera.

"Él podía ensoñar todo su cuerpo de la más perfecta manera. Pero el cuerpo de ensueño tiene un intento diferente del intento del cuerpo físico. Por ejemplo, el cuerpo de ensueño puede atravesar una pared, porque conoce el intento de desaparecer en el aire. El cuerpo físico conoce el intento de comer, pero no el de desaparecer en el aire. Para el cuerpo físico de Genaro, traspasar una pared sería tan imposible como sería

comer para el cuerpo de ensueño"¹⁷².

Por eso don Juan afirma a un Carlos cada vez más desconcertado que a veces Genaro no es Genaro, sino su doble"¹⁷³. Para un guerrero de la maestría de don Genaro, producir el doble no era al parecer gran cosa, ya que no se trataba de otro don Genaro, sino del mismo, tan real como el de carne y hueso. El doble es el mismo brujo desarrollado a través del cuerpo energético de su soñar. Sofisticado acto de poder para el hombre de conocimiento, "cuento de viejas" o "supercherías" para el profano. En el caso de don Genaro, su doble es, en apariencia, idéntico a sí mismo, gracias a que su impecabilidad como guerrero es tal que Carlos, habiendo estado infinidad de veces con el doble de don Genaro, jamás pudo establecer la diferencia entre los dos. Para su sorpresa, don Juan le confesó que en los años que llevaba de conocerlo, sólo en dos oportunidades había estado con el Genaro original; las otras veces había estado con su doble"¹⁷⁴.

Este fenómeno de desdoblamiento era, al parecer, común a muchas civilizaciones indígenas tanto de América como de otras partes del mundo. Baste por ahora la referencia al ícono del "doble yo" de nuestra cultura agustiniana, que, por lo pronto, está a la espera de que algún antropólogo sin los prejuicios cientistas que aquejan a la mayoría de sus colegas lo estudie a fondo. La capacidad de desdoblarse en el otro tiene también, a mi parecer, profundas y sugestivas coincidencias con ese fenómeno que dentro de la experiencia mística cristiana y no

cristiana denominan "don de la ubicuidad", o capacidad de estar en dos sitios diferentes al mismo tiempo.

Según el maestro de Carlos, un brujo se da cuenta de que está desdoblado, aunque jamás sabe dónde está su doble ni que está en dos sitios al mismo tiempo. Si lo supiera ello equivaldría a "encarar a su doble", a "encararse consigo mismo", y, en ese caso, el brujo sería hombre muerto, sin que haya razón humana capaz de explicar tan singular misterio.

Don Juan distingue tres niveles de la realidad: lo conocido, lo desconocido y lo que no se puede conocer. Lo grave, en su opinión, lo que no entendieron los antiguos toltecas --lo cual fue, entre otras, causa de su ruina-- y lo que sigue sin entender el hombre occidental, es que "casi todo lo que nos rodea está más allá de nuestra comprensión"¹⁷⁵, es decir, pertenece a la esfera de lo que, por inteligentes que seamos y por desarrollada que se encuentre nuestra ciencia, jamás podremos comprender.

Un guerrero, así en medio del abrumador misterio que lo rodea no dispone más que de su "voluntad", de su paciencia, de su inflexible determinación, es decir, de su impecabilidad para construir los elementos que integran su mundo. La voluntad, sin embargo, es, en criterio del viejo yaqui, algo muy singular. No existe manera

de entenderla ni de decir cómo funciona; lo cierto es que los resultados de usar la voluntad son asombrosos. Por otra parte, la voluntad puede cultivarse. En el desarrollo y uso del poder de la voluntad en el peculiar sentido en el que la conciben los yaquis, está la clave del poder de la brujería. La voluntad, en opinión del anciano indio, es algo muy claro y poderoso que dirige nuestros actos, algo que un hombre usa, por ejemplo, para ganar una batalla que según todos sus cálculos debería perder. La voluntad no es ni el deseo, ni el valor ni la temeridad. Es, según él, una especie de dominio, de poder y, en tanto tal, tiene que ser controlada, afinada, lo cual no se consigue de la noche a la mañana.

En nosotros, seres luminosos, continúa don Juan, hay una abertura; como la parte blanda de la cabeza de un niño que se cierra con la edad, esta abertura se ensancha conforme el brujo desarrolla su voluntad. La voluntad se encuentra en el sitio donde uno tiene sus fibras luminosas del abdomen. Por medio de esa abertura la voluntad sale disparada como si se tratara de una flecha. No es ni un objeto, ni un pensamiento, ni un deseo; es un poder que obra dentro de nosotros, energía. Una voluntad bien afinada convierte a un brujo en alguien casi invulnerable. Ella es la que lo lanza con toda naturalidad y sin hacerle daño a través de una pared, a través del espacio, la que lo hace volar o la que lo convierte en cuervo o en chanate. La voluntad es la fuerza que nos liga al mundo; las manos con las que nos agarramos a esa cosa tan misteriosa que llamamos mundo¹⁷⁶.

Para don Juan resulta de la mayor importancia no confundir la voluntad con lo que significa "ver". Si bien la voluntad es una fuerza, un poder, una energía, "ver" no es más que cierta manera de atravesar las cosas¹⁷⁷.

Un brujo puede tener una voluntad muy fuerte y, sin embargo, ser incapaz de "ver". El benefactor de don Juan, el nagual Julián, por ejemplo, era brujo de singulares poderes y, sin embargo, no veía a la manera como don Juan o don Genaro. Por eso, cuenta su discípulo, tuvo que vivir siempre como guerrero. El hombre de conocimiento, esto es, el vidente no necesita vivir como guerrero sino hasta el momento en que ve, pues de ahí en adelante dirigirá todas las cosas de su vida de acuerdo con su ver. A propósito de lo que le ocurrió a don Julián, cuya máxima proeza era su voluntad y no su ver, don Juan enseñó a Castaneda que cuando un hombre común se embarca en los caminos de la brujería, poco a poco se va dando cuenta de que la vida ordinaria se ha quedado atrás para siempre, de que el conocimiento es algo pavoroso y de que los "resguardos" o defensas del mundo ordinario ya no le sirven ni de soporte ni de protección. Por tanto, si desea sobrevivir a su terror y a los peligros que acarrea el conocimiento y ejercicio de la brujería, deberá adoptar una nueva forma de vida. La aterradora naturaleza de este conocimiento no le permite alternativa diferente de la de vivir como guerrero. Cuando el conocimiento se convierte en algo aterrador y pavoroso, el guerrero se percata de que la muerte es su compañera inseparable.

Un hombre que sigue los caminos de la brujería --dice don Juan-- se enfrenta en cada recodo del camino con la aniquilación inminente. Sin la consciencia de su propia muerte no sería más que un hombre común, envuelto en actos comunes y carente de la potencia necesaria para transformar en poder mágico su tiempo ordinario sobre la tierra¹⁷⁸.

Para los videntes yaquis el mundo está lleno de realidades terribles, de fuerzas pavorosas, y ellos, los brujos, son tan sólo seres indefensos a merced de esas fuerzas inexplicables. El hombre común cree en su ignorancia que puede explicar o cambiar esas fuerzas; aunque ignora cómo hacerlo tiene la confianza de que las acciones de la humanidad tarde o temprano acabarán por explicarlas o cambiarlas. Vana ilusión de la cual, por desgracia, es víctima hasta que se muere. El brujo, consciente de esta realidad, no pierde su tiempo tratando de explicar lo inexplicable, o tratando de cambiar lo que no se puede cambiar; para él es más importante aprender a usar esas fuerzas. Aquí está el secreto de la brujería:

"La brujería no es gran cosa cuando le hallas el truco. Un brujo apenas anda mejor que un hombre de la calle. La brujería no le ayuda a vivir una vida mejor; de hecho yo diría que le estorba; le hace la vida incómoda, precaria. Al abrirse al conocimiento un brujo se hace más vulnerable que el hombre común. Por un lado sus semejantes lo odian y le temen y se esfuerzan por acabarlo; por otro lado, las fuerzas inexplicables e inflexibles que a todos nos rodean, por el derecho de

que estamos vivos, son para el brujo la fuente de un peligro todavía mayor... Te lo repito una vez más: sólo como guerrero es posible sobrevivir en el camino del conocimiento"¹⁷⁹.

Cuando Carlos, abrumado por las exigencias de la vida del guerrero, quiere salir corriendo, don Juan le explica que la derrota es una condición inevitable de la vida. Los hombres --afirma--, o son victoriosos o son derrotados, y esa condición los convierte en perseguidores o en víctimas mientras no sean capaces de "ver". "El ver disipa la ilusión de la victoria, la ilusión de la derrota o el sufrimiento"¹⁸⁰.

Sabiendo que la percepción del mundo es una ilusión, el guerrero aprende a reducir a nada sus necesidades. La vida será un infierno mientras uno crea que es una víctima. Piensa don Juan, como lo han hecho los budistas, los taoístas y otros videntes de la realidad, que lo que nos hace desdichados es la necesidad. Por culpa de ella, por nuestro afán compulsivo de satisfacerla como si se tratara de una amante tiránica, exigente y caprichosa, de seres libres pasamos a la deprimente condición de indigentes, eternos esclavos de la necesidad. Para don Juan, si aprendiéramos a reducir a nada nuestras necesidades, cualquier cosa, la más pequeña de ellas, sería para nosotros un verdadero regalo. Ser pobre o necesitado es para él, no tanto una condición objetiva de carencia, sino, ante todo, un pensamiento, igual que odiar, o tener hambre o sentir dolor¹⁸¹.

Además de la consciencia de su propia muerte, el guerrero necesita desapego, para que la posibilidad de su muerte inminente, en lugar de convertirse en obsesión enfermiza, se vuelva indiferencia. Y así, con la consciencia de su muerte, con su desapego de todas las cosas, de todas las personas hasta de él mismo, y con el implacable poder de sus decisiones, el guerrero asume y ama la vida en forma estratégica, es decir vive cada segundo como si se tratara de su último instante sobre la tierra.

Cuando un guerrero es capaz de agarrar las cosas con su voluntad, con toda propiedad puede decirse que es un brujo. Pero el hombre puede ir mucho más allá y convertirse, como ya vimos, en hombre de conocimiento, en vidente. En ese caso, no sólo no necesita vivir ya como guerrero, sino que el ejercicio de la brujería resulta para él redundante, inútil. Esa es la razón por la cual don Juan afirma que el hombre de conocimiento "llega a ser todo llegando a ser nada".

Cuando se presenta este momento, dice el viejo, el brujo tiene un poder tal que es capaz de hacer y de obtener cuanto desea. Sin embargo, al "ver" ya no desea nada y, en vez de jugar con sus semejantes, de asustarlos o de causarles daño o la muerte con sus poderes asombrosos, observa con indiferencia que nada de esto es importante, puesto que sus semejantes y las cosas sin excepción han perdido ya todo interés para él.

La impecabilidad de la vida del guerrero se cifra, según las enseñanzas de don Juan, en su fidelidad a los siguientes haceres:

Asumir la vida como reto perpetuo. Cuando un hombre común se hace brujo, en adelante ya nunca más sabrá lo que es la tranquilidad, ni el reposo, ni la vida fácil. No obstante, está en paz, es decir, en buenos términos con el mundo y consigo mismo, pues no exige nada ni espera nada de nadie. Libra una guerra, no contra los hombres ni contra los demás seres que habitan el mundo, sino contra el Poder, que al menor descuido lo puede aniquilar. No corre tras la gloria ni tras el heroísmo o la fama, pues sabe que tales atavíos no son más que logros ilusorios atados a la opinión ajena. El combate que libra es su combate, y nada ni nadie le desviará de su propósito inflexible, cualquiera sea el resultado. Sin embargo, evita caer en la temeridad, pues aunque nada, ni siquiera su propia muerte, tiene importancia alguna, su deber es sobrevivir. Especie de imperativo categórico que lo conmina a estar siempre vigilante, a no permitirse ningún descuido, esto es, a vivir su excitante y peligrosa vida de manera estratégica. Todo él es decisión, todo él es acción. Lo que haga lo realizará de tal modo que cada una de sus actuaciones cuente como si fuera la última de su corto tiempo, de su breve paso por la vida.

Volverse cazador. El arte de cazar, dice don Juan, consiste en dejar muy pocas

cosas al azar. El perfecto cazador tiene completo control de sí y de las circunstancias que lo rodean, pero a la vez completo abandono de sí. Lo que guía al guerrero no es ni su ansiedad por el resultado de la estrategia de caza, ni los planes que llevará a cabo en caso de fracaso, sino su determinación inflexible, independientemente de cuál sea el resultado. Esta determinación es su designio. Control y abandono, la fórmula más adecuada para caminar con éxito por entre la acción y la pasión. El maestro Ch'an Lin Tsi exhorta a sus aprendices a "aguantar firme y soltar". La desconfianza crea el control, la confianza el abandono. Desconfianza hacia el mundo; confianza en sí mismo, ahí está la clave del éxito.

Ser cazador, enseña el indio yaqui, significa que uno conoce mucho, que uno es capaz de ver el mundo de diferentes maneras, que conoce minuciosamente las rutinas y comportamientos de lo que va a cazar. Para cazar con fortuna se requiere sobriedad y equilibrio de espíritu frente a los seres que pueblan el mundo. De lo contrario, dice el viejo, la caza se convierte en depredación, en un acto inútil sin ningún sentido:

"Por ejemplo, hoy agarramos una culebrita. Tuve que pedirle disculpas por quitarle la vida tan de repente, tan definitivamente; hice lo que hice sabiendo que mi propia vida se cortará un día en una forma muy semejante: repentina y definitiva. Así que, a fin de cuentas, nosotros y las culebras estamos parejos. Una de ellas nos alimentó hoy"¹⁸².

Ser inaccesible. Significa que el guerrero toca el mundo circundante con sobriedad. Evita con deliberación cansarse y cansar a los demás, agotarse y agotar al mundo y a la gente. El cazador es sobrio; lo contrario del hombre corriente, glotón, insaciable, sentimental, egoísta y explotador. Ser inaccesible significa no dejar, apenas, rastros de nuestro paso por este mundo. Hemos dejado demasiadas evidencias de nuestro paso por la vida; hemos convertido nuestra hermosa tierra en un muladar. Mucho nos enseñan algunos animales acerca del arte de la sobriedad, esa rara habilidad de diluir con gracia y sutileza la evidencia de nuestras huellas sobre la tierra.

Si cinco perdices cayeron hoy en tu trampa, no te comas las cinco; comes una y sueltas las otras cuatro... Ser inaccesible significa no dañar las plantas por cualquier capricho o por un motivo baladí... Ser inaccesible significa que no usas y exprimes a la gente hasta dejarla en nada, y menos a la gente que amas... Ser inaccesible significa que si en tu trampa caen cinco perdices no obras como el pobre hijo de puta que siente que jamás volverá a comer, y enloquecido de ansia, las devora todas cinco... Ser inaccesible no significa esconderse de la gente ni andarse con secretos.... Un cazador usa su mundo lo menos posible y con ternura, sin importar que lo que del mundo usas sean cosas, plantas, animales, personas o poder. Un cazador tiene trato íntimo con su mundo, y sin embargo es inaccesible para ese mismo mundo¹⁸³.

Perder la importancia personal. Ya sabemos que el guerrero actúa como estratega

en busca de poder, de un poder que le dará el conocimiento. En beneficio de tal propósito, y no por falsa humildad, busca a consciencia perder su enorme, su avasallante sentimiento de importancia personal, el cual es responsable de la mayor parte de las insensateces en nuestro trato con el mundo, con los demás seres vivientes, y hasta con nosotros mismos. El sentirnos importantes nos hace arrogantes, ridículos, pesados, poco fluidos.

Don Juan, por ser indio, detestaba pronunciar la palabra humildad, puesto que los indios no han hecho más que agachar la cabeza. Esa, tal vez, fuera la razón por la cual, años antes, pensara que la humildad nada tenía que ver con el camino del guerrero. Confiesa, sin embargo, que estaba equivocado:

La humildad del guerrero --dice--, no es la humildad del mendigo. El guerrero no baja la cabeza ante nadie, ni tampoco permite que nadie la baje ante él. El mendigo, en cambio, se hinca de rodillas al mínimo gesto, besa el suelo por aquel que considera superior a él, pero al mismo tiempo exige de quien está más bajo que él que bese el suelo en su presencia¹⁸⁴.

Si el mundo es un completo misterio, nosotros, minúsculas briznas de consciencia en el cosmos, no somos más importantes que cualquiera otro de los humanos, ni valemos más que cualquiera otro de los innumerables seres vivos que habitan el

universo. ¿Qué razón habría para pensar lo contrario? En el caso hipotético delirante de que pretendiéramos irnos en el plan de vagabundos cósmicos, viajando no a cuarenta mil kilómetros por hora, ni siquiera a cien mil, sino a la impensable velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo --la velocidad de la luz--, para llegar desde la tierra hasta los más remotos confines siderales detectados hoy de manera cierta por el hombre, tardaríamos unos tres mil quinientos millones de años. Aun pensando en los términos más optimistas, ¿qué significan mis setenta u ochenta posibles años de vida frente a semejante guarismo? Y saber que, en ocasiones, hemos sentido conmiseración por la mariposa que tan sólo vive un día.

Cuando alguien reflexiona sobre estos datos que nos proporciona cualquier manual elemental de astronomía hasta comprender que la vida humana es, apenas, imperceptible y fugaz aliento de consciencia en medio del más apabullante misterio, cesa, entonces, cualquier sentimiento de importancia, y esa patética --por ingenua-- aspiración de autoproclamarnos el centro, no sólo ya de nuestro discretísimo planeta, sino --y lo que es ya el colmo de la candidez-- del universo entero. En este contexto, la frase de don Juan resulta no sólo elocuente, sino certera: "¿Cómo sentirnos tan importantes si sabemos que la muerte nos acecha?". En un mundo donde no hay quién escape de la muerte, ¿quién es más importante que quién? Para don Juan nada es importante, salvo este misterio que nuestra

mente no penetrará jamás. Cuando alguien pierde el sentimiento de importancia deja de tener sentido el cultivo de la historia personal, que no es cosa diferente de nuestra obsesión morbosa por dejar huella de nuestro paso por el mundo, --falta de sobriedad-- la cual, a su vez, creía Unamuno, era hija de nuestra insaciable sed de inmortalidad. Para el acezante y atormentado escritor español de la Generación del '98, quien no tenía mayores esperanzas en la promesa cristiana de la inmortalidad del alma ni en la de la resurrección de la carne de que nos habla el conocido artículo del credo, había dos maneras, aunque melancólicas, la una de alcanzar la inmortalidad y la otra de obtener la resurrección: Si deseas ser inmortal --escribía-- realiza una obra lo suficientemente grande como para que merezcas el recuerdo de la posteridad. De esa manera tu nombre sobrevivirá en la memoria de los hombres después de la tragedia de tu muerte personal. Ese fue el camino por el que, según él, alcanzaron la inmortalidad Cervantes, Shakespeare, Bach, o el Dante, entre no pocos que hoy se sientan en el Olimpo de los que a pesar de haberse muerto, siguen vivos en la memoria de la humanidad. Sólo que, pienso, esa vida también es precaria no tanto por aquello de que nada garantiza que en verdad sea eterna, sino porque es subsidiaria, quiero decir, prestada a su criatura. O, ¿cómo explicar ese enloquecedor misterio de la gran obra de arte, la inquietante ironía de la creación artística, según la cual don Quijote y Sancho, por ejemplo, apenas dos personajes de ficción, resultaron más importantes --en tanto más vivos-- que su mismo autor? ¿Suena a escándalo, tiene visos de irrespeto?

Nada de eso, si somos sinceros. A nosotros, lectores del siglo XX, bien distantes de la atormentada circunstancia vital de don Miguel de Cervantes, más nos interesa la obra que su autor, cuyos huesos están bien enterrados y deshechos desde hace siglos en algún lugar incierto del convento de las monjas trinitarias, ubicado en la calle hoy distinguida --vaya ironía-- con el nombre de su archienemigo, don Lope de Vega y Carpio. Nos interesa ese escritor --y de qué pobre y fragmentaria manera--, no como el ser humano lleno de angustias, agobiado de carencias que se llamó don Miguel de Cervantes, sino en tanto autor de lo que realmente nos apasiona: sus inolvidables don Quijote y Sancho. Viéndolo bien, qué pobre manera ésta de pasar a la inmortalidad. Y lo digo pensando en la cantidad de inexactitudes, cuando no verdaderas sandeces --producto del desinterés que nuestra ignorancia abona--, con las que maestros y alumnos pretendemos cultivar la historia personal, conservar la memoria, mantener prendida la llama de la inmortalidad del autor de la novela hasta hoy más importante de la lengua castellana.

La aspiración a la resurrección de la carne, según la angustiada fórmula de Unamuno, no es menos lánguida que la que nos propuso para alcanzar la inmortalidad: si quieres resucitar, si deseas hacer tu carne perdurable, engendra hijos: ellos son, piensa, la única garantía de la permanencia física de nuestra carne, de la continuidad de nuestra sangre después de nuestra inevitable muerte

personal. Si don Juan hubiera conocido las novelas y ensayos de Unamuno, si hubiera leído sus desgarradoras páginas sobre "El sentimiento trágico de la vida", hubiera comentado, tal vez, que el problema del autor del San Manuel Bueno, Mártir, La tía Tula y otras "novelas" cuya entraña secreta hay que buscarla en su invencible miedo a morir y la consiguiente aniquilación de su yo después de la muerte, no era otro que el querer ser inmortal a fuerza de sentirse importante. Para don Juan, un ser que no se considera importante no se deja arrastrar por la vanidad, ni por la prepotencia, ni por el deseo de fama ni, mucho menos, por la autocompasión. Aquel que no se siente importante, anota el brujo, no puede caer en la desesperación. Sabe, simplemente, que no tiene más que el tiempo de decidir ante su muerte inevitable.

--Te tomas demasiado en serio... Te das demasiada importancia --dijo despacio--. ¡Eso hay que cambiarlo! Te sientes de lo más importante, y eso te da pretexto para molestarte con todo... Sin duda piensas que con eso demuestras tener carácter. ¡Eres débil y arrogante!"¹⁸⁵.

"¿Está usted enojado conmigo, don Juan? --le pregunté cuando volvió. Pareció sorprenderse de mi pregunta.

¡No! ¡Nunca me enojo con nadie! Ningún ser humano puede hacer nada lo bastante importante para enojarme. Uno se enoja con la gente cuando siente que sus actos son importantes. Yo ya no siento eso"¹⁸⁶...

"Un guerrero podrá sufrir daño, pero no ofensa --dijo--. Para un guerrero no hay nada ofensivo en los actos de sus semejantes mientras él mismo esté actuando dentro del ánimo correcto"¹⁸⁷

Borrar la historia personal. Para don Juan, la que llamamos dimensión social de la persona, no es cosa diferente de una historia personal, que tiene la enorme desventaja de hacernos verificables para nuestros semejantes, incluso programables. El ser humano, especialmente el occidental, ha cultivado desde los inicios de la modernidad una obsesiva y muy dañina idolatría de su yo personal -- antropocentrismo lo llamamos por oposición al teocentrismo propio de la cosmovisión medieval-- que nos ha llevado no sólo al cultivo de una personalidad vacía, prepotente, basada en las apariencias, exhibicionista y violenta, sino deletérea, en tanto esencialmente expoliadora de la tierra y muy dañina para la convivencia pacífica. La idea del hombre como centro del mundo y de la historia, cristalizada en los presupuestos del llamado humanismo moderno nos ha llevado, hay que reconocerlo, al borde del precipicio en el que nos encontramos a las puertas del tercer milenio, como individuos y como especie.

Piensa don Juan que es a través del cultivo de nuestra historia personal como satisfacemos nuestra compulsiva necesidad de sentirnos importantes. Hablamos incesantemente a los demás de nosotros mismos porque ambicionamos reconocimiento social. Cuánto somos capaces de ofrecer, hasta dónde podemos llegar para para satisfacer la puerilidad de ser tenidos en cuenta. Nuestra historia personal se renueva con cada explicación que de nuestros actos damos a los

demás. No tengo --afirma el brujo-- ninguna historia personal. La dejé un día cuando sentí que ya no era necesaria... Jamás sabrás a ciencia cierta quién soy ni qué soy... Tu padre conoce todo lo tuyo --dijo--. Así, pues, no hay poder sobre la tierra que lo haga cambiar de parecer acerca de ti. Todos cuantos te conocen tienen una idea acerca de ti y tú alimentas esa idea con lo que haces y dices acerca de ti. De este modo, pues, te ves impelido a renovar tu historia personal. En cambio, si uno no tiene historia personal, no se necesitan explicaciones; nadie se enoja ni se desilusiona con los actos de uno, con las explicaciones de uno. Y sobre todo, nadie lo amarra a uno con sus pensamientos. Hacer preguntas sobre el pasado de uno es un montón de mierda¹⁸⁸.

El guerrero tiene a la muerte como consejera. La sociedad moderna guarda un silencio sospechoso acerca de la muerte. Se la esconde. Hablar sobre ella resulta mal visto, desagradable, de pésimo gusto. La muerte se nos antoja antiestética. Si ya hasta maquillan los muertos para que sus rostros de cera no nos causen tanto espanto. A los comerciantes de la muerte, dueños o administradores de casas funerarias, se les suele escuchar una frase que hace referencia a la calidad de su trabajo, la cual, convertida ya en lugar común, suena a profanación: "el cadáver de don fulano nos quedó bellamente presentado; parece como si estuviera vivo". ¡Qué dramática cercanía entre estar muerto y parecer vivo!

Pretendemos escapar de la muerte ignorándola, excluyéndola de nuestros pensamientos y de nuestra conversación. Los que no maquillan a sus muertos los esconden como si se tratara de huéspedes incómodos de los que hay que salir cuanto antes a fin de que no ofendan nuestros sentidos de la vista y del olfato, para que no nos fastidien con su enojosa presencia.

Para don Juan, la muerte es "nuestra eterna compañera"; la define como una presencia, como una fuerza etérea, "un remolino", que, desde que nacemos siempre nos acompaña, a nuestro lado izquierdo, como a la distancia de un brazo, y que nos espía con infinita paciencia hasta el día en que nos toque¹⁸⁹. La muerte, en opinión del brujo Juan Matus, es todo y es nada, es algo demasiado serio, pero, a la vez, es una ridiculez; todo depende de los ojos con los que se la mire, o con los que se la "vea". Resulta difícil para el maestro de Carlos hablar de la muerte, no porque le tenga miedo, sino porque --dice él--, siempre que nos ponemos a hablar, terminamos enredados en nuestras propias palabras. Sin embargo, en los libros de Castaneda hay una abundante y prolija referencia a la muerte. Está en ellos casi como una presencia sigilosa, como poderoso e imprescindible referente en la formación y en la vida del guerrero.

Distingue don Juan en la muerte de cualquier humano dos etapas. La primera equivale a una especie de oscurecimiento, una etapa en la que el moribundo no

encuentra ningún sentido. Luego, en la segunda, que es la verdadera, la muerte choca contra nosotros con su callada furia, con todo su poder hasta desintegrar nuestras vidas en la nada, hasta que la luz de nuestra consciencia se dirige hasta consumirse en el pico del Águila. La muerte es esa fuerza poderosísima que al penetrar en nosotros por la abertura de la voluntad, nos expande a la manera de un estallido formidable y muy vistoso:

"Pero entra en ti con fuerza incontrolable y te expande; te aplana y te extiende por todo el cielo y la tierra y más allá. Y eres como una niebla de cristales diminutos yéndose, yéndose"¹⁹⁰.

Al contrario de lo que sucede al hombre común, el vidente y los animales "ven" la muerte. Dice don Juan que, por ejemplo, los coyotes "ven" la muerte de sus congéneres y, cuando ello ocurre, evitan frecuentar el lugar donde tal hecho sucedió¹⁹¹.

Cuando Eulalio, hijo de don Juan, murió aplastado por un derrumbe mientras trabajaba como obrero en la carretera panamericana, el viejo fue llamado de urgencia para que se hiciera cargo de la situación. Cuando llegó a su lado, en el sitio del desastre, Eulalio aún daba débiles señales de vida.

"Cuando llegué a la zona de explosivos, casi estaba muerto, pero su cuerpo era tan fuerte que seguía moviéndose y pataleando. Me puse frente a él y les

dije a los muchachos de la cuadrilla que ya no lo acarrearán; me obedecieron y se quedaron allí parados alrededor de mi hijo, mirando su cuerpo maltrecho. Yo también me quedé allí parado, pero sin mirar. Cambié mis ojos para ver cómo su vida personal se deshacía, se extendía incontrolable más allá de sus límites, como una neblina de cristales, porque así es como la vida y la muerte se mezclan y se expanden. Eso fue lo que hice en la hora de la muerte de mi hijo. Eso es todo lo que uno podría hacer... Si lo hubiera mirado, lo hubiera visto quedarse quieto y habría sentido un grito por dentro, porque ya nunca más miraría su hermosa figura caminando por la tierra. En lugar de eso vi su muerte, y no hubo tristeza ni sentimiento. Su muerte era igual a todo lo demás"¹⁹².

El guerrero muere en un sitio especial, en el sitio de su última danza, a no ser que por haber llegado a la tercera atención, escape al toque inexorable de la muerte y alcance, por ese medio, la libertad. Privilegio este de los pocos guerreros que han logrado acumular el poder suficiente para convertirse en hombres de conocimiento. Así que, el brujo que no llega hasta allá, deberá morir en el sitio de su predilección, un sitio donde eventos poderosos dejaron su huella, donde él presenció maravillas y donde se le revelaron muchos secretos.

Y cuando el último día de su vida haya llegado para él, dice don Juan, y sienta el toque de la muerte sobre su hombro izquierdo, el guerrero vuelve al sitio de su predilección para bailar ante la muerte su última danza:

"Morir es algo monumental. Es algo mucho más que estirar la pata y ponerse tieso". ..."El sol poniente brillará sobre ti sin quemar, como lo hizo hoy. El viento será suave y dulce y tu cerro temblará. Al llegar al final de tu danza mirarás el sol, porque nunca más volverás a verlo ni despierto ni soñando, y entonces tu muerte apuntará hacia el sur. hacia la inmensidad"¹⁹³.

Desde que un hombre común se hace aprendiz y, más tarde, se convierte en brujo, debe tener a la muerte ante sus ojos y jamás perderla de vista, pues sólo la consciencia de su muerte inminente temple su espíritu, le da la fluidez y el desapego necesarios para comportarse como guerrero, le quita la carga enojosa de su importancia personal y le enseña a actuar de tal manera que cualquier acción, por pequeña e insignificante que sea, la asume con el cuidado y la responsabilidad de quien es consciente de que bien puede ser el último acto de su vida.

"Un hombre que sigue los caminos de la brujería se enfrenta en cada recodo con la aniquilación inminente. Sin la consciencia de la muerte no sería más que un hombre común envuelto en actos comunes. Carecería de la potencia necesaria, de la concentración necesaria para transformar en poder mágico nuestro tiempo ordinario sobre la tierra"¹⁹⁴.

Don Juan aconseja a Carlos que cuando esté impaciente, cuando sienta los aguijonazos de su importancia personal, se dé media vuelta hacia la izquierda y pida consejo a su muerte. Le asegura que la mezquindad humana queda en nada con sólo que la muerte le haga un guiño, o alcance a echarle un vistazo, o

simplemente con que tenga la sensación de que está allí vigilándolo: "Uno de los dos tiene que pedir consejo a la muerte y dejar la pinche mezquindad de los hombres que viven sus vidas como si la muerte nunca los fuera a tocar"¹⁹⁵.

Hacerse responsable. Cuando un ser humano toma una decisión, debe ir con ella hasta las últimas consecuencias, esto es, debe aceptar responsabilidad de sus actos y seguir hasta el fin, sin dudas, remordimientos ni quejas. Piensa don Juan que cuando el hombre se siente inmortal, entiende que sus decisiones pueden ponerse en duda, cancelarse o lamentarse así no más. Un guerrero, en cambio, sabe que si la muerte lo acecha, no hay tiempo para lamentos, para dudas ni para volverse atrás; sólo hay tiempo para decisiones. Hacerse responsable de las decisiones, afirma don Juan, significa que se está dispuesto incluso a poner la vida en juego por ellas. No hay decisiones importantes y menos importantes, puesto que para un hombre que "ve", nada podría ser más o menos serio que otra cosa. Sólo hay decisiones que hacemos en presencia de nuestra muerte inevitable¹⁹⁶.

Romper con las rutinas de la vida. El arte del buen cazador, según don Juan, consiste ante todo en conocer las rutinas de su presa. Mucha gente piensa que ser buen cazador consiste simplemente en atrapar animales. Se equivocan. Para el acechador Juan Matus un cazador digno de su oficio no atrapa animales porque

pone trampas, sino porque él mismo carece de rutinas, porque es impredecible, no programable. Ahí está su ventaja. El cazador eficaz no es como los animales que persigue, amarrados a rutinas pesadas y a caprichos previsibles. El cazador guerrero es libre, fluido, indescifrable¹⁹⁷.

El hombre común, aún en el plan de cazador, afirma el viejo, se comporta de la misma manera que la presa que persigue. Esa debilidad lo convierte, a su vez, en presa de otro cazador. Un cazador que conoce todo esto, toma la determinación de dejar de ser él mismo presa para otro, se aplica a conocer minuciosamente los hábitos de su presa y no perderá nunca de vista que en esta tierra hay poderes que guían a los hombres, a los animales y a todo cuanto existe¹⁹⁸.

Para un brujo yaqui, ser responsable significa saberse en un mundo extraño, en una realidad misteriosa. Para el hombre común la extrañeza del mundo quiere decir estar enemistado con el mundo o estar aburrido con él.

"...mi interés ha sido convencerte de que debes hacerte responsable por estar aquí, en este maravilloso mundo, en este maravilloso desierto, en este maravilloso tiempo. Quise convencerte de que debes aprender a hacer que cada acto cuente, pues vas a estar aquí sólo un rato corto, de hecho, muy corto para presenciar todas las maravillas que existen"¹⁹⁹.

El no hacer. Dentro de la cosmovisión de la brujería yaqui, el no-hacer es el acto

no acto por excelencia del vidente, quien debido a la naturaleza intrínseca de su conocimiento es, por necesidad, lo mismo que el poeta, un ser escindido de la sociedad, al menos tal como la concebimos. Con su no-hacer el hombre de conocimiento niega el hacer con el que el hombre común crea y mantiene la percepción y descripción de su propio mundo. El no-hacer es el comportamiento propio del que sólo puede ser testigo mudo de lo que ni siquiera se puede nombrar, de aquello de lo cual es radicalmente imposible hablar con palabras humanas, de ese inabarcable vacío lleno de que nos hablan los místicos, filósofos y poetas orientales. El hacer es el comportamiento propio del hombre ordinario mediante el cual crea y mantiene vigente la percepción y entendimiento de su propia realidad sin que ella se le derrumbe. Nuestra llamada vida social se articula, casi sin excepción, a partir de una serie de ideas comunes acerca de lo que otros creen y creemos, de lo que nos han dicho y nos decimos es nuestro mundo. Ideas comunes, juicios de valor comunes, actitudes, costumbres y comportamientos comunes que, por desgracia y casi sin escapatoria, nos impiden un conocimiento adecuado y certero de la realidad profunda, obnubilan el "ver" que trasciende el mundo apariencial dentro del que nos movemos e impide despejar las densas nieblas de la ignorancia acerca de nosotros mismos y de los demás. La razón de esta nuestra desarticulación cognoscitiva con la realidad profunda --falta de sintonía íntima con el universo-- obedece a que nuestra llamada vida social tiene como razón de ser el acuerdo, la no transgresión de lo que comúnmente se

acepta como real, verdadero y correcto a partir de la percepción de nuestros sentidos, de la elucidación de nuestra mente, del ajuste de nuestra afectividad, de la direccionalidad de nuestras actitudes y comportamientos hacia lo que esa sociedad cree es la verdad en el seno de una cultura determinada. Sintonía con la opinión ajena, no con la realidad primordial es lo que explica nuestra ceguera, nuestra incapacidad para "ver". Nuestra torpeza "visual" es tan sólo producto de lo que nos han enseñado desde pequeños a través del diálogo que insistentemente mantenemos con nosotros mismos y con los demás acerca de lo que percibimos, sentimos y entendemos como nuestro propio mundo.

De ahí que para ser vidente, para ser hombre de conocimiento se necesita, a manera de requisito previo, transgredir y volver pedazos ese mecanismo social de creación y mantenimiento de nuestro propio mundo, que es a lo que don Juan llama "parar el mundo", "detener nuestro diálogo interior", dejar de hacer, es decir, "no-hacer".

Parar el mundo se realiza por medio del no-hacer y significa dejar de fabricarlo a través de nuestro diálogo interno, de nuestra parlanchinería cotidiana. Cuando, luego de un penoso y prolijo entrenamiento, somos capaces del silencio radical con nosotros mismos, ponemos en su sitio --no destruimos-- el imperio de nuestros sentidos, metemos en cintura --no aniquilamos-- el monopolio de nuestra razón,

derribamos nuestra tradicional noción de verdad como criterio supremo para medir la realidad de todas las cosas, porque cuando el hombre de conocimiento es capaz de "ver", sabe que, en definitiva, nada reposa en nada. Ante la rotunda revelación de esa especie de impronunciable negrura llena de luz, el guerrero comprende y acepta sin sentimentalismos, sin lamentaciones inútiles, sin autocompasión, que nada, absolutamente nada, ni siquiera él mismo, es importante.

En esta perspectiva, si el hacer es un acto interesado, esencialmente utilitario, en tanto nos proporciona un claro sentimiento de seguridad con respecto a lo que creemos es el mundo, el no-hacer es un no acto desinteresado, ejecutado sin deseo, por cuanto está al margen de toda necesidad.

Don Juan anuncia a Carlos que va a hablarle de algo que es a la vez muy sencillo pero muy difícil de ejecutar. Se trata, como puede suponerse, del no-hacer. Advierte el viejo que va a hablar del no-hacer, aunque en rigor no hay palabras humanas para describirlo, mucho menos para llegar a una definición racional. Las palabras, y ya que por desgracia en este caso no existe otro camino, serán un mero intento de aproximación, un dramático balbucir por medio del lenguaje, de aquello que escapa por naturaleza a toda conceptualización, a toda verbalización. Para don Juan, el no-hacer no es asunto de entender, menos de hablar, puesto que es el cuerpo quien lo ejecuta²⁰⁰.

Y a falta de definiciones, el viejo indio enumera varios ejemplos: Esa roca que está allí es una roca a causa del hacer, de nuestro hacer... Hacer es lo que hace esa roca una roca y esa mata una mata. Hacer es lo que te hace ser tú, y a mí ser yo... Esa roca es una roca a causa de todas las cosas que tú sabes hacerle --dijo--. Yo llamo a eso hacer. Un hombre de conocimiento sabe, por ejemplo, que la roca sólo es una roca a causa del hacer, y si no quiere que la roca sea una roca, lo único que tiene que hacer es no-hacer. Cuenta Castaneda que mientras don Juan hablaba, él pensaba que sus palabras no eran más que un galimatías sin sentido. Viéndole la cara de desconcierto, el brujo se echó a reír, se rascó las sienes como si estuviera en serios aprietos e hizo un nuevo intento para hacerse entender.

El mundo es el mundo porque tú conoces el hacer implicado en hacerlo así --dijo-- Si no conocieras su hacer, para ti el mundo sería diferente... Un guerrero trata siempre de afectar la fuerza de hacer, cambiándola en no hacer. Hacer sería dejar esa piedra por ahí tirada, porque no es más que una piedrita. No hacer sería tratarla como si fuera mucho más que una simple piedrita... Si tuvieras poder personal, no-hacer sería convertir esa piedrita en un objeto de poder. Ver, que es por supuesto la hazaña final de un hombre de conocimiento, se logra cuando uno ha parado el mundo a través de la técnica de no-hacer²⁰¹.

III

LOS CRITICOS FRENTE AL "CASO CASTANEDA"

UNA VIEJA DISPUTA QUE APENAS EMPIEZA

No es difícil entender que en las postrimerías del siglo XX, a escasos dos años del tercer milenio, donde todavía hay mucha gente de ciencia y humanistas con las ideas de la física del siglo XIX, --en esencia las mismas de Newton--, con una concepción de la fisiología de la percepción humana --de la del cerebro en particular-- francamente anacrónica, y con presupuestos epistemológicos que aún hacen honor al más cerrero y cándido racionalismo, herencia de más de veinticinco siglos de tradición filosófica europea, la crítica se haya polarizado con cierto grado de virulencia frente a los libros de Carlos Castaneda.

Hasta donde me alcanzan las luces, entiendo que la experiencia y pensamiento del citado autor, condensados en los nueve libros que por algo más de dos décadas ha escrito, y de los cuales nos hemos ocupado a lo largo de este ensayo, siguen teniendo sugestiva actualidad, gracias a su pertinencia con respecto a los grandes temas de discusión que se ventilan en este ocaso del siglo en materia de física, de neurobiología, de epistemología, de antropología, de mirada más atenta y respetuosa hacia el pensamiento de oriente, temas que, en general corresponden a una nueva sensibilidad, a una manera diferente, aunque de ninguna manera original, de abordar las relaciones del hombre con el universo y viceversa.

En efecto, esta nueva sensibilidad finisecular para tratar de captar el sentido del universo --si es que acaso tiene alguno--, para determinar el sitio y el papel del hombre sobre la tierra, como parte de un organismo inabarcable e increíblemente complejo, aunque enriquecida con los hallazgos de la novísima ciencia contemporánea, en modo alguno constituye un descubrimiento, sino que más bien corresponde al hallazgo de un tesoro enterrado: en su conjunto, nuestros indios ya eran dueños de esa sensibilidad y poseían sobre esas materias una sabiduría ancestral, además de encontrarse la esencia de todo este conocimiento en la entraña profunda de antiquísimas sabidurías del oriente.

Me atrae de la obra de Castaneda su profundidad, su capacidad para sacudir espíritus satisfechos y adormecidos por esa creencia --de una ingenuidad patética-- según la cual la incógnita del mundo va por buen camino de resolverse, gracias a los mecanismos, recursos, métodos, alcances y hallazgos de la ciencia positiva. Una obra así, todavía exótica para la sensibilidad intelectual de occidente --insensibilidad sería mejor llamarla-- no puede menos que despertar conmoción, escándalo y aguda polémica.

No es fácil, por supuesto, abordar de manera exhaustiva tan complejo y vasto problema dentro de los estrechos límites de un trabajo de esta naturaleza. Ello equivaldría a reexaminar desde sus mismos cimientos y, ensayando caminos

diferentes del puramente racionalista --no sea que nos llevemos un nuevo fiasco-- toda la historia de nuestra cultura, dentro de la que hay que incluir la epistemología, los presupuestos de nuestra lógica, la totalidad de nuestra teoría del conocimiento, la herencia que hemos recibido de los filósofos, científicos y religiosos en materia de cosmología, teodicea y teología, metafísica y ontología, ética, fisiología, física, astronomía, biología, psicología, etc., para confrontarlos, por ejemplo, con los que a su manera ya tenían nuestros aborígenes.

A lo anterior hay que añadir otro problema no menos difícil: ¿Desde qué parámetros epistemológicos haríamos esta confrontación, desde los nuestros o desde los de ellos? ¿O a partir de algún punto común que facilite el diálogo entre ambas cosmovisiones? Porque si persistimos en el intento de mirar al otro a través de nuestras propias lentes culturales, mucho me temo que continuemos en lo que siempre hemos hecho: en un monólogo prepotente y estéril a través del cual, más que la voluntad de entender al otro, evidenciamos la determinación de cambiarlo, de hacerlo a la medida de nosotros mismos.

Ante reto de tan vastos alcances, que bien daría tema para otro libro, no me queda camino diferente del de delinear a lo largo de esta tercera y última parte del ensayo el panorama de la polémica que "el caso Castaneda" ha generado en occidente, y en la que han intervenido respetables críticos y estudiosos del

problema, ya en favor, ya en contra.

Trataré de mostrar las razones de ambas partes de la manera más ajustada a sus fuentes y contextos, al margen de todo apasionamiento, a fin de que cada quien pueda formarse su propio juicio, aunque debo advertir --si es que el lector ya no lo ha hecho-- que la lectura, estudio, análisis y reflexión de tantos años sobre la obra de Carlos Castaneda han dejado en mí marcas evidentes, las cuales, por lo demás, de ninguna manera estoy interesado en ocultar.

Sin embargo, esta toma de posición de mi parte con relación a la obra de Castaneda y frente a sus críticos debe recibirse con beneficio de inventario: mi personal punto de vista es uno más entre tantos, sometido a la provisionalidad de todo conocimiento humano, plagado de dudas y de interrogantes, pese a lo cual considero ético, además de gratificante, compartirlo con quien lea estas páginas, sin que ello signifique --ni más faltaba-- propósito alguno de imponer mi punto de vista personal, ni de forzar la aceptación de nadie.

Tal vez, en últimas, el deseo de comunicar mi experiencia de lector de esos libros sea lo que me mueva a dar término a este ensayo, pues debo confesar que casi al final del trabajo que me robó cinco intensos años de mi vida, terminando ya la segunda parte, tuve, si no la claridad completa, al menos la inquietante sospecha

de que, tal vez, lo mejor era no escribirlo. ¿Para qué, pensé entonces, ponernos a hablar de lo que, en definitiva, no se puede hablar? ¿Qué sentido tendría --la advertencia es de don Juan-- escribir tantas páginas que, a lo mejor, sólo nos servirían para enredarnos con las palabras y seguir en la misma indigencia humana que nos corroe por dentro?

La sospecha que aún no me deja en paz la exacerbó la pregunta de un chamán del Putumayo a quien, cierto día encontré deambulando por alguna calle de Neiva y a quien, con talante satisfecho, expliqué el contenido de algunos de los folios del borrador de este ensayo que por coincidencia llevaba conmigo en ese momento: "¿Usted ya ha tenido experiencias con eso que dice le pasó al autor de esos libros?" Ante mi respuesta negativa, el indio volvió a preguntar no sin socarronería: "¿Y, entonces, para qué escribe tanta mierda?" El recuerdo de una frase de don Juan, a propósito de lo que él llama "la explicación de los brujos", evitó que, ido el chamán huitoto, volviera pedazos mi manuscrito: ante la pregunta de Carlos en el sentido de si en realidad existe tal explicación, el viejo respondió: "Claro. Los brujos son hombres. Somos criaturas del pensamiento. Buscamos aclaraciones"²⁰².

De manera, pues, que a pesar del tatuaje que esos libros han dejado en mi espíritu, haciendo de lado mis íntimas convicciones personales sobre lo que se

cuenta y afirma en esas páginas, sé que no debo jugar las cartas por debajo de la mesa a la hora de terciar en esta polémica, simplemente porque intuyo que nada hay para defender; me temo que toda defensa puramente teórica e intelectual -- al margen de la experiencia vital-- de esa extrañísima vivencia que supone un tipo de conocimiento imposible de reducir a palabras, resulta inútil porque, a pesar de ella y, en tanto no sea capaz de modificar de manera significativa las actitudes, valores y la conducta del hombre con respecto a la naturaleza, a sus semejantes y a él mismo, las cosas seguirán lo mismo o, quizás, peor de lo que están. Así pues, independientemente de que unos u otros eventualmente puedan tener la razón, estamos, por lo visto, en un callejón sin salida.

Comparto con el poeta Álvaro Mutis esa sensación de buscar inútilmente la puerta de salida dentro de un túnel ciego: "No tengo ninguna ilusión, ni creo que el hombre tenga remedio, ni creo que haya ideología que salve al hombre de su propia miseria... Vemos al mundo poblado de una serie de guerras imbéciles. ¿Qué sentido tiene la guerra que se lleva a cabo en la antigua Yugoslavia, en Bosnia, en Sarajevo? Ninguna ideología puede salvar a la humanidad, ya que todas comienzan siendo generosas y terminan siendo policía, burocracia, prisión y tortura"²⁰³. Mientras escribo estas páginas, o usted las lee, están muriendo de manera violenta y bárbara miles de seres humanos en el mundo, altísimo porcentaje de los cuales corresponden a nuestro muy cristiano país; se están deforestando miles de

hectáreas de bosques primarios en el planeta y desaparecen para siempre centenares de especies vegetales y animales, sin que nadie haga algo para remediarlo. Ante la sombra ominosa de tan colosal fracaso humano, ¿será demasiado importante nuestra muy intelectual discusión? Tal vez no. De todas maneras, y a contrapelo de tan melancólica certidumbre, sigamos adelante.

En la necesidad de sintetizar de manera razonable el de por sí complejo y amplio estado de la cuestión, sin que por ello caigamos en la simplificación que convierta tan sugestivo problema en fósil sin vida, en descarnado esquema, trataremos de ilustrar el estado de la discusión apelando al viejo truco de exhibir a los contendientes y sus armas: los que atacan a Castaneda y sus razones; los que lo defienden y sus argumentos. Como portavoz y abanderado de los primeros, y para hacer menos prolijo el asunto, he escogido a Marvin Harris cuyo encarnizado e implacable ataque a la obra de Castaneda sintetiza, a mi juicio, los tópicos fundamentales que esgrimen casi todos sus detractores. De cuando en cuando meteré mano en el pugilato, a fin de terciar en tan jugoso asunto, con la esperanza de que, en últimas, sea el lector el árbitro.

Los malquerientes de Castaneda, hablando en términos generales, están del lado de los que piensan que la razón y la ciencia son los únicos caminos fiables y valederos para abordar el conocimiento de la realidad. Debo advertir, sin embargo, que dentro de este grupo de críticos hay que distinguir la existencia de matices y

posiciones ancilares, las cuales, en un trabajo de estas características, se hacen casi imposibles de tener en cuenta.

En consecuencia, como ya anuncié, el vocero más destacado de esta tendencia "científica", adversa a la obra de Castaneda, se llama Marvin Harris con su obra CULTURAL MATERIALISM, traducido al español. Dedicó el señor Harris un capítulo entero de su libro a examinar la obra de Castaneda a la luz de lo que él concibe como materialismo cultural. Empieza hablándonos de lo que llama "el oscurantismo" como "una estrategia de investigación que cifra su objetivo en malograr la posibilidad de alcanzar una ciencia de la vida social humana"²⁰⁴.

Nos dice que los partidarios del "oscurantismo" son los que niegan la aplicabilidad de los principios de la investigación científica, las posibilidades del método científico, al estudio de los fenómenos socioculturales.²⁰⁵

Para Harris, sin embargo, no todas las estrategias de investigación científicas son forzosamente oscurantistas. Reconoce que existen áreas de la experiencia inasequibles a la investigación científica. Según este criterio, el conocimiento extático de los místicos, las visiones y alucinaciones de drogadictos y esquizofrénicos, las intuiciones estéticas de artistas, poetas y músicos no son oscurantistas por el mero hecho de no basarse en los principios de la investigación

científica, sino a partir del momento en que los conocimientos obtenidos por medios no científicos y acerca de campos susceptibles de investigación científica, se emplean deliberadamente para poner en entredicho la autenticidad del conocimiento científico. En otras palabras, en opinión de Harris, para que una estrategia de investigación pueda ser calificada de "oscurantista", debe ser, no tanto acientífica como anticientífica.

Todo lo anterior sirve al señor Harris como telón de fondo para decirnos, casi que a renglón seguido, que "el oscurantismo es un elemento importante de la dimensión emic de la astrología, la brujería, el mesianismo, el hippismo, el fundamentalismo, los cultos de la personalidad, el nacionalismo, el etnocentrismo y muchas otras modalidades de pensamiento contemporáneas que exaltan el conocimiento adquirido a través de la inspiración, la revelación, la intuición, la fe o la magia por encima del conseguido con arreglo a los principios científicos"²⁰⁶.

Además de que el señor Harris de manera indebida mete en el mismo saco fenómenos tan disímiles como el hippismo, el nacionalismo o la brujería, no tiene reato alguno para afirmar más adelante que la fuente fundamental del "oscurantismo" contemporáneo hay que buscarla en la Fenomenología, de Edmund Husserl, cuyo intento de trazar una frontera bien definida entre ciencias físicas y sociales, quiero decir, entre ciencias naturales y ciencias de la cultura constituye,

según Harris, el lamentable pretexto para la aparición de nuevos oscurantistas²⁰⁷.

Desde principios del siglo --continúa el autor de *Materialismo Cultural*--, "la antropología ya había caído bajo la influencia del movimiento neokantiano. Generaciones enteras de investigadores de campo boasianos aceptaron la demarcación fenomenológica de las ciencias humanas, entendiendo que su misión principal consistía en descubrir cómo piensan los nativos". Y más adelante: "Combinando su adhesión a la 'vivencia' con un ataque al positivismo, los fenomenólogos rechazan la posibilidad de separar a los observadores de los observados... Es más, el observador participante no puede descubrir jamás la verdad de su vivencia, como no sea en el consenso acerca de las cosas existentes que se da en la comunidad en la que participa. Las verdades son siempre relativas y sociales"²⁰⁸.

Para el fenomenólogo David Silverman, "la verdad no es nunca una característica de las sensaciones de un individuo aislado; se reconoce siempre en el conocimiento ostentado por miembros de comunidades. Las verdades se reconocen siempre con el sistema de inteligibilidad de una comunidad. Se dan siempre para y dentro de una comunidad..."²⁰⁹.

El anterior planteamiento de Silverman parece a Harris dar la impresión de ser

bastante razonable y aparentemente inocuo. Acepta como indudable que las verdades se establecen conforme a las reglas de confiabilidad y significación especificadas por la sociedad. Inclusive está de acuerdo con Silverman en que la propia ciencia no es cosa diferente del "sistema de inteligibilidad de la comunidad". Pese a estos acuerdos, Harris ve en lo que él llama "estrategia fenomenológica", implicaciones profundamente oscurantistas, pues si bien --dice él-- hay que admitir que la verdad científica es producto social, no es cierto que el corpus de teorías científicas difiera necesariamente según las culturas²¹⁰, lo cual implicaría que la tarea de la ciencia se reduciría a no más que penetrar en los códigos, símbolos y significados de cada cultura con el fin de darles una explicación sociológica.

Una vez que Harris ha preparado el terreno mediante el recurso de poner en duda la validez y confiabilidad de las investigaciones de las ciencias sociales bajo la orientación de la fenomenología de Husserl y de su discípulo y divulgador Alfred Schutz, enfila baterías contra la que él llama "investigación antropológica de Castaneda" por considerarla heredera de ese enfoque epistemológico. Se refiere a las obras de Castaneda en los siguientes términos:

"Los populares libros de Carlos Castaneda sobre su pretendida experiencia personal con don Juan, un chamán yaqui, son un claro ejemplo de las consecuencias oscurantistas de la fenomenología. Castaneda estudió en la Universidad de California en

Los Ángeles (UCLA) bajo la tutela del etnometodólogo Harold Garfinkel, discípulo a su vez de Alfred Schutz, ... que fue miembro del tribunal calificador de la tesis doctoral de Castaneda en la mencionada universidad, ha alcanzado cierta notoriedad por sus experimentos, ideados para demostrar que la esencia de la realidad social se compone de significados convencionales asignados a actividades cotidianas mediante un consenso comunitario... Castaneda decidió realizar un trabajo de campo que le permitiera sumergirse en los símbolos y significados convencionales de un tipo de vivencia radicalmente distinto del que proporciona la realidad social occidental. Los indios yaqui le proporcionaron el contexto exótico apropiado para estudiar la 'realidad aparte' de la otra cultura, tanto más cuanto escogió el aspecto más exótico de esta cultura para tratar de penetrar y participar en él: las actividades y pensamientos de la comunidad de hechiceros y chamanes yaqui. Hasta cierto punto, por tanto, el viaje fenomenológico de Castaneda reúne todas las características del típico estudio idealista cultural de la superestructura mental... El carácter oscurantista del enfoque de Castaneda se deriva de su presentación de la realidad emic asociada con la conciencia chamánica como un reto a la legitimidad de los principios epistemológicos sobre los que se basa la ciencia. Informa nuestro autor que los chamanes yaqui creen poder volar, transformarse en animales, matar a un adversario por medio de hechizos, y ver a través de objetos opacos. Nada de esto supone una gran novedad. Han sido muchos los antropólogos que han suministrado vívidas descripciones de este tipo de proezas chamánicas sin convertirse por ello en celebridades nacionales o ser acusados de oscurantismo. La descripción de Castaneda se diferencia de las demás en que está escrita desde "adentro", permitiendo adrede que la dimensión emic y sus propias sensaciones subjetivas dominen la narración. Pretende con este recurso hacer participar al lector en el sistema de inteligibilidad del chamán y demostrar que la realidad es hija del consenso social. Si se nos puede persuadir de que participamos en el

consenso chamánico, acabaremos creyendo que los chamanes saben volar". ...

"No se puede criticar a Castaneda por su lograda presentación de la realidad diferente que brinda el consenso chamánico. Por desgracia, sin embargo, su tentativa de aproximación a la dimensión emic de este mundo va encadenada a un malicioso intento por mistificar lo que sucedió mientras cultivaba la conciencia chamánica. De hecho es tan poco lo que se dice en sus libros sobre la faceta etic de sus experiencias --o sea, acerca del quién, qué, cuando y donde-- que hay razones de peso para poner en duda la propia existencia de don Juan, dudas que Castaneda nunca se ha tomado la molestia de disipar".

...

"las contradicciones internas en las cronologías de los primeros y últimos volúmenes, la ausencia de un vocabulario y aquí, el estrecho paralelismo entre las experiencias visionarias de Castaneda y las recogidas en otras obras sobre chamanismo, los testimonios de amigos, colegas y ex esposa, así como su incapacidad para defenderse contra la acusación de haber engañado al tribunal de su tesis doctoral en la UCLA, hacen harto improbable que fuera alguna vez aprendiz de un tal don Juan. No quiere decir esto que su conocimiento del chamanismo fuera deficiente en un sentido más general, ni tampoco que sus vívidas descripciones de la conciencia chamánica carezcan de algún valor rescatable. Castaneda posee, probablemente, un conocimiento de primera mano, y no sólo literario, de las prácticas chamánicas, y ha conseguido transmitirlo con singular eficacia. El único problema estriba en que, sin el contexto etic, no sabemos a quién pertenece el sistema de inteligibilidad plasmado en su obra. No podemos descartar la posibilidad de que alguna vez entrevistase a algún chamán yaqui y de que la autenticidad aparente de sus experiencias se derive enteramente de sus propias dotes chamánicas y de su talento literario y capacidad imaginativa"²¹¹.

Resulta pertinente --además de interesante-- responder varias de las acusaciones de Harris, aclarando algunas cosas y precisando otras. Podríamos concederle la razón al agudo crítico en el supuesto caso de que los libros de Castaneda fueran tan sólo un informe de investigación antropológica. No es así. Su escritura va más allá; es otra cosa. Si bien Castaneda empezó a escribir con el propósito de concretar una investigación científica que le permitiera graduarse como antropólogo de la Universidad de Los Ángeles, una vez involucrado por don Juan en la experiencia aterradora de convertirlo en aprendiz de brujo, la investigación como tal, quiero decir, entendida como ejercicio académico e intelectual, dejó de interesarle, y su escritura, como dice Octavio Paz --y lo reconoce el propio Castaneda-- se transformó en la historia de una conversión, en la narración de su propia autobiografía.

En este sentido, en su prólogo a EL DON DEL AGUILA, Castaneda no puede ser más explícito:

"A pesar de que soy antropólogo, esta no es, estrictamente, una obra de antropología; sin embargo tiene sus raíces en la antropología cultural, puesto que se inició hace años como una investigación de campo en esta disciplina. En aquella época yo estaba interesado en estudiar los usos las plantas medicinales entre los indios del suroeste de los Estados Unidos y del norte de México. Mi investigación, con los años, se transformó en algo más como consecuencia de su propio impulso y de mi propio crecimiento. ... el responsable de este cambio de enfoque en mi

trabajo fue un indio yaqui del norte de México, don Juan Matus, quien más tarde me presentó a don Genaro Flores, un indio mazateco del México central. Los dos eran adeptos practicantes de un antiquísimo conocimiento, que en nuestros días se le llama, comúnmente, brujería y que se considera una forma primitiva de ciencia médica y psicológica, siendo en realidad una tradición de practicantes insólitamente disciplinados y de prácticas insólitamente sofisticadas. Los dos hombres se convirtieron en mis maestros más que en mis informantes, pero yo aun así persistía, de una manera desordenada, en considerar mi tarea como un trabajo antropológico; pasé años tratando de deducir la matriz cultural de ese sistema; perfeccionando una taxonomía, un patrón clasificatorio, una hipótesis de su origen y diseminación. Todos resultaron esfuerzos vanos ante el hecho de que las apremiantes fuerzas internas de ese sistema descarrilaron mi búsqueda intelectual y me convirtieron en su participante. Bajo la influencia de estos dos hombres poderosos mi obra se ha transformado en una autobiografía, en el sentido de que me he visto forzado, a partir del momento en que me volví participante, informar lo que me ocurre. Se trata de una autobiografía peculiar porque yo no estoy tratando con lo que me sucede como hombre común y corriente, ni tampoco con los estados subjetivos que experimento durante mi vida cotidiana. Más bien, he informado sobre los eventos que se despliegan en mi vida, como resultado directo de la adopción que hice de un conjunto de ideas y de procedimientos ajenos a mí. En otras palabras, el sistema de creencias que yo quería estudiar me ha devorado, y para proseguir con mi escrutinio tengo que pagar un extraordinario tributo diario: mi vida como hombre de este mundo. Debido a estas circunstancias, ahora me enfrento al problema especial de tener que explicar lo que estoy haciendo. Me encuentro muy lejos de mi punto de origen como hombre occidental común y corriente o como antropólogo y antes que nada debo reiterar que este no es un libro de ficción. Lo que escribo es extraño a nosotros; por eso, parece irreal".

...

"consecuentemente me encuentro en una posición difícil; todo lo que puedo hacer bajo las circunstancias es presentar lo que me sucede a mí, tal como ocurrió. No puedo dar otras garantías de mi buena fe, salvo afirmar que no vivo una vida dual y que me he comprometido a seguir los principios del sistema de don Juan en mi existencia cotidiana"²¹².

En cuanto a la faceta etic de la que habla Harris, ésta escasamente si aparece en los libros de Castaneda, debido a que, sencillamente, no interesa para nada a su autor, en tanto, ya lo sabemos, todo eso hace parte de la que don Juan llama "historia personal". Esa y no otra es la razón por la cual sepamos tan poco del "quién", "donde", y "cuando" de sus experiencia. No siendo la obra de Castaneda, como ya dije, una investigación antropológica en el sentido "científico" tradicional del término, tampoco interesa a su autor reproducir el vocabulario yaqui que tanto echa de menos Marvin Harris; los diálogos que leemos en sus libros no son reproducciones textuales de lo conversado entre los protagonistas de los eventos allí narrados, sino reconstrucciones elaboradas con el estilo propio del escritor, a partir del voluminoso corpus de sus notas de campo. No hay que olvidar tampoco que Castaneda, en atención a lo que en el contexto de las enseñanzas de don Juan significa el cultivo de la historia personal, se cuida muy bien de preservar la intimidad de los actores que tuvieron que ver con su experiencia, mediante el recurso de mencionarlos por medio de seudónimos.

No todos los críticos y analistas de la obra de Castaneda comparten los puntos de vista de Marvin Harris. En la comunidad internacional de filósofos, científicos, antropólogos y hombres de letras, Castaneda tiene también sus admiradores y defensores, entre los que deseo mencionar a Paul Feyerabend, Harold Garfinkel, David Silverman, Bernard Duban, Michel Marguerie, Luis Racionero, Octavio Paz y hasta el sacerdote católico francés Maurice Cocagnac.

En 1976, Luis Racionero resultó finalista de un concurso internacional de ensayo, denominado V PREMIO ANAGRAMA DE ENSAYO, con su trabajo FILOSOFIAS DEL UNDERGROUND, y en donde, entre otros, oficiaron como jurados Luis Goytisolo y Mario Vargas Llosa. Reseñaré algunos de los aspectos más significativos de su importante trabajo.

Los libros de Castaneda presentan una forma de conocimiento alternativa; es irracional, pero perfectamente coherente y estructurada; es alógica, pero de una sabiduría a menudo impresionante. Es la filosofía del animismo, de la tradición chamánica ancestral. El conocimiento y manipulación de las fuerzas elementales de los seres vivos e inanimados"... La sabiduría de don Juan resulta tan fascinante y absolutamente coherente que Castaneda, tras enconada resistencia depone sus barreras racionalistas y acaba por convertirse en conejo de indias de su propio experimento. Aparte de que los libros están muy bien escritos, su enorme difusión se ha debido a que representan una situación arquetípica del pensamiento occidental contemporáneo. El positivismo racionalista que es el método de conocimiento usado en las ciencias naturales y sociales, comienza a

analizar otras formas de pensamiento, que ignora, y se da cuenta que tienen un contenido y utilidad inesperados, que consiguen explicar y manipular series de fenómenos sin usar el método racionalista. La situación arquetípica es sorpresa, desconcierto y a veces temor ante el descubrimiento de que existen otras formas de conocimiento además de la científica. La reacción depende de la categoría intelectual de las personas: si son del temple de Huxley o Castaneda, procuran, como corresponde a un intelectual, explorar los ámbitos ignotos que se abren en su cerebro... Si son intelectuales oficinistas, reaccionan religiosamente, proclamando el monopolio racionalista del conocimiento, y condenando como anticuadas, supersticiosas, irracionales y poco serias las formas de conocimiento que acaban de descubrir y que, por miedo y pereza, no se atreven a explorar. Como decía Coleridge: en toda perplejidad hay una porción de miedo que predispone la mente a la irritación"²¹³.

Se refiere, luego, Racionero a un artículo publicado en Tel-eXpres titulado "El

Catedrático" en el cual Emilio Llegó analiza el irracionalismo de nuestra sociedad", en los siguientes términos:

"...Lo que me interesa del artículo en cuestión es que refleja la típica actitud de creerse en posesión de la verdad que adoptan los filósofos racionalistas. No de creerse en posesión de 'la verdad', porque ellos dirán siempre que no la tienen; de lo que sí, en cambio, se creen en posesión, y no admiten sobre ello escepticismos posibles, es sobre el método para llegar a la verdad. El racionalismo es, según ellos, el único método válido para llegar a la verdad. Cualesquier otros métodos de conocimiento 'irracionales' son escapadas juveniles al mundo de las rosas, las canciones y las filosofías orientales"²¹⁴.

Lo que mueve a Racionero a comentar el artículo en cuestión es su deseo de

mostrar, en el caso específico del profesor Llegó, la absurda e injustificada posición dogmática que como forma de conocimiento adoptan muchos racionalistas. No le falta razón. Inteligencias lúcidas de la categoría de la de Aldoux Husley, Abraam Maslow, Hermano Hesse u Octavio Paz, entre otros, se han ocupado a fondo de las filosofías orientales. Sus hallazgos distan mucho de lo que Llegó llama "escapadas juveniles al mundo de las rosas, las canciones y las filosofías orientales", y corresponden a la búsqueda de una puerta al callejón sin salida en el cual nos hemos metido los occidentales por culpa del monopolio racionalista de la mente en el ámbito de la percepción y comprensión de la realidad.

Pero volvamos a Castaneda: en su libro RELATOS DE PODER presenta la que don Juan denomina "la explicación de los brujos", en la cual se describen dos ámbitos de la percepción y experiencia humanas, el tonal y el nagual, a los cuales corresponden otras tantas formas de conocimiento: la racional que usamos para relacionarnos con el mundo de la cotidianidad y la que llama "conocimiento silencioso", que es la propia del hombre de conocimiento. A propósito de esta distinción, pregunta Racionero:

"¿Es legítimo ver en el nagual el 'bloque sin labrar' de que hablan los taoístas, la madre indiferenciada, las aguas primordiales de Vishnu, exploradas por Markandeya en el mito hindú?"²¹⁵.

Me parece que sí. La explicación del nagual en el cuarto libro de Castaneda es, en el fondo, no sólo similar a las concepciones que del mundo y del conocimiento

tienen los discípulos de Lao-tse, los hinduístas y la antigua tradición budista, sino que tiene, como veremos, concomitancias notables con las teorías más recientes de la física cuántica, de la mecánica ondulatoria y con los últimos descubrimientos que en materia de fisiología del cerebro ha realizado el científico colombiano Rodolfo Llinás, actual jefe del Departamento de Neurobiología de la Universidad de Nueva York.

Nuestra percepción sensorial en estado de consciencia normal, como veremos más adelante al examinar con algún detenimiento las teorías del profesor Llinás, es, apenas, una simplificación, un mapa, una reducción, quizá mejor sería decir, una selección hecha por ese prodigioso computador que es el cerebro humano, de la casi infinita gama de estímulos que la naturaleza tiene a su disposición.

En este sentido, las palabras de Huxley me parecen especialmente lúcidas: "el cerebro atranca las puertas de la percepción para no dejar al hombre que reciba el esplendor total de la danza cósmica".

En RELATOS DE PODER, don Juan distingue y caracteriza los dos polos entre los que se mueve la consciencia humana: el tonal, consciencia personal y cotidiana, que actúa bajo el comando de los sentidos ordinarios y la razón, y el nagual, consciencia cósmica superracional, que opera gracias a los comandos que hacen

posible el "ver", esto es la sintonía de nuestra energía perceptora con lo más profundo y sofisticado de la energía universal:

"Somos perceptores --prosiguió--. Pero el mundo que percibimos es una ilusión. Fue creado por una descripción que nos dijeron desde el momento en que nacimos. Nosotros, los seres luminosos, nacemos con dos anillos de poder, pero sólo usamos uno para crear el mundo. Ese anillo, que se engancha al muy poco tiempo que nacemos, es la razón, y su compañera es el habla. Entre los dos urden y mantienen el mundo. Así, pues, en esencia, el mundo que tu razón quiere sostener es el mundo creado por una descripción y sus reglas dogmáticas inviolables, que la razón aprende a aceptar y a defender. El secreto de los seres luminosos es que tienen otro anillo de poder que nunca se usa, la voluntad. El truco del brujo es el mismo truco del hombre común. Ambos tienen una descripción: uno, el hombre corriente la sostiene con la razón; el otro, el brujo, la sostiene con su voluntad. Ambas descripciones tienen sus reglas y las reglas se perciben, pero la ventaja del brujo es que la voluntad abarca más que la razón"²¹⁶.

Lao-tse no dice cosa muy diferente en su Tao Te Ching:

"El Tao que se puede nombrar no es Tao; los nombres que pueden pronunciarse no son permanentes. Fue del Innombrable de donde surgieron cielo y tierra; lo nombrable es sólo la madre que alimenta las diez mil cosas. Solamente quien se libera permanentemente del deseo puede ver las Secretas Esencias. El que nunca se ha liberado del deseo sólo puede ver las Manifestaciones. Esencias y manifestaciones tienen

nombres distintos pero salieron del mismo molde. Este mismo molde sólo podemos llamarlo el Misterio, el Umbral de todas las Secretas Esencias".

Tao Te Ching. Cap. I.

No olvidemos que don Juan distingue lo conocido de lo desconocido y de lo que no se puede conocer. A esto último lo llama el Misterio, el cual la mente humana jamás podrá alcanzar ni descifrar, tan sólo atestiguar, quiero decir, "ver", por lo cual resulta radicalmente imposible nombrar. Es lo impronunciable. El innombrable, "el Umbral" del que habla Lao-tse, tal vez sea el nagual de don Juan, el Misterio sin fondo ni fin al cual los indios toltecas, ante la perentoria necesidad de identificarlo de alguna manera, dieron el nombre de el Águila.

Pero Racionero encuentra otras similitudes entre estos dos textos lúcidos:

"Los taoístas llaman a este 'umbral' el bloque sin tallar, para expresar que la realidad última es un ámbito indiferenciado, uniforme y fluido como la imagen del universo frío, muerto por exceso de entropía, según implicaba el Segundo Principio de Termodinámica. Dice Chang-Tzu: 'En el principio de los principios era vacío de vacío, el Innombrable, y en el Innombrable estaba el Uno, sin cuerpo, sin forma. Este Uno, ser del cual todos toman el poder de existir, es el Viviente. Del Viviente viene el Informe, el no dividido. De los actos de este Informe vienen los Existentes, cada uno de acuerdo con su principio interior. Estos son las formas. En ellas el cuerpo abraza y acaricia al espíritu. Ambos trabajan unidos, mezclando y

manifestando sus características y esto es Naturaleza"²¹⁷.

Pero el ensayista también encuentra parecidas analogías entre el tonal y el nagual de los indios yaquis y la cosmogonía hindú, de modo particular en el mito conocido bajo el nombre "Las aguas de la Existencia". Vishnu, quien tiene forma de serpiente, duerme entre dos creaciones, en un océano que es su propio cuerpo en estado indiferenciado. El santón Markandeya, quien es una especie de caminante dentro del cuerpo del dios, cae por accidente de la boca de la serpiente al océano cósmico. Lleno de desconcierto se pregunta si lo que está viendo es un sueño, o si la visión que está contemplando es producto de su imaginación, pues no cree, a tenor de lo que atestigua, que el mundo que le es conocido haya sufrido tan severa devastación; en ese océano al que ha caído, ya nada le es familiar: no hay sol, no hay luna, no hay viento. ¿Qué clase de universo es ese?

La visión de ese mundo desoladamente extraño es común a Castaneda durante estados de consciencia acrecentada, y el abrumador sentimiento de extrañeza y soledad que se apodera de quien ha penetrado en el mundo del nagual, una de sus características fundamentales. Una vez que se entra en sus dominios, nadie vuelve a ser el mismo y todo sentido de importancia por las cosas, por los eventos, por las personas y sus opiniones, incluido él mismo, cesa por completo. Ya no hay apetencia; todo deseo de poder, de fama, de dinero, de reconocimiento personal,

de lo que la gente llama honra, deja de interferir, luce mezquino, ridículo.

Las palabras del santón hacen explícita la idea hindú acerca de la naturaleza de lo real, el concepto de Maya. ¿Qué es lo real? ¿Qué es lo ilusorio? Para la tradición hindú la realidad como tal, no está allá afuera, así no más: es asunto que depende de las virtualidades y limitaciones del individuo, de las condiciones mismas en las que se encuentra su consciencia individual. Igual que para los hindúes las explicaciones filosóficas y la ascesis yógica, las enseñanzas de don Juan cumplen con la función de que el aprendiz trascienda los límites de su consciencia individual de todos los días --el tonal--, para que pueda sumergirse con ojos limpios en el inabarcable mundo donde la contemplación reduce todas las cosas a lo que verdaderamente son: misterios de los que resulta inútil hablar porque las palabras humanas sencillamente no sirven para expresar lo que sólo se hace visible en el más absoluto silencio, en el ámbito del "conocimiento silencioso".

Si comparamos todas estas sugestivas teorías e hipótesis de trabajo de la física más actualizada con el concepto de realidad que se maneja en el contexto de la brujería yaqui, aparecen evidentes y reveladores paralelismos. Por, ejemplo, al explicar la cosmología moderna, Bertrand Russell afirma en relación con las implicaciones filosóficas de la teoría de la relatividad la necesidad de reemplazar la

noción de sustancia por la de sucesos. Las "cosas", entendidas como objetos sólidos en realidad no existen, simplemente porque los "ladrillos del universo", o sea, los componentes primeros de eso que llamamos materia no tienen masa sino energía pura. Los físicos nos enseñan que no es posible ver el neutrino, sino los rastros o secuencia de sucesos de su paso por una "cloud chamber". El llamado "principio de incertidumbre" de Heisenberg, según el cual es imposible precisar la posición y la velocidad de una partícula, así como el denominado "principio de dualidad" de De Broglie, según el cual la materia es a la vez corpúsculo y onda, se unen a la teoría de la relatividad para suprimir la entidad del átomo como materia sólida, como "cosa" y reemplazarlo por vibraciones energéticas. Así como en los libros de Castaneda, en física moderna las "cosas" no son más que diferentes formas de agrupar sucesos. Algo no muy diferente dice don Juan a Carlos:

"...Eres un racimo. Esta es la explicación de los brujos. El nagual es lo impronunciado. Todos los sentimientos y todos los seres, y todos los uno mismos que son posibles flotan en él para siempre, como barcas apacibles y constantes. Entonces la goma de la vida pega a algunos de ellos. Tú lo descubriste eso anoche, y lo mismo hizo Pablito, y lo mismo hizo Genaro la vez que se adentró en lo desconocido, y lo mismo hice yo. Cuando la goma de la vida pega a esos sentimientos se crea un ser, un ser que pierde el sentido de su verdadera naturaleza y se ciega con el brillo y el clamor del área donde están los seres: el tonal. El tonal es donde existe toda la organización unificada. Un ser entra al tonal una vez que la fuerza de la vida ha unido los

sentimientos que se necesiten. Una vez te dije que el tonal empieza al nacer y termina al morir; lo dije porque sé que, apenas la fuerza de la vida deja el cuerpo, todos esos pedazos aislados o que forman el racimo se desintegran y regresan al sitio de donde vinieron: el nagual"²²⁴.

La cosmovisión presente en los libros de Carlos Castaneda supone, entre otras cosas, una nueva concepción de la fisiología de la percepción humana a partir del trabajo que desarrollan los sentidos y de las complejísimas operaciones --sólo hasta ahora descubiertas-- que realiza el cerebro.

Durante mucho tiempo se nos enseñó que las impresiones ópticas, acústicas, táctiles, olfativas, gustativas y otras que recibimos por medio de los cinco sentidos son conducidas, luego, hasta el cerebro a través del sistema nervioso donde son procesadas, dando como resultado la percepción fidedigna de la realidad de la que somos conscientes y en la que todos estamos acostumbrados a confiar. En otras palabras, percibiríamos la realidad del mundo tal cual es, gracias al trabajo de nuestros sentidos y de nuestro cerebro, cuya idoneidad para darnos una imagen fiel del mundo garantizamos gracias a la uniformidad de nuestras percepciones y a la comparación que hacemos de nuestra aprehensión del mundo real con la que tienen nuestros semejantes. Así, pues, estamos seguros de que la piedra que tenemos en nuestras manos es en la realidad exactamente igual a como la percibimos y otros la perciben mediante los sentidos de la vista y del tacto, del

olfato y hasta del gusto.

Las investigaciones más avanzadas sobre el funcionamiento del cerebro humano, a la cabeza de las cuales está el científico colombiano Rodolfo Llinas, indican que el asunto no es tan sencillo, ni que hay razón alguna para tan desmesurado optimismo.

Sobre lo que podría denominarse "nueva teoría acerca del funcionamiento del cerebro humano", The New York Times dedicó su última edición de la sección de ciencia a los sorprendentes hallazgos del profesor Llinás, la cual fue reproducida casi en su totalidad por el diario El Tiempo, en su edición del 27 de marzo de 1994, y de cuyos planteamientos más importantes hago una síntesis.

Para los científicos que estudian el cerebro humano --afirma el articulista de The New York Times-- hasta el más sencillo acto de percepción constituye un evento de asombrosa complejidad. Acto seguido, ilustra su aserto con la siguiente situación rutinaria. Nos pide imaginarnos un hermoso día de primavera, durante el cual realizamos un paseo relajante por el campo, absortos en nuestros pensamientos. De repente, escuchamos que un perro ladra y, de inmediato, centramos la atención en él para determinar si el animal tiene o no la intención de mordernos.

"Años de investigación han demostrado que el cerebro humano absorbe escenas como esta, dividiéndolas en componentes y analizando cada trozo de información por diferentes caminos. Mientras los ojos contemplan la rosa, no se está transmitiendo la imagen completa de la rosa al cerebro. En cambio, sucede algo muy intrigante. Las células nerviosas en la retina, inmediatamente dividen la imagen en componentes independientes tales como contornos, texturas y colores. Mientras el oído escucha los pájaros cantando, las células individuales responden a cada frecuencia, y otras procesan la dirección e intensidad del sonido. Células en la piel que responden al calor, canalizan su respuesta hacia otra parte diferente del cerebro"²²⁵.

Cada grupo de células sensoriales del ojo, el oído, la nariz y la piel envía información a su área correspondiente en la superficie exterior del cerebro llamada corteza cerebral. El conjunto de sensaciones ocurridas durante un segundo de la mañana de primavera que nos hace imaginar el autor del artículo, son representadas por millones de células que entran en actividad en muchas regiones distintas de la corteza.

Sin embargo, hay una pregunta que obsesiona a los investigadores: ¿Cómo logra enlazar el cerebro estos trozos fragmentados de información en una sola imagen

coherente? ¿Por medio de qué operación armamos tan complejo rompecabezas? La naturaleza de este proceso, llamado de enlace, tiene que ver, en opinión de los científicos, con el esclarecimiento mismo de la naturaleza de la consciencia.

Los investigadores más actualizados del cerebro son de la opinión de que, para avanzar significativamente en la solución de semejante problema, lo primero que hay que aceptar es que en el cerebro no existe una "pantalla de cine" donde se unan todas las piezas para darnos una imagen que reproduzca la realidad tal cual ella es. Si eso es así, ¿sobre qué principio físico se organiza la consciencia humana? Un número cada vez mayor de investigadores se inclina a pensar que la respuesta debe buscarse en alguna forma de sincronización del tiempo, no del espacio. En otras palabras, reconstruimos el rompecabezas a partir de células que envían información a un ritmo particular, en un tiempo específico. Es en la solución de este problema crucial donde el Dr. Llinás ha logrado avances significativos, al punto que en los medios académicos y científicos más prestigiosos del mundo ya se menciona su nombre como candidato de mucho peso en los próximos años al premio Nóbel de medicina.

Según el Dr. Llinás, la manera como el cerebro crea imágenes es como se explica a continuación: "La oleada de impulsos desde los alrededores del núcleo intralaminar del tálamo sondea todas las regiones sensoriales que están trazadas

en la corteza cerebral una vez cada 12.5 milésimas de segundo. Las regiones que tienen células activas, que representan alguna información sensorial de entrada, se llevan al mismo ritmo que la onda exploratoria y luego envían de regreso una serie de impulsos hacia el tálamo, todo cronometrado en una forma precisa en un patrón coherente".

"Llinás sugiere que todos los impulsos coherentes que son recibidos en un ciclo dado, se perciben como una única imagen. Los mensajes sensoriales de visión, sonido, olfato y tacto se unen entonces no en un solo lugar, sino en un instante único de tiempo. Cuando el ojo ya no está viendo un objeto, estas células ya no responden al sistema exploratorio del tálamo. Cada exploración de 12.5 milésimas de segundo, crea una imagen nueva, pero las imágenes llegan tan rápidamente que parecen continuas, al igual que las imágenes de una película".

"Si la teoría de Llinás es correcta, resolvería el problema del enlace y además avanzaría considerablemente en la explicación de la naturaleza de la consciencia. La consciencia es el diálogo entre el tálamo y la corteza cerebral (diálogo interior lo llama don Juan). El cerebro es un órgano y su función es crear imágenes (creaciones de la realidad, descripciones del mundo, en opinión del brujo yaqui). En la noche, estas imágenes son sueños; durante el estado de vigilia, las imágenes son moduladas por los sentidos y representan al mundo externo al que

corresponden en una forma muy práctica que ha sido determinada por la evolución. La vida de una persona despierta es un sueño guiado por los sentidos, dice Llinás" (el subrayado es mío) ²²⁶.

Para don Juan Matus la percepción ordinaria de la vida cotidiana, propia del hombre común, o extraordinaria privativa del vidente u hombre de conocimiento, no es otra cosa que la alineación --sintonía sería mejor decir-- de la energía que llevamos encerrada dentro de nosotros, esto es, dentro del capullo luminoso, con la energía de afuera, la del cosmos o mundo real, en un punto específico de la consciencia que don Juan llama "punto de encaje". De la habilidad que tenga o no el hombre para mover su punto de encaje a distintas posiciones dentro del capullo luminoso, dependerá la posibilidad de que perciba la realidad cósmica de una o de muchas maneras. En otras palabras, del mismo modo que el movimiento de la aguja de un equipo receptor de ondas de radio a distintos puntos del dial nos permite sintonizar diferentes emisoras, el movimiento del punto de encaje a muy variados puntos del capullo luminoso posibilita al ser humano para percibir facetas desconocidas y hasta insospechadas de la realidad, que es lo que el maestro de Carlos denomina como el "ver".

El elemento novedoso que la cosmología de don Juan añade, tanto a la contemporánea visión científica de la realidad a la manera de la nueva física, como

a las más recientes hipótesis acerca del funcionamiento de la consciencia, es la "voluntad", no entendida, ya lo sabemos, como acto de volición corriente, sino como fuerza integradora de los sucesos, tanto de los que se dan en forma de energía en el ámbito de lo que llamamos materia, como de los que ocurren en el interior de la consciencia que percibe. Es a través de este hilo conductor de la "voluntad" como el ser humano va "creando" sin cesar la realidad ordinaria o extraordinaria de su mundo, en lo que el brujo yaqui llama "descripciones".

El mecanismo oculto de todo este complejísimo y sofisticado proceso es, por supuesto, imperceptible en el laboratorio e inexpressable mediante ecuación matemática alguna, aunque perfectamente real y cierto en la praxis cognoscitiva del brujo y del vidente.

Luis Racionero cree ver en él "el método del animismo para el que todo lo existente está vivo y cargado de voluntad: hombres, árboles y electrones. Es un método cognoscitivo que concibe la posibilidad de que los seres se atraigan por una fuerza que aún no han medido --ni tal vez podrán medir jamás-- los aparatos de laboratorio, ni incluido los modelos matemáticos, y que, según Dante, es el amor que mueve el sol y las estrellas"²²⁷.

"¿Qué pensará Carlos Castaneda de la inmensa popularidad de sus obras?" --se

pregunta Octavio Paz. "Probablemente se encogerá de hombros" --responde. "Un equívoco más en una obra que desde su aparición provoca el desconcierto y la incertidumbre".

"La desconfianza de muchos antropólogos ante los libros de Castaneda --continúa Paz-- no se debe sólo a los celos profesionales o a la miopía del especialista. Es natural la reserva frente a una obra que comienza como un trabajo de etnografía (...) y que a las pocas páginas se transforma en la historia de una conversión. Cambio de posición: el "objeto" de estudio --don Juan, chamán yaqui-- se convierte en el sujeto que estudia, y el sujeto --Carlos Castaneda, antropólogo-- se vuelve el objeto de estudio y experimentación... La relación de orden científico se transforma en una de orden mágico-religioso. En la relación inicial, el antropólogo quiere conocer al otro; en la segunda, el neófito quiere convertirse en otro".

"Como relato de su conversión --opina el Nóbel mexicano-- los libros de Castaneda colindan en un extremo con la etnografía y en otro con la fenomenología, más que de la religión, de la experiencia que he llamado de la otredad. Esta experiencia se expresa en la magia, la religión y la poesía pero no sólo en ellas: desde el paleolítico hasta nuestros días es parte central de la vida de hombres y mujeres. Es una experiencia constitutiva del hombre, como el trabajo y el lenguaje. Abarca

del juego infantil al encuentro erótico, y de saberse solo en el mundo a sentirse parte del mundo. Es un desprendimiento del yo que somos (o creemos ser) hacia el otro que también somos y que siempre es distinto de nosotros. Desprendimiento: aparición: experiencia de la extrañeza que es ser hombres".

"Como destrucción crítica de la antropología, la obra de Castaneda roza las opuestas fronteras de la filosofía y de la religión. Las de la filosofía porque nos propone, después de una crítica radical de la realidad, otro conocimiento no científico y alegórico; las de la religión, porque ese conocimiento exige un cambio de naturaleza en el iniciado, una conversión. El otro conocimiento abre las puertas de la otra realidad a condición de que el neófito se vuelva otro... Sus libros son la crónica de una conversión, el relato de un despertar espiritual y, al mismo tiempo, son el redescubrimiento y la defensa de un saber despreciado por occidente y la ciencia contemporánea. El tema del saber está ligado al del poder y ambos al de la metamorfosis: el hombre que sabe (el brujo) es el hombre de poder (el guerrero) y ambos, saber y poder, son las llaves del cambio. El brujo puede ver la otra realidad porque la ve con otros ojos --con los ojos del otro"²²⁸.

Como respuesta a los planteamientos descalificadores de Marvin Harris y sus adláteres en torno a la validez y confiabilidad de la obra de Carlos Castaneda, podrían servir las palabras lúcidas del antropólogo Walter Goldshmidt: "La

antropología nos ha enseñado que el mundo recibe definiciones diferentes en sitios diferentes. No es sólo que la gente tenga costumbres distintas: no es sólo que la gente crea en dioses distintos y espere destinos distintos después de la muerte. Más bien es que los mundos de pueblos diferentes tienen formas diferentes. Los mismos supuestos metafísicos difieren: el espacio no se adapta a la geometría euclídeana, el tiempo no forma un flujo continuo unidireccional, la causalidad no corresponde a la lógica aristotélica, el hombre no se diferencia del no-hombre, ni la vida de la muerte, como en nuestro mundo. Sabemos algo de la forma de estos mundos gracias a la lógica de los idiomas aborígenes y a los mitos y ceremonias registrados por antropólogos. Don Juan nos ha mostrado destellos de un hechicero yaqui... Castaneda afirma con razón que este mundo, pese a todas sus diferencias de percepción, posee su propia lógica interna. Ha intentado explicarlo desde dentro, por así decirlo, --desde el interior de sus propias experiencias bajo la tutela de don Juan, ricas e intensamente personales--, más que examinarlo en términos de nuestra lógica. Si no puede lograr esto por entero, tal cosa se debe no tanto a su limitación personal como a una limitación que nuestra cultura y nuestro lenguaje imponen a la percepción: sin embargo, sus esfuerzos tienden un puente entre el mundo de un hechicero yaqui y el nuestro, entre el mundo de la realidad no ordinaria y el mundo de la realidad ordinaria".

"La importancia central de entrar en mundos ajenos al nuestro --y por ende la de

la antropología misma-- yace en el hecho de que la experiencia nos lleva a comprender que también nuestro propio mundo es una elaboración cultural".

"Esta obra (la de Castaneda) demuestra la destreza esencial de la buena etnografía: la capacidad de entrar en un mundo ajeno. Creo que (Castaneda) ha encontrado un camino con corazón"²²⁹.

No deseo terminar este ensayo sin hacer una pequeña confidencia. Después de haber leído la obra de Carlos Castaneda con el detenimiento y la dedicación que sólo explica un creciente asombro, debo reconocer que ya no soy el mismo de antes. Esos libros dejaron en mí su impronta porque me abrieron los ojos al mostrarme otros rumbos. Me enseñaron que, en efecto, la realidad del mundo es infinitamente más misteriosa y compleja de lo que ordinariamente nos imaginamos. En consecuencia, también aprendí a ser más respetuoso y tolerante con las ideas y concepciones del mundo que se apartan de las mías. Supe por esos libros, escritos con una rara intensidad, que toda "verdad", quiero decir, que toda descripción de la realidad hecha por el hombre en el seno de cualquier cultura, es provisional, relativa, falible y susceptible no sólo de ser modificada, sino también de ser decantada, pulida, perfeccionada.

Los brujos del mundo de don Juan, así como los físicos, biólogos y neurólogos que

están a la cabeza de una nueva ciencia, la del siglo que está empezando, algunas de cuyas tesis me vi obligado a consultar para buscar salida al laberinto en el que, sin imaginarlo, me extravié gracias a las extrañas artes narrativas de Castaneda, al igual que la milenaria sabiduría de taoístas, budistas e hinduistas, me hicieron el regalo invaluable de hacerme comprender que la concepción de la realidad del universo en términos absolutos hay que dejarla atrás, simplemente porque ese absoluto, lejos de ser real, es una falacia más de nuestra miope y, en ocasiones, torpe cultura occidental.

Y para poner punto final a esta fascinante aventura espiritual nada mejor, a mi juicio, que las palabras de un hombre singularmente lúcido, clarividente a causa de la magia de la poesía, el mexicano Octavio Paz: "La antropología llevó a Castaneda a la hechicería y esta a la visión unitaria del mundo: a la contemplación de la otredad en el mundo de todos los días. Los brujos no le enseñaron el secreto de la inmortalidad, ni le dieron la receta de la dicha eterna: le devolvieron la vista. Le abrieron las puertas de la otra vida. Pero la otra vida está aquí. Sí, allá está aquí, la otra realidad es el mundo de todos los días"²³⁰.

BIBLIOGRAFIA

- BANCROFT, Anne. RELIGIONES DE ORIENTE. Editorial Diana, México: 1979.
- BLOFELD, John. TAOISMO. La búsqueda de la inmortalidad. Ediciones Martínez Roca S. A., Barcelona: 1979.
- CAPRA, Fritjof. EL TAO DE LA FISICA. Editorial Sirio, S. A. Málaga: 1985.
- CASTANEDA, Carlos. EL ARTE DE ENSOÑAR. Editorial Diana, México, D. F.: 1993.
- EL CONOCIMIENTO SILENCIOSO. Emecé Editores, S. A., Buenos Aires: 1993.
- EL DON DEL AGUILA. Edivisión Compañía Editorial S. A., México 1982.
- EL FUEGO INTERIOR. Editorial Everest S. A., León: 1986.
- EL SEGUNDO ANILLO DE PODER. Pomaires Industrias Gráficas S. A. , Barcelona: 1979.
- LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN. Fondo de Cultura Económica. , México D. F. : 1983.
- RELATOS DE PODER. Fondo de Cultura Económica, México D. F. : 1980.
- UNA REALIDAD APARTE. Fondo de Cultura Económica, México D. F. : 1977.
- VIAJE A IXTLAN. Fondo de Cultura Económica, México D. F. : 1975.
- COCAGNAC, Maurice. ENCUENTROS CON CARLOS CASTANEDA. Ediciones Indigo, Barcelona: 1993.

CHOPRA, Deepak. VIDA SIN CONDICIONES. Javier Vergara Editor S. A. ,
Buenos Aires: 1992.

DUBANT, Bernard: CASTANEDA: EL RETORNO AL ESPIRITU. Ediciones
Indigo, Barcelona: 1990.

DUBANT, Bernard y MICHEL MARGUERIE. CASTANEDA: EL CAMINO DEL
GUERRERO. Ediciones Indigo, Barcelona: 1987.

----- CASTANEDA: UN SALTO A LO
DESCONOCIDO. Ediciones Indigo, Barcelona: 1988.

ECHEVERRY URUBURU, Gonzalo. "GENIALIDADES DE LOS SABIOS"
"Evolución en la concepción del Universo". En LECTURAS
DOMINICALES de EL TIEMPO, noviembre 21 de 1993.

FORT, Carmina. CONVERSACIONES CON CARLOS CASTANEDA. Héptada
Ediciones
S. A. , Madrid: 1991.

GERSI, Douchan. LAS SABIDURIAS INVISIBLES. Ediciones Martínez Roca
S. A. , Barcelona: 1992.

HARRIS, Marvin. EL MATERIALISMO CULTURAL. Alianza Editorial S. A. ,
Madrid:,1982.

HAWKING, Stephen. HISTORIA DEL TIEMPO. Editorial Crítica S. A. ,
Barcelona: 1988.

HEISENBERG, et al. CUESTIONES CUANTICAS. Editado por Ken Wilber.
Editorial Kairós, Barcelona: 1986.

IRIARTE, Antonio. "POESIA EN LA NOVELA: LA VORAGINE UN CASO
EJEMPLAR". Revista VORAGINE, Año I, Número 3, julio-septiembre de
1988.

LAO-TSE. TAO TE KING. Editorial Diana, México: 1972.

PAZ, Octavio. EL ARCO Y LA LIRA. Fondo de Cultura Económica,
México D. F. : 1973.

- PINEDA, Virginia Gutiérrez de et al. MEDICINA TRADICIONAL DE COLOMBIA. 2 Vols. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá: 1985.
- RACIONERO, Luis. FILOSOFIAS DEL UNDERGROUND. Editorial Anagrama, Barcelona: 1977.
- RAMACHARACA, Yogui. BHAGAVAD GUITA. Editorial Kier S. A., Buenos Aires: 1974.
- SIMON, Pedro , Fray. NOTICIAS HISTORIALES. Biblioteca de Autores Colombianos. Editorial Kelly, 9 Tomos, Bogotá: 1953.
- SNELLING, John. EL BUDISMO. Editorial Edaf S. A., Madrid: 1993.
- THOMPSON, Keith. "RETRATO DE UN BRUJO". En Revista VISION, Vol. 82, No. 12, junio de 1994.
- TOMPKINS, Peter. LA VIDA SECRETA DE LAS PLANTAS. Editorial Diana, México: 1988.
- VARGAS MACHUCA, Bernardo. MILICIA Y DESCRIPCION DE INDIAS. Madrid: 1982.

INDICE

LA CASA DEMOLIDADA	3
I. SALTO AL VACIO QUE NO SE PUEDE NOMBRAR	16
DE ANTROPOLOGO OCCIDENTAL A APRENDIZ DE BRUJO	17
UNA "SACUDIDA MONUMENTAL"	49
LA HIERBA PARA VOLAR Y LA PIPA DE LA SABIDURIA.....	63
DEL VER AL CONOCIMIENTO SILENCIOSO.....	91
EL TONAL Y EL NAGUAL: DOS PUNTOS CLAVES EN LA TOTALIDAD UNO MISMO.....	129
EL ESTALLIDO DEL HOMBRE HECHO CONOCIMIENTO	162
II. MESTER DE BRUJERIA Y SU MUNDO DE MARAVILLA	190
PRELIMINARES	191
LA REALIDAD DE LOS MUNDOS	204
EL RESPLANDOR DEL AGUILA	229
EL DESTINO DEL GUERRERO: "UN CAMINO CON CORAZON"	257
III. LOS CRITICOS FRENTE AL "CASO CASTANEDA"	304
UNA VIEJA DISPUTA QUE APENAS EMPIEZA	305

